
La Pimpinela Escarlata
Baronesa de Orczy

Sir Percy Blakeney es un frívolo y vanidoso miembro de la aristocracia inglesa. Nadie puede entender cómo logró casarse con Marguerite St. Just, una famosa y cultivada actriz francesa.

Pero lo que ni siquiera su esposa sabe es que Percy lleva una vida doble como «la Pimpinela Escarlata», salvador de aristócratas e inocentes durante el Reinado del Terror después de la Revolución francesa, siempre perseguido por el agente republicano francés Chauvelin.

La Pimpinela fue la precursora en una larga línea de héroes literarios y de comics de «doble identidad», como la versión ficticia de El Zorro/Diego de la Vega; Batman/Bruce Wayne, Superman/Clark Kent, El llanero solitario y otros.



Baroness Emmuska Orczy

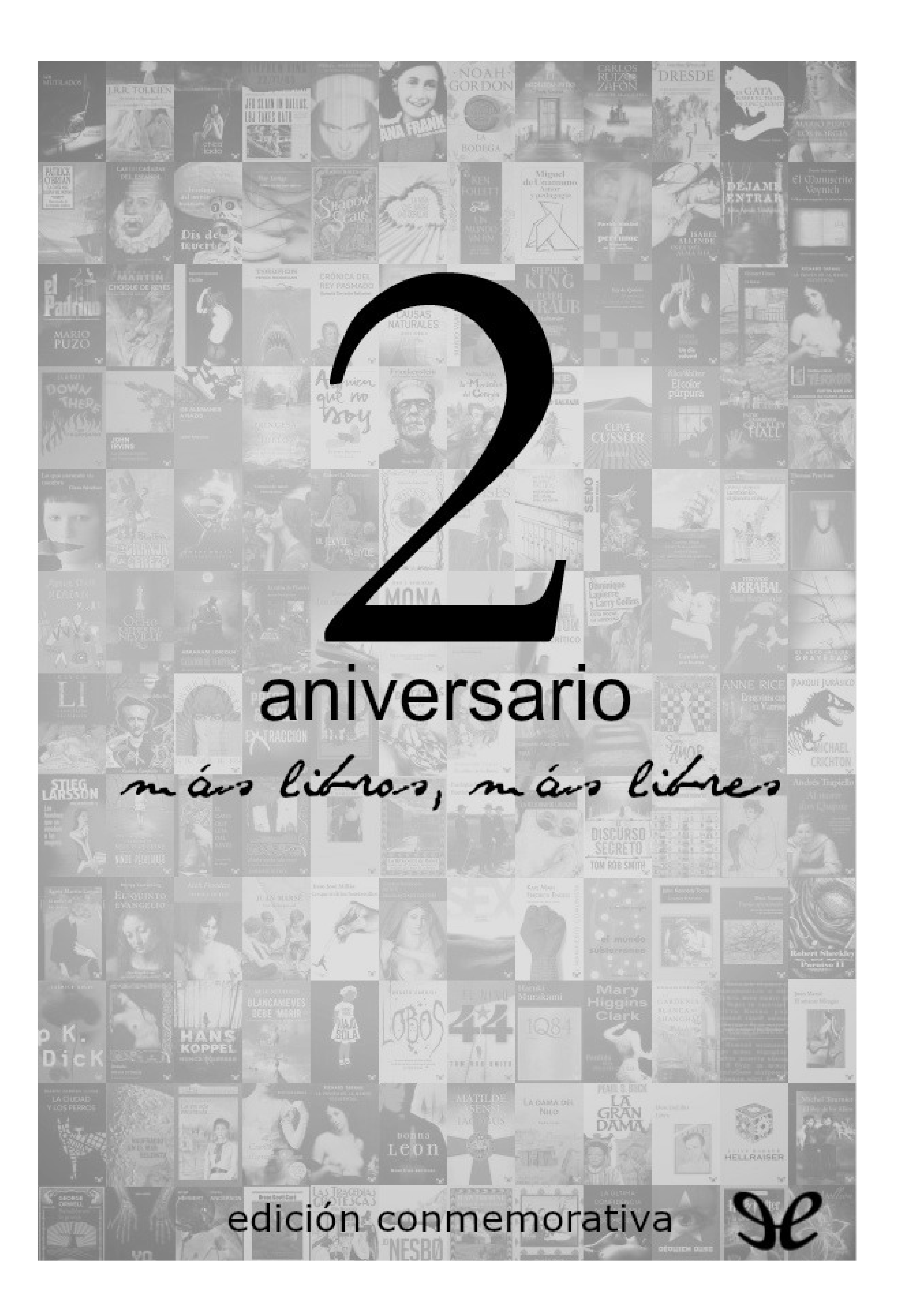
La Pimpinela Escarlata

ePub r1.4
Titivillus 06.06.2018

Título original: *The Scarlet Pimpernel*
Baroness Emmuska Orczy, 1905
Traducción: Flora Casas
Diseño de cubierta: Levemka y Piolín
Corrección de erratas: Dr. Doa, Franalenda & David

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Fénix (r1.0 - r1.1)
ePub base r1.2




2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa



I - PARÍS, SEPTIEMBRE DE 1792

Una muchedumbre enfurecida, hirviente y vociferante de seres que sólo de nombre eran humanos, pues a la vista y al oído no parecían sino bestias salvajes, animados por las bajas pasiones, la sed de venganza y el odio. La hora, un poco antes del crepúsculo, y el lugar, la barricada del Oeste, el mismo sitio en que, una década después, un orgulloso tirano erigiría un monumento imperecedero a la gloria de la nación y a su propia vanidad.

Durante la mayor parte del día la guillotina había desempeñado su espantosa tarea: todo aquello de lo que Francia se había jactado en los siglos pasados, apellidos ancestrales y sangre azul, pagaba tributo a su deseo de libertad y fraternidad. Que a últimas horas de la tarde hubiera cesado la carnicería únicamente se debía a que la gente tenía otros espectáculos más interesantes que presenciar, un poco antes de que cayera la noche y se cerraran definitivamente las puertas de la ciudad.

Y por eso, la muchedumbre abandonó precipitadamente la Place de la Grève y se dirigió a las distintas barricadas para asistir a aquel espectáculo tan divertido.

Podía verse todos los días, porque ¡aquellos aristócratas eran tan estúpidos! Naturalmente, eran traidores al pueblo, todos ellos: hombres y mujeres, y hasta los niños que descendían de los grandes hombres que habían cimentado la gloria de Francia desde la época de las Cruzadas, la vieja *noblesse*. Sus antepasados habían sido los opresores del

pueblo, lo habían aplastado bajo los tacones escarlata de sus delicados zapatos de hebilla y, de repente, el pueblo se había hecho dueño de Francia y aplastaba a sus antiguos amos —no bajo los tacones, porque la mayoría de la gente iba descalza en aquellos tiempos—, sino bajo un peso más eficaz, el de la cuchilla de la guillotina.

Y cada día, cada hora, el repugnante instrumento de tortura reclamaba múltiples víctimas: ancianos, mujeres jóvenes, niños pequeños, hasta el día en que reclamara también la cabeza de un rey y de una hermosa y joven reina.

Pero así debía ser, ¿acaso no era el pueblo el soberano de Francia? Todo aristócrata era un traidor, como lo habían sido sus antepasados. El pueblo sudaba y trabajaba y se moría de hambre desde hacía doscientos años para mantener el lujo y la extravagancia de una corte libidinosa; ahora, los descendientes de quienes habían contribuido al esplendor de aquellas cortes tenían que esconderse para salvar la vida, escapar si querían evitar la tardía venganza de un pueblo.

Y, efectivamente, intentaban esconderse, e intentaban escapar; en eso radicaba precisamente la gracia del asunto. Todas las tardes, antes de que se cerraran las puertas de la ciudad y de que los carros del mercado desfilaran por las distintas barricadas, algún aristócrata estúpido trataba de librarse de las garras del Comité de Salud Pública. Con diversos disfraces, bajo distintos pretextos, intentaban cruzar las barreras, bien protegidas por los ciudadanos soldados de la República. Hombres con ropas de mujer, mujeres con atuendo masculino, niños disfrazados con harapos de mendigo. Los había de todos los tipos: antiguos condes, marqueses, incluso duques que querían huir de Francia, llegar a Inglaterra o a otro maldito país, y allí despertar sentimientos contrarios a la gloriosa Revolución, o

formar un ejército con el fin de liberar a los desgraciados prisioneros que antes se llamaban a sí mismos soberanos de Francia.

Pero casi siempre los cogían al llegar a las barricadas, sobre todo en la Puerta del Oeste, vigilada por el sargento Bibot, que poseía un olfato prodigioso para descubrir a los aristócratas, aunque fueran perfectamente disfrazados. Y, naturalmente, era entonces cuando empezaba la diversión. Bibot observaba a su presa como el gato observa al ratón; jugueteaba con ella, a veces durante un cuarto de hora; simulaba que se dejaba engañar por el disfraz, las pelucas y los efectos teatrales que ocultaban la identidad de un antiguo marqués o un conde.

¡Ah! Bibot tenía un gran sentido de humor, y merecía la pena acercarse a la barricada del Oeste para verle cuando sorprendía a un aristócrata en el momento en que intentaba escapar a la venganza de su pueblo.

A veces, Bibot permitía a su víctima traspasar las puertas, le dejaba creer al menos durante dos minutos que de verdad había huido de París, que incluso lograría llegar sana y salva a Inglaterra; pero cuando el pobre desgraciado había recorrido unos diez metros hacia la tierra de la libertad, Bibot enviaba a dos de sus hombres detrás de él y lo traían despojado de su disfraz.

¡Ah, qué gracioso era aquello! Pues, con mucha frecuencia, el fugitivo resultaba ser una mujer, una orgullosa marquesa que ponía una expresión terriblemente cómica al comprender que había caído en las garras de Bibot, sabiendo que al día siguiente le esperaba un juicio sumarísimo y, a continuación, el cariñoso abrazo de Madame Guillotina.

No es de extrañar que aquella hermosa tarde de septiembre la muchedumbre que rodeaba a Bibot estuviese impaciente y excitada. La sed de sangre aumenta cuando se

satisface, y nunca se llega a saciar: aquel día, la multitud había visto caer cien cabezas nobles bajo la guillotina y quería cerciorarse de que vería caer otras cien a la mañana siguiente.

Bibot estaba sentado sobre un tonel vacío, junto a las puertas; tenía bajo su mando un pequeño destacamento de ciudadanos soldados. Últimamente se había multiplicado el trabajo. Aquellos malditos aristócratas estaban aterrorizados y hacían todo lo posible por salir de París: hombres, mujeres y niños cuyos antepasados, aun en épocas remotas, habían servido a los traidores Borbones eran también traidores y debían servir de pasto a la guillotina. Cada día Bibot tenía la satisfacción de desenmascarar a unos cuantos monárquicos fugitivos y de hacerlos volver para que los juzgara el Comité de Salud Pública, que estaba presidido por el ciudadano Fouicquier-Tinville, un buen patriota.

Robespierre y Danton habían felicitado a Bibot por su celo, y Bibot estaba orgulloso de haber enviado a la guillotina al menos a cincuenta aristócratas por iniciativa propia.

Pero aquel día todos los sargentos de las distintas barricadas habían recibido órdenes especiales. Últimamente, un elevado número de aristócratas había logrado escapar de Francia y llegar a Inglaterra sanos y salvos. Corrían extraños rumores sobre aquellas fugas; se habían hecho muy frecuentes y extraordinariamente osadas, y la gente empezaba a pensar cosas raras. El sargento Grospierre había acabado en la guillotina por haber dejado que una familia entera de aristócratas escapara por la Puerta del Norte ante sus mismísimas narices.

Todo el mundo decía que aquellas fugas las organizaba una banda de ingleses de una osadía increíble que, por el simple deseo de meterse en asuntos que no les concernían, dedicaban su tiempo libre a arrebatar a Madame Guillotina

las víctimas que en justicia le estaban destinadas. Estos rumores pronto adquirieron unos tintes absurdos. No cabía duda de que existía una banda de ingleses entrometidos; además, se decía que la dirigía un hombre de un valor y una audacia poco menos que fabulosos. Circulaban extrañas historias que aseguraban que tanto él como los aristócratas a los que rescataba se hacían invisibles repentinamente al llegar a las puertas de la ciudad y que las traspasaban por medios sobrenaturales.

Nadie había visto a aquellos misteriosos ingleses, y en cuanto a su jefe, nunca se hablaba de él sin un escalofrío supersticioso. En el transcurso del día, el ciudadano Fouicquier-Tinville recibía un trozo de papel de procedencia desconocida; a veces lo encontraba en un bolsillo de la chaqueta; en otras ocasiones se lo entregaba alguien de entre la multitud, mientras se dirigía a la reunión del Comité de Salud Pública. La nota siempre contenía una breve advertencia de que la banda de ingleses entrometidos estaba en acción, y siempre iba firmada con un emblema en rojo, una florecilla en forma de estrella, que en Inglaterra se llama pimpinela escarlata. Al cabo de unas horas de haber recibido la desvergonzada nota, los ciudadanos del Comité de Salud Pública se enteraban de que unos cuantos monárquicos y aristócratas habían logrado llegar a la costa y se dirigían a Inglaterra.

Se había duplicado el número de guardias en las puertas de la ciudad, se había amenazado con la guillotina a los sargentos al mando y se ofrecían cuantiosas recompensas por la captura de aquellos atrevidos y descarados ingleses. Se había prometido una suma de cinco mil francos a quien atrapara al misterioso y escurridizo Pimpinela Escarlata.

Todos pensaban que Bibot sería esa persona, y él dejaba que esta creencia cobrase fuerza en la mente de todos; y así, día tras día, la gente iba a verlo a la Puerta del Oeste

para estar presente cuando atrapase a los aristócratas fugitivos a los que acompañase el misterioso inglés.

—¡Bah! —dijo Bibot a su cabo de confianza—. ¡El ciudadano Grospierre era un imbécil! Si hubiera sido yo quien hubiera estado en la Puerta del Norte la semana pasada…

El ciudadano Bibot escupió en el suelo para expresar su desprecio por la estupidez de su camarada.

—¿Cómo ocurrió, ciudadano? —preguntó el cabo.

—Grospierre estaba en la puerta, de guardia —contestó Bibot con ademán ampuloso, mientas la multitud lo rodeaba, escuchando con interés su relato—. Todos hemos oído hablar de ese inglés entrometido del maldito Pimpinela Escarlata. No pasará por mi puerta, *morbleu!*, a menos que sea el mismísimo diablo. Pero Grospierre era imbécil. Los carros del mercado pasaban por las puertas; había uno cargado de barriles, conducido por un viejo, con un niño a su lado. Grospierre estaba un poco borracho, pero se creía muy listo. Miró dentro de los barriles —al menos en la mayoría— y, como vio que estaban vacíos, dejó pasar al carro.

Un murmullo de ira y desprecio circuló por el grupo de pobres diablos harapientos que se arremolinaban en torno al ciudadano Bibot.

—Media hora más tarde —prosiguió el sargento— aparece un capitán de la guardia con un escuadrón de doce soldados. «¿Ha pasado un carro por aquí?», le pregunta jadeante a Grospierre, «Sí», contesta Grospierre, «no hace ni media hora». «¡Y les has dejado escapar!», grita furioso el capitán. «¡Irás a la guillotina por esto, ciudadano sargento! ¡En ese carro iban escondidos el duque de Chalis y toda su familia!». «¿Qué?», bramó Grospierre, pasmado. «¡Sí! ¡Y el conductor era ni más ni menos que ese maldito inglés, Pimpinela Escarlata!».

La multitud acogió el relato con un rugido de indignación. El ciudadano Grospierre había pagado su terrible error con la guillotina, pero ¡qué estúpido! ¡Qué estúpido!

Bibot se rió tanto de sus propias palabras que tardó un rato en poder continuar.

—«¡Tras ellos, soldados!», gritó el capitán —dijo al cabo de unos minutos—. «¡Acordaos de la recompensa! ¡Tras ellos! ¡No pueden haber llegado muy lejos!». Y a continuación cruzó la puerta, seguido por una docena de hombres.

—¡Pero ya era demasiado tarde! —exclamó con excitación la muchedumbre.

—¡No los alcanzaron!

—¡Maldito sea ese Grospierre por su estupidez!

—¡Recibió su merecido!

—¡A quién se le ocurre no examinar los barriles como es debido!

Pero aquellos comentarios parecían divertir extraordinariamente a Bibot; rió hasta que le dolieron los costados y le rodaron las lágrimas por las mejillas.

—¡No, no! —dijo al fin—. ¡Si los aristócratas no iban en el carro, y el conductor no era Pimpinela Escarlata!

—¿Cómo?

—¡Cómo que no! ¡El capitán de la guardia era ese maldito inglés disfrazado, y todos los soldados, aristócratas!

En esta ocasión, la gente no dijo nada; aquella historia tenía un aire sobrenatural, y aunque la República había abolido a Dios, no había conseguido aniquilar el temor a lo sobrenatural en el corazón del pueblo. Verdaderamente, aquel inglés debía ser el mismísimo diablo.

El sol se hundía por el oeste. Bibot se dispuso a cerrar las puertas.

—Adelante los carros —dijo.

Había unos doce carros cubiertos en fila, dispuestos para abandonar la ciudad con el fin de recoger los productos del campo que se venderían en el mercado a la mañana siguiente. Bibot los conocía a casi todos, pues traspasaban la puerta que estaba a su cargo dos veces al día, cuando entraban y salían de la ciudad. Hablaba con un par de conductores —mujeres en su mayoría— y examinaba minuciosamente el interior de los vehículos.

—Nunca se sabe —decía siempre—, y no voy a dejarme sorprender como le ocurrió al imbécil de Grospierre.

Las mujeres que conducían los carros solían pasar el día en la Place de la Grève, bajo la tarima de la guillotina, tejiendo y chismorreando mientras contemplaban las filas de carretas que transportaban a las víctimas que el Reinado del Terror reclamaba diariamente. Era muy entretenido ver la llegada de los aristócratas a la recepción de Madame Guillotina, y los sitios junto a la tarima estaban muy solicitados. Durante el día, Bibot había estado de guardia en la Place. Reconoció a la mayoría de aquellas brujas, las *tricoteuses*, como se las llamaba, que pasaban horas enteras tejiendo, mientras bajo la cuchilla caía una cabeza tras otra, y en muchas ocasiones les salpicaba la sangre de aquellos malditos aristócratas.

—*Hé, la mére!* —le dijo Bibot a una de aquellas horribles brujas—. ¿Qué llevas ahí?

Ya la había visto antes, con su labor de punto y el látigo del carro al lado. La vieja había atado una hilera de cabellos rizados al mango del látigo, de todos los colores, desde el dorado al plateado, rubios y oscuros, y los acarició con sus dedos enormes y huesudos mientras respondía riendo a Bibot:

—Me he hecho amiga del amante de Madame Guillotina —dijo, emitiendo una risotada grosera—. Los fue cortando mientras rodaban las cabezas para dármelos. Me ha

prometido que mañana me dará más, pero no sé si estaré en el sitio de siempre.

—¡Ah! ¿Y cómo es eso, la mére? —preguntó Bibot, que, aun siendo soldado endurecido, no pudo evitar un estremecimiento ante aquella repulsiva caricatura de mujer, con su repugnante trofeo en el mango del látigo.

—Mi nieto tiene la viruela —respondió señalando con el pulgar hacia el interior del carro—. Algunos dicen que es la peste. Si es así, mañana no me dejarán entrar en París.

Al oír la palabra viruela, Bibot retrocedió inmediatamente, y cuando la vieja habló de la peste, se apartó de ella con la mayor rapidez posible.

—¡Maldita seas! —murmuró, y la multitud se apresuró a alejarse del carro, que quedó solo en medio de la plaza.

La vieja bruja se echó a reír.

—¡Maldito seas tú, ciudadano, por tu cobardía! —dijo—. ¡Bah! ¡Vaya un hombre, que tiene miedo a la enfermedad!

—¡Morbleu! ¡La peste!

Todos se quedaron espantados, en silencio, horrorizados por el odioso mal, lo único que aún era capaz de inspirar temor y asco a aquellos seres salvajes y embrutecidos.

—¡Largaos, tú y tu prole apestada! —gritó Bibot con voz ronca.

Y, tras soltar otra risotada, la vieja fustigó su flaco rocín y el carro traspasó la puerta. El incidente había estropeado la tarde. A la gente le horrorizaban aquellas dos maldiciones, las dos enfermedades que nada podía curar y que eran precursoras de una muerte espantosa y solitaria. Todos se dispersaron por los alrededores de la barricada, silenciosos y taciturnos, mirándose unos a otros con recelo, evitando el contacto instintivamente, por si la peste ya rondaba entre ellos. De repente, como en la historia de Grospierre, apareció un capitán de la Guardia. Pero Bibot lo conocía y no cabía la posibilidad de que fuera el astuto inglés disfrazado.

—¡Un carro! —gritó jadeante el capitán antes de llegar a las puertas.

—Una vieja que dijo que su nieto tenía la peste…

—Sí…

—¿No los habrá dejado pasar?

—¡Morbleu! —exclamó Bibot, cuyas mejillas se habían puesto repentinamente blancas de miedo.

—En ese carro iba la condesa de Tournay y sus dos hijos, los tres traidores y condenados a muerte.

—Pero ¿y el conductor? —balbuceó Bibot al tiempo que un estremecimiento de superstición le recorría la columna vertebral.

—*Sacré tonnerre!* —exclamó el capitán—. ¡Pero si se teme que fuera ese maldito inglés, Pimpinela Escarlata!

II - DOVER, EN LA POSADA «THE FISHERMAN'S REST»

En la cocina, Sally estaba muy atareada; sartenes y cacerolas se alineaban en el gigantesco fogón, el enorme perol del caldo estaba en una esquina y el espetón daba vueltas con lentitud y parsimonia, presentando alternativamente a la lumbre cada lado de una pierna de vaca de nobles proporciones. Las dos jóvenes pinches trajinaban sin cesar, deseosas de ayudar, acaloradas y jadeantes, con las mangas de la blusa de algodón bien subidas por encima de sus codos rollizos, emitiendo risitas sofocadas por alguna broma que sólo ellas conocían cada vez que la señorita Sally les volvía la espalda. Y la vieja Jamima, de ademán impasible y sólida mole, no paraba de refunfuñar en voz baja, mientras removía metódicamente el perol del caldo sobre la lumbre.

—¡Venga, Sally! —se oyó gritar en el salón con acento alegre, si bien no demasiado melodioso.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Sally, riendo de buen humor —. Pero ¿se puede saber qué quieren ahora?

—Pues cerveza —refunfuñó Jamima—. No pensarás que Jimmy Pitkin se va a conformar con un jarro, ¿no?

—El que también parecía traer mucha sed era el señor Harry —intervino Martha, una de las pinches, sonriendo bobaliconamente, y al encontrarse sus ojos negros y

brillantes como el azabache con los de su compañera, las dos muchachas empezaron a soltar risitas ahogadas.

Sally pareció enfadarse unos momentos, y se frotó pensativamente las manos contra sus bien formadas caderas. Saltaba a la vista que ardía en deseos de plantar las palmas en las mejillas sonrosadas de Martha, pero prevaleció su buen carácter y, torciendo el gesto y encogiéndose de hombros, centró su atención en las patatas fritas.

—¡Venga, Sally! ¡Ven aquí, Sally!

Y un coro de jarros de peltre golpeados por manos impacientes contra las mesas de roble del salón acompañó los gritos que reclamaban a la lozana hija del posadero.

—¡Sally! —gritó una voz más insistente que las demás—. ¿Es que piensas tardar toda la tarde en traernos esa cerveza?

—Ya podría llevársela padre —murmuró Sally, mientras Jamima, flemática y sin hacer el menor comentario, cogía un par de jarras coronadas de espuma del estante y llenaba varios jarros de peltre con la cerveza casera que había hecho famosa a «*The Fisherman's Rest*» desde la época del rey Charles—. Sabe que aquí tenemos mucho trabajo.

—Tu padre ya tiene bastante con discutir de política con el señor Hempseed para preocuparse de ti y de la cocina —refunfuñó Jamima en voz inaudible.

Sally fue hasta el espejito que colgaba en un rincón de la cocina; se alisó apresuradamente el pelo y se colocó la cofia de volantes sobre sus oscuros rizos de la forma que más le favorecía; después cogió los jarros por las asas, tres en cada una de sus manos fuertes y morenas y, riendo y refunfuñando, ruborizada, los llevó al salón.

Allí no había el menor indicio del trajín y la actividad que mantenían ocupadas a las cuatro mujeres en la cocina.

El salón «*The Fisherman's Rest*» es en la actualidad una sala de exposiciones. A finales del siglo XVIII, en el año de gracia de 1792, aún no había adquirido la fama e importancia que los cien años siguientes y la locura de la época le otorgarían. Pero incluso entonces era un lugar antiguo, pues las vigas de roble ya estaban ennegrecidas por el paso del tiempo, al igual que los asientos artesonados con sus respaldos elevados y las largas mesas enceradas que había entre medias, en las que innumerables jarros de peltre habían dejado fantásticos dibujos de anillos de varios tamaños. En la ventana de cristales emplomados, situada a gran altura, una hilera de macetas de geranios escarlatas y espuelas de caballero azules daban una brillante nota de color al entorno apagado de roble.

Que el señor Jellyband, propietario de *The Fisherman's Rest*, de Dover, era un hombre próspero era algo que el observador más distraído podía apreciar inmediatamente. El peltre de los hermosos aparadores antiguos y el cobre que reposaba en la gigantesca chimenea resplandecían como la plata y el oro; el suelo de baldosas rojas brillaba tanto como el geranio de color escarlata sobre el alféizar del ventanal, y todo aquello demostraba que sus sirvientes eran numerosos y buenos, que la clientela era constante y que reinaba el orden necesario para mantener el salón con elegancia y limpieza en grado sumo.

Cuando entró Sally, riendo a pesar del ceño fruncido y mostrando una hilera de dientes de un blanco deslumbrante, fue recibida con vítores y aplausos.

—¡Vaya, aquí está Sally! ¡Vamos, Sally! ¡Un hurra por la guapa Sally!

—Creía que te habías quedado sorda en esa cocina —murmuró Jimmy Pitkin, pasándose el dorso de la mano por los labios, que estaban resecos.

—¡Vale, vale! —exclamó Sally riendo, mientras depositaba los jarros de cerveza sobre las mesas—. ¡Pero qué prisas tienen ustedes! ¡Su pobre abuela muriéndose y a usted lo único que le interesa es seguir bebiendo! ¡Nunca había visto tanta bulla!

Un coro de alegres risas subrayó la broma, lo que dio a los allí presentes tema para múltiples chistes durante bastante tiempo. Sally no parecía tener ya tanta prisa para volver con sus cacerolas y sus sartenes. Un joven de pelo rubio y rizado y ojos azules brillantes y vivaces acaparaba toda la atención y todo el tiempo de la muchacha, mientras corrían de boca en boca chistes bastante subidos de tono sobre la abuela ficticia de Jimmy Pitkin, mezclados con densas nubes de acre humo de tabaco.

De cara a la chimenea, con las piernas muy separadas y una larga pipa de arcilla en la boca, estaba el posadero, el honrado señor Jellyband, propietario de *The Fisherman's Rest*, como lo había sido su padre, y también su abuelo y su bisabuelo. De tipo grueso, carácter jovial y calvicie incipiente, el señor Jellyband era sin duda el típico inglés de campo de aquella época, la época en que nuestros prejuicios insulares se encontraban en su apogeo, en que, para un inglés, ya fuera noble, terrateniente o campesino, todo el continente europeo era el templo de la inmoralidad y el resto del mundo una tierra sin explotar llena de salvajes y caníbales.

Allí estaba el honrado posadero, bien erguido sobre sus fuertes piernas, fumando su pipa, ajeno a los de su propio país y despreciando cuanto viniera de fuera. Llevaba chaleco escarlata, con brillantes botones de latón, calzones de pana, medias grises de estambre y elegantes zapatos de hebilla, prendas típicas que caracterizaban a todo posadero británico que se preciase en aquellos tiempos, y mientras la hermosa Sally, que era huérfana, hubiera necesitado cuatro

pares de manos para atender a todo el trabajo que recaía sobre sus bien formados hombros, el honrado Jellyband discutía sobre la política de todas las naciones con sus huéspedes más privilegiados.

En el salón, iluminado por dos lámparas resplandecientes que colgaban de las vigas del techo, reinaba un ambiente sumamente alegre y acogedor. Por entre las densas nubes de humo de tabaco que se amontonaban en todos los rincones se distinguían las caras de los clientes del señor Jellyband, coloradas y agradables de ver, y en buenas relaciones entre ellos, con su anfitrión y con el mundo entero. Por toda la habitación resonaban las carcajadas que acompañaban las conversaciones, amenas si bien no muy elevadas, mientras que las continuas risitas de Sally daban testimonio del buen uso que el señor Harry Waite hacía del escaso tiempo que la muchacha parecía dispuesta a dedicarle.

La mayoría de las personas que frecuentaban el salón del señor Jellyband eran pescadores, pero todo el mundo sabe que los pescadores siempre tienen sed; la sal que respiran cuando están en el mar explica el hecho de que siempre tengan la garganta seca cuando están en tierra. Pero *The Fisherman's Rest* era algo más que un lugar de reunión para aquellas gentes sencillas. La diligencia de Londres y Dover salía diariamente de la posada, y los viajeros que cruzaban el canal de la Mancha y los que iniciaban el «gran viaje» estaban familiarizados con el señor Jellyband, sus vinos franceses y sus cervezas caseras.

Era casi finales de septiembre de 1792, y el tiempo, que durante todo el mes había sido bueno y soleado, había empeorado bruscamente. En el sur de Inglaterra la lluvia caía torrencialmente desde hacía dos días, contribuyendo en gran medida a destruir todas las posibilidades que tenían las manzanas, peras y ciruelas de convertirse en frutas

realmente buenas, como Dios manda. En esos momentos, la lluvia azotaba las ventanas y descendía por la chimenea, produciendo un alegre chisporroteo en el fuego de leña que ardía en el hogar.

—¡Madre mía!

—¿Ha visto usted que septiembre más pasado por agua tenemos, señor Jellyband? —preguntó el señor Hempseed.

El señor Hempseed ocupaba uno de los asientos que había junto a la chimenea, porque era una autoridad y un personaje no sólo en *The Fisherman's Rest*, donde el señor Jellyband siempre lo elegía como contrincante para sus discusiones de política, sino en todo el barrio, en el que su cultura y, sobre todo, sus conocimientos de las Sagradas Escrituras despertaban profundo respeto y admiración. Con una mano hundida en el amplio bolsillo de sus calzones de pana, ocultos bajo una levita profusamente adornada y muy gastada, y la otra sujetando la larga pipa de arcilla, el señor Hempseed miraba con desánimo hacia el otro extremo de la habitación, contemplaba los riachuelos de agua que se escurrían por los cristales de la ventana.

—No —respondió sentenciosamente el señor Jellyband—. No he visto cosa igual, señor Hempseed, y llevo aquí cerca de sesenta años.

—Sí, pero no se acordará usted de los tres primeros años de esos sesenta, señor Jellyband —replicó pausadamente el señor Hempseed—. Nunca he visto a un niño que se fije mucho en el tiempo, ni aquí ni en ninguna parte, y yo llevo viviendo aquí hace casi setenta y cinco años, señor Jellyband.

La superioridad de este razonamiento era tan irrefutable que por unos momentos el señor Jellyband no pudo dar rienda suelta a su habitual fluidez verbal.

—Más parece abril que septiembre, ¿verdad? —prosiguió el señor Hempseed, tristemente, en el momento en que una

andanada de gotas de lluvia caía chisporroteando sobre el fuego.

—¡Sí que lo parece! —asintió el honrado posadero—, pero es lo que yo digo, señor Hempseed, ¿qué se puede esperar con un gobierno como el nuestro?

El señor Hempseed movió la cabeza, dando a entender que compartía aquella opinión, temperada por una profunda desconfianza en el clima y el gobierno británicos.

—Yo no espero nada, señor Jellyband —dijo—. En Londres no tienen en cuenta a los pobres como nosotros, eso lo sabe todo el mundo, y yo no suelo quejarme, pero una cosa es una cosa y otra que caiga tanta agua en septiembre, que tengo toda la fruta pudriéndoseme y muriéndoseme, como el primogénito de las madres egipcias, y sin servir de mucho más que ellas, a no ser a un puñado de judíos buhoneros y de gentes por el estilo, con esas naranjas y esas frutas extranjeras del diablo que no compraría nadie si estuvieran en sazón las manzanas y peras inglesas. Como dicen las Sagradas Escrituras…

—Tiene usted mucha razón, señor Hempseed —le interrumpió Jellyband—, y es lo que yo digo, ¿qué se puede esperar? Esos demonios de franceses del otro lado del canal están venga a matar a su rey y a sus nobles y, mientras tanto, el señor Pitt, el señor Fox y el señor Burke peleando y riñendo para decidir si los ingleses debemos permitirles que sigan haciendo de las suyas. «¡Que los maten!», dice el señor Pitt. «¡Hay que impedírselo!», dice el señor Burke.

—Pues lo que yo digo es que debernos dejar que los maten, y que se vayan al diablo —replicó el señor Hempseed con vehemencia, pues no le agradaban las ideas políticas de su amigo Jellyband, que siempre acababa metiéndose en honduras y le dejaba pocas oportunidades para expresar las perlas de sabiduría que le habían hecho merecer de tan

buena fama en el barrio y de tantos jarros de cerveza gratis en *The Fisherman's Rest*.

—Que los maten —repitió—, pero que no llueva tanto en septiembre, porque eso va contra la ley de las Sagradas Escrituras, que dicen…

—¡Madre mía, qué susto me ha dado usted, señor Harry!

Fue mala suerte para Sally y su pretendiente que la muchacha pronunciara estas palabras en el preciso instante en que el señor Hempseed tomaba aliento para declamar uno de los pasajes de las Sagradas Escrituras que le habían hecho famoso, porque desencadenaron sobre su bonita cabeza la terrible cólera de su padre.

—¡Vamos, Sally, hija, ya está bien! —dijo el señor Jellyband, intentando imprimir un gesto de mal humor a su benévolo rostro—. Deja de tontear con esos mequetrefes y ponte a trabajar.

—El trabajo va bien, padre.

Pero el tono del señor Jellyband era imperioso. En los planes que había trazado para la lozana muchacha, su única hija, que cuando Dios así lo dispusiera pasaría a ser la propietaria de *The Fisherman's Rest*, no entraba verla casada con uno de aquellos jovenzuelos que apenas ganaban suficiente para vivir con la red.

—¿No has oído lo que te he dicho, muchacha? —insistió en aquel tono de voz pausado que nadie se atrevía a desobedecer en la posada. Prepara la cena de lord Tony, porque si no te esmeras y no queda satisfecho, verás lo que te espera. ¿Entendido?

Sally obedeció a regañadientes.

—¿Es que espera huéspedes especiales esta noche, señor Jellyband? —preguntó Jimmy Pitkin, intentando lealmente apartar la atención del honrado posadero de las circunstancias que habían provocado la salida de Sally de la habitación.

—¡Así es! —contestó el señor Jellyband—. Son amigos de lord Tony. Duques y duquesas del otro lado del canal a quienes el joven señor y su amigo, sir Andrew Foulkes, y otros nobles han ayudado a escapar de las garras de esos asesinos.

Aquello fue excesivo para la quejumbrosa filosofía del señor Hempseed.

—¡Pero bueno! —exclamó—. Lo que yo digo es, ¿por qué lo hacen? No me gusta meterme en los asuntos de otras gentes. Como dicen las Sagradas Escrituras…

—Lo que pasa, señor Hempseed —le interrumpió el señor Jellyband, con mordaz sarcasmo—, es que, como usted es amigo personal del señor Pitt, a lo mejor piensa igual que el señor Fox: «¡Que los maten!».

—Perdone, señor Jellyband —protestó débilmente el señor Hempseed—, pero yo no…

Mas el señor Jellyband al fin había conseguido montar su caballo de batalla favorito y no tenía la menor intención de apearse de él.

—O a lo mejor es que se ha hecho usted amigo de alguno de esos franceses que, según cuentan, han venido aquí con el propósito de convencernos a los ingleses de que hacen bien en ser asesinos.

—No sé qué quiere decir, señor Jellyband —replicó el señor Hempseed—. Yo lo único que sé es que…

—Lo único que yo sé —manifestó el posadero en voz muy alta— es que mi amigo Peppercorn, que es el dueño de la posada del «Blue-Faced Boar», inglés leal y auténtico donde los haya, mire usted por dónde, se hizo amigo de varios de esos comedores de ranas y los trató como si fueran ingleses y no un puñado de espías sinvergüenzas e inmorales, ¿y qué pasó después? Pues que ahora Peppercorn va diciendo por ahí que si las revoluciones y la libertad están muy bien y

que abajo con los aristócratas, como aquí el señor Hempseed.

—Perdone, señor Jellyband —volvió a protestar débilmente el señor Hempseed—, pero yo no…

El señor Jellyband se había dirigido a todos los presentes, que escuchaban con respeto, boquiabiertos, la lista de desafueros del señor Peppercorn. En una mesa, dos clientes —caballeros a juzgar por sus ropas— habían abandonado a medio terminar una partida de dominó y llevaban un rato escuchando, a todas luces con gran regocijo, las opiniones del señor Jellyband sobre asuntos internacionales. Uno de ellos, con una media sonrisa sarcástica en las comisuras de sus inquietos labios, se volvió hacia el centro de la habitación, donde se encontraba el señor Jellyband, que seguía de pie.

—Mi querido amigo —dijo pausadamente—, al parecer usted cree que estos franceses, estos espías, como los llama usted, son unos tipos muy listos, pues han puesto boca abajo, si se me permite la expresión, las ideas de su amigo el señor Peppercorn. Según usted, ¿cómo lo han conseguido?

—¡Hombre! Pues supongo que hablando con él y convenciéndole. Según he oído decir, esos franceses tienen un pico de oro, y aquí el señor Hempseed puede decirle que son capaces de liar al más pintado.

—¿Es eso cierto, señor Hempseed? —preguntó el desconocido cortésmente.

—¡No, señor! —contestó el señor Hempseed, muy irritado—. No puedo darle la información que me pide usted.

—Entonces, mi buen amigo, confiemos en que estos espías tan listos no logren cambiar sus opiniones, que son tan leales.

Pero aquellas palabras fueron excesivas para la ecuanimidad del señor Jellyband. Le sobrevino un ataque de

risa que al poco corearon cuantos se sentían obligados a seguirle la corriente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! ¡Je, je, je! —rió en todos los tonos el honrado posadero y siguió riendo hasta que le dolieron los costados y se le saltaron las lágrimas—. ¡Esta sí que es buena! ¿Lo han oído ustedes? ¿Hacerme cambiar a mí de opinión? Que Dios le bendiga, señor, pero dice usted cosas muy raras.

—Bueno, señor Jellyband, ya sabe lo que dicen las Sagradas Escrituras —intervino el señor Hempseed sentenciosamente—: «Que aquel que está de pie ponga cuidado para no caer».

—Pero tenga usted en cuenta una cosa, señor Hempseed —replicó el señor Jellyband, aún agitado por la risa—, que las Sagradas Escrituras no me conocían a mí. Vamos, es que no bebería ni un vaso de cerveza con uno de esos franceses asesinos, y a mí no hay quien me haga cambiar de opinión. ¡Pero si he oído decir que esos comedores de ranas ni siquiera saben hablar inglés, o sea que si alguno intenta hablarme en esa jerga infernal, lo descubriría enseguida! Y como dice el refrán, hombre prevenido vale por dos.

—¡Muy bien, querido amigo! —asintió el desconocido animadamente—. Veo que es usted demasiado astuto y que podría enfrentarse con veinte franceses. Si me concede el honor de acabar esta botella de vino conmigo, brindaré a su salud.

—Es usted muy amable, señor —dijo el señor Jellyband, enjugándose los ojos, que aún desbordaban lágrimas de risa—. Lo haré con muchísimo gusto.

El forastero llenó de vino dos vasos y, tras ofrecer uno al posadero, cogió el otro.

—Por muy ingleses y patriotas que seamos —dijo con la misma sonrisa irónica que jugueteaba en las comisuras de sus delgados labios—, por muy patriotas que seamos, hemos

de reconocer que al menos esto es bueno, aunque sea francés.

—¡Sí, desde luego! Eso no lo puede negar nadie, señor —admitió el posadero.

—A la salud del mejor mesonero de Inglaterra, nuestro honrado anfitrión el señor Jellyband —dijo el forastero en voz muy alta.

—¡Hip, hip, hurra! —replicaron todos los parroquianos.

A continuación todos aplaudieron y golpearon las mesas con jarros y vasos para acompañar las fuertes carcajadas sin motivo concreto y las exclamaciones del señor Jellyband.

—¡Vamos, hombre, como si a mí me pudieran convencer esos extranjeros sinvergüenzas…! Que Dios le bendiga, señor, pero dice usted unas cosas muy raras.

Ante hecho tan palmario, el desconocido asintió de buena gana. No cabía duda de que la posibilidad de que alguien pudiera cambiar la convicción del señor Jellyband, profundamente arraigada, de que los habitantes de todo el continente europeo eran despreciables era una idea completamente absurda.

III - LOS REFUGIADOS

En todos los rincones de Inglaterra había un sentimiento de animadversión hacia los franceses y su forma de actuar. Los contrabandistas y los que comerciaban dentro de la legalidad entre las costas francesas e inglesas traían noticias del otro lado del canal que hacían hervir la sangre de todo inglés honrado, y despertaban en él un deseo de «darles su merecido» a aquellos asesinos que habían encarcelado a su rey y a toda su familia, habían sometido a la reina y a los infantes a infinitos ultrajes y que incluso reclamaban la sangre de toda la familia de los Borbones y de sus partidarios.

La ejecución de la princesa de Lamballe, la encantadora y joven amiga de Marie Antoinette, había llenado de un horror indescriptible a todos los habitantes de Inglaterra, y la ejecución diaria de docenas de monárquicos de buenas familias, cuyo único pecado consistía en llevar un apellido aristocrático, parecían clamar venganza ante la Europa civilizada.

Pero, a pesar de todo, nadie se atrevía a intervenir. Burke había agotado su elocuencia en intentar convencer al gobierno británico de que se enfrentara al gobierno revolucionario de Francia, pero el señor Pitt, con su habitual prudencia, no creía que su país se encontrase en condiciones de embarcarse en otra guerra complicada y costosa. Era Austria la que debía tomar la iniciativa; Austria, cuya hija más hermosa era ya una reina destronada, que

había sido encarcelada e insultada por una turba vociferante; y, sin duda, no era a Inglaterra a quien le correspondía levantarse en armas —esto argumentaba el señor Fox— si un grupo de franceses decidía matar a otro.

En cuanto al señor Jellyband y los que como él pensaban, aunque juzgaban a todos los extranjeros con absoluto desprecio, eran más monárquicos y antirrevolucionarios que nadie, y en aquellos momentos estaban furiosos con Pitt por su precaución y su moderación, aunque, naturalmente, no comprendían las razones diplomáticas que guiaban la política de aquel gran hombre.

Pero de repente, Sally entró corriendo en la habitación, excitada y nerviosa. Los ocupantes del salón no habían oído el ruido del exterior, pero la muchacha había estado observando a un caballo y su jinete que se habían detenido a la puerta de *The Fisherman's Rest*, empapados y, mientras el mozo de cuadra se apresuraba a atender al caballo, la hermosa Sally fue a la puerta para dar la bienvenida al viajero.

—Creo que he visto el caballo de lord Antony en el patio, padre —dijo mientras cruzaba rápidamente el salón.

Pero ya habían abierto la puerta de par en par desde fuera, y al cabo de escasos segundos, un brazo cubierto de tela encerada y chorreando agua rodeaba la cintura de la hermosa Sally, mientras una voz potente resonaba en las vigas enceradas del salón.

—Benditos sean sus ojos pardos por su agudeza, mi hermosa Sally —dijo el hombre que acababa de entrar, mientras el honrado señor Jellyband se precipitaba hacia él con ademán anhelante y ceremonioso, como convenía a la llegada de uno de los huéspedes más apreciados de su establecimiento.

—¡Cielo santo, Sally! —añadió lord Antony al tiempo que depositaba un beso en las lozanas mejillas de la señorita

Sally—. Cada día está más guapa, y a mi honrado amigo Jellyband debe costarle trabajo alejar a los hombres de esa delgada cintura suya. ¿No es así, señor Waite?

El señor Waite, dividido entre el respeto que debía al aristócrata y el desagrado que le producía esta clase de bromas, se limitó a emitir un gruñido nada comprometedor.

Lord Antony Dewhurst, uno de los hijos del duque de Exeter, era en aquella época el tipo perfecto del joven caballero inglés: alto, bien formado, ancho de hombros y de expresión cordial, su risa resonaba allí donde iba. Buen deportista, animado compañero, hombre de mundo, cortés y educado, sin demasiada inteligencia que pudiera echar a perder su carácter jovial, era el personaje favorito de los salones londinenses o de las cantinas de las posadas rurales. En *The Fisherman's Rest* todos le conocían, porque le gustaba ir a Francia y siempre pasaba una noche bajo el techo del honrado Jellyband en el viaje de ida o en el de vuelta.

Saludó con una inclinación de cabeza a Waite, Pitkin y los demás cuando por fin soltó la cintura de Sally, y se dirigió hacia el hogar para calentarse y secarse. Mientras esto hacía, lanzó una mirada rápida y algo recelosa a los dos forasteros, que habían reanudado en silencio la partida de dominó, y durante unos segundos una expresión de profunda inquietud, incluso de angustia, nubló su rostro joven y radiante.

Pero sólo durante unos segundos, enseguida se volvió hacia el señor Hempseed, que se atusaba respetuosamente la barba.

—Bueno, señor Hempseed, ¿qué tal va la fruta?

—Mal, señor, mal —contestó apesadumbrado el señor Hempseed—, pero ¿qué se puede esperar con este gobierno que protege a esos perillanes de franceses, que serían capaces de matar a los de su clase y a toda la nobleza?

—¡Cuánta razón tiene! —exclamó lord Antony—. Claro que serían capaces, mi buen Hempseed, y los que tengan la mala suerte de caer en su poder, ¡adiós! Pero esta noche van a venir aquí unos amigos que han escapado de sus garras.

Cuando el joven pronunció estas palabras, dio la impresión de que lanzaba una mirada desafiante a los silenciosos forasteros del rincón.

—Gracias a usted, señor, y a sus amigos, según he oído decir —dijo el señor Jellyband.

Pero la mano de lord Antony se posó inmediatamente en el brazo de Jellyband, a modo de advertencia.

—¡Silencio! —dijo en tono imperioso, e instintivamente volvió a mirar a los desconocidos.

—¡Ah, no se preocupe por ellos, señor! —replicó Jellyband —. No tema. De no haber sabido que estábamos entre amigos, no hubiera dicho nada. Ese caballero es un súbdito leal del rey George, como usted, señor, mejorando lo presente. Hace poco que ha llegado a Dover, y va a iniciar negocios aquí.

—¿Negocios? A fe mía que será una funeraria, porque puedo asegurarle que jamás había visto un semblante tan lúgubre.

—No, mi señor, es que creo que el caballero es viudo, lo que sin duda explica su expresión melancólica. Pero de todos modos, es un amigo, se lo garantizo. Y tendrá usted que reconocer, mi señor, que nadie puede juzgar mejor las caras que el dueño de una posada conocida…

—Bueno, si estamos entre amigos no hay ningún problema —dijo lord Antony, pues saltaba a la vista que no deseaba discutir el asunto con su anfitrión—. Pero, dígame una cosa. No hay nadie más hospedándose aquí, ¿verdad?

—Nadie, señor, y tampoco va a venir nadie, a no ser…

—¿A no ser qué?

—Estoy seguro de que su señoría no tendrá nada que objetar.

—¿De quién se trata?

—Pues van a venir sir Percy Blakeney y su esposa, pero no se alojarán aquí…

—¿Lord Blakeney? —repitió lord Antony asombrado.

—Así es, señor. El patrón del barco de sir Percy acaba de estar aquí y me ha dicho que el hermano de la señora partirá hoy para Francia en el *Day Dream*, que es el yate de sir Percy, y que su esposa y él le acompañarán hasta aquí para despedirle. No le molesta, ¿verdad, señor?

—No, no me molesta, amigo mío. A mí no me molesta nada, salvo que esa cena no sea lo mejor que pueda preparar la señorita Sally y la mejor que se haya servido nunca en *The Fisherman's Rest*.

—No pase cuidado por eso, señor —replicó Sally, que durante todo este tiempo había estado preparando la mesa para la cena. Y quedó muy alegre e incitante, con un gran ramo de dalias de brillantes colores en el centro, y las resplandecientes copas de peltre y los platos de porcelana azul alrededor.

—¿Cuántos cubiertos pongo, señor?

—Para cinco comensales, hermosa Sally, pero que la comida sea al menos para diez… Nuestros amigos llegarán cansados, y supongo que también hambrientos. Le aseguro que yo solo podría devorar una vaca entera esta noche.

—Creo que ya han llegado —dijo Sally, nerviosa, pues se oía claramente la trápala de caballos y ruedas que se acercaban rápidamente.

En el salón se produjo una gran conmoción. Todos sentían curiosidad por ver a los importantes amigos de sir Antony que venían del otro lado del mar. La señorita Sally lanzó una o dos miradas fugaces al espejito colgado de la pared, y el honrado señor Jellyband salió apresuradamente para ser el

primero en dar la bienvenida a sus distinguidos huéspedes. Los únicos que no participaron en la excitación general fueron los dos forasteros del rincón. Siguieron jugando tranquilamente al dominó, y no miraron ni una sola vez hacia la puerta.

—Adelante, señora condesa, la puerta de la derecha —dijo una voz cordial afuera.

—Efectivamente, ya han llegado —dijo lord Antony alegremente—. Vamos, mi hermosa Sally, a ver con qué rapidez sirves la sopa.

La puerta se abrió de par en par y, precedido por el señor Jellyband, que no cesaba de hacer reverencias y pronunciar frases de bienvenida, entró en el salón un grupo compuesto por cuatro personas, dos damas y dos caballeros.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos a la vieja Inglaterra! —dijo lord Antony efusivamente, dirigiéndose al encuentro de los recién llegados con los brazos extendidos.

—Ah, usted debe ser lord Antony Dewhurst —dijo una de las damas, con marcado acento extranjero.

—Para servirla, madame —replicó lord Antony, y acto seguido besó ceremoniosamente la mano de las dos señoras.

Después se volvió hacia los hombres y les estrechó la mano cálidamente.

Sally ya estaba ayudando a las señoras a quitarse las capas de viaje, y ambas se dirigieron, tiritando, hacia el refulgente fuego.

Todos los parroquianos del salón se movieron. Sally entró apresuradamente en la cocina, mientras que Jellyband, aún deshaciéndose en saludos respetuosos, colocaba unas sillas junto a la chimenea. El señor Hempseed, acariciándose la barba, abandonó el asiento junto al hogar. Todos miraban con curiosidad, aunque con deferencia, a los extranjeros.

—¡Ah, messieurs! ¡No sé qué decir! —exclamó la dama de más edad, tendiendo sus hermosas y aristocráticas manos al

calor de la hoguera y mirando con inexpresable gratitud primero a lord Antony y después a uno de los jóvenes que había acompañado al grupo, y que en ese momento se despojaba de su grueso abrigo con esclavina.

—Únicamente que se alegra de estar en Inglaterra, condesa —replicó lord Antony—, y que no ha sufrido demasiado en esta travesía tan agotadora.

—Claro, claro que nos alegramos de estar en Inglaterra —dijo, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas—, y ya hemos olvidado nuestros padecimientos.

Su voz tenía un tono musical y grave, y el rostro hermoso y aristocrático, con abundantes cabellos de un blanco de nieve peinados muy por encima de la frente, a la moda de la época, reflejaba una gran dignidad y múltiples sufrimientos sobrellevados noblemente.

—Espero que mi amigo, sir Andrew Foulkes, haya sido un compañero de viaje entretenido, madame.

—Ah, desde luego. Sir Andrew es todo amabilidad. ¿Cómo podríamos demostrarles nuestra gratitud mis hijos y yo, messieurs?

Su acompañante, una personilla delicada cuya expresión de cansancio y pena le daba un aire infantil y trágico, aún no había dicho nada; apartó sus ojos, grandes, pardos y llenos de lágrimas, del fuego y buscó los de sir Andrew Foulkes, que se había acercado al hogar y a ella. Al encontrarse con los ojos del hombre, que estaban prendidos con una admiración palpable de aquel dulce rostro, las pálidas mejillas de la muchacha se tiñeron levemente de un color más encendido.

—Así que esto es Inglaterra —dijo, mirando con curiosidad infantil el hogar, las vigas de roble, y a los parroquianos con sus levitas adornadas y sus rostros joviales, rubicundos, británicos.

—Un trocito nada más, mademoiselle —replicó sir Andrew, sonriendo—, pero a su entera disposición.

La muchacha volvió a sonrojarse, pero, en esta ocasión, una brillante sonrisa, dulce y fugaz, iluminó su delicado rostro. No dijo nada, y aunque también sir Andrew guardó silencio, aquellos dos jóvenes se entendieron mutuamente, como ocurre con los jóvenes del mundo entero y como ha ocurrido desde que el mundo es mundo.

—Bueno, ¿y la cena? —intervino lord Antony en el tono jovial de costumbre—. La cena, mi querido Jellyband. ¿Dónde está esa hermosa mocita con la sopera? Venga, buen hombre, que mientras usted contempla a las damas van a desmayarse de hambre.

—¡Un momento! ¡Un momento, señor! —exclamó Jellyband abriendo la puerta que daba a la cocina. Con voz potente gritó—: ¡Sally! ¡Vamos, Sally! ¿Está todo listo, hija?

Sally ya lo tenía todo preparado, y al cabo de unos momentos apareció en el umbral con una sopera gigantesca de la que salía una nube de vapor y un apetitoso y penetrante aroma.

—¡Gracias a Dios! ¡La cena, por fin! —exclamó lord Antony alegremente, mientras ofrecía su brazo a la condesa con galantería.

—¿Me concede el honor? —añadió ceremoniosamente, y a continuación la acompañó hasta la mesa.

En el salón todo era un ir y venir; el señor Hempseed y la mayor parte de los parroquianos se habían retirado para dejar sitio a «la aristocracia» y para terminar de fumar sus pipas en otro lugar. Sólo los dos forasteros se quedaron, en silencio, jugando tranquilamente al dominó y bebiendo vino a pequeños sorbos. En otra mesa, Harry Waite, que estaba poniéndose de mal humor por momentos, observaba a Sally, que trajinaba alrededor de la mesa.

La muchacha era como una personificación sumamente delicada de la vida rural inglesa, y no es de extrañar que el sensible joven francés no pudiera apartar los ojos de aquel hermoso rostro. El vizconde de Tournay era un muchacho imberbe de apenas diecinueve años, en quien las terribles tragedias que tenían por escenario su país natal habían dejado pocas huellas. Iba vestido elegantemente, casi con amaneramiento, y una vez a salvo en Inglaterra, saltaba a la vista que estaba dispuesto a olvidar los horrores de la Revolución entre las delicias de la vida inglesa.

—*Pardieu!* Si esto es Inglaterra —dijo sin dejar de mirar a Sally con aire de satisfacción— he de decir que me complace.

Sería imposible reproducir la exclamación exacta que escapó por entre los dientes apretados del señor Harry Waite. Únicamente por el respeto hacia los nobles y sobre todo hacia lord Antony mantuvo a raya el desagrado que le inspiraba el joven extranjero.

—Pues sí, esto es Inglaterra, joven réprobo —replicó lord Antony riendo—, y le ruego que no introduzca sus laxas costumbres extranjeras en este país tan decente.

Lord Antony ya había ocupado la cabecera de la mesa, con la condesa a su derecha. Jellyband iba de un lado a otro, llenando vasos y enderezando sillas. Sally esperaba para servir la sopa. Los amigos del señor Harry Waite finalmente lograron sacarle de la habitación, pues su talante era cada vez más violento al ver la palpable admiración que el vizconde sentía por Sally.

—Suzanne —ordenó la rígida condesa con severidad.

Suzanne volvió a sonrojarse; había perdido la noción del tiempo y del lugar en que se encontraba mientras se calentaba ante el fuego, permitiendo al apuesto joven inglés que solazase sus ojos en su dulce rostro, y que su mano se posara en la de ella, como al descuido. La voz de su madre la

devolvió a la realidad una vez más, y con un dócil «Sí, mamá», fue a sentarse a la mesa.

IV - LA LIGA DE LA PIMPINELA ESCARLATA

Formaban un grupo animado, incluso feliz, sentados en torno a la mesa: sir Andrew Foulkes y lord Antony Dewhurst, dos típicos caballeros ingleses, apuestos, de buena cuna y buena educación, de aquel año de gracia de 1792, y la condesa francesa con sus dos hijos, que acababan de escapar de terribles peligros y al fin habían encontrado un refugio seguro en las costas de la protectora Inglaterra.

Los dos forasteros del rincón debían haber terminado la partida de ajedrez; uno de ellos se levantó y, de espaldas al alegre grupo, se puso con gran parsimonia el amplio abrigo de triple esclavina. Mientras estaba ocupado en esta tarea, lanzó una mirada rápida a su alrededor. Todos prestaban atención únicamente a reír y charlar, y el forastero murmuró las siguientes palabras: «¡Todos a salvo!». Su compañero, con la prudencia propia de una larga experiencia, se puso de rodillas y al cabo de unos segundos se deslizó sin ruido bajo el banco de roble. A continuación el otro forastero dijo «Buenas noches» en voz alta y abandonó en silencio el salón.

En la mesa, nadie había observado la extraña y sigilosa maniobra, pero cuando el desconocido cerró la puerta del salón, todos suspiraron inconscientemente con alivio.

—¡Al fin solos! —exclamó lord Antony en tono jovial.

El joven vizconde Tournay se levantó, con la copa en la mano, y con la cortesía y afectación propias de la época, la alzó y dijo en un inglés vacilante:

—Brindo por su majestad el rey George III de Inglaterra. Que Dios le bendiga por la hospitalidad que nos brinda a los pobres exiliados franceses.

—¡Por su majestad el rey! —corearon lord Antony y sir Andrew, bebiendo a continuación a la salud del monarca.

—Por su majestad el rey Luis de Francia —añadió sir Andrew, con solemnidad—. Que Dios lo proteja y le conceda la victoria sobre sus enemigos.

Todos se levantaron y bebieron en silencio. El destino del infortunado rey de Francia, prisionero por entonces de su propio pueblo, proyectó una sombra incluso en el apacible semblante del señor Jellyband.

—Y a la salud de monsieur el conde de Tournay de Basserive —dijo lord Antony animadamente—. Por que le demos la bienvenida a Inglaterra dentro de pocos días.

—Ah, monsieur —dijo la condesa, mientras con mano levemente temblorosa se acercaba la copa a los labios—. No me atrevo a tener esperanzas.

Pero sir Antony ya había servido la sopa, y durante los momentos siguientes cesó la conversación, mientras Jellyband y Sally tendían los platos, y todos empezaron a comer.

—¡Créame, madame! —dijo lord Antony al cabo de un rato—. No he hecho este brindis en vano. Al verse a salvo en Inglaterra, junto a mademoiselle Suzanne y mi amigo el vizconde, se sentirá más tranquila respecto a la suerte que correrá monsieur el conde...

—Ah, monsieur —replicó la condesa, con un profundo suspiro—. Confío en Dios, pues lo único que puedo hacer es rezar, y esperar…

—¡Bien, madame! —intervino sir Andrew Foulkes—. Naturalmente que debe confiar en Dios, pero también debe creer un poco en sus amigos ingleses, que han jurado traer al conde a Inglaterra, como les han traído hoy a ustedes.

—Claro que sí, monsieur —dijo la condesa—. Tengo absoluta confianza en usted y en sus amigos. Le aseguro que su fama se ha extendido por toda Francia. Que varios amigos míos hayan escapado de las garras de ese terrible tribunal revolucionario es poco menos que un milagro… Y todo gracias a usted y a sus amigos…

—Nosotros sólo hemos sido simples instrumentos, señora condesa…

—Pero, monsieur, mi marido —prosiguió la condesa, mientras las lágrimas contenidas velaban su voz—, se encuentra en una situación tan peligrosa… No lo hubiera dejado, pero… ha sido por mis hijos… Estaba dividida entre mi deber hacia él y hacia mis hijos. Ellos se negaron a venir sin mí… y usted y sus amigos me juraron solemnemente que mi marido estaría a salvo. Pero ahora que estoy aquí, entre todos ustedes, en esta Inglaterra tan hermosa y libre… pienso en él, teniendo que huir para salvar la vida, acosado como un pobre animal… pasando por peligros tan terribles… ¡Ah! No debería haberlo dejado… ¡No debería haberlo dejado!

La pobre mujer se desmoronó por completo; el cansancio, la aflicción y la emoción se adueñaron de su porte rígido y aristocrático. Lloraba en silencio, y Suzanne corrió hacia ella e intentó secar sus lágrimas con besos.

Lord Antony y sir Andrew no interrumpieron a la condesa mientras hablaba. No cabía duda de que le profesaban un profundo afecto; su silencio así lo testimoniaba, pero, desde siempre, desde que Inglaterra es lo que es, el inglés se siente un poco avergonzado de sus emociones y sentimientos de simpatía. Por eso, los dos jóvenes no dijeron

nada y se empeñaron en disimular sus sentimientos, pero sólo consiguieron adoptar una expresión de inconmensurable timidez.

—Por lo que a mí respecta, monsieur —intervino de repente Suzanne, mirando a sir Andrew por entre sus abundantes rizos castaños—, confío plenamente en usted, y sé que traerá a mi querido padre a Inglaterra como nos ha traído a nosotros.

Pronunció estas palabras con tal confianza, con tal esperanza, que los ojos de su madre se secaron como por arte de magia, y una sonrisa asomó a los labios de todos.

—¡Me avergüenza usted, mademoiselle! —replicó sir Andrew—. Aunque mi vida está a su disposición, yo no he sido más que un humilde instrumento en manos de nuestro jefe, que organizó y llevó a cabo su fuga.

Habló con tal vehemencia y calor que los ojos de Suzanne se clavaron en él con mal disimulada sorpresa.

—¿Su jefe, monsieur? —repitió asombrada la condesa—. ¡Ah, claro! Es normal que tengan un jefe, pero no se me había ocurrido. Pero, dígame, ¿dónde está? Quisiera verle inmediatamente, y mis hijos y yo nos arrojaríamos a sus pies para agradecerle cuanto ha hecho por nosotros.

—¡Ay, eso es imposible, madame! —dijo lord Antony.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Porque Pimpinela Escarlata actúa en la sombra y sólo sus más inmediatos colaboradores conocen su identidad tras jurar solemnemente mantenerla en secreto.

—¿Pimpinela Escarlata? —dijo Suzanne, riendo alegremente—. ¡Qué nombre tan curioso! ¿Qué es Pimpinela Escarlata, monsieur?

Miró a sir Andrew con anhelante curiosidad. El rostro del joven se había transfigurado. Sus ojos brillaban de entusiasmo; su cara literalmente irradiaba adoración, cariño y admiración hacia su jefe.

—Mademoiselle, la Pimpinela Escarlata —respondió al fin—, es el nombre de una humilde flor silvestre inglesa; pero también es el nombre bajo el que se oculta la identidad del hombre más bueno y más valiente del mundo, para poder realizar más fácilmente la noble tarea que se ha impuesto.

—Ah, sí —intervino el joven vizconde—. He oído hablar de Pimpinela Escarlata. Es una florecilla… ¿roja? ¡Sí, eso es! En París dicen que cada vez que un monárquico huye a Inglaterra, ese monstruo, Fouquier-Tinville, el acusador público, recibe una nota con esa florecilla dibujada en rojo… ¿Sí?

—Sí, efectivamente —asintió lord Antony.

—Entonces, hoy habrá recibido una de esas notas…

—Sin duda.

—¡Ah! ¡Me gustaría saber qué dirá Tinville! —exclamó Suzanne alegremente—. He oído decir que esa florecilla roja es lo único que le asusta.

—Pues, en ese caso —dijo sir Andrew—, tendrá muchas más ocasiones de examinarla.

—¡Ah, monsieur! —suspiró la condesa—. Todo esto parece una novela, y no la entiendo.

—¿Y por qué habría de entenderla, madame?

—Pero, dígame, ¿por qué su jefe —y todos ustedes— gasta su dinero y arriesga su vida, porque eso es lo que ustedes arriesgaron, messieurs, al ir a Francia, por unos hombres y mujeres franceses que no significan nada para ustedes?

—Por deporte, madame la condesa, por deporte —aseguró lord Antony con su habitual tono de voz potente y jovial—. Verá, es que nosotros somos una nación de deportistas, y en estos momentos está de moda arrancar la liebre de los dientes del podenco.

—Ah, no, no. No puede ser sólo por deporte, monsieur… Estoy segura de que tienen una motivación más noble para

hacer esta buena obra.

—Entonces, madame, me gustaría que usted la descubriera. Yo le aseguro que me encanta este juego, pues es el mejor deporte que he conocido hasta ahora. Eso de escapar por un pelo… ¡los riesgos del mismísimo diablo! ¡Adelante! ¡A por ellos!

Pero la condesa movió la cabeza con incredulidad. Se le antojaba ridículo que aquellos hombres y su jefe, todos ellos ricos, probablemente de buena cuna, tan jóvenes, se enfrentaran a los terribles peligros que la condesa sabía que corrían constantemente sólo por deporte. En cuanto ponían el pie en Francia, su nacionalidad no les servía de salvaguardia. Cualquiera que fuera sorprendido protegiendo o prestando ayuda a supuestos monárquicos era inevitablemente condenado a la pena capital, cualquiera que fuese su nacionalidad. Y, por lo que sabía la condesa, aquella banda de jóvenes ingleses había desafiado al tribunal de los revolucionarios, implacable y sediento de sangre, dentro de los propios muros de la ciudad de París, y le había arrebatado a las víctimas condenadas al pie mismo de la guillotina. Con un estremecimiento, recordó los acontecimientos de los últimos días, la huida de París con sus dos hijos, los tres escondidos bajo el techo de un carro bamboleante, entre un montón de coles y nabos, sin atreverse a respirar, mientras la muchedumbre aullaba: «*A la lanterne les aristos!*», en aquella terrible barricada del Oeste.

Todo había sucedido de una forma casi milagrosa: su marido y ella se habían enterado de que se encontraban en las listas de «personas sospechosas», lo que significaba que los juzgarían y condenarían a muerte en cuestión de días, quizá de horas.

Pero de pronto concibieron una esperanza de salvación; la misteriosa carta, firmada con el enigmático dibujo

escarlata; las instrucciones claras y precisas; la separación del conde de Tournay, que había destrozado el corazón de la pobre esposa; la esperanza de volver a verse; la huida con sus dos hijos; el carro cubierto; aquella vieja espantosa que lo conducía, parecida a un demonio, con el lúgubre trofeo en el mango del látigo…

La condesa paseó la mirada por aquella posada inglesa, pintoresca y antigua, con la paz de aquella tierra de libertad religiosa y civil, y cerró los ojos para ahuyentar la obsesiva visión de la barricada del Oeste y de la muchedumbre retirándose presa del pánico cuando la vieja bruja pronunció la palabra «peste».

Mientras iba en el carro, a cada instante esperaba que la reconocieran, la arrestaran y que tanto sus hijos como ella fueran juzgados y condenados, y aquellos jóvenes ingleses, bajo la guía de su valiente y misterioso jefe, habían arriesgado la vida para salvarlos a ellos, como ya habían salvado a docenas de personas inocentes.

¿Y todo únicamente por deporte? ¡Imposible! Los ojos de Suzanne, que buscaban los de sir Andrew, le decían bien a las claras que pensaba que al menos él rescataba a sus semejantes de una muerte terrible que no merecían movido por una motivación más elevada y más noble que lo que quería hacerle creer.

—¿Con cuántas personas cuenta su valiente grupo, monsieur? —preguntó tímidamente.

—Veinte en total, mademoiselle —contestó—. Uno que da las órdenes y diecinueve que obedecen. Todos somos ingleses, y todos somos fieles a la misma causa: obedecer a nuestro jefe y salvar al inocente.

—Que Dios les proteja a todos, messieurs —dijo la condesa fervientemente.

—Hasta ahora lo ha hecho, madame.

—Me parece prodigioso, ¡prodigioso!, que sean ustedes tan valientes, que estén tan entregados a su prójimo… ¡siendo ingleses! En Francia, la traición acecha por todas partes, en nombre de la libertad y la fraternidad.

—En Francia, las mujeres han sido aún más crueles con nosotros, los aristócratas, que los hombres —dijo en vizconde, suspirando.

—Sí, es cierto —añadió la condesa, y una expresión de arrogante desdén y profunda amargura pasó por sus ojos melancólicos—. Por ejemplo, esa mujer, Marguerite St. Just. Denunció al marqués de St. Cyr y a toda su familia al tribunal del Terror.

—¿Marguerite St. Just? —repitió lord Antony, dirigiendo una mirada rápida y nerviosa a sir Andrew—. ¿Marguerite St. Just? Sin duda…

—¡Sí! —le interrumpió la condesa—. Sin duda ustedes la conocen. Era una actriz destacada de la *Comédie Française*, y hace poco se casó con un inglés. Tienen que conocerla…

—¿Conocerla? —repitió lord Antony—. ¿Que si conocemos a lady Blakeney… la mujer más famosa de Londres, la esposa del hombre más rico de Inglaterra? Naturalmente; todos conocemos a lady Blakeney.

—Fue compañera mía en el convento de París —explicó Suzanne—, y vinimos juntas a Inglaterra a aprender su idioma. Le tenía mucho cariño a Marguerite, y no puedo creer que hiciera una cosa tan vil.

—Francamente, parece increíble —dijo sir Andrew—. ¿Dice usted que denunció al marqués de St. Cyr? ¿Por qué habría de hacer semejante cosa? No cabe duda de que se trata de un error…

—No hay error posible, monsieur —replicó la condesa con frialdad—. El hermano de Marguerite St. Just es un conocido republicano. Al parecer, hubo una disputa familiar entre mi primo, el marqués de St. Cyr, y él. Los St. Just son en

realidad plebeyos, y el gobierno republicano tiene muchos espías. Le aseguro que no hay ningún error... ¿No ha oído esta historia?

—A decir verdad, madame, he oído ciertos rumores, pero en Inglaterra nadie los cree... Sir Percy Blakeney, su marido, es un hombre muy acaudalado, con una elevada posición social, amigo íntimo del príncipe de Gales... y lady Blakeney es quien arbitra la moda y la alta sociedad de Londres.

—Es posible, monsieur, y, naturalmente, nosotros llevaremos una vida muy tranquila en Inglaterra, pero ruego a Dios que mientras esté en este hermoso país no me encuentre a Marguerite St. Just.

Pareció como si un jarro de agua fría cayera sobre el alegre grupo reunido en torno a la mesa.

Suzanne estaba triste, en silencio. Sir Andrew jugueteaba nervioso con su tenedor, y la condesa, encerrada en la armadura de sus prejuicios aristocráticos, estaba rígida, inflexible, en su silla de respaldo recto. En cuanto a lord Antony, parecía sumamente incómodo, y miró un par de veces con recelo a Jellyband, que parecía igualmente incómodo.

—¿A qué hora espera a sir Percy y lady Blakeney? —se las ingenió para susurrarle al posadero sin que nadie se diera cuenta.

—Llegarán de un momento a otro, señor —respondió Jellyband también en un susurro.

Mientras pronunciaba estas palabras, se oyó a lo lejos el retumbar de un carruaje; el ruido fue aumentando, se oyeron claramente dos gritos, la trápala de los cascos de los caballos en el desigual empedrado, y al cabo de unos segundos un mozo de cuadra abrió la puerta del salón y entró precipitadamente.

—¡Sir Percy Blakeney y su esposa! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Acaban de llegar!

Y entre gritos, tintinear de arneses y cascos de hierro resonando sobre las piedras, un coche magnífico, tirado por cuatro bayos soberbios, se detuvo en el porche de *The Fisherman’s Rest*.

V - MARGUERITE

Transcurridos unos momentos, el tranquilo salón con vigas de roble de la posada fue escenario de una confusión y un desasosiego indescriptibles. Cuando el mozo de cuadra anunció la llegada de los huéspedes, lord Antony, soltando un juramento muy en boga por aquellos días, se levantó de su asiento de un salto y se puso a dar órdenes confusas al pobre Jellyband que, aturdido, no sabía qué hacer.

—¡Por lo que más quiera, buen hombre —le amonestó su señoría—, intente distraer a lady Blakeney hablando afuera unos momentos mientras se retiran las señoras! ¡Maldición! —exclamó, y añadió otro juramento aún más enfático—. ¡Qué mala suerte!

—¡Deprisa, Sally! ¡Las velas! —gritó Jellyband, corriendo de aquí para allá, ora brincando sobre una pierna, ora sobre la otra, contribuyendo a aumentar el nerviosismo reinante.

También la condesa se había puesto de pie; erguida, rígida, trataba de disimular su excitación bajo una decorosa *sang-froid*, repitiendo mecánicamente:

—¡No quiero verla! ¡No quiero verla!

Afuera, la confusión que había desencadenado la llegada de tan importantes huéspedes crecía sin cesar.

«¡Buen día, sir Percy! ¡Buen día, su señoría! ¡A su disposición, sir Percy!», se oía entonar a un coro ininterrumpido en el que se intercalaban, con tono más débil, frases como: «¡Una caridad para este pobre ciego, señora y caballero!».

De repente, en medio del estruendo se oyó una voz singularmente dulce.

—Dejen a ese pobre hombre, y que le den de comer. Yo corro con los gastos.

La voz era grave y musical, con un timbre ligeramente cantarín y un leve *soupçon* de acento extranjero en la pronunciación de las consonantes.

Al oírla, todos los que estaban en el salón guardaron silencio y se quedaron escuchando involuntariamente unos momentos. Sally se detuvo con las velas ante la puerta que daba a los dormitorios del piso de arriba, y la condesa se retiró apresuradamente ante la aparición de aquella enemiga que poseía una voz tan dulce y musical; Suzanne se disponía a seguir a su madre de mala gana, y lanzaba miradas de pesar hacia la puerta de entrada, en la que esperaba ver a su antigua y querida compañera de colegio.

Jellyband abrió la puerta, aún con la absurda y vana esperanza de evitar la catástrofe que flotaba en el aire, y la misma voz grave y musical dijo con una alegre risa y un tono de consternación burlona:

—¡Brrr! ¡Me he puesto como una sopa! *Dieu!* ¿Han visto ustedes qué clima más odioso?

—Suzanne, ven conmigo inmediatamente. Te lo ordeno —dijo la condesa imperiosamente.

—¡Oh! ¡Mamá! —exclamó Suzanne, suplicante.

—¡Mi señora… esto… mi señora! —tartamudeó Jellyband, que trataba de cortarle el paso a lady Blakeney torpemente.

—Pardieu, buen hombre —dijo lady Blakeney, un poco impaciente—, ¿por qué se pone usted en medio, saltando a la pata coja como una cigüeña? Deje que me acerque al fuego. Voy a morirme de frío.

Empujó suavemente al posadero y entró en el salón.

Existen muchos retratos y miniaturas de Marguerite St. Just —lady Blakeney, como se llamaba en aquella época—,

pero dudo que ninguno de ellos haga justicia a su singular belleza. De estatura superior a la media, figura magnífica y porte regio, no es de extrañar que incluso la condesa se detuviera involuntariamente unos segundos para admirarla antes de volver la espalda a tan fascinante aparición.

Por entonces, Marguerite St. Just contaba apenas veinticinco años, y su belleza se encontraba en todo su esplendor. El gran sombrero, con sus plumas ondeantes, arrojaba una suave sombra sobre la frente clásica con una aureola de pelo rojizo, libre de polvo en esos momentos; la dulce boca infantil, la nariz recta, como cincelada, la barbilla redonda y el delicado cuello, todo ello parecía realzado por los pintorescos ropajes de la época. El traje de terciopelo, de un azul intenso, moldeaba el grácil contorno de su figura, y una manita minúscula sujetaba con dignidad el largo bastón adornado con un gran manojo de cintas que se había puesto de moda recientemente entre las damas de la alta sociedad.

Con una rápida ojeada a la habitación Marguerite Blakeney reconoció a cuantos había en ella. Hizo una cortés inclinación de cabeza a sir Andrew Foulkes, y le tendió la mano a sir Antony.

—¡Hola, lord Tony! ¡Vaya! ¿Qué hace usted aquí, en Dover? —le preguntó cordialmente.

Sin esperar la respuesta, se volvió hacia la condesa y Suzanne. Su rostro se iluminó, pareciendo aún más radiante, al tender ambos brazos hacia la muchacha.

—¡Pero si es mi pequeña Suzanne! Pardieu, querida ciudadana, ¿cómo es que estás en Inglaterra? ¡Y con madame!

Se acercó efusivamente a ambas, sin el menor indicio de azoramiento ni en sus ademanes ni en su sonrisa. Lord Tony y sir Andrew contemplaban la escena preocupados y anhelantes. A pesar de ser ingleses, habían estado varias veces en Francia, y habían tratado lo suficiente con los

franceses como para saber que la rancia noblesse de ese país albergaba un desprecio infinito y un odio mortal hacia todos aquellos que habían contribuido a su caída. Armand St. Just, el hermano de la hermosa lady Blakeney, aunque de ideas moderadas y conciliadoras, era un ferviente republicano, y su disputa con la antigua familia de los St. Cyr —cuyos detalles no conocía ningún extraño— habían culminado en la caída y casi total extinción de esta última. En Francia habían triunfado St. Just y los suyos, y en Inglaterra, cara a cara con aquellos tres refugiados que habían sido expulsados de su país, que habían escapado para salvar la vida y habían sido despojados de todo cuanto le habían proporcionado largos siglos de lujo, se encontraba un vástago representativo de aquellas mismas familias republicanas que habían depuesto a un rey y habían desarraigado a una aristocracia cuyo origen se perdía en la niebla y la lejanía de los siglos pasados.

Estaba ante ellos, con toda la insolencia inconsciente de la belleza, ofreciéndoles su delicada mano, como si con ese gesto pudiera solucionar el conflicto y el derramamiento de sangre de la última década.

—Suzanne, te prohíbo que hables con esa mujer —dijo la condesa severamente, poniendo una mano represora en el brazo de su hija.

Pronunció estas palabras en inglés, para que todos las oyeran y las comprendieran, los dos caballeros ingleses y el mesonero y su hija, gentes plebeyas. Sally sofocó una exclamación de espanto ante la insolencia de la extranjera, ante aquella desvergüenza para con su señoría, que era inglesa, puesto que era la esposa de sir Percy y, además, amiga del príncipe de Gales.

En cuanto a lord Antony y sir Andrew, casi se les paró el corazón de horror ante aquella afrenta gratuita. Uno de ellos soltó una exclamación de súplica; el otro de admonición, y

ambos miraron instintiva y rápidamente hacia la puerta, en la que ya se oía una voz pesada y lenta, aunque no desagradable.

Las únicas que no mostraron turbación de entre los allí presentes fueron Marguerite Blakeney y la condesa de Tournay. Esta, rígida, erguida y desafiante, aún con la mano sobre el brazo de su hija, parecía la personificación del orgullo más indomeñable. Durante unos segundos el dulce rostro de Marguerite se puso tan blanco como el suave encaje que rodeaba su cuello, y un observador muy avisado quizá hubiese notado que la mano con que sujetaba el largo bastón adornado con cintas estaba agarrotada y ligeramente temblorosa.

Pero aquello sólo duró unos segundos; enseguida se alzaron levemente las delicadas cejas, los labios se curvaron sarcásticamente, los ojos, azul claro, se clavaron en la rígida condesa, y con un leve encogimiento de hombros…

—¡Vaya, vaya, ciudadana! —dijo en tono desenfadado—. ¿Se puede saber qué mosca le ha picado?

—Ahora estamos en Inglaterra, madame —replicó la condesa fríamente—, y soy libre de prohibir a mi hija que le estreche la mano amistosamente. Vamos, Suzanne.

Hizo una seña a su hija, y sin volver a mirar a Marguerite Blakeney, pero haciendo una profunda reverencia a la vieja usanza a los dos jóvenes, abandonó la habitación con paso majestuoso.

En el salón de la posada se hizo el silencio durante unos momentos, mientras el frufrú de las faldas de la condesa se desvanecía por el pasillo. Marguerite, rígida como una estatua, siguió con mirada glacial a la erguida figura hasta que desapareció tras el umbral, pero cuando la pequeña Suzanne se disponía a seguir a su madre, humilde y obediente, se borró la dureza del rostro de lady Blakeney y

en sus ojos se posó una expresión afligida, casi patética e infantil.

La pequeña Suzanne vio aquella expresión; el carácter dulce de la niña salió al encuentro de la hermosa mujer, apenas un poco mayor que ella; la obediencia filial dio paso a la simpatía juvenil, y al llegar a la puerta, se dio la vuelta, corrió hasta Marguerite, y abrazándola, la besó efusivamente, y a continuación fue en pos de su madre, con Sally a la zaga, mientras una amable sonrisa le formaba hoyuelos en el rostro y hacía una última reverencia a lady Blakeney.

El gesto de delicadeza de Suzanne rompió la desagradable tensión reinante. Sir Andrew siguió su bonita figura con los ojos hasta que se perdió de vista, y después se encontró con los de Marguerite, con una expresión de regocijo.

Marguerite, con remilgada afectación, hizo un ademán como de besar la mano a las damas cuando éstas traspasaron el umbral, y una sonrisa festiva asomó a las comisuras de sus labios.

—¡Bueno, ya está! —dijo desenfadadamente—. ¡Dios mío! Sir Andrew, ¿ha visto usted qué persona tan desagradable? Espero que cuando me haga vieja no sea así.

Se recogió las faldas, y adoptando un aire majestuoso, se dirigió muy digna hacia la chimenea.

—Suzanne —dijo, imitando la voz de la condesa—. ¡Te prohíbo que hables con esa mujer!

La carcajada que siguió a aquella broma sonó un poco forzada, pero ni sir Andrew ni lord Antony eran observadores demasiado perspicaces. La imitación fue tan perfecta, el tono de voz tan fielmente reproducido, que los dos jóvenes exclamaron al unísono, entusiasmados: «¡Bravo!».

—¡Ah, lady Blakeney! —añadió lord Tony—, cómo deben echarla de menos en la Comédie Française, y cómo deben

odiar los parisinos a sir Percy por habérsela llevado de allí.

—Ni hablar —replicó Marguerite, encogiendo sus gráciles hombros—. Es imposible odiar a sir Percy por nada. Es tan ingenioso que desarmaría a la mismísima condesa.

El joven vizconde, que no había seguido el ejemplo de su madre y de su digna retirada, se adelantó un paso, dispuesto a defender a la condesa si lady Blakeney volvía a burlarse de ella, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra de protesta, afuera se oyó una risa simpática pero inequívocamente necia, y al cabo de unos segundos apareció en el umbral una figura de una estatura inusual y elegantemente vestida.

VI - UN EXQUISITO DE 1792

Como cuentan las crónicas de la época, en el año de gracia de 1792, a sir Percy Blakeney aún le faltaban uno o dos para cumplir los treinta. Más alto que la media, aun para ser inglés, ancho de hombros y de proporciones gigantescas, se hubiera podido calificar de extraordinariamente apuesto de no haber sido por cierta expresión de vaguedad en sus ojos hundidos y la continua risa necia que parecía desfigurar su boca firme y bien dibujada.

Hacía casi un año que sir Percy Blakeney, uno de los hombres más ricos de Inglaterra, árbitro de todas las modas, y amigo íntimo del príncipe de Gales, había sorprendido a la alta sociedad de Londres y Bath regresando a su país tras uno de sus viajes por el extranjero casado con una mujer hermosa, inteligente y francesa. Sir Percy, el más aburrido y soporífero, el más británico de los británicos capaz de hacer bostezar a una mujer guapa, había ganado un brillante premio matrimonial para el cual, según afirman los cronistas, había habido múltiples competidores.

Marguerite St. Just había hecho su entrada en los círculos artísticos de París en el preciso momento en que tenía lugar el mayor levantamiento social que jamás ha conocido el mundo. Con apenas dieciocho años, generosamente dotada por la naturaleza de belleza y talento, y con la única compañía de un hermano joven que la adoraba, al poco tiempo reunía en su encantador piso de la Rue Richelieu un grupo tan brillante como exclusivo, es decir, exclusivo sólo

desde cierto punto de vista. Marguerite St. Just era republicana por principios y convicción —su lema era igualdad de nacimiento—; para ella, la desigualdad de fortuna era un simple accidente de la adversidad, y la única desigualdad que admitía era la del talento. «El dinero y los títulos pueden ser hereditarios», decía, «pero la inteligencia no», y así, su salón estaba reservado a la originalidad y el intelecto, la brillantez y el ingenio, a los hombres inteligentes y las mujeres con talento, y al poco tiempo, ser admitido en él empezó a considerarse en el mundo intelectual —que aun en aquellos tiempos de confusión giraba en torno a París— el sello de cualquier carrera artística.

Hombres inteligentes, distinguidos, e incluso hombres de elevada posición, formaban una corte selecta alrededor de la fascinante y joven actriz de la Comédie Française, y ella se deslizaba por el París republicano, revolucionario y sediento de sangre como un cometa radiante cuya cola estaba formada por lo más exquisito y lo más interesante de la Europa intelectual.

Y de repente ocurrió lo inesperado. Algunas personas sonrieron con indulgencia y lo calificaron de extravagancia artística; otras lo consideraron una decisión prudente, en vista de los múltiples acontecimientos que se precipitaban en París en aquellos días; pero el verdadero motivo de aquel clímax siguió siendo un misterio y un rompecabezas para todos. Sea como fuere, un buen día Marguerite St. Just se casó con sir Percy Blakeney, así, por las buenas, sin *soiré de contrat, diner de fiançailles* ni ninguno de los accesorios de las bodas francesas al uso.

Nadie se podía explicar cómo aquel inglés estúpido y aburrido había logrado ser admitido en el seno del círculo intelectual que giraba en torno a «la mujer más inteligente de Europa», como la llamaban unánimemente sus amigos…

Una llave de oro abre todas las puertas, dice el refrán al que recurrían los maliciosos.

En fin; se casó con él, y «la mujer más inteligente de Europa» unió su destino al de aquel «maldito imbécil» de Blakeney, y ni siquiera los amigos más íntimos de Marguerite pudieron atribuir el extraño paso que había dado a otra causa que no fuera una extravagancia en grado sumo. Las personas que la conocían bien se reían burlonamente ante la idea de que Marguerite St. Just se hubiera casado con un idiota por las ventajas sociales que pudiera reportarle. Sabían a ciencia cierta que a Marguerite St. Just no le importaba el dinero, y aún menos los títulos; además, había al menos media docena de hombres en el mundo cosmopolita en que vivía de tan buena cuna como Blakeney, si no tan acaudalados, que hubieran sido felices de dar a Marguerite St. Just la posición que ella hubiera deseado.

En cuanto a sir Percy, todo el mundo opinaba que no estaba en absoluto preparado para desempeñar el difícil papel que había asumido. Al parecer, las únicas prendas que poseía para esta tarea consistían en una adoración ciega por Marguerite, sus inmensas riquezas y la gran aceptación de que gozaba en la corte inglesa; pero la sociedad londinense pensaba que, teniendo en cuenta sus limitaciones intelectuales, hubiera actuado más sensatamente otorgando estos privilegios sociales a una mujer menos brillante e ingeniosa.

Aunque últimamente era un personaje muy destacado en la alta sociedad inglesa, había pasado la mayor parte de sus primeros años de vida en el extranjero. Su padre, el difunto sir Algernon Blakeney, había tenido la terrible desgracia de ver cómo su joven esposa, a la que idolatraba, se volvía irremediablemente loca tras dos años de feliz matrimonio. Percy nació precisamente cuando la difunta lady Blakeney cayó víctima de la terrible enfermedad que en aquella época

se consideraba incurable y poco menos que una maldición divina para toda la familia. Sir Algernon se llevó a su esposa enferma al extranjero, y allí debió educarse Percy, creciendo entre una madre idiota y un padre distraído, hasta que alcanzó la mayoría de edad. La muerte de sus padres, que tuvo lugar con escaso intervalo de tiempo entre uno y otro, lo convirtió en un hombre libre, y como sir Algernon se había visto obligado a llevar una vida sencilla y retirada, la cuantiosa fortuna familiar se había multiplicado por diez.

Sir Percy Blakeney había viajado mucho por el extranjero antes de llevar a su país a su joven y hermosa esposa francesa. Los círculos más selectos de la época los recibieron a ambos con los brazos abiertos, sin el menor reparo. Sir Percy era rico, su esposa encantadora, y el príncipe de Gales les tomó gran cariño. Al cabo de seis meses, se les consideraba árbitros de la moda y la elegancia. Las chaquetas de sir Percy estaban en boca de todos, se repetían sus necedades, la juventud dorada de Almack's o el paseo del Mall imitaba su risa tonta. Todos sabían que era irremediablemente estúpido, pero no era de extrañar, teniendo en cuenta que todos los Blakeney eran célebres por su torpeza desde varias generaciones atrás, y que la madre de sir Percy había muerto loca.

La buena sociedad le aceptaba, le mimaba, le tenía en gran estima, pues sus caballos eran los mejores del país, y sus fiestas y vinos los más celebrados. Con respecto a su matrimonio con «la mujer más inteligente de Europa»… Bueno, lo inevitable llegó con pasos rápidos y seguros. Nadie sintió lástima de él, pues él mismo se había buscado su suerte. En Inglaterra había gran número de damas jóvenes, de elevado rango y notable belleza, que hubieran contribuido de buena gana a gastar la fortuna de los Blakeney y que hubieran sonreído indulgentemente ante las necedades y las estupideces bien intencionadas de sir Percy.

Además, nadie sintió lástima de Blakeney porque, al parecer, no la necesitaba: parecía muy orgulloso de su inteligente esposa, y le importaba poco que ella no se tomara la menor molestia por ocultar el benévolo desprecio que a todas luces le inspiraba, y que incluso se divirtiera aguzando su ingenio a costa de su marido.

Pero Blakeney era demasiado estúpido para darse cuenta del ridículo en que le ponía su brillante esposa, y si las relaciones conyugales con la fascinante joven parisina no habían resultado como deseaban sus esperanzas y su adoración perruna, la sociedad sólo podía hacer conjeturas sobre el tema.

En su hermosa casa de Richmond desempeñaba un papel secundario frente a su esposa con una *bonhomie* imperturbable; la rodeaba literalmente de lujo y joyas, que ella aceptaba con una gracia inimitable, ofreciendo la hospitalidad de su soberbia mansión con la misma gentileza con que recibía al grupo de intelectuales de París.

No se podía negar que sir Percy Blakeney era apuesto, con la salvedad de aquella expresión de vaguedad y aburrimiento habitual en él. Iba siempre impecablemente vestido y seguía las exageradas modas «Incroyable» de París que acababan de llegar a Inglaterra, con el perfecto buen gusto que caracteriza al caballero inglés. Aquella tarde de septiembre, a pesar del largo viaje en carruaje, a pesar de la lluvia y el barro, llevaba el abrigo elegantemente ajustado a los hombros, sus manos parecían casi femeninas de puro blancas, asomando bajo los ondulantes volantes del mejor encaje; la chaqueta de satén extravagantemente corta, a la altura de la cintura, el chaleco de anchas solapas y los calzones de rayas muy ajustados realzaban su gigantesca figura y, en reposo, aquel magnífico ejemplar de virilidad inglesa despertaba admiración hasta que sus gestos

amanerados, sus movimientos afectados y aquella risa necia que jamás abandonaba sus labios la destruían.

Entró en el antiguo salón de la posada con aire indolente, sacudiéndose el agua de su bonito abrigo; después, colocándose un monóculo con montura de oro en su perezoso ojo azul, observó a los allí presentes, sobre los que bruscamente había descendido un silencio embarazoso.

—¿Qué tal, Tony? ¿Qué tal, Foulkes? —dijo al reconocer a los dos jóvenes, estrechándoles las manos a continuación—. ¡Qué barbaridad! —añadió, conteniendo un ligero bostezo—. ¿Han visto qué día tan asqueroso? ¡Qué maldito clima éste!

Con una risita afectada, mitad de turbación y mitad de sarcasmo, Marguerite se volvió hacia su marido y se puso a examinarlo de pies a cabeza, con un destello de burla en sus alegres ojos.

—¡Pero bueno! —exclamó sir Percy, tras unos segundos de silencio, al ver que nadie decía nada—. Qué calladitos están todos… ¿Es que ocurre algo?

—Oh, nada, sir Percy —replicó Marguerite, con cierto desenfado que, no obstante, sonó un poco forzado—. Nada que pueda perturbarle… Solamente que han insultado a su esposa.

Sin duda, la intención de la carcajada con que acompañó este comentario era asegurar a sir Percy que el incidente revestía cierta gravedad, y debió surtir efecto, pues, imitando la risa de su mujer, sir Percy dijo plácidamente:

—No es posible, querida mía. ¿Quién ha osado molestarla? ¿Eh?

Lord Tony quiso intervenir, pero no le dio tiempo a hacerlo, pues el joven vizconde ya se había adelantado hacia sir Percy.

—Monsieur —dijo, preludiando su discurso con una aparatosa reverencia y hablando en un inglés algo atropellado—, mi madre, la condesa de Tournay de

Basserive, ha ofendido a madame quien, según veo, es su esposa. No puedo pedirle excusas en nombre de mi madre. A mi entender, obra correctamente, pero estoy dispuesto a ofrecerle la reparación habitual entre hombres de honor.

El joven irguió su pequeña figura en toda su estatura, exaltado, orgulloso y acalorado, mirando fijamente aquel metro ochenta y pico de magnificencia representados por sir Percy Blakeney.

—¡Mire, sir Andrew! —dijo Marguerite, con una de sus carcajadas alegres y contagiosas—. Mire qué cuadro: el pavo inglés y el gallito francés.

La comparación era perfecta, y el pavo inglés contempló perplejo al delicado gallito francés, que le rondaba con aire amenazador.

—Pero, buen señor —dijo al fin sir Percy, volviendo a colocarse el monóculo y observando al joven francés con asombro ilimitado—, ¿se puede saber dónde demonios ha aprendido usted inglés?

—¡Monsieur!

El vizconde se sintió profundamente humillado por la forma en que aquel inglés gigantesco se tomaba su actitud belicosa.

—¡Es fantástico! —prosiguió sir Percy, imperturbable—. ¡Sencillamente fantástico! ¿No le parece, Tony, eh? Juro que yo no sé hablar la jerga francesa así de bien.

—¡Desde luego que no! Puedo garantizarlo —dijo Marguerite—. Sir Percy tiene tal acento británico que podría cortarse con un cuchillo.

—Monsieur —terció el vizconde, nervioso y en un inglés aún más atropellado—, me temo que no me ha entendido. Le ofrezco la única reparación posible entre caballeros.

—¿Y qué diablos es eso? —preguntó sir Percy dulcemente.

—Mi espada, monsieur —contestó el vizconde, que, aunque seguía perplejo, empezaba a perder la paciencia.

—Usted es deportista, lord Tony —dijo Marguerite alegremente—. Apuesto uno contra diez por el gallito.

Pero sir Percy miró distraídamente al vizconde unos momentos con los pesados párpados entornados; después contuvo otro bostezo, estiró sus largos miembros y se dio la vuelta tranquilamente.

—Es usted muy amable, señor —murmuró despreocupadamente—, pero ¿me quiere explicar para qué demonios me va a servir su espada?

Con lo que el vizconde pensó y sintió en aquel momento en que el inglés de largas piernas le trató con tan extraordinaria insolencia se podrían llenar varios libros de profundas reflexiones… Lo que le dijo puede resumirse en una sola palabra inteligible, pues el resto quedó ahogado en su garganta por una ira incontenible.

—Un duelo, monsieur —tartamudeó.

Una vez más Blakeney se dio la vuelta y, desde su aventajada estatura, miró al hombrecillo colérico que tenía ante él; pero no perdió su imperturbabilidad y buen humor ni un segundo. Soltó la necia carcajada de costumbre y, hundiendo sus manos largas y finas en los amplios bolsillos de su abrigo, dijo pausadamente:

—¿Un duelo? ¡Vaya! ¿A eso se refería? ¡Qué cosas! Es usted un rufián sediento de sangre, joven. ¿Acaso quiere hacerle un agujero a un hombre que respeta la ley?… Yo jamás me bato en duelo —añadió, al tiempo que se sentaba y estiraba perezosamente sus largas piernas—. Eso de los duelos es incomodísimo, ¿verdad, Tony?

Sin duda, el vizconde había oído hablar de que en Inglaterra la moda de batirse entre caballeros había sido suprimida por la ley con mano dura; sin embargo, a él, un francés cuyas ideas sobre la valentía y el honor se basaban

en un código respaldado por largos siglos de tradición, el espectáculo de un caballero negándose a aceptar un duelo se le antojaba poco menos que monstruoso. Reflexionaba vagamente si debía abofetear en la cara al inglés de largas piernas y llamarle cobarde, o si tal conducta en presencia de una dama se consideraría impropia de caballeros, cuando, felizmente, intervino Marguerite.

—Se lo ruego, lord Tony —dijo con su voz dulce y melodiosa—. Le ruego que imponga paz. Este niño está furioso y —añadió con un *soupçon* de sarcasmo— podría hacerle daño a sir Percy.

Soltó una carcajada burlona que, sin embargo, no perturbó lo más mínimo la placidez de su marido.

—El pavo británico ya se ha divertido suficiente —añadió —. Sir Percy es capaz de provocar a todos los santos del calendario sin perder el buen humor.

Pero Blakeney, tan cordial como de costumbre, también se reía de sí mismo.

—Eso ha estado muy bien, sí señora —dijo, volviéndose tranquilamente hacia el vizconde—. Mi esposa es muy inteligente, señor... Ya lo comprobará usted, si vive lo suficiente en Inglaterra.

—Sir Percy tiene razón, vizconde —terció lord Antony, posando amistosamente una mano en el hombro del joven francés—. No sería muy apropiado que iniciase su carrera en Inglaterra provocándole a batirse en duelo.

El vizconde se quedó vacilante unos momentos; después, encogiéndose ligeramente de hombros, gesto que dedicó al extraordinario código del honor que imperaba en aquella isla cubierta de niebla, dijo con gran dignidad:

—¡Ah, bien! Si monsieur se da por satisfecho, yo no tengo inconveniente. Usted, señor, es nuestro protector. Si he actuado mal, me retiro.

—¡Estupendo! —exclamó Blakeney, con un prolongado suspiro de satisfacción—. Eso es; retírese usted por ahí. Maldito cachorro irritable —añadió para sus adentros—. Oiga, Foulkes, si éste es un ejemplar de las mercancías que sus amigos y usted traen de Francia, le aconsejo que las tiren en mitad del canal, amigo mío, porque si no tendré que ir a ver al viejo Pitt a decirle que imponga una tarifa restrictiva y que les encarcele a ustedes por contrabando.

—Vamos, sir Percy, su caballerosidad le pierde —dijo Marguerite con coquetería—. No olvide que usted mismo ha importado ciertas mercancías francesas.

Blakeney se puso de pie lentamente y, haciendo una profunda y complicada reverencia a su esposa, dijo con suma galantería:

—Pero yo tuve la oportunidad de elegir, madame, y mi gusto es exquisito.

—Me temo que más que su caballerosidad —replicó ella con sarcasmo.

—¡Por favor, querida mía, sea razonable! ¿Cree que voy a permitir que cualquier comedor de ranas de tres al cuarto al que no le guste la forma de su nariz me deje el cuerpo como un acerico?

—¡Quede tranquilo, sir Percy! —rió lady Blakeney, devolviéndole la reverencia—. ¡No tema! No es a los hombres a quienes no les gusta la forma de mi nariz.

—¡Yo no temo a nadie! ¿Acaso pone en duda mi valor, madame? No tengo por costumbre crear conflictos gratuitamente, ¿verdad, Tony? En más de una ocasión he tenido que medir mis puños con alguien… Y le aseguro que ese alguien no salió muy bien parado…

—Le creo, sir Percy —dijo Marguerite, con una alegre y penetrante carcajada que resonó en las viejas vigas de roble del salón—. Me hubiera gustado verle… ¡Ja, ja, ja!… Debía

tener usted un aspecto fantástico… ¡Y… mira que asustarse de un chiquillo francés…!¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! —rió sir Percy, como un eco—. ¡Ah, madame, me hace usted un gran honor! Fíjese, Foulkes: he hecho reír a mi esposa… ¡a la mujer más inteligente de Europa!… ¡Esto merece un brindis! —Y, diciendo esto, golpeó vigorosamente la mesa que estaba a su lado—. ¡Eh, Jelly! ¡Venga aquí inmediatamente!

La armonía volvió a instaurarse. Con un poderoso esfuerzo, el señor Jellyband se recobró de las múltiples emociones que había experimentado en el transcurso de la última media hora.

—Un cuenco de ponche, Jelly. Que esté calentito y bien fuerte, ¿eh? —dijo sir Percy—. Hay que aguzar el ingenio que ha hecho reír a una mujer inteligente. ¡Ja, ja, ja! ¡Deprisa, mi buen Jelly!

—No tenemos tiempo, sir Percy —dijo Marguerite—. El patrón del barco vendrá aquí directamente, y mi hermano tiene que subir a bordo, o el *Day Dream* no aprovechará la marea.

—¿Que no tenemos tiempo, querida mía? Un caballero siempre tiene tiempo de emborracharse y embarcar antes de que cambie la marea.

—Su señoría —dijo Jellyband respetuosamente—, creo que el joven caballero ya viene con el patrón del barco de sir Percy.

—Muy bien —dijo Blakeney—. Así Armand podrá beber con nosotros un poco de ponche. Tony, ¿cree que ese mequetrefe amigo suyo querrá tomar un vaso? —añadió, volviéndose hacia el vizconde—. Dígale que brindaremos en señal de reconciliación.

—Están ustedes tan animados —dijo Marguerite— que confío en que sabrán disculparme si me despido de mi hermano en otra habitación.

Hubiera sido de mala educación protestar. Tanto lord Antony como sir Andrew comprendieron que lady Blakeney no estaba de humor para diversiones en aquel momento. El cariño que profesaba a su hermano, Armand St. Just, era extraordinariamente profundo y conmovedor. Había pasado unas semanas en Inglaterra, en casa de Marguerite, y regresaba a su país para ponerse a su servicio en unos momentos en que la muerte era la recompensa que habitualmente recibía la dedicación y el entusiasmo.

Tampoco sir Percy hizo la menor tentativa de retener a su esposa. Con aquella galantería perfecta y un tanto afectada que caracterizaba todos sus movimientos, le abrió la puerta del salón y le dedicó la reverencia más aparatosa que dictaba la moda de la época, mientras ella abandonaba majestuosamente la habitación sin concederle más que una mirada distraída y ligeramente despectiva. Sólo sir Andrew Foulkes, cuyo pensamiento parecía más agudo, más dulce y más comprensivo desde que conociera a Suzanne de Tournay, observó la extraña mirada de indecible melancolía, de intensa y desesperada pasión con que el necio y frívolo sir Percy siguió la figura de su brillante esposa.

VII - LA PARCELA SECRETA

Una vez fuera del ruidoso salón, a solas en el pasillo débilmente iluminado, Marguerite Blakeney pareció respirar con mayor libertad. Emitió un profundo suspiro, como si hubiera estado largo tiempo oprimida por la pesada carga del autocontrol, y dejó que unas lágrimas resbalaran distraídamente por sus mejillas.

Afuera había cesado de llover, y por entre las nubes que pasaban veloces, los pálidos rayos del sol posterior a la tormenta brillaban sobre la hermosa costa blanca de Kent y las pintorescas e irregulares casas que se apiñaban alrededor del muelle del Almirantazgo. Marguerite Blakeney salió al porche y miró al mar. Recortada contra el mar eternamente cambiante, una grácil goleta de velas blancas cabeceaba movida por la suave brisa. Era el *Day Dream*, el yate de sir Percy Blakeney, que estaba preparado para llevar a Armand St. Just a Francia, al corazón mismo de la sangrienta e hirviente revolución que estaba derrocando una monarquía, atacando una religión y destruyendo una sociedad para intentar reconstruir sobre las cenizas de la tradición una nueva Utopía, con la que soñaban unos cuantos pero que ninguno tenía poder para establecer.

A lo lejos se distinguían dos figuras que se dirigían a *The Fisherman's Rest*; una era un hombre mayor, con una curiosa aureola de pelos grises alrededor de la barbilla, enorme y rotunda, que caminaba con los movimientos bamboleantes que invariablemente delatan al marino; la

otra, una figura joven y delgada, vestida elegantemente con un abrigo de varias esclavinas. Estaba perfectamente rasurado y llevaba el oscuro cabello peinado hacia atrás, poniendo de relieve una frente despejada y noble.

—¡Armand! —exclamó Marguerite Blakeney, en cuanto le vio a lo lejos, y una sonrisa de felicidad iluminó su dulce rostro, a pesar de las lágrimas.

Al cabo de uno o dos minutos, los hermanos se arrojaron el uno en brazos del otro, mientras el viejo capitán se quedaba respetuosamente a un lado.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que monsieur St. Just suba a bordo, Briggs? —preguntó lady Blakeney.

—Deberíamos soltar amarras dentro de media hora, su señoría —respondió el hombre, tirándose de la barba gris.

Entrelazando el brazo con el de su hermano, Marguerite se dirigió con él hacia el acantilado.

—Media hora —dijo, mirando pensativa al mar—, media hora más y estarás lejos de mí, Armand. ¡Ah, me cuesta trabajo creer que te marchas! Estos últimos días, mientras Percy ha estado fuera y te he tenido sólo para mí, han pasado como en un sueño.

—No voy lejos, querida mía —dijo dulcemente el joven—. Sólo hay que cruzar un estrecho canal y recorrer unos cuantos kilómetros de carretera… Puedo volver dentro de poco.

—No es la distancia, Armand, sino ese espantoso París… precisamente ahora…

Llegaron al borde del acantilado. La suave brisa marina revolvió el pelo de Marguerite sobre su rostro, e hizo ondear el extremo del cuello de encaje a su alrededor como una serpiente blanca y flexible. Trató de penetrar la distancia con la mirada, allí donde se extendían las costas de Francia, aquella Francia inquieta y dura que estaba cobrando el impuesto de sangre a sus hijos más nobles.

—Nuestro hermoso país, Marguerite —dijo Armand, que parecía haber adivinado los pensamientos de su hermana.

—Han llegado demasiado lejos, Armand —replicó ella con vehemencia—. Tú eres republicano y yo también… Tenemos las mismas ideas, el mismo entusiasmo por la libertad y la igualdad… Pero seguro que hasta tú piensas que han llegado demasiado lejos…

—¡Chist! —dijo Armand instintivamente, lanzando una mirada rápida y recelosa a su alrededor.

—¡Ah! ¿Lo ves? Sabes que no se está a salvo hablando de estas cosas… ¡ni siquiera aquí, en Inglaterra!

De repente se colgó de su brazo con pasión incontenible, casi maternal.

—¡No te vayas, Armand! —le rogó—. ¡No vuelvas allí! ¿Qué haría yo si… si…?

Su voz quedó ahogada por los sollozos; sus ojos, tiernos, azules y cariñosos, miraron suplicantes al joven, que le devolvió una mirada resuelta, decidida.

—En cualquier caso, serías mi hermana, valiente como siempre —respondió con dulzura—, y recordarías que, cuando Francia está en peligro, sus hijos no deben volverle la espalda.

Mientras el joven pronunciaba estas palabras, aquella sonrisa dulce e infantil volvió a aparecer en el rostro trágico de Marguerite, pues parecía bañado en lágrimas.

—¡Oh, Armand! —exclamó Marguerite—. A veces desearía que no tuvieras tantas virtudes y tanta nobleza… Te aseguro que los defectillos son mucho menos peligrosos e incómodos. Pero ¿serás prudente? —añadió anhelante.

—En la medida de lo posible… te prometo que lo seré.

—Recuerda, querido mío, que sólo te tengo a ti… para… para que cuides de mí.

—No, cielo, ahora tienes otros intereses. Percy cuida de ti.

Una expresión de extraña melancolía se adueñó de los ojos de Marguerite, que murmuró:

—Sí… Antes sí.

—Pero estoy seguro de que…

—Vamos, vamos, no te preocupes por mí. Percy es muy bueno.

—¡Ni hablar! —le interrumpió Armand enérgicamente—. Claro que me preocupo por ti, querida Margot. Mira, nunca te he hablado de estas cosas; parecía como si siempre hubiera algo que me detenía cuando quería hacerte ciertas preguntas. Pero, no sé por qué, no puedo marcharme y dejarte sin preguntarte una cosa… No tienes que contestarme si no lo deseas —añadió al observar que en los ojos de Marguerite centelleaba una expresión de dureza, casi de recelo.

—¿De qué se trata? —se limitó a preguntar Marguerite.

—¿Sabe sir Percy que…? Quiero decir, ¿sabe qué papel desempeñaste en la detención del marqués de St. Cyr?

Marguerite se echó a reír. Fue una risa sin alegría, amarga, despectiva, como una nota discordante en la música de su voz.

—¿Quieres decir que denuncié al marqués de St. Cyr al tribunal que los envió a él y a toda su familia a la guillotina? Sí, lo sabe… Se lo conté después de casarnos…

—¿Le explicaste las circunstancias… que te libran por completo de culpa?

—Era demasiado tarde para hablar de «circunstancias». Se enteró de la historia por otras personas, y al parecer mi confesión llegó demasiado tarde. Ya no podía acogerme a las circunstancias atenuantes; no podía degradarme intentando explicárselo…

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que ahora, Armand, tengo la satisfacción de saber que el mayor estúpido de Inglaterra siente un absoluto

desprecio por su esposa.

En esta ocasión habló con vehemente amargura, y Armand St. Just, que la quería con toda su alma, se dio cuenta de que había puesto torpemente el dedo en una llaga muy dolorosa.

—Pero sir Percy te quería, Margot —insistió con dulzura.

—¿Que me quería? Mira, Armand, yo creía que así era, porque si no, no me hubiera casado con él. Estoy casi segura —añadió, hablando muy deprisa, como si se alegrara de poder desprenderse al fin de una pesada carga que llevara varios meses oprimiéndola—, estoy casi segura de que incluso tú pensabas, como todos los demás, que me casé con sir Percy por su dinero, pero te aseguro que no fue por eso. Parecía adorarme, con una pasión y una intensidad extraordinarias que me llegaron al alma. Como bien sabes, yo nunca había querido a nadie, y por entonces tenía veinticuatro años, así que pensé que no estaba en mi carácter amar. Pero siempre he creído que debía ser maravilloso ser amada de una forma ciega y apasionada… adorada, en una palabra. Y el hecho mismo de que Percy fuera tonto y estúpido me resultaba atractivo, porque pensaba que así me querría aún más. Un hombre inteligente hubiera tenido otros intereses; un hombre ambicioso, otras esperanzas… Pensé que un imbécil me adoraría, y no pensaría en otra cosa. Y yo estaba dispuesta a corresponderle, Armand; me hubiera dejado adorar, y a cambio le hubiera dado una ternura infinita…

Suspiró; y aquel suspiro llevaba encerrado todo un mundo de desilusión. Armand St. Just la dejó hablar sin interrupción; la escuchó, mientras sus propios pensamientos se desbordaban. Era terrible ver a una mujer joven y bella —una muchacha en todo menos en el apellido— casi en el umbral de la vida y ya sin esperanza, sin ilusiones, despojada de esos sueños dorados y fantásticos que

hubieran debido hacer de su juventud unas continuas vacaciones.

Pero quizás —aunque quería profundamente a su hermana—, quizás Armand lo comprendía: había observado a las gentes de muchos países, gentes de todas las edades, de todas las posiciones sociales e intelectuales, y en el fondo comprendía lo que Marguerite no había llegado a decir. Cierto que Percy Blakeney era tonto, pero en su torpe mente debía haber un lugar para ese orgullo inextirpable del descendiente de una larga línea de caballeros ingleses. Un Blakeney había muerto en Bosworth Field; otro había sacrificado vida y fortuna en aras de un Estuardo traidor, y ese mismo orgullo —estúpido y lleno de prejuicios en opinión del republicano Armand— debió sentirse herido en lo más hondo al enterarse del pecado que se encontraba a las mismas puertas de lady Blakeney. Ella era entonces joven; estaba equivocada, quizá mal aconsejada. Armand lo sabía, y quienes se aprovecharon de la juventud de Marguerite, de su impulsividad y su imprudencia, lo sabían aún mejor; pero Blakeney era torpe y no quiso atender a «circunstancias». Sólo entendía los hechos, y éstos le demostraban que lady Blakeney había denunciado a un hombre de su misma clase a un tribunal que no conocía la clemencia, y el desprecio que debió sentir por el acto que ella había cometido, aunque hubiera sido involuntariamente, mató el amor que albergaba en su pecho, en el que la comprensión y la racionalización no podían tener cabida.

Pero en esos momentos, su hermana le desconcertaba. La vida y el amor son tan variables... ¿Podría ser que, al desvanecerse el amor de su marido, se hubiera despertado el amor por él en el corazón de Marguerite? En el sendero del amor se encuentran extraños extremos; era posible que aquella mujer, que había tenido a la mitad de la Europa

intelectual a sus pies, hubiera depositado su afecto en un idiota. Marguerite contemplaba fijamente el crepúsculo. Armand no veía su rostro, pero de repente se le antojó que algo que destelló un segundo a la dorada luz del atardecer caía de sus ojos sobre el delicado encaje. Pero Armand no podía abordar aquel tema. Conocía muy bien el carácter apasionado y extraño de su hermana, y también conocía aquella reserva que se escondía tras sus ademanes francos, y abiertos. Siempre habían estado juntos, pues sus padres habían muerto cuando Armand era aún adolescente y Marguerite una niña. Él, que le llevaba ocho años, la había vigilado hasta que se casó; la había acompañado durante los brillantes años que pasaron en la Rue Richelieu, y la había visto iniciar su nueva vida, en Inglaterra, con pena y ciertos presentimientos.

Aquella era la primera vez que iba a verla a Inglaterra desde su boda, y los pocos meses de separación ya parecían haber erigido un delgado muro entre los dos hermanos. Aún seguía existiendo el mismo cariño, profundo e intenso, por ambas partes, pero era como si cada uno tuviera su parcela secreta, en la que el otro no se atrevía a entrar.

Eran muchas las cosas que Armand St. Just no podía contarle a su hermana; los aspectos políticos de la revolución francesa cambiaban casi de día en día, y quizá ella no comprendiera que sus opiniones y simpatías se hubieran modificado, pues los excesos cometidos por aquellos que habían sido amigos suyos eran cada vez más terribles. Y Marguerite no podía contarle a su hermano los secretos de su corazón; apenas los entendía ella misma. Sólo sabía que, en medio de tanto lujo, se sentía sola y desgraciada.

Y Armand se marchaba. Marguerite temía por su seguridad, anhelaba su presencia. No quería estropear aquellos últimos momentos agridulces hablando de sí

misma. Lo llevó por el acantilado, y después bajaron a la playa, con los brazos entrelazados. Aún tenían muchas cosas que contarse y que estaban fuera de la parcela secreta de cada uno.

VIII - EL AGENTE AUTORIZADO

La tarde se acercaba rápidamente a su fin, y la larga y fría noche de verano inglés empezaba a tender su manto de niebla sobre el verde paisaje de Kent.

El *Day Dream* había levado anclas, y Marguerite Blakeney se quedó a solas al borde del acantilado durante más de una hora, contemplando aquellas velas blancas que alejaban velozmente de ella al único ser al que realmente importaba, a quien se atrevía a amar, en quien sabía que podía confiar.

A la izquierda, no lejos de donde se encontraba, las luces del salón de *The Fisherman's Rest* despedían destellos amarillos en medio de la creciente niebla; de vez en cuando, sus nervios exaltados creían distinguir desde allí el ruido del regocijo y la alegre charla, o la risa perpetua y absurda de su marido, que chirriaba sin cesar en sus sensibles oídos.

Sir Percy había tenido la delicadeza de dejarla completamente a solas. Marguerite suponía que, a pesar de su estupidez, era suficientemente bondadoso como para haber comprendido que deseaba estar sola mientras aquellas blancas velas se perdían en la tenue línea del horizonte. Su marido, de ideas tan estrictas en materia de decoro y decencia, ni siquiera le había sugerido que se quedara un criado por allí cerca, Marguerite se lo agradeció; siempre intentaba agradecerle su solicitud, que era constante, y su generosidad, que verdaderamente no conocía límites. A veces, incluso intentaba refrenarse para no pensar en él en unos términos tan sarcásticos y duros

que la impulsaban a decir, aun sin quererlo, cosas crueles e insultantes, animada por la vaga esperanza de herirle.

¡Sí! Muchas veces sentía deseos de herirle, de hacerle ver que también ella le despreciaba, que también ella había olvidado que casi había llegado a amarle. ¡Amar a aquel petimetre ridículo, cuyos pensamientos no iban más allá del nudo de una corbata o del nuevo corte de una chaqueta! ¡Bah! Y sin embargo… por su mente flotaron, llevados por las alas invisibles de la ligera brisa marina, vagos recuerdos que eran dulces y ardientes y armonizaban con aquella tranquila noche de verano: los días en que él empezó a idolatrarla; parecía tan apasionado —un auténtico esclavo—, y aún existía la intensidad latente de un amor que la había fascinado.

Y de repente aquel amor, aquella pasión, que durante todo su noviazgo había sido para Marguerite como la fidelidad rendida de un perro, pareció desvanecerse por completo. Veinticuatro horas después de la sencilla ceremonia en la vieja iglesia de St. Roch, Marguerite le contó que, sin darse cuenta, había hablado de ciertos asuntos comprometedores para el marqués de St. Cyr en presencia de unos hombres —amigos suyos— que habían utilizado la información en contra del desgraciado marqués y le habían enviado a él y a su familia a la guillotina.

Marguerite detestaba al marqués. Años atrás, Armand, su querido hermano, se había enamorado de Angèle St. Cyr, pero St. Just era plebeyo, y el marqués estaba lleno de orgullo y de los arrogantes prejuicios de su casta. Un día, Armand, el amante tímido y respetuoso, se atrevió a enviar un poema, un poema ardiente, entusiasta, apasionado, a la mujer de sus sueños. A la noche siguiente le esperaron los criados del marqués de St. Cyr a las puertas de la ciudad de París y le apalearon ignominiosamente, como a un perro, y estuvo a punto de perder la vida. Todo por haberse atrevido

a poner sus ojos en la hija del aristócrata. En aquellos días, dos años antes de la gran Revolución, este tipo de incidentes ocurrían casi a diario en Francia; de hecho, contribuyeron a desencadenar las sangrientas represalias que, años más tarde, enviaron a la guillotina a aquellas altivas cabezas.

Marguerite lo recordaba todo: lo que su hermano debió sufrir en su hombría y su orgullo tuvo que ser espantoso; y nunca intentó ni siquiera analizar lo que ella sufrió por él y con él.

Pero llegó el día del desquite. St. Cyr y los de su clase quedaron sometidos a los mismos plebeyos a los que tanto despreciaban. Armand y Marguerite, intelectuales e inteligentes, adoptaron con el entusiasmo propio de su edad las doctrinas utópicas de la Revolución, mientras el marqués de St. Cyr y su familia luchaban desesperadamente por conservar los privilegios que les habían situado por encima de sus semejantes en la escala social. Marguerite, impulsiva, irreflexiva, sin calcular el significado de sus palabras, aún resentida por la terrible afrenta que había recibido su hermano a manos del marqués, oyó casualmente —en su propio grupo— que los St. Cyr mantenían correspondencia en secreto con Austria y que esperaban obtener apoyo del emperador para reprimir la creciente revolución de su país.

En aquellos tiempos, una denuncia era suficiente: las irreflexivas palabras de Marguerite sobre el marqués de St. Cyr dieron su fruto al cabo de veinticuatro horas. Fue arrestado. Registraron sus papeles, y en su escritorio encontraron cartas del emperador austríaco en las que prometía enviar tropas para combatir al populacho en París. Fue acusado de traición a su patria, y ejecutado en la guillotina. Su familia, su mujer y sus hijos, compartieron su terrible suerte.

Marguerite, horrorizada ante las consecuencias de su inconsciencia, no pudo hacer nada por salvar al marqués; su propio grupo, los dirigentes del movimiento revolucionario, la proclamó heroína. Y cuando se casó con sir Percy Blakeney, quizá no fuera consciente de la severidad con que él juzgaría el pecado que había cometido involuntariamente, y que aún llevaba como una pesada carga sobre su alma. Se lo confesó abiertamente a su marido, confiando en que el amor ciego que sentía por ella y el ilimitado poder que Marguerite ejercía sobre él pronto le harían olvidar algo que seguramente sería muy mal acogido por un inglés.

Es cierto que, en el momento de la confesión, sir Percy pareció tomárselo con mucha calma. En realidad, dio la impresión de no entender el significado de las palabras de Marguerite; pero es aún más cierto que, a partir de entonces, Marguerite no volvió a advertir el menor indicio de aquel amor que ella creía que le pertenecía por completo. En la actualidad llevaban vidas separadas, y sir Percy parecía haber abandonado su amor por ella, como si se tratara de un guante que no le sentara bien. Marguerite intentó incitarle aguzando su ingenio contra el torpe intelecto de su marido; trató de despertar sus celos, ya que no podía despertar su amor; intentó aguijonearle para provocar su agresividad; mas todo en vano. Sir Percy siguió igual, siempre lento, pasivo, somnoliento, siempre galante e invariablemente caballeroso: Marguerite tenía todo lo que la alta sociedad y un marido acaudalado pueden ofrecer a una mujer guapa, pero aquella hermosa noche de verano, cuando las velas blancas del *Day Dream* quedaron al fin ocultas por las sombras, se sintió más sola que aquel pobre vagabundo que caminaba trabajosamente por los escabrosos acantilados.

Con otro prolongado suspiro, Marguerite Blakeney dio la espalda al mar y los acantilados, y se dirigió lentamente hacia *The Fisherman's Rest*. Al acercarse, oyó con mayor

claridad el ruido de las risas alegres y joviales. Distinguió la agradable voz de sir Andrew Foulkes, las bulliciosas risotadas de lord Tony, los comentarios absurdos y aislados de su marido; entonces, cayendo en la cuenta de que la carretera estaba solitaria y de que la oscuridad se cerraba a su alrededor, apretó el paso… Al cabo de unos segundos vio a un desconocido que se dirigía rápidamente hacia ella. Marguerite no se inmutó; no se sentía en absoluto nerviosa y *The Fisherman's Rest* se encontraba ya muy cerca.

El desconocido se detuvo al ver que Marguerite se aproximaba hacia él, y cuando estaba a punto de pasar a su lado, le dijo en voz muy baja:

—Ciudadana St. Just.

Marguerite emitió un pequeño grito de sorpresa al oír pronunciar su apellido de soltera a su lado. Miró al desconocido, y, con una exclamación de alegría sincera, le tendió efusivamente ambas manos.

—¡Chauvelin! —exclamó.

—El mismo, ciudadana. A su disposición —replicó el hombre, besándole galantemente las puntas de los dedos.

Marguerite no añadió nada durante unos momentos, mientras contemplaba con evidente agrado la figura no demasiado atractiva que tenía ante ella. Chauvelin estaba por entonces más cerca de los cuarenta que de los treinta; era un personaje inteligente, de mirada astuta, con una extraña expresión zorruna en sus ojos hundidos. Era el desconocido que, unas horas antes había invitado amistosamente al señor Jellyband a un vaso de vino.

—Chauvelin… amigo mío —dijo Marguerite, con un suspiro de satisfacción—. ¡Cuánto me alegro de verle!

Sin duda, a la pobre Marguerite St. Just, solitaria en medio de su esplendor y de sus estirados amigos, le encantó ver una cara que le traía recuerdos de los días felices de

París, cuando, como una verdadera reina, era el centro del grupo de intelectuales de la Rue de Richelieu.

Sin embargo, no observó la sonrisilla sarcástica que asomaba a los delgados labios de Chauvelin.

—Pero, dígame —continuó diciendo animadamente—, ¿qué diablos hace aquí, en Inglaterra?

Había echado a andar de nuevo hacia la posada y Chauvelin caminaba a su lado.

—Lo mismo puedo preguntarle yo, hermosa dama —replicó—. ¿Qué tal le va?

—¿A mí? —dijo Marguerite encogiéndose de hombros—. *Je m'ennuie, mon ami*. Eso es todo.

Llegaron al porche de *The Fisherman's Rest*, pero Marguerite no parecía muy dispuesta a entrar. El aire de la noche era delicioso después de la tormenta, y se había encontrado con un amigo que le traía el aliento de París, que conocía bien a Armand, que podía hablar de los queridos y brillantes amigos que había dejado allí al partir. Se quedó bajo el bonito porche, mientras por las ventanas abuhardilladas del salón, con sus luces alegres, se oía bullicio de risas, de gritos que reclamaban a Sally y más cerveza, de golpear de jarros y tintinear de dados, todo ello mezclado con la risa necia y apagada de sir Percy Blakeney. Chauvelin estaba a su lado, con los ojos astutos, pálidos y amarillentos clavados en su hermoso rostro, dulce e infantil a la suave media luz del verano inglés.

—Me sorprende, ciudadana —dijo en voz baja, tomando un pellizco de rapé.

—¿Ah, sí? —replicó Marguerite alegremente—. Vamos, mi querido Chauvelin. Suponía que, con esa agudeza que le caracteriza, habría adivinado que esta atmósfera de nieblas y virtudes no es lo más apropiado para Marguerite St. Just.

—¿De veras? ¿Es tan terrible como todo eso? —preguntó Chauvelin, en tono de burlona consternación.

—Pues sí —contestó Marguerite—. E incluso peor.

—¡Qué extraño! Yo pensaba que a una mujer hermosa la vida rural inglesa le resultaría muy atrayente.

—¡Sí! También yo lo creía —dijo ella con un suspiro—. Las mujeres guapas —añadió, reflexiva— deberían pasarlo bien en Inglaterra, pues les están prohibidas todas las cosas agradables, cosas que, en realidad, hacen todos los días.

—¡No es posible!

—Quizá no me crea, querido Chauvelin —dijo Marguerite con la mayor seriedad—, pero paso muchos días, días enteros, sin toparme con una sola tentación.

—Entonces, no me extraña que la mujer más inteligente de Europa esté aquejada de *ennui* —replicó Chauvelin, con galantería.

Marguerite se echó a reír, con una de sus carcajadas melodiosas, infantiles, estremecedoras.

—Tiene que ser espantoso, ¿verdad? —dijo maliciosamente—, porque si no, no me hubiera alegrado tanto de verle.

—¡Y esto tras un año de amor y matrimonio!

—¡Sí!… Un año de amor y matrimonio… Precisamente ése es el problema.

—¡Ah!… ¿De modo que esa romántica locura no sobrevivió siquiera unas semanas? —dijo Chauvelin con sarcasmo.

—Las locuras románticas no duran mucho, querido Chauvelin… Se contraen como el sarampión… y se curan fácilmente.

Chauvelin cogió otro pellizco de rapé; parecía muy adicto a ese pernicioso hábito, tan extendido en aquella época. Quizá fuera también que tomar rapé le servía para disimular las miradas rápidas y perspicaces con que trataba de penetrar en el alma de las personas con las que entraba en contacto.

—No me extraña que el cerebro más activo de Europa esté aquejado de *ennui* —repitió, con la misma galantería.

—Tenía la esperanza de que usted conociera un remedio para esta enfermedad, mi querido Chauvelin.

—¿Cómo puedo tener yo éxito en algo que no ha logrado sir Percy Blakeney?

—¿Le importa que dejemos a un lado a sir Percy de momento, querido amigo? —dijo Marguerite bruscamente.

—¡Oh, querida señora!, perdóneme, pero precisamente eso es algo que no podemos hacer —dijo Chauvelin, mientras sus ojos, suspicaces como los de un zorro al acecho, lanzaban otra rápida mirada a Marguerite—. Conozco un remedio maravilloso para las peores manifestaciones del *ennui*, que le revelaría con muchísimo gusto, pero…

—Pero ¿qué?

—No podemos olvidar a sir Percy…

—¿Qué tiene que ver en esto?

—Me temo que mucho. El remedio que yo puedo ofrecerle, mi hermosa señora, tiene un nombre muy plebeyo. ¡Trabajo!

—¿Trabajo?

Chauvelin miró a Marguerite larga y escrutadoramente. Parecía como si aquellos ojos suspicaces y pálidos estuvieran leyendo cada uno de los pensamientos de la muchacha. Estaban solos; el aire de la noche se encontraba en calma y los susurros quedaban ahogados por el ruido del salón de la posada. Sin embargo, Chauvelin dio uno o dos pasos bajo el porche, miró rápidamente a su alrededor, y, tras comprobar que nadie podía oírle, volvió junto a Marguerite.

—¿Quiere prestar un pequeño servicio a Francia, ciudadana? —preguntó con un repentino cambio de actitud

que confirió a su rostro delgado y zorruno una expresión de infinita gravedad.

—¡Pero hombre, qué serio se ha puesto de repente! —replicó Marguerite en tono desenfadado—. Francamente, no sé si prestaría a Francia un pequeño servicio… Depende del tipo de servicio que quiera… el país o usted.

—¿Ha oído hablar de Pimpinela Escarlata, ciudadana St. Just? —preguntó Chauvelin, bruscamente.

—¿Que si he oído hablar de Pimpinela Escarlata? —repitió Marguerite con una carcajada alegre y prolongada—. Pues claro; no se habla de otra cosa… Aquí tenemos sombreros «a la Pimpinela Escarlata»; a los caballos se les llama «Pimpinela Escarlata»; la otra noche, en una cena que daba el príncipe de Gales, tomamos «soufflé a la Pimpinela Escarlata»… ¡Fíjese! —añadió alegremente—, el otro día le encargué a mi modista un vestido azul con adornos en verde, y, ¡cómo no!, el modelo también se llamaba «Pimpinela Escarlata»…

Chauvelin no hizo el menor movimiento mientras Marguerite parloteaba animadamente; ni siquiera intentó hacerla callar cuando su melodiosa voz y su risa infantil resonaron en el tranquilo aire nocturno. Mantuvo una expresión seria y grave mientras Marguerite reía, y su voz, clara, dura e incisiva, apenas se elevó para decir:

—Bien, ciudadana, si ha oído hablar de ese enigmático personaje, habrá adivinado que el hombre que oculta su identidad bajo ese extraño seudónimo es el más acérrimo enemigo de nuestra república, de Francia… de los hombres como Armand St. Just.

—¡Sí! —dijo Marguerite con un pequeño suspiro—. Supongo que así será… Francia tiene muchos enemigos acérrimos en los días que corren.

—Pero usted, ciudadana, es hija de Francia, y debería estar dispuesta a ayudarla en momentos de grave peligro.

—Mi hermano Armand está dedicado en cuerpo y alma a Francia —replicó orgullosamente—. Yo no puedo hacer nada… aquí, en Inglaterra.

—Sí, sí puede… —insistió Chauvelin, adoptando una expresión aún más grave, mientras su rostro delgado y zorruno parecía cubrirse de dignidad—. Aquí, en Inglaterra, sólo usted puede ayudarnos, ciudadana… ¡Escúcheme con atención! Estoy aquí en representación del gobierno republicano; mañana iré a Londres a presentar mis credenciales al señor Pitt. Una de las misiones que debo llevar a cabo es averiguar lo más posible sobre la Liga de la Pimpinela Escarlata, que se ha convertido en una constante amenaza para Francia, pues está empeñada en ayudar a nuestros malditos aristócratas —traidores a su patria y enemigos del pueblo— a escapar al justo castigo que merecen. Usted sabe tan bien como yo, ciudadana, que en cuanto llegan aquí, esos *émigrés* franceses intentan despertar sentimientos de animadversión hacia la República… Están dispuestos a unirse a cualquiera con la suficiente osadía como para atacar a Francia… En los últimos meses han logrado cruzar el canal decenas de esos *émigrés*; algunos sólo eran sospechosos de traición, y otros ya habían sido condenados por el Tribunal de Seguridad Pública. La fuga de todos fue planeada, organizada y llevada a cabo por esa asociación de bribones ingleses, encabezados por un hombre cuyo cerebro parece tan ingenioso como misteriosa es su identidad. A pesar de todos los esfuerzos de mis espías, no han conseguido averiguar quién es. Los demás son simples instrumentos, mientras que él es el cerebro que, bajo un extraño anonimato, trabaja en silencio para aniquilar a Francia. Mi intención es destruir ese cerebro, para lo cual necesito su ayuda. Es probable que si le encuentro a él, pueda encontrar al resto de la banda. Es un joven cachorro de la alta sociedad inglesa; de eso estoy

completamente seguro. Busque a ese hombre por mí, ciudadana —dijo en tono apremiante—; búsquelo en nombre de Francia.

Marguerite escuchó el apasionado discurso de Chauvelin sin pronunciar palabra, sin apenas moverse, sin atreverse casi a respirar. Antes le había dicho que aquel héroe misterioso de novela era el tema de conversación del selecto grupo al que ella pertenecía. Antes de oír las palabras de Chauvelin, su corazón y su imaginación se habían conmovido al pensar en aquel hombre valiente que, ajeno a la notoriedad y la fama, había rescatado cientos de vidas de un destino terrible e implacable. Sentía poca simpatía por aquellos altivos aristócratas franceses, insolentes con su orgullo de casta, de quienes la condesa de Tournay de Basserive era un ejemplo típico; pero, aun siendo republicana y de ideas liberales por principios, le repugnaban y detestaba los métodos que había elegido la joven República para establecerse. No vivía en París desde hacía varios meses; los horrores y el derramamiento de sangre del Reinado del Terror, que habían culminado en las matanzas de septiembre, le habían llegado como un débil eco desde el otro lado del Canal. A Robespierre, Danton y Marat no los había conocido con su nuevo disfraz de justicieros sangrientos y amos despiadados de la guillotina. Su alma se encogía de horror ante aquellos excesos, a los que temía que su hermano Armand —que era republicano moderado— fuera un día sacrificado.

Cuando oyó hablar por primera vez de aquel grupo de valientes ingleses, que, por puro amor a sus semejantes, libraban de una muerte espantosa a mujeres y niños, hombres viejos y jóvenes, su corazón se encendió de orgullo por ellos, y en esos momentos, mientras Chauvelin hablaba, su alma salió al encuentro del galante y misterioso jefe de la temeraria banda, que arriesgaba su vida a diario, que la

entregaba gratuitamente y sin ostentación, en aras de la humanidad.

Cuando Chauvelin terminó de hablar, Marguerite tenía los ojos húmedos, el encaje de su pecho subía y bajaba a impulsos de la respiración rápida, agitada; ya no oía el ruido de los vasos del salón de la posada, no prestaba atención a la voz de su marido ni a su risa necia. Sus pensamientos habían volado hacia el misterioso héroe. ¡Ah! Él era un hombre al que podría haber amado, si se hubiera cruzado en su camino; todo en él excitaba su imaginación romántica: su personalidad, su fuerza, su valor, la lealtad de aquellos que servían bajo sus órdenes a la misma noble causa y, sobre todo, el anonimato que lo coronaba como con un halo de esplendor romántico.

—¡Búsquelo en nombre de Francia, ciudadana!

La voz de Chauvelin junto a su oído la despertó de sus sueños. El misterioso héroe se desvaneció y, a pocos metros de ella, un hombre bebía y reía, aquél a quien había jurado fidelidad y lealtad.

—¡Pero hombre, qué cosas dice! —exclamó volviendo a adoptar un aire de despreocupación—. ¿Dónde diablos quiere que lo busque?

—Usted va a todas partes, ciudadana —susurró Chauvelin, insinuante—. Según tengo entendido, lady Blakeney es el centro de la alta sociedad londinense… Usted lo ve todo, lo oye todo.

—Calma, amigo mío —replicó Marguerite, irguiéndose en toda su estatura y posando los ojos, con un leve gesto de desprecio, en la pequeña y delgada figura que tenía ante ella—. ¡Calma! Parece olvidar que entre lady Blakeney y lo que usted propone se interpone el metro ochenta y cinco de estatura de sir Percy Blakeney y una larga línea de antepasados.

—¡Tiene que hacerlo por Francia, ciudadana! —insistió Chauvelin, apremiante.

—No dice usted más que tonterías; porque incluso si llegara a saber quién es Pimpinela Escarlata, no podría hacerle nada... ¡Es inglés!

—Ya me encargaría yo de eso —replicó Chauvelin, con una risita seca, áspera—. En primer lugar, podríamos enviarlo a la guillotina para enfriar su entusiasmo, y después, cuando se organizara un gran revuelo diplomático nos disculparíamos —humildemente, claro está— ante el gobierno británico y, si fuera necesario, compensaríamos a la afligida familia.

—Lo que me propone es monstruoso, Chauvelin —dijo Marguerite, apartándose de él como si fuera un insecto asqueroso—. Quienquiera que sea ese hombre, es noble y valiente, y yo jamás me prestaría a una villanía como ésa. Jamás, ¿me oye?

—¿Prefiere que la insulte cada aristócrata francés que venga a este país?

Chauvelin había elegido cuidadosamente el objetivo para disparar la diminuta flecha. Las jóvenes y frescas mejillas de Marguerite palidecieron ligeramente y se mordió el labio inferior, porque no quería que viera que la flecha había dado en el blanco.

—Eso no tiene nada que ver —replicó finalmente, con indiferencia—. Sé defenderme. Pero me niego a hacer trabajos sucios para usted... o para Francia. Cuenta usted con otros medios; utilícelos, amigo mío.

Y sin dirigir otra mirada a Chauvelin, Marguerite Blakeney le volvió la espalda y entró en la posada.

—Esa no es su última palabra, ciudadana —dijo Chauvelin, en el momento en que un torrente de luz procedente del pasillo iluminaba la figura elegante y

suntuosamente vestida de Marguerite—. ¡Espero que nos veamos en Londres!

—Nos veremos en Londres —dijo Marguerite, hablando por encima del hombro—, pero es mi última palabra.

Abrió resueltamente la puerta del salón y desapareció, pero Chauvelin se quedó bajo el porche unos momentos, cogiendo un pellizco de rapé. Había recibido una negativa y un desaire, pero su rostro astuto y zorruno no mostraba ni decepción ni desánimo; por el contrario, en las comisuras de sus delgados labios asomó una extraña sonrisa, medio sarcástica, de absoluta satisfacción.

IX - EL ULTRAJE

Al día de lluvia incesante siguió una noche preciosa e iluminada por las estrellas; una noche fresca y sosegada de finales de verano, típicamente inglesa por una leve insinuación de humedad y el aroma de la tierra mojada y las hojas goteantes.

El magnífico carruaje, tirado por cuatro de los mejores pura sangres de Inglaterra, recorrió la carretera de Londres, con sir Percy Blakeney en el pescante, sujetando las riendas con sus manos delgadas, femeninas, y a su lado, lady Blakeney, arropada en sus costosas pieles. ¡Un paseo de ochenta kilómetros en una noche de verano cuajada de estrellas! Marguerite acogió la idea con entusiasmo... Sir Percy era un conductor fantástico; sus cuatro pura sangres, que habían llegado a Dover un par de días antes, estaban descansados y prestarían aún mayor interés al viaje, y Marguerite disfrutó por anticipado de aquellas breves horas de soledad, con la suave brisa nocturna acariciando sus mejillas, sus pensamientos volando, ¿hacia dónde? Sabía por experiencia que sir Percy hablaría poco, o incluso no diría nada: la había llevado muchas veces en su hermoso coche durante horas enteras por la noche, sin hacer más que uno o dos comentarios sobre el tiempo o el estado de las carreteras desde el principio hasta el final del viaje. Le gustaba mucho conducir de noche, y Marguerite había adoptado rápidamente esta afición suya. Sentada a su lado hora tras hora, admirando su forma especial de llevar las

riendas, con gran destreza, pensaba con frecuencia en qué pasaría por su torpe mente. El nunca se lo decía, y Marguerite jamás se atrevía a preguntar.

En *The Fisherman's Rest*, el señor Jellyband hacía su ronda nocturna, apagando las luces. Se habían marchado todos los parroquianos del bar, pero arriba, en los pequeños y acogedores dormitorios, el señor Jellyband tenía varios huéspedes importantes: la condesa de Tournay, con Suzanne, y el vizconde, y habían preparado otras dos habitaciones para sir Andrew Foulkes y lord Antony Dewhurst, por si los dos jóvenes decidían honrar el antiguo establecimiento pasando la noche allí. De momento, aquellos dos valientes se encontraban cómodamente instalados en el salón, ante la enorme hoguera de leña que, a pesar de la bonanza de la noche, habían alimentado para que ardiera alegremente.

—Oiga, Jelly, ¿se han marchado todos? —preguntó lord Tony al honrado posadero, que seguía con su tarea de recoger vasos y jarros.

—Todo el mundo, como puede ver, señor.

—¿Y se han acostado los criados?

—Todos menos el chico que sirve en la cantina, y ése —añadió riendo—, supongo que se quedará dormido dentro de poco, el muy bribón.

—Entonces, ¿podremos hablar aquí sin que nadie nos moleste durante media hora?

—Naturalmente, señor… Les dejaré las velas en el aparador… y sus habitaciones ya están preparadas… Yo duermo en el piso de arriba, pero si su señoría grita un poco fuerte, estoy seguro de que le oiré.

—Muy bien, Jelly… y… oiga, apague la lámpara. Con la hoguera tenemos suficiente luz, y no queremos que se fije en nosotros quien pase por la calle.

—De acuerdo, señor.

El señor Jellyband hizo lo que le habían ordenado: apagó la vieja y pintoresca lámpara que colgaba de las vigas del techo y sopló las velas.

—Tráiganos una botella de vino, Jelly —propuso sir Andrew.

—¡Muy bien, señor!

Jellyband salió a buscar el vino. La habitación había quedado prácticamente a oscuras, salvo por el círculo de luz rojiza y danzarina que formaban los destellantes leños del hogar.

—¿Alguna cosa más, caballeros? —preguntó Jellyband al volver con una botella de vino y dos vasos, que dejó en la mesa.

—Eso es todo, Jelly. Gracias —contestó lord Tony.

—¡Buenas noches, señores!

—¡Buenas noches, Jelly!

Los dos jóvenes se quedaron escuchando los pesados pasos del señor Jellyband, que resonaron en el pasillo y la escalera. Finalmente también se desvaneció ese ruido, y *The Fisherman's Rest* pareció quedar envuelto en el sueño, a excepción de los dos hombres que bebían en silencio junto a la chimenea.

Durante un rato no se oyó nada en el salón, a no ser el tic-tac del gran reloj de pie y el crujido de la leña quemándose.

—¿Todo bien esta vez, Foulkes? —preguntó al fin lord Antony.

Saltaba a la vista que sir Andrew estaba soñando despierto, contemplando el fuego, en el que sin duda veía un rostro bonito y pícaro, con grandes ojos pardos y una cascada de rizos oscuros enmarcando una frente infantil.

—Sí —contestó, reflexivo—. Todo bien.

—¿Ninguna dificultad?

—Ninguna.

Lord Antony se echó a reír de buen humor mientras se servía otro vaso de vino.

—Supongo que no hace falta que pregunte si el viaje te ha resultado agradable en esta ocasión…

—No, amigo mío. No hace falta que lo preguntes —replicó sir Andrew animadamente—. Ha estado bien.

—Entonces, a la salud de la muchacha —dijo lord Tony en tono jovial—. Es una guapa mocita, aunque francesa. Y también brindo por tu noviazgo, porque florezca y prospere maravillosamente.

Vació el vaso hasta la última gota, y a continuación se puso al lado de su amigo, junto al hogar.

—Bueno, supongo que el siguiente viaje lo harás tú, Tony —dijo sir Andrew, interrumpiendo sus reflexiones—. Tú y Hastings, y espero que la tarea os resulte tan agradable como a mí y que tengáis una compañera de viaje tan encantadora como la que he tenido yo. Tony, no puedes hacerte idea de…

—¡No! ¡No puedo hacérmela! —le interrumpió su amigo amablemente—. Pero te creo. Y ahora —añadió, con una repentina expresión de seriedad en su rostro joven y alegre—, ¿qué te parece si entramos en materia?

Los dos jóvenes acercaron sus sillas, e instintivamente, a pesar de encontrarse a solas, bajaron la voz hasta hablar en un susurro.

—En Calais vi a Pimpinela Escarlata a solas unos momentos —dijo sir Andrew— hace un par de días. Llegó a Inglaterra dos días antes que nosotros. Había escoltado al grupo desde París y, ¡parece increíble!… Iba vestido como una vieja vendedora del mercado, y hasta que salieron de la ciudad, fue conduciendo el carro cubierto en el que iban la condesa de Tournay, mademoiselle Suzanne y el vizconde, escondidos entre nabos y coles. Por supuesto, ellos ni siquiera sospechaban quién era el conductor. Tuvo que pasar

entre la soldadesca y una muchedumbre vociferante que gritaba: «*A bas les aristos!*», pero el carro pasó junto a otros del mercado, y Pimpinela Escarlata, con chal, faldas y capucha gritaba: «*A bas les aristos!*», más fuerte que nadie. De verdad que ese hombre es prodigioso —añadió el joven, con los ojos despidiendo destellos de entusiasmo y admiración por su querido jefe—. Tiene una cara dura impresionante, ¡te lo juro!… y gracias a eso puede hacer lo que hace.

A lord Antony, cuyo vocabulario era más limitado que el de su amigo, sólo se le ocurrieron uno o dos juramentos para expresar la admiración que sentía por su jefe.

—Quiere que Hastings y tú os reunáis con él en Calais —dijo sir Andrew más calmado—, el día dos del mes que viene. Veamos… Eso es el próximo miércoles.

—Sí.

—Naturalmente, esta vez es el caso del conde de Tournay. Se le presenta una tarea muy peligrosa al conde, pues después de que el Comité de Salud Pública lo declarase «sospechoso», escapó de su castillo y ahora está condenado a muerte. Su fuga fue una obra maestra del ingenio de Pimpinela Escarlata.

Sacar al conde de Francia va a ser una diversión como pocas, y escaparéis por los pelos, si es que lo conseguís. St. Just ha ido a buscarlo. Naturalmente, nadie sospecha todavía de St. Just, pero después de eso… ¡Sacarlos a los dos del país! Me consta que va a ser un trabajo difícil, que pondrá a prueba el ingenio de nuestro jefe. Me gustaría que me ordenaran que formara parte del grupo.

—¿Tienes instrucciones especiales para mí?

—¡Sí! Y mucho más precisas que de costumbre. Parece ser que el gobierno republicano ha enviado a un agente autorizado a Inglaterra, un hombre llamado Chauvelin, que, según dicen, detesta a nuestra liga, y está decidido a

averiguar la identidad de nuestro jefe, para secuestrarlo la próxima vez que intente poner el pie en Francia. El tal Chauvelin se ha traído un verdadero ejército de espías, y hasta que el jefe no los descubra a todos, piensa que debemos vernos lo menos posible para tratar asuntos relacionados con la liga, y no debemos hablarnos en lugares públicos durante algún tiempo por ningún motivo. Cuando quiera comunicarse con nosotros, ya ideará algo para hacérnoslo saber.

Los dos jóvenes estaban inclinados sobre el fuego, porque las llamas se habían extinguido, y sólo el destello rojizo de las ascuas moribundas arrojaba una luz lívida sobre un estrecho semicírculo frente al hogar. El resto de la habitación estaba envuelta en completas tinieblas. Sir Andrew sacó una cartera de bolsillo, extrajo un papel y lo desdobló, y los dos juntos intentaron leerlo a la débil luz rojiza de la hoguera. Tan embebidos estaban en esa tarea, tan absortos en la causa, tan en serio se tomaban su actividad y aquel documento que, salido de las manos de su adorado jefe, era sumamente valioso, que únicamente tenían ojos y oídos para el papel. No percibían los ruidos que había a su alrededor, de la ceniza crujiente que caía del hogar, del monótono tic-tac del reloj, del leve susurro, casi imperceptible, de algo que se deslizó junto a ellos, en el suelo. De debajo de los bancos salió una figura; con movimientos silenciosos, como de serpiente, se acercó a los dos jóvenes, sin respirar, arrastrándose por el suelo, en medio de la negrura de tinta de la habitación.

—Tienes que leer estas instrucciones y aprenderlas de memoria —dijo sir Andrew—. Después, destruye el papel.

Iba a guardarse la cartera en el bolsillo cuando un trocito de papel cayó aleteando al suelo. Lord Antony se agachó y lo recogió.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Se te acaba de caer del bolsillo. Desde luego, no parecía estar con el otro.

—¡Qué raro! ¿Cómo habrá venido a parar aquí? Es del jefe —añadió, mirando el papel.

Los dos se agacharon para intentar descifrar la diminuta nota en que habían garabateado a toda prisa unas cuantas palabras y, de repente, les llamó la atención un leve ruido que parecía venir del pasillo.

—¿Qué es eso? —dijeron a la vez. Lord Antony atravesó la habitación, llegó a la puerta y la abrió de par en par, bruscamente. En ese mismo momento recibió un terrible golpe entre los ojos, que lo hizo retroceder violentamente hacia la habitación. Al mismo tiempo, la figura agazapada en la oscuridad se irguió y se abalanzó sobre sir Andrew, que, desprevenido, se desplomó en el suelo.

Todo ocurrió en el breve espacio de dos o tres segundos, y sin darles tiempo a lanzar un grito ni a hacer el menor movimiento para defenderse, dos hombres redujeron a lord Antony y sir Andrew, les pusieron una mordaza, y los colocaron uno contra la espalda del otro, con brazos, manos y piernas fuertemente atados.

En el ínterin, un hombre había cerrado la puerta sin hacer ruido; llevaba un antifaz y permanecía inmóvil mientras los otros dos terminaban su trabajo.

—¡Todo listo, ciudadano! —dijo uno de ellos, tras examinar por última vez las ligaduras de los dos jóvenes ingleses.

—¡Muy bien! —replicó el hombre de la puerta—. Ahora registradles los bolsillos y dadme todos los papeles que encontréis.

Los hombres llevaron a cabo la orden inmediatamente, en silencio. El enmascarado, tras tomar posesión de los papeles, prestó oídos unos instantes por si había ruidos en *The Fisherman’s Rest*. Visiblemente satisfecho de que aquel vil

atropello no hubiera tenido testigos, volvió a abrir la puerta y señaló el pasillo con ademán imperioso. Los cuatro hombres levantaron a sir Andrew y lord Antony del suelo, y tan silenciosamente como habían llegado, sacaron de la posada a los dos valientes jóvenes amordazados y se internaron en las tinieblas de la carretera de Dover.

En el salón de la posada, el enmascarado que había dirigido la osada operación ojeaba rápidamente los papeles robados.

—El trabajo de hoy no ha estado nada mal —murmuró, quitándose pausadamente el antifaz, y sus ojos pálidos y zorrunos brillaron al fulgor rojizo del fuego—. Pero que nada mal.

Abrió un par de cartas más de la cartera de sir Andrew Foulkes, y se fijó en la minúscula nota que los dos jóvenes ingleses apenas habían tenido tiempo de leer; pero una carta en particular, firmada por Armand St. Just, pareció proporcionarle una extraña satisfacción.

—Así que Armand St. Just es un traidor —murmuró—. Ahora, hermosa Marguerite Blakeney, creo que me ayudarás a buscar a Pimpinela Escarlata —añadió cruelmente, apretando los dientes.

X - PALCO DE LA OPERA

Era noche de gala en el teatro del Covent Garden, la primera de la temporada del otoño de aquel memorable año de gracia de 1792.

El teatro estaba abarrotado, desde los elegantes palcos de la orquesta y la platea hasta los asientos y tribunas de arriba, de carácter más plebeyo. El Orfeo de Glück despertaba gran expectación entre los sectores más intelectuales del local, mientras que las mujeres de la alta sociedad, la gente elegante y de vistosos ropajes, llamaban más la atención a quienes no se interesaban demasiado por aquella «reciente importación de Alemania».

Selina Storace había recibido una gran ovación de sus numerosos admiradores tras una magnífica aria; Benjamín Incledon, el favorito de las damas, había sido objeto de especial reconocimiento desde el palco real; y en esos momentos bajaba el telón, tras el clamoroso final del tercer acto[1], y el público, que había seguido hechizado los mágicos compases del genial maestro, pareció proferir al unísono un prolongado suspiro de satisfacción, antes de sacar a paseo cientos de lenguas maledicentes y frívolas.

En los elegantes palcos de la orquesta se veían muchas caras conocidas. El señor Pitt, abrumado por los asuntos de estado, disfrutaba de unas horas de tranquilidad con aquel regalo musical; el príncipe de Gales, jovial, rechoncho y de

aspecto un tanto vulgar y tosco, iba de palco en palco pasando breves minutos con sus amigos más íntimos.

También en el palco de lord Grenville, un personaje extraño e interesante llamaba la atención de todo el mundo, una figura delgada y pequeña de expresión astuta y sarcástica y ojos hundidos, pendiente de la música, contemplando con aire crítico al público, vestido impecablemente de negro, con el pelo oscuro, sin empolvar. Lord Grenville, secretario de Estado para Asuntos Exteriores, le dispensaba un trato sumamente cortés, pero frío.

Aquí y allá, repartidos entre las bellezas de corte claramente británico, destacaban algunos rostros extranjeros en marcado contraste: los semblantes altivos y aristocráticos de los múltiples monárquicos franceses emigrados que, perseguidos por la facción revolucionaria e implacable de su país, habían encontrado un pacífico refugio en Inglaterra. En aquellos rostros habían dejado profundas huellas la aflicción y las preocupaciones. Sobre todo las mujeres prestaban poca atención a la música y al deslumbrante público; sin duda, sus pensamientos se encontraban muy lejos, con el marido, el hermano, acaso el hijo, que aún corría peligro, o que había sucumbido recientemente a un cruel destino.

Entre ellos, la condesa de Tournay de Basserive, llegada de Francia hacía poco tiempo, era uno de los personajes más sobresalientes: vestida de seda negra, de pies a cabeza, con sólo un pañuelo de encaje blanco que aliviaba el aire de duelo que la rodeaba, estaba al lado de lady Portarles, que con ingeniosas ocurrencias y chistes un tanto subidos de tono trataba vanamente de llevar una sonrisa a los tristes labios de la condesa. Detrás de ella se encontraban la pequeña Suzanne y el vizconde, silenciosos y algo cohibidos entre tantos desconocidos. Los ojos de Suzanne parecían melancólicos; al entrar en el teatro abarrotado, había mirado

ansiosamente a su alrededor, examinando todas las caras, escudriñando todos los palcos. Saltaba a la vista que la cara que buscaba no se encontraba allí, pues se había sentado detrás de su madre, y sin prestar la menor atención al público, escuchaba la música con expresión lánguida.

—Ah, lord Grenville —dijo lady Portarles, cuando, tras un discreto golpe, en la puerta del palco apareció la cabeza, interesante e inteligente, del secretario de Estado—. No podía usted haber llegado más *á propos*. Madame la condesa de Tournay arde en deseos de conocer las últimas noticias de Francia.

El distinguido diplomático se adelantó hacia las señoras y les estrechó la mano.

—¡Ay! —exclamó tristemente—. Son muy malas. Continúan las matanzas; París literalmente está anegado en sangre, y la guillotina reclama cien víctimas diariamente.

Pálida y llorosa, la condesa estaba reclinada contra el respaldo del asiento, escuchando horrorizada el breve y gráfico resumen de lo que ocurría en su malhadado país.

—Ah, monsieur —dijo, emocionada—, es terrible oír eso… Y mi marido aún en ese país espantoso. Para mí es horrible estar aquí, en un teatro, a salvo y tan tranquila, mientras él corre tales peligros.

—Vamos, madame —terció lady Portarles, en su habitual tono franco y brusco—. Si usted estuviera en un convento, no por eso su marido se encontraría más seguro, y tiene que pensar en sus hijos: son demasiado jóvenes para someterlos a tanta angustia y tanta aflicción prematuramente.

La condesa sonrió entre sus lágrimas ante la vehemencia de su amiga. Lady Portarles, cuya voz y cuyos modales no hubieran desmerecido de los de un mozo de cuerda, tenía un corazón de oro, y ocultaba una auténtica simpatía y amabilidad bajo la actitud un tanto ruda que adoptaban las damas de la época.

—Además, madame —añadió lord Grenville—, ¿no me dijo usted ayer que la Liga de la Pimpinela Escarlata había prometido por su honor traer a monsieur el conde a Inglaterra?

—¡Sí, sí! —contestó la condesa—. Esa es mi única esperanza. Ayer vi a lord Hastings… y me lo confirmó una vez más.

—En ese caso, estoy seguro de que no debe temer nada. Si la liga jura algo, no cabe duda de que lo cumple. ¡Ah! —exclamó el anciano diplomático con un suspiro—, ojalá fuera yo unos años más joven…

—¡Vamos, lord Grenville! —le interrumpió lady Portarles con brusquedad—. Aún es lo suficientemente joven como para volverle la espalda a ese cuervo francés que tiene entronizado en su palco esta noche.

—Ojalá pudiera… pero su señoría debe recordar que para servir a nuestro país hay que dejar a un lado los prejuicios. Monsieur Chauvelin es el agente autorizado de su gobierno…

—¡Pero bueno! —replicó lady Portarles—. ¿Llama usted gobierno a esa pandilla de bandidos sedientos de sangre?

—Todavía no parece prudente que Inglaterra rompa relaciones diplomáticas con Francia —dijo el ministro con cautela—, y no podemos negarnos a recibir con cortesía al agente que este país decida enviarnos.

—¡Al diablo con las relaciones diplomáticas, señor mío! Ese zorro astuto que tiene usted ahí no es más que un espía; se lo garantizo, y, o mucho me equivoco, o dentro de poco descubrirá usted que no le importa absolutamente nada la diplomacia, y que lo que quiere es perjudicar a los refugiados monárquicos, a nuestro heroico Pimpinela Escarlata y a los miembros de ese valeroso grupo.

—Estoy segura —dijo la condesa, frunciendo sus delgados labios—, de que si ese Chauvelin quiere hacernos

daño, encontrará una leal aliada en lady Blakeney.

—¡Pero qué mujer ésta! —exclamó lady Portarles—. ¿Habrase visto qué maldad? Lord Grenville, usted que tiene un pico de oro, ¿querría hacerme el favor de explicarle a madame la condesa que se está comportando como una imbécil? Madame, en la situación en que usted se encuentra aquí, en Inglaterra —añadió, volviéndose con expresión colérica y resuelta hacia la condesa—, no puede permitirse el lujo de darse esos aires a los que son tan aficionados ustedes los aristócratas franceses. Lady Blakeney simpatizará o no con esos bandidos franceses; es posible que haya tenido algo que ver o no con la detención y la ejecución de St. Cyr, o como se llamara ese buen señor, pero es el centro de la alta sociedad de este país. Sir Percy Blakeney tiene más dinero que media docena de hombres juntos, y está a partir un piñón con la realeza, y si usted intenta ofender a lady Blakeney, a ella no la perjudicará en absoluto, pero a usted la dejará en ridículo. ¿No es así, lord Grenville?

Pero lo que lord Grenville pensaba sobre el asunto, o a qué conclusiones podía llegar la condesa de Tournay tras la pequeña diatriba de lady Portarles, siguió siendo un misterio, porque acababa de alzarse el telón para dar comienzo al tercer acto de Orfeo, y por todas partes pedían silencio.

Lord Grenville se despidió apresuradamente de las damas y regresó sin ruido a su palco, en el que Chauvelin había permanecido durante todo el *entr’acte*, con su eterna caja de rapé en la mano, y con sus perspicaces y pálidos ojos fijamente clavados en el palco de enfrente, en el que, entré frufrús de faldas de seda, risas y miradas de curiosidad del público, acababa de entrar Marguerite Blakeney acompañada por su marido, divina y hermosa con sus abundantes rizos entre dorados y rojizos, ligeramente

espolvoreados y recogidos en la nuca, al final de su grácil cuello, con un gigantesco lazo negro. Siempre vestida a la última moda, Marguerite era la única dama que aquella noche había prescindido del chaleco de anchas solapas que estaba muy en boga desde hacía dos o tres años. Llevaba un vestido de talle bajo y corte clásico que pronto pasaría a ser el modelo más extendido en todos los países de Europa. Quedaba perfecto con su figura grácil, de porte regio, con los brillantes adornos que parecían una masa de bordados de oro.

Al entrar, se asomó unos momentos a la barandilla del palco para comprobar cuántos asistentes a la función conocía. Muchas personas le dedicaron una inclinación de cabeza, y también le enviaron un saludo rápido y cortés desde el palco real.

Chauvelin la estuvo observando atentamente durante el comienzo del tercer acto. Escuchaba arrobada la música, mientras su delicada manecita jugueteaba con un pequeño abanico adornado con joyas. Su cabeza regia, el cuello y los brazos estaban cubiertos de diamantes magníficos y raras gemas, regalo de un marido que la adoraba y que estaba cómodamente, arrellanado a su lado.

A Marguerite le apasionaba la música. Aquella noche, Orfeo la tenía hechizada. En su rostro dulce y joven se leía claramente la alegría de vivir, que chispeaba en sus brillantes ojos azules e iluminaba la sonrisa que acechaba en sus labios. Al fin y al cabo, sólo tenía veinticinco años; se encontraba en la flor de la juventud, era la favorita de la clase más elevada, que la idolatraba, la festejaba, la mimaba. El *Day Dream* había vuelto de Calais hacía dos días, y le había traído la noticia de que su adorado hermano se encontraba sano y salvo, que pensaba en ella y sería prudente.

No es de extrañar que en aquellos momentos, escuchando los apasionados compases de Glück, olvidara sus decepciones, olvidara sus sueños de amor perdidos, olvidara incluso a aquella nulidad perezosa y afable que había compensado su falta de dotes espirituales prodigándole toda clase de privilegios mundanos.

Sir Percy se quedó en el palco el tiempo que exigían las convenciones, haciendo sitio a Su Alteza Real y a la multitud de admiradores que, en continua procesión, acudían a rendir tributo a la reina de la alta sociedad. Después se marchó, probablemente a hablar con amigos cuya compañía le resultaba más agradable. Marguerite ni siquiera se preguntó dónde habría ido; le importaba muy poco, y tenía a su alrededor a su pequeña corte, integrada por la *jeunesse dorée* de Londres, a la que despidió al poco tiempo, pues deseaba estar a solas con Glück un ratito.

Un discreto golpe en la puerta interrumpió su deleite.

—Adelante —dijo con cierta impaciencia, sin volverse a mirar al intruso.

Chauvelin, que esperaba la ocasión, había observado que se encontraba a solas, y, sin desanimarse por aquel impaciente «Adelante», se deslizó silenciosamente en el palco, y al cabo de unos instantes se situó tras el asiento de Marguerite.

—Quisiera hablar con usted un momento, ciudadana —dijo en voz baja.

Marguerite se volvió rápidamente, sin disimular su inquietud.

—¡Me ha asustado! —dijo, con una risita forzada—. Su llegada es de lo más inoportuna. Quiero escuchar a Glück, y no tengo el menor deseo de hablar.

—Pero ésta es la única oportunidad que tengo —replicó Chauvelin en el mismo tono, y sin esperar a que le dieran permiso, acercó una silla a la de Marguerite; la colocó tan

cerca que podía susurrarle al oído, sin molestar al público y sin que lo vieran, en la oscuridad del palco—. Es la única oportunidad que tengo —repitió al ver que Marguerite no se dignaba contestarle—. Lady Blakeney siempre está tan rodeada de gente, tan aclamada por su corte, que un viejo amigo nunca encuentra ocasión de hablar con ella.

—Pues entonces, espere a otro momento —dijo Marguerite, aún más impaciente—. Esta noche iré al baile de lord Grenville, después de la ópera, y supongo que usted también. Allí le concederé cinco minutos…

—Tres minutos en la intimidad de este palco son más que suficientes para mí —replicó Chauvelin en tono afable—, y creo que haría bien en escucharme, ciudadana St. Just.

Marguerite se estremeció involuntariamente. La voz de Chauvelin no pasaba de un murmullo. Aunque estaba aspirando tranquilamente un pellizco de rapé, había algo en su actitud, en aquellos ojos pálidos y zorrunos que a Marguerite casi le heló la sangre en las venas, como si vislumbrara un peligro mortal que hasta ese momento no hubiera siquiera sospechado.

—¿Es una amenaza, ciudadano? —preguntó al fin.

—No, mi hermosa señora —contestó Chauvelin con galantería—. Sólo una flecha lanzada al aire.

Calló unos instantes, como el gato que ve al ratón corriendo despreocupado, listo para atacar, pero esperando con ese sentido felino del placer ante la inminencia de una maldad. A continuación dijo en voz muy baja:

—Su hermano, St. Just, está en peligro.

No se movió ni un solo músculo del hermoso rostro que tenía ante él. Chauvelin veía a Marguerite de perfil, pues parecía absorta en la contemplación del escenario, pero era un observador suspicaz, y notó la repentina rigidez de los ojos, el endurecimiento de la boca, la profunda tensión, casi como si se paralizara, del esbelto cuerpo.

—Muy bien —replicó Marguerite, con fingida despreocupación—. Como es una de sus intrigas imaginarias, será mejor que vuelva a su asiento y me deje disfrutar de la música.

Y se puso a marcar el ritmo golpeando nerviosamente con la mano contra la barandilla almohadillada del palco. Selina Storace cantaba *Che farò* ante un público hechizado, pendiente de los labios de la *prima donna*. Chauvelin no se levantó de su asiento; observaba en silencio la diminuta mano nerviosa, único indicio de que la flecha había dado en el blanco.

—¿Y bien? —dijo de repente Marguerite, fingiendo tranquilidad.

—¿Y bien, ciudadana? —replicó Chauvelin afablemente.

—¿Qué le ocurre a mi hermano?

—Le traigo noticias suyas que, según creo, le interesarán mucho; pero primero, quisiera explicarle una cosa... ¿Me permite?

La pregunta era innecesaria. Chauvelin notó que todos y cada uno de los nervios de Marguerite se encontraban en tensión, a la espera de sus palabras, aunque la muchacha mantenía el rostro vuelto hacia el escenario.

—El otro día le pedí ayuda, ciudadana... —dijo—. Francia la necesita, y yo creía que podía confiar en usted, pero ya me dio su respuesta... Desde ese día las exigencias de mi trabajo y sus compromisos no nos han permitido vernos... pero han ocurrido muchas cosas...

—Le ruego que no divague, ciudadano —dijo Marguerite, como quitándole importancia—. La música es fascinante, y el público se va a impacientar con su charla.

—Un momento, ciudadana. El día en que tuve el honor de verla en Dover, y poco menos de una hora después de que me diera su respuesta definitiva, cayeron en mi poder ciertos papeles que revelaban otro de esos sutiles planes

para la fuga de una pandilla de aristócratas franceses —el traidor de Tournay entre otros—, organizada por ese maldito entrometido, Pimpinela Escarlata. También han llegado a mis manos varias pistas de esta misteriosa organización, pero no todas, y lo que quiero es que usted… ¡Mejor dicho!, tiene usted que ayudarme a reunirlas todas.

Marguerite había escuchado a Chauvelin con palpable impaciencia; cuando terminó el discurso se encogió de hombros y dijo alegremente:

—¡Bah! ¿Acaso no le he dicho ya que no me importan ni sus planes ni Pimpinela Escarlata? Pero me había dicho que mi hermano…

—Un poco de paciencia, se lo ruego, ciudadana —prosiguió, imperturbable—. Esa misma noche había dos caballeros en *The Fisherman's Rest*, lord Antony Dewhurst y sir Andrew Foulkes.

—Lo sé. Yo los vi.

—Mis espías ya sabían que son miembros de esa maldita liga. Fue sir Andrew Foulkes quien escoltó a la condesa de Tournay y a sus hijos para cruzar el Canal de la Mancha. Cuando los dos hombres se quedaron solos, mis espías entraron en el salón de la posada, amordazaron y ataron a esos dos caballeros tan valientes, se apoderaron de sus papeles y me los trajeron.

En pocos instantes Marguerite comprendió el peligro. ¿Papeles?… ¿Habría cometido Armand alguna imprudencia?… La idea la llenó de horror. Sin embargo, no dejó que Chauvelin viera que le tenía miedo; se echó a reír, alegre y despreocupadamente.

—¡Qué barbaridad! ¡Su descaro es increíble! —dijo animadamente—. ¡Robo y violencia… en Inglaterra! ¡En una posada llena de gente! ¡Podrían haber sorprendido a sus hombres en el acto!

—¿Y qué si hubiera sido así? Son hijos de Francia, y su humilde servidor es quien les ha enseñado todo lo que saben. Si los hubieran cogido, habrían ido a la cárcel, o incluso a la horca, sin una palabra de protesta ni una indiscreción. De todos modos, hubiera valido la pena correr el riesgo. Una posada llena de gente es más segura de lo que usted cree para llevar a cabo estas pequeñas operaciones, y mis hombres tienen experiencia.

—Bueno, ¿y esos papeles? —preguntó, como sin darle importancia al asunto.

—Por desgracia, aunque por ellos me he enterado de ciertos nombres…, de ciertos movimientos… datos suficientes, a mi juicio, para desbaratar de momento el golpe que tenían planeado, sólo será de momento, y sigo ignorando la identidad de Pimpinela Escarlata.

—¡Ah, amigo mío! —dijo Marguerite, con la misma ligereza fingida—, entonces está como antes, ¿verdad?, y podrá dejarme disfrutar de la última estrofa del aria. ¿De acuerdo? —añadió, sofocando ostensiblemente un bostezo imaginario—. Pero ¿qué decía sobre mi hermano?

—Enseguida llego a ese punto, ciudadana. Entre los papeles había una carta dirigida a sir Andrew Foulkes escrita por su hermano, St. Just.

—¿Y qué?

—Esa carta demuestra que no sólo simpatiza con los enemigos de Francia, sino que colabora con la Liga de la Pimpinela Escarlata, si es que no es miembro de ella.

Al fin había descargado el golpe. Marguerite lo estaba esperando desde hacía tiempo. No demostraría ningún temor; estaba decidida a que pareciera que no le preocupaba, que se lo tomaba a la ligera. Cuando recibiera el golpe final, deseaba estar preparada, ser dueña de su ingenio, de ese ingenio que había merecido el calificativo del más agudo de Europa. No se arredró. Sabía que lo que le

había dicho Chauvelin era verdad; aquel hombre era demasiado vehemente, estaba demasiado convencido, ciegamente, de la errónea causa que defendía, y se sentía demasiado orgulloso de sus compatriotas, de aquellos hacedores de revoluciones, como para rebajarse a inventar falsedades ruines y absurdas.

La carta de Armand —del estúpido e imprudente Armand — se encontraba en manos de Chauvelin. Marguerite lo sabía como si la tuviera ante sus propios ojos; y Chauvelin la guardaría para lograr sus propósitos hasta que le conviniera destruirla o utilizarla contra Armand. Sabía todo eso y, sin embargo, siguió riendo, aún con más despreocupación y más fuerza que antes.

—¡Vamos, vamos! —exclamó, hablando por encima del hombro y mirando abiertamente a Chauvelin a la cara—. ¿No decía yo que eran invenciones suyas?… ¡Que Armand se ha unido al enigmático Pimpinela Escarlata!… ¡Y decir que Armand ayuda a esos aristócratas franceses que tanto detesta!… ¡Hay que reconocer que esta historia es digna de su gran imaginación!

—Permítame que deje bien claro este asunto, ciudadana —dicho Chauvelin, con la misma calma, sin inmutarse—. Le aseguro que St. Just está tan comprometido que no existe la menor posibilidad de que obtenga el perdón.

Durante unos instantes se hizo un silencio absoluto en el palco de la orquesta. Marguerite estaba muy erguida en su asiento, rígida e inmóvil, intentando pensar, intentando afrontar la situación, reflexionando sobre lo que debía hacer.

En el escenario, Storace había terminado de cantar el aria, y saludaba al público que la aclamaba enfervorizado, enfundada en ropajes clásicos pero con las reverencias que dictaban los usos del siglo XVIII.

—Chauvelin, —dijo Marguerite Blakeney al fin, tranquilamente, sin el envalentonamiento que había

caracterizado su actitud hasta ese momento—. Chauvelin, amigo mío, vamos a tratar de comprendernos mutuamente. Me da la impresión de que mi ingenio se ha oxidado al contacto con este clima tan húmedo. Dígame una cosa. Usted está deseando descubrir la identidad de Pimpinela Escarlata, ¿no es así?

—El más acérrimo enemigo de Francia, ciudadana… y el más peligroso, pues trabaja en la oscuridad.

—Querrá decir el más noble… ¡Pero en fin…! Y usted va a obligarme a ejercer de espía para usted a cambio de la seguridad de mi hermano Armand, ¿no es así?

—¡Ah, hermosa señora, esas palabras son muy feas! —protestó Chauvelin cortésmente—. Por supuesto que nadie va a obligarla, y el servicio que le pido que me preste, en nombre de Francia, no puede llamarse con ese nombre tan desagradable: espionaje.

—Así es como se llama aquí —replicó Marguerite secamente—. Esa es su intención, ¿verdad?

—Mi intención es que usted obtenga el perdón para Armand St. Just prestándome un pequeño servicio.

—¿En qué consiste?

—Sólo vigilar por mí esta noche, ciudadana St. Just —se apresuró a contestar Chauvelin—. Verá; entre los papeles que se le encontraron a sir Andrew Foulkes, había una notita. ¡Mire! —añadió, sacando un minúsculo papel de su bolsillo y dándoselo a Marguerite.

Era el mismo papelito que, cuatro días antes, leían los dos jóvenes en el preciso momento en que fueron atacados por los esbirros de Chauvelin. Marguerite lo cogió mecánicamente y se inclinó para leerlo. Sólo había dos líneas, escritas con una caligrafía deformada. Leyó, casi en voz alta:

«Recuerden que no debemos vernos más de lo estrictamente necesario. Ya tienen todas las instrucciones

para el día 2. Si quieren hablar conmigo, estaré en el baile de G.»

—¿Qué significa esto? —preguntó Marguerite.

—Mire con atención y lo comprenderá, ciudadana.

—En esta esquina hay un dibujo, una florecita roja…

—Sí.

—La Pimpinela Escarlata —dijo ansiosamente—, y el baile de G. se refiere al baile de Grenville… Estará en casa de lord Grenville esta noche.

—Así es como yo interpreto esta nota, ciudadana —concluyó Chauvelin—. Después de que mis espías redujeron y registraron a lord Antony Dewhurst y sir Andrew Foulkes, les di órdenes de que los llevaran a una casa solitaria en la carretera de Dover, que había alquilado con este fin. Allí han estado prisioneros hasta esta mañana. Pero al encontrar esta notita, pensé que lo mejor sería que llegaran a Londres a tiempo para asistir al baile de lord Grenville. Comprenderá usted que tienen muchas cosas que contarle a su jefe… y esta noche tendrán la oportunidad de hablar con él, tal y como les recomendó que hicieran. Por eso, esta mañana esos dos caballeros encontraron las puertas de esa casa de la carretera de Dover abiertas de par en par; sus carceleros habían desaparecido y había dos buenos caballos ensillados esperándolos en el jardín. Aún no los he visto, pero es de suponer que no habrán parado hasta llegar a Londres. ¿Ve qué sencillo es todo, ciudadana?

—Sí, parece muy sencillo —replicó Marguerite, haciendo un último y amargo esfuerzo por parecer alegre—. Cuando se quiere matar un pollito… se lo agarra y se le retuerce el cuello… Al único que no le parece tan sencillo es al pollito. Me pone usted una pistola en el pecho, y tiene usted un rehén para obligarme a obedecer… A usted le parece sencillo, pero a mí no.

—No, ciudadana. Le ofrezco la oportunidad de salvar al hermano que usted quiere tanto de las consecuencias de la estupidez que ha cometido.

El rostro de Marguerite se dulcificó, sus ojos se humedecieron, y murmuró, casi para sus adentros:

—El único ser en el mundo que siempre me ha querido de verdad… Pero ¿qué quiere que haga, Chauvelin? —preguntó, con una desesperación infinita en su voz ahogada por las lágrimas—. ¡En mi situación actual, yo no puedo hacer nada!

—Claro que sí, ciudadana —replicó Chauvelin seca, implacablemente, sin dejarse ablandar por aquella súplica desesperada e infantil que hubiera derretido incluso un corazón de piedra—. Siendo lady Blakeney, nadie sospecharía de usted, y con su ayuda, ¿quién sabe?, es posible que esta noche logre averiguar al fin la identidad de Pimpinela Escarlata… Usted estará en el baile… Observe, ciudadana; observe y escuche… Después me contará si ha oído algo, una frase suelta, cualquier cosa… Debe fijarse en todas las personas con las que hablen sir Andrew Foulkes o lord Antony Dewhurst. En la actualidad, usted se encuentra completamente libre de sospecha. Pimpinela Escarlata asistirá esta noche al baile de lord Grenville. Averigüe quién es, y me comprometo, en nombre de Francia, a garantizar la seguridad de su hermano.

Chauvelin la ponía entre la espada y la pared. Marguerite se sentía atrapada en una tela de araña en la que no había posibilidad de escapatoria. Aquel hombre tenía en su poder un rehén precioso, que intercambiaría por su obediencia; porque Marguerite sabía que sus amenazas jamás eran vanas. No cabía duda de que el Comité de Salud Pública ya había señalado a Armand como «sospechoso», no le permitirían salir de Francia y le castigarían implacablemente si Marguerite se negaba a obedecer a Chauvelin. Durante unos momentos, como mujer que era, albergó la esperanza

de contemporizar con él. Tendió la mano a aquel hombre, a quien detestaba y temía.

—Chauvelin, si le prometo mi ayuda en este asunto —dijo afablemente—, ¿me dará la carta de St. Just?

—Si me presta un valioso servicio esta noche, le daré la carta… mañana —respondió él con una sonrisa sarcástica.

—¿Acaso no se fía de mí?

—Confío plenamente en usted, mi querida señora, pero es Francia quien tiene en prenda la vida de St. Just, y su salvación depende de usted.

—Quizá no pueda ayudarle —dijo Marguerite en tono suplicante—, por mucho que desee hacerlo.

—Eso sería terrible —replicó Chauvelin pausadamente—, para usted… y para St. Just.

Marguerite se estremeció. Sabía que no podía esperar misericordia de aquel hombre todopoderoso, que tenía la vida de su adorado hermano en un puño. Le conocía demasiado bien, y también sabía que, si no lograba sus fines, sería implacable.

Sintió frío a pesar de la atmósfera opresiva del teatro. Se le antojó que los sobrecogedores compases de la música llegaban hasta ella como de una tierra lejana. Se cubrió los hombros con el elegante chal de encaje, y contempló en silencio el brillante escenario, como en un sueño.

Durante unos segundos sus pensamientos se apartaron del ser querido que se encontraba en peligro, y volaron hasta el otro hombre que también tenía derecho a su confianza y su afecto. Se sintió sola y asustada por Armand; anheló el consuelo y el consejo de alguien que supiera cómo ayudarla y animarla. Sir Percy Blakeney le había amado en su día; era su marido; ¿por qué tenía que pasar sola aquella terrible prueba? Sir Percy tenía poco cerebro, eso era cierto, pero le sobraban músculos, y si ella ponía la inteligencia, y él la fuerza y el empuje masculino, juntos vencerían al

astuto diplomático, y rescatarían al rehén de sus manos vengativas sin poner en peligro la vida del noble jefe de aquel grupo de héroes. Sir Percy conocía bien a St. Just, parecía tenerle cariño… Marguerite estaba segura de que podía ayudarle.

Chauvelin ya no le prestaba la menor atención. Había pronunciado la cruel fórmula: «O esto o…» y ahora le tocaba decidir a ella. El francés parecía absorto en las emocionantes melodías de Orfeo, y marcaba el ritmo de la música con su cabeza puntiaguda, como de hurón.

Un discreto golpecito en la puerta interrumpió las reflexiones de Marguerite. Era sir Percy Blakeney, erguido, somnoliento, afable, con su sonrisa a medio camino entre la timidez y la necedad, que en aquel momento irritó a Marguerite profundamente.

—Esto… tu coche está afuera, querida —dijo, arrastrando las palabras de una forma exasperante—. Supongo que querrás ir a ese dichoso baile… Perdone… esto… monsieur Chauvelin… No había reparado en usted…

Tendió dos dedos blancos y delgados hacia Chauvelin, que se puso en pie cuando sir Percy entró en el palco.

—¿Vienes, querida?

—¡Chist! ¡Chist! —se oyó protestar desde distintos rincones del teatro.

—¡Qué desvergüenza! —comentó sir Percy con una sonrisa afable.

Marguerite suspiró, impaciente. Su última esperanza acababa de desvanecerse bruscamente. Se puso la capa y, sin mirar a su marido, dijo: «Estoy preparada», al tiempo que se cogía de su brazo. Al llegar a la puerta del palco se dio la vuelta y miró a la cara a Chauvelin, que con su *chapeau-bras* bajo el brazo y una extraña sonrisa rondándole por sus delgados labios, se disponía a seguir a la mal avenida pareja.

—Es sólo un *au revoir*, Chauvelin —dijo Marguerite cortésmente—. Nos veremos esta noche en el baile de lord Grenville.

Y, sin duda, el astuto francés leyó en los ojos de la mujer algo que le produjo una profunda satisfacción, pues, sonriendo sarcásticamente, tomó un pellizco de rapé y, después, tras sacudirse la corbata de delicado encaje, se frotó las manos delgadas y huesudas, muy animado.

XI - EL BAILE DE LORD GRENVILLE

El histórico baile ofrecido por el entonces secretario de Estado para Asuntos Exteriores, lord Grenville, fue el acontecimiento más destacado del año. A pesar de que la temporada de otoño acababa de empezar, todos los que ocupaban un lugar en la alta sociedad trataron por todos los medios de llegar a Londres a tiempo para asistir y lucirse en el baile, cada cual según sus posibilidades.

Su Alteza Real el príncipe de Gales había prometido asistir, después de que acabara la ópera. Lord Grenville había presenciado los dos primeros actos de Orfeo antes de prepararse para recibir a sus huéspedes. A las diez, una hora inusualmente tardía en aquella época, los suntuosos salones del edificio del ministerio de Asuntos Exteriores, exquisitamente decorados con palmeras y flores exóticas, estaban llenos a rebosar. Se había acondicionado una habitación para bailar, y los delicados compases del minué acompañaban dulcemente la animada charla y la alegre risa de los invitados, numerosos y alegres.

En una pequeña cámara que daba al último rellano de la escalera se encontraba el distinguido anfitrión dando la bienvenida a sus huéspedes. Hombres elegantes, mujeres hermosas, personalidades de todos los países de Europa, desfilaban ante él, intercambiaban las reverencias y los saludos que imponía la extravagante moda de la época, y a continuación, riendo y charlando, se desperdigaban por el vestíbulo, por el salón de baile y la sala de juegos.

No lejos de lord Grenville, apoyado sobre una de las consolas, Chauvelin, con su impecable traje negro, examinaba pausadamente al brillante grupo. Observó que aún no habían llegado sir Percy y lady Blakeney, y sus ojos pálidos y penetrantes se clavaban disimuladamente en la puerta cada vez que aparecía alguien.

Estaba un tanto aislado; no existían muchas posibilidades de que el enviado del gobierno revolucionario de Francia despertase grandes simpatías en Inglaterra en los días en que habían empezado a filtrarse desde el otro lado del Canal de la Mancha las noticias de las terribles matanzas de septiembre y del Reinado del Terror y la Anarquía.

Por su misión oficial, sus colegas ingleses lo habían recibido cortésmente; el señor Pitt le había estrechado la mano y lord Grenville había sido su anfitrión en más de una ocasión; pero los círculos más íntimos de la alta sociedad londinense no le hacían el menor caso: las mujeres le volvían la espalda abiertamente y los hombres que no ocupaban puestos oficiales se negaban a estrecharle la mano.

Pero Chauvelin no era hombre al que le preocuparan este tipo de convenciones sociales, que él consideraba simples incidentes en su carrera diplomática. Sentía un entusiasmo ciego por la causa revolucionaria, detestaba las desigualdades sociales, y profesaba un amor ferviente a su país. Estos tres sentimientos le hacían indiferente a los desaires que recibía en aquella Inglaterra cubierta de niebla, monárquica y anticuada.

Pero, por encima de todo, Chauvelin perseguía un objetivo concreto. Creía firmemente que los aristócratas franceses eran los peores enemigos de Francia, y hubiera deseado verlos destruidos, a todos y cada uno de ellos; fue una de las primeras personas que, durante el espantoso Reinado del Terror, formuló el histórico y cruel deseo de que

«los aristócratas podrían tener una sola cabeza entre todos, para así poder cortarla con un solo golpe de guillotina». Por eso, consideraba a todo noble francés que había logrado escapar de Francia una víctima arrebatada injustamente a la guillotina. No cabe duda de que, en cuanto conseguían cruzar la frontera, los *émigrés* monárquicos hacían todo lo posible por despertar la indignación de los extranjeros contra Francia. En Inglaterra, Bélgica y Holanda se preparaban innumerables conjuras para tratar de convencer a alguna gran potencia de que enviase tropas al París revolucionario, para liberar al rey Luis, y para colgar a los dirigentes sedientos de sangre de aquella monstruosa república.

No es de extrañar, por tanto, que el romántico y misterioso Pimpinela Escarlata despertara un profundo odio en Chauvelin. Él y un puñado de bribones bajo su mando, bien provistos de dinero, dotados de una osadía ilimitada y de una penetrante astucia, habían logrado rescatar a cientos de aristócratas de Francia. Nueve décimas partes de los *émigrés* que agasajaba la corte inglesa le debían la vida a aquel hombre y su grupo.

Chauvelin había jurado a sus colegas de París que averiguaría la identidad de aquel inglés entrometido, le tendería una trampa para que fuera a Francia, y entonces… Chauvelin emitió un profundo suspiro de satisfacción ante la sola idea de ver aquella enigmática cabeza cayendo bajo la cuchilla de la guillotina, con tanta facilidad como la de cualquier otro hombre.

De repente se produjo un gran alboroto en la escalera, y todas las conversaciones cesaron cuando el mayordomo, que se encontraba fuera, anunció:

—Su Alteza Real, el príncipe de Gales y comitiva, sir Percy Blakeney, lady Blakeney.

Lord Grenville se dirigió rápidamente a la puerta para recibir a su importante invitado.

El príncipe de Gales, que llevaba un magnífico traje de terciopelo de color salmón con suntuosos bordados en oro, entró con Marguerite Blakeney del brazo; y a su izquierda iba sir Percy, con sus extravagantes ropajes al estilo «Incroyable», el cabello rubio sin empolvar, valiosos encajes en cuello y muñecas y el *chapeau-bras* bajo el brazo.

Tras las palabras convencionales de cordial bienvenida, lord Grenville dijo a su huésped real:

—Alteza, ¿me permitís que os presente a monsieur Chauvelin, enviado del gobierno francés?

En cuanto entró el príncipe, Chauvelin se adelantó, a la espera de las presentaciones. Hizo una profunda reverencia, y el príncipe le devolvió el saludo con una brusca inclinación de cabeza.

—Monsieur —dijo Su Alteza Real con frialdad—, trataremos de olvidar el gobierno que le ha enviado, y le consideraremos un simple huésped, un caballero particular de Francia. Como tal, sea usted bienvenido, monsieur.

—Monseñor —replicó Chauvelin, haciendo otra reverencia —. Madame —añadió, inclinándose ceremoniosamente ante Marguerite.

—¡Ah, mi querido Chauvelin! —exclamó Marguerite en tono despreocupado y tendiéndole la diminuta mano—. Monsieur y yo somos viejos amigos, Alteza.

—Ah, en ese caso —dijo el príncipe, en esta ocasión con gran afabilidad—, sea usted bienvenido por partida doble.

—Quisiera pedir permiso para presentaros a otra persona, Alteza —terció lord Grenville.

—¿Quién? —preguntó el príncipe.

—Madame la comtesse de Tournay de Basserive y su familia, que acaban de llegar de Francia.

—¡Claro que sí! ¡Entonces han sido muy afortunados!

Lord Grenville fue a buscar a la condesa, que estaba sentada en un extremo de la sala.

—¡Qué barbaridad! —susurró Su Alteza Real a Marguerite en cuanto vio la rígida figura de la anciana dama—. ¡Parece la mismísima encarnación de la virtud y la melancolía!

—Tened en cuenta, Alteza —replicó Marguerite, sonriendo —, que la virtud es como los aromas delicados: se hacen más fragantes cuando se los exprime.

—¡Ay! —suspiró el príncipe—, me temo que la virtud no le sienta nada bien a su encantador sexo, madame.

—Madame la comtesse de Tournay de Basserive —dijo lord Grenville, presentando a la señora.

—Es un placer, madame. Como usted sabe, a mi real padre le alegra recibir a aquellos de sus compatriotas que la propia Francia ha expulsado de su tierra.

—Su Alteza Real es muy amable —replicó la condesa con decorosa dignidad. Después, señalando a su hija, que estaba a su lado tímidamente, añadió—: Mi hija, Suzanne, monseñor.

—¡Ah, encantadora!… ¡Encantadora! —dijo el príncipe—. Y ahora, condesa, permítame que le presente a lady Blakeney, que nos honra con su amistad. Estoy seguro de que tendrán ustedes muchas cosas que contarse. Todo compatriota de lady Blakeney es doblemente bienvenido… Sus amigos son nuestros amigos… sus enemigos, enemigos de Inglaterra.

Los ojos de Marguerite chispearon de regocijo al oír las amables palabras de su exaltado amigo. La condesa de Tournay, que la había insultado abiertamente hacía poco, estaba recibiendo una lección en público, y Marguerite no pudo evitar alegrarse. Pero la condesa, para quien el respeto a la realeza equivalía casi a una religión, estaba demasiado adiestrada en las normas protocolarias como para demostrar

el menor indicio de turbación cuando las dos damas se saludaron ceremoniosamente.

—Su Alteza Real es muy amable, madame —dijo Marguerite, coquetamente, con un destello de malicia en sus chispeantes ojos azules—, pero en este caso no es necesaria su amistosa mediación… Aún guardo en mi memoria el agradable recuerdo del encantador recibimiento que me dispensó usted la última vez que nos vimos.

—Madame, nosotros, los pobres, exilados, demostramos nuestra gratitud a Inglaterra acatando los deseos de monseñor —replicó la condesa en tono glacial.

—¡Madame! —dijo Marguerite, con otra ceremoniosa reverencia.

—Madame —replicó la condesa con igual dignidad.

Mientras tanto, el príncipe decía unas palabras amables al joven vizconde.

—Me alegro de conocerle, monsieur le *vicomte*. Conocí a su padre cuando era embajador en Londres.

—¡Ah, monseñor! —replicó el vizconde—. Entonces yo era muy niño… y ahora le debo el honor de este encuentro a nuestro protector, Pimpinela Escarlata.

—¡Chist! —exclamó el príncipe apresuradamente, muy serio, señalando a Chauvelin, que en el transcurso de esta escena se había mantenido un poco apartado, observando a Marguerite y la condesa con una sonrisilla sarcástica y burlona asomando a sus delgados labios.

—Por favor, monseñor —dijo, como si respondiera directamente al desafío del príncipe—. Os ruego que no impidáis que este caballero demuestre su gratitud. Conozco muy bien esa florecita roja… y Francia también.

El príncipe lo miró fijamente unos momentos.

—En ese caso, monsieur —dijo—, es posible que sepa usted más que nosotros sobre nuestro héroe nacional… Acaso sepa quién es… ¡Mire! —añadió, volviéndose hacia los

diversos grupos que se habían formado en el salón—. Las damas están pendientes de sus labios… Se haría usted muy famoso entre el bello sexo si satisfaciera su curiosidad.

—¡Ah, monseñor —dijo Chauvelin, expresivamente—, en Francia corre el rumor de que Su Alteza podría dar la mejor información sobre esa enigmática flor silvestre!

Al pronunciar estas palabras dirigió una mirada rápida y penetrante a Marguerite; pero la muchacha no reveló la menor emoción, y sus ojos se encontraron con los de Chauvelin sin ningún temor.

—¡Imposible! —dijo el príncipe—. Mis labios están sellados, y los miembros de la Liga guardan celosamente el secreto de la identidad de su jefe… Por eso, sus adoradores tienen que conformarse con venerar a una sombra. Aquí en Inglaterra —añadió con dignidad y encanto a un tiempo—, sólo con mencionar el nombre de Pimpinela Escarlata se ruborizan de entusiasmo las mejillas más hermosas. Nadie lo ha visto jamás, a excepción de sus fieles colaboradores. No sabemos si es alto o bajo, rubio o moreno, apuesto o mal formado; pero sí sabemos que es el hombre más valiente del mundo, y todos nos sentimos un poco orgullosos, monsieur, al recordar que es inglés.

—Ah, monsieur —terció Marguerite, mirando casi con aire desafiante al rostro plácido, como de esfinge, del francés—, Su Alteza Real debería añadir que las señoras lo consideramos un héroe de tiempos antiguos… Lo adoramos… Llevamos un distintivo con su nombre… Temblamos de miedo cuando se encuentra en peligro, y nos regocijamos cuando consigue una victoria.

Chauvelin se limitó a inclinar la cabeza cortésmente ante el príncipe y Marguerite; pero pensó que la intención de ambos al pronunciar aquellas palabras —cada uno a su manera— había sido mostrarle desprecio o intentar provocarle. Detestaba al príncipe, amante de los placeres y

ocioso; a la hermosa mujer que llevaba en su cabellera dorada un ramillete de rubíes y diamantes en forma de florecillas rojas, la tenía en un puño: podía permitirse el lujo de guardar silencio y quedar a la espera de los acontecimientos.

Una carcajada prolongada, jovial y necia rompió el silencio que había descendido sobre todos.

—Y nosotros, los pobres maridos —dijo alborozadamente sir Percy con su habitual tono afectado—, tenemos que aguantar que ellas adoren a una sombra absurda.

Todos se echaron a reír, el príncipe más fuerte que nadie. Se suavizó la tensión de la excitación contenida, y al momento siguiente todo el mundo charlaba y reía alegremente, mientras el animado grupo se deshacía y se dispersaba por las habitaciones contiguas.

XII - EL TROCITO DE PAPEL

Marguerite sufría intensamente. Aunque reía y charlaba, aunque era objeto de más admiración y más atenciones que ninguna de las mujeres que habían asistido a la fiesta, se sentía como si estuviera condenada a muerte y viviera el último día en este mundo.

Sus nervios se encontraban en un estado de dolorosa tensión, que se había multiplicado por cien en el transcurso del breve rato, apenas una hora, que había pasado en compañía de su marido entre la ópera y el baile. Aquel débil rayo de esperanza —encontrar en un individuo perezoso y afable un amigo y consejero valioso— se desvaneció con la misma rapidez con que había llegado, en el preciso instante en que se vio a solas con él. El mismo sentimiento de amable desprecio que se experimenta por un animal o un sirviente fiel le hizo apartarse con una sonrisa del hombre que hubiera debido ser su apoyo moral en la angustiosa crisis que atravesaba; que hubiera debido ser consejero frío y objetivo cuando los sentimientos y el cariño femeninos la arrastraban de un extremo a otro, dividiéndola entre el amor hacia su hermano, que se encontraba lejos y en peligro de muerte, y el horror ante el terrible servicio que Chauvelin la obligaba a prestar a cambio de la seguridad de Armand.

Allí estaba él, el apoyo moral, el consejero frío y objetivo, rodeado por un grupo de jóvenes petimetres, descerebrados y necios, que se repetían unos a otros, dando muestras de

encontrarlo muy divertido, unos versitos que acababa de inventar.

Marguerite oía aquellas palabras ridículas y absurdas por todas partes; al parecer, la gente no tenía otra cosa de qué hablar. Incluso el príncipe le había preguntado, riendo, qué le había parecido la última obra poética de su marido.

—Lo hice mientras me anudaba la corbata —había dicho sir Percy a su cohorte de admiradores.

Lo buscan por aquí, lo buscan por allá;
los malditos franceses lo buscan sin cesar.
Nadie sabe dónde está; parece cosa de magia.
¿Dónde se habrá metido el Pimpinela Escarlata?

La *bon mot* de sir Percy rodaba por los brillantes salones. El príncipe estaba encantado. Aseguraba que, sin Blakeney, la vida sería un desierto de aburrimiento. Cogiéndole del brazo, lo llevó a la sala de juegos, donde se enzarzaron en una prolongada partida de dados.

Sir Percy, cuyo mayor interés en las reuniones sociales parecía centrarse en la mesa de juego, normalmente permitía a su esposa que coqueteara, bailara, se divirtiera o se aburriese cuanto quisiera. Y aquella noche, tras recitar su *bon mot*, dejó a Marguerite rodeada de una multitud de admiradores de todas las edades, deseosos y encantados de ayudarla a olvidar que en el espacioso salón había un ser alto y perezoso que había cometido la estupidez de creer que la mujer más inteligente de Europa se avendría a aceptar los prosaicos vínculos del matrimonio inglés.

Sus nervios sobreexcitados, la agitación y preocupación prestaban a la hermosa Marguerite Blakeney aún mayor encanto: escoltada por una auténtica bandada de hombres de todas las edades y nacionalidades, provocaba múltiples exclamaciones de admiración a su paso.

No estaba dispuesta a seguir pensando. Su educación, un tanto bohemia desde su más tierna edad, la había hecho fatalista. Pensaba que los acontecimientos se desarrollarían por sí solos, que no estaba en sus manos dirigirlos. Sabía que no podía esperar misericordia de Chauvelin. Aquel hombre había puesto precio a la cabeza de Armand, y había dejado que ella tomara la decisión de pagarlo o no.

Más adelante vio a sir Andrew Foulkes y lord Antony Dewhurst, que al parecer acababan de llegar. Observó que sir Andrew se dirigía inmediatamente al encuentro de la pequeña Suzanne de Tournay, y que al cabo de poco tiempo los dos jóvenes se las ingeniaban para quedarse a solas en el mullido alféizar de una ventana, para mantener una larga conversación, de la que ambos parecieron disfrutar.

Los dos hombres tenían mal aspecto y expresión preocupada, pero iban impecablemente vestidos, y su cortés actitud no dejaba entrever el menor indicio de la terrible catástrofe que se cernía sobre ellos mismos y sobre su jefe.

Marguerite adivinó que la Liga de la Pimpinela Escarlata no tenía la menor intención de abandonar su causa al observar a Suzanne, que declaraba abiertamente que su madre y ella tenían la absoluta certeza de que la Liga rescataría al conde de Tournay en el transcurso de los próximos días. Marguerite se preguntó de una forma vaga, contemplando a la brillante multitud del salón de baile alegremente iluminado, cuál de aquellos hombres distinguidos que la rodeaban sería el misterioso Pimpinela Escarlata, el cerebro de tan arriesgados planes, que tenía en sus manos el destino de vidas muy valiosas.

La invadió una curiosidad irrefrenable por conocerle, aunque llevaba meses oyendo hablar de él y habían aceptado su anonimato como todos los demás miembros de la alta sociedad; pero en esos momentos ansiaba saberlo —dejando aparte a Armand y, desde luego, a Chauvelin—,

únicamente por ella misma, por la entusiasta admiración que siempre le habían inspirado su valentía y su astucia.

Naturalmente, que se encontraba en el baile saltaba a la vista, pues sir Andrew Foulkes y lord Antony Dewhurst esperaban reunirse con su jefe, y quizá que les diera una nueva *mot d'ordre*.

Marguerite miró a todos, a los aristocráticos rostros normandos, a los sajones de cabello rubio y mandíbula cuadrada, a la casta de los celtas, más suave y gentil, y pensó cuál de ellos daba muestras de la fuerza, el valor y la astucia que le había permitido imponer su voluntad y su jefatura sobre varios caballeros ingleses de buena cuna, entre los que se corría el rumor de que era Su Alteza Real.

¿Sir Andrew Foulkes? Seguro que no, con sus dulces ojos azules, que miraban tiernos y anhelantes a la pequeña Suzanne, a quien su severa madre había apartado de aquel placentero *tête-a-tête*. Marguerite le vio cruzar la habitación y quedarse solitario y perdido tras la desaparición de la delicada figura de Suzanne entre la multitud.

Le siguió con la mirada mientras se dirigía hacia la puerta, que daba a una pequeña cámara; después el caballero se detuvo y se apoyó en el dintel, mirando ansiosamente a su alrededor.

Marguerite logró deshacerse momentáneamente de su atento acompañante, y, esquivando los grupos, se dirigió hacia la puerta en la que se apoyaba sir Andrew. No hubiera sabido decir por qué deseaba estar cerca de él; quizá la empujaba una fatalidad todopoderosa, que tantas veces parece dominar el destino de los hombres.

De repente se detuvo; sintió como si se le parara el corazón; sus ojos, grandes y brillantes, se clavaron unos momentos en aquella puerta, y se apartaron de ella con la misma rapidez. Sir Andrew seguía en el umbral, con la misma actitud lánguida, pero Marguerite había visto con

toda claridad que lord Hastings —uno de los jóvenes amigos de su marido que también formaba parte de la pandilla del príncipe— le había deslizado algo en la mano al pasar casi rozándole.

Marguerite continuó inmóvil, observando unos momentos, apenas un instante, e inmediatamente prosiguió su camino hacia la puerta por la que acababa de desaparecer sir Andrew, simulando despreocupación de una forma admirable, pero apretando el paso.

Desde el momento en que Marguerite vio a sir Andrew apoyado en el dintel de la puerta hasta que le siguió hasta la pequeña cámara que había detrás transcurrió menos de un minuto. El destino suele ser veloz cuando se prepara para asestar un golpe.

Lady Blakeney dejó de existir bruscamente. Era Marguerite St. Just quien estaba allí; Marguerite St. Just, que había pasado su infancia y los primeros años de su juventud en los brazos protectores de su hermano Armand. Olvidó todo lo demás: su rango, su dignidad, su entusiasmo secreto, todo salvo que la vida de Armand corría peligro, y que allí, a poco más de cinco metros de donde ella estaba, en la pequeña cámara desierta, podía encontrarse el talismán que salvaría a su hermano, en manos de sir Andrew.

Apenas transcurrieron treinta segundos entre el momento en que lord Hastings deslizara el misterioso «algo» en la mano de sir Andrew y el momento en que Marguerite llegó a la habitación vacía. Sir Andrew estaba de espaldas a ella, junto a una mesa sobre la que se apoyaba un enorme candelabro de plata. El joven tenía un papel en la mano, y cuando entró Marguerite lo sorprendió intentando descifrar su contenido.

Silenciosa, sin que su ceñido traje hiciera el menor ruido al rozar la gruesa alfombra, sin atreverse a respirar hasta

haber cumplido su propósito, Marguerite se acercó a sir Andrew… En ese momento él se dio la vuelta y la vio; Marguerite emitió un gemido, se pasó la mano por la frente, y murmuró débilmente:

—En esa habitación hace un calor espantoso… Estoy mareada… ¡Ah!…

Se tambaleó como si fuera a desplomarse, y sir Andrew, recuperándose rápidamente, arrugó la pequeña nota que estaba leyendo con la mano y llegó justo a tiempo de prestarle ayuda.

—¿Se siente mal, lady Blakeney? —preguntó muy preocupado—. Permítame que…

—No, no es nada… —le interrumpió inmediatamente—. Una silla…

Se desplomó en una silla que había junto a la mesa, y echando hacia atrás la cabeza, cerró los ojos.

—¡Bueno! —exclamó, aún débilmente—, se me está pasando el mareo… No se preocupe por mí, sir Andrew; le aseguro que ya me siento mejor.

En momentos así, no cabe duda —y los psicólogos insisten en ello— de que se pone en funcionamiento un sentido que no tiene nada que ver con los otros cinco; no es que veamos, ni que oigamos o toquemos, sino que parece como si hiciéramos las tres cosas a la vez. Marguerite estaba sentada con los ojos cerrados. Sir Andrew se encontraba justo detrás de ella, y a la derecha estaba la mesa con el candelabro de cinco brazos. La única visión que ocupaba la mente de Marguerite era la cara de Armand. Armand, cuya vida corría peligro inminente, y que parecía mirarla desde un fondo en que sobresalía borrosamente la multitud enfurecida de París, las paredes desnudas del Tribunal de Seguridad Pública, con Foucquier-Tinville, el acusador público, exigiendo la vida de Armand en nombre del pueblo

de Francia, y la siniestra guillotina con su cuchilla manchada esperando otra víctima… ¡Armand!

El silencio fue absoluto durante unos momentos en la pequeña cámara. Las dulces notas de la gavota, el frufrú de los ricos vestidos, la charla y las risas de la alegre multitud del brillante salón de baile servían de extraño acompañamiento a la tragedia que se representaba en aquella habitación.

Sir Andrew no había pronunciado ni una palabra. De repente, el sexto sentido de Marguerite Blakeney empezó a actuar con fuerza. No veía, pues tenía los ojos cerrados; no oía, pues el ruido del salón de baile ahogaba el suave susurro de aquel papel decisivo; sin embargo, sabía, como si lo hubiera visto y oído, que sir Andrew estaba quemando la nota a la llama de una de las velas.

En el preciso instante en que prendió, abrió los ojos, levantó la mano, y delicadamente, con dos dedos, arrebató el papel ardiente al joven. Después apagó la llama, y se acercó el papel a la nariz con toda naturalidad.

—Qué detalle, sir Andrew —dijo—. Seguramente fue su abuela quien le enseñó que el olor del papel quemado es un remedio extraordinario para el mareo.

Suspiró con satisfacción, sujetando el papel con fuerza entre sus dedos enjoyados, el talismán que tal vez salvaría la vida de su hermano Armand. Sir Andrew la miraba, demasiado perplejo para comprender lo que realmente había pasado; le había cogido tan desprevenido, que parecía incapaz de entender el hecho de que del trozo de papel que Marguerite sujetaba con su delicada mano quizá dependiera la vida de su camarada.

Marguerite se echó a reír.

—¿Por qué me mira así? —preguntó coquetamente—. Le aseguro que me siento mucho mejor: su remedio ha resultado muy eficaz. En esta habitación hace fresco —

añadió, con tranquilidad—, y el sonido de la gavota del salón de baile es fascinante y calma los nervios.

Siguió charlando despreocupada y amigablemente, mientras sir Andrew, desesperado, se rompía la cabeza intentando encontrar el método más rápido para arrebatarle el papel a aquella hermosa mujer. En su mente se agolparon pensamientos vagos y tumultuosos: de repente recordó la nacionalidad de Marguerite y, lo peor de todo, se acordó de la terrible historia que se contaba sobre el marqués de St. Cyr, que nadie había creído en Inglaterra por la reputación de sir Percy y de la propia lady Blakeney.

—¿Qué? ¿Aún sigue soñando? —dijo Marguerite, con una alegre carcajada—. ¡Qué poco galante es usted, sir Andrew! Y, ahora que lo pienso, me dio la impresión de que se asustó al verme hace un momento en lugar de alegrarse. Después de todo, creo que no ha quemado ese trocito de papel porque estuviera preocupado por mi salud, ni que su abuela le haya enseñado ese remedio… Juraría que lo que intentaba destruir era la última carta de amor de su dama. Vamos, confiéselo —añadió, levantando juguetonamente el papel—, ¿qué es lo que contiene? ¿Un ultimátum o una oferta de acabar como amigos?

—Sea lo que sea, lady Blakeney —dijo sir Andrew, que empezaba a recuperar el aplomo—, no cabe duda de que esta nota es mía, y…

Sin importarle que aquel acto se considerase de mala educación para con una dama, el joven se abalanzó hacia ella para arrebatársela; pero la mente de Marguerite fue más rápida que la del joven; su actuación, bajo la presión de la profunda excitación, más veloz y decidida. La muchacha era alta y fuerte; retrocedió y derribó la mesita Sheraton, que se encontraba en posición inestable, y que cayó con estrépito, junto al enorme candelabro.

Marguerite gritó, asustada.

—¡Las velas, sir Andrew…! ¡Deprisa!

Apenas ocurrió nada: una o dos velas se apagaron al caer el candelabro; otras derramaron un poco de cera sobre la costosa alfombra; otra prendió en la pantalla de papel que la cubría. Sir Andrew apagó las llamas con rapidez y habilidad y volvió a colocar el candelabro sobre la mesa; pero en realizar esta operación tardó varios segundos, segundos que bastaron a Marguerite para lanzar una rápida ojeada al papel y leer su contenido —una docena de palabras escritas con la misma caligrafía deformada que ya había visto en otra ocasión, rubricadas con el mismo dibujo una flor en forma de estrella en tinta roja.

Cuando sir Andrew volvió a mirarla, lo único que vio en su rostro fue preocupación por el accidente que acababa de ocurrir y alivio por su feliz conclusión. La nota, tan pequeña como decisiva, se había deslizado hasta el suelo. El joven se apresuró a recogerla, y cuando sus dedos se cerraron con fuerza sobre ella, en su rostro apareció una expresión de enorme alivio.

—¿No le da vergüenza estar haciendo estragos en el corazón de una duquesa impresionable mientras conquista el afecto de mi pequeña Suzanne, sir Andrew? —dijo Marguerite, moviendo la cabeza con un suspiro de coquetería—. ¡Vaya, vaya! Estoy convencida de que ha sido el mismísimo Cupido quien se ha puesto a su lado para amenazar al ministerio de Asuntos Exteriores con un incendio y obligarme a tirar ese mensaje de amor antes de que lo mancillaran mis ojos indiscretos. ¡Y pensar que con un momento más hubiera podido enterarme de los secretos de una duquesa pecadora!

—¿Me permite que reanude la interesante actividad que usted ha interrumpido, lady Blakeney? —dijo sir Andrew, con la misma calma que demostraba Marguerite.

—¡Claro que sí, sir Andrew! ¡Por nada del mundo osaría estorbar los planes del dios del amor una vez más! Quizá desencadenaría sobre sí un terrible castigo por mi atrevimiento. ¡Adelante, siga quemando su prenda de amor!

Sir Andrew ya había formado una larga pajuela retorciendo el papel y lo había colocado a la llama de la vela que no se había apagado. No reparó en la extraña sonrisa dibujada en el rostro de su hermosa contrincante, tan absorto estaba en la tarea de destruirlo. De haberla notado, quizá se hubiera borrado de su rostro la expresión de alivio. Contempló la fatídica nota mientras se rizaba bajo la llama. Al cabo de unos segundos cayó al suelo el último fragmento, y aplastó las cenizas con el pie.

—Y bien, sir Andrew —dijo Marguerite Blakeney, con la coquetería y el aplomo que la caracterizaban—, ¿se atreve a despertar los celos de su dama invitándome a bailar el minué?

XIII - O ESO O…

Las pocas palabras que Marguerite Blakeney logró descifrar en el trozo de papel medio quemado parecían literalmente las palabras del destino. «Parto mañana…». Esto se podía leer con claridad, y el resto era una mancha producida por el humo de la vela, que había borrado las siguientes palabras; pero en la parte inferior de la nota había otra frase, que Marguerite conservó grabada en su mente con toda exactitud, como si fueran letras grabadas a fuego. «Si desea hablar conmigo otra vez, estaré en el comedor a la una en punto». La nota iba firmada con un dibujito realizado apresuradamente, la florecilla en forma de estrella que ya le resultaba familiar.

¡A la una en punto! Iban a dar las once y en el salón bailaban el último minué, con sir Andrew Foulkes y la bella lady Blakeney dirigiendo los complejos y delicados movimientos de las demás parejas.

¡Iban a dar las once! Las manecillas del hermoso reloj de estilo Luis XV, con su soporte de oro, parecían deslizarse con una velocidad enloquecedora. Dos horas más, y su propia suerte y la de Armand quedarían selladas. Al cabo de esas dos horas tendría que decidir entre guardar en secreto la información que con tanta astucia había obtenido, y dejar a su hermano en manos del destino que le aguardaba, o traicionar voluntariamente a un hombre valiente que dedicaba su vida a sus semejantes, que era noble, generoso y que, por encima de todo, estaba desprevenido. Hacerlo le

parecía algo espantoso, pero ¿y Armand? También su hermano era noble y valiente. Y además, él la amaba, le hubiera confiado su vida de buena gana, y ahora que podía salvarlo, Marguerite vacilaba. ¡Ah, era monstruoso! Los ojos de Armand, en aquel rostro dulce y cariñoso, tan lleno de amor por ella, parecían mirarla con reproche. «Hubieras podido salvarme, Margot», le decían, «pero has preferido la vida de un extraño, de un hombre que no conoces, al que no has visto jamás. Has decidido que sea él quien se salve, y a mí me envías a la guillotina.»

Estos pensamientos contrapuestos se debatían en la mente de Marguerite mientras, con una sonrisa en los labios, se deslizaba entre los elegantes laberintos del minué. Con ese sexto sentido que le caracterizaba, observó que había logrado borrar por completo los temores de sir Andrew. Se había dominado a la perfección; en aquel momento, y mientras duró el minué, interpretó su papel con mayor brillantez que cuando actuaba en el escenario de la Comédie Française; pero en aquellos tiempos la vida de su hermano no dependía de su talento histriónico.

Como era demasiado inteligente para excederse en la interpretación, no volvió a hacer ninguna alusión al presunto *billet doux* que había sido la causa de los cinco minutos de angustia que había vivido sir Andrew Foulkes. Marguerite vio que la inquietud del joven se derretía bajo su resplandeciente sonrisa, y al poco comprendió que, cualesquiera que fueran las dudas que hubiera albergado en su momento, cuando tocaron los últimos compases del minué se habían desvanecido por completo. Sir Andrew nunca llegó a saber de la febril excitación que experimentó Marguerite, de los esfuerzos que tuvo que hacer para mantener sin interrupción una conversación banal y animada.

Cuando acabó el minué, le pidió a sir Andrew que la acompañara a la habitación contigua.

—He prometido a Su Alteza Real que cenaría con él —dijo —, pero antes de despedirnos, dígame una cosa… ¿Me ha perdonado?

—¿Que si la he perdonado?

—¡Sí! Confiese que acabo de darle un susto tremendo, pero recuerde que yo no soy inglesa, y que para mí, intercambiar *billets doux* no es un delito. Le juro que no se lo contaré a la pequeña Suzanne. Pero, dígame, ¿asistirá usted al partido de críquet que se celebrará en mi casa el miércoles próximo?

—No puedo decírselo con seguridad, lady Blakeney —respondió el joven evasivamente—. Es posible que tenga que marcharme de Londres mañana.

—En su lugar, yo no lo haría —replicó Marguerite. Después, al ver que en los ojos del joven volvía a aparecer una expresión de inquietud, añadió alegremente—: Nadie lanza la pelota tan bien como usted, sir Andrew, y le echaremos en falta en la pista.

Sir Andrew la había acompañado hasta la sala contigua, en la que Su Alteza Real ya esperaba a la hermosa lady Blakeney.

—La cena está lista, madame —dijo el príncipe, ofreciendo el brazo a Marguerite—, y estoy lleno de esperanzas. Puesto que la diosa de la Fortuna me ha mirado con tan malos ojos, confío en que la diosa de la Belleza me prodigue sus sonrisas.

—¿Su Alteza ha tenido mala suerte en las cartas? —preguntó Marguerite, cogiendo al príncipe del brazo.

—¡Sí! Muy mala suerte. Blakeney, no conformándose con ser el súbdito más rico de mi padre, tiene además una suerte envidiable. Por cierto, ¿dónde se ha metido ese genio inigualable? Le juro, señora, que esta vida sería un desierto

insoportable sin las sonrisas de usted y las ocurrencias de su marido.

XIV - ¡A LA UNA EN PUNTO!

La cena transcurrió en medio de una gran animación. Todos los comensales comentaron que lady Blakeney jamás había estado tan adorable ni aquel «maldito imbécil» de sir Percy tan divertido.

Su Alteza Real rió hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas con las ocurrencias estúpidas pero graciosas de Blakeney. Cantaron sus versos ramplones: «Lo buscan por aquí, lo buscan por allá...» con la melodía de «¡Adelante, felices britanos!», y con el acompañamiento del chocar de vasos contra la mesa. Además, lord Grenville tenía un cocinero fantástico; según las malas lenguas, se trataba de un vástago de la antigua noblesse francesa, que, tras haber perdido su fortuna, había ido a buscarla en la *cuisine* del ministerio de Asuntos Exteriores británico.

Marguerite Blakeney dio muestras de su gran brillantez y, sin duda, ni un solo comensal del abarrotado comedor llegó siquiera a sospechar la terrible lucha que libraba su corazón.

El reloj continuaba con su tictac implacable. Ya era más de medianoche, e incluso el príncipe de Gales deseaba abandonar la mesa. En el transcurso de la siguiente media hora se dilucidaría el destino de dos hombres valientes: el del hermano amado y el del héroe desconocido.

Marguerite no había intentado ver a Chauvelin durante la pasada hora; sabía que sus ojos penetrantes, zorrunos, la aterrorizarían inmediatamente, y que inclinarían la balanza de su decisión en favor de Armand. Mientras no lo viera, en

lo más profundo de su ser aún podría albergar una esperanza vaga e indefinida de que ocurriera «algo», algo importante, decisivo, que marcase época, y que librase sus hombros jóvenes y frágiles de la terrible carga de aquella responsabilidad, de tener que elegir entre tan crueles alternativas.

Pero los minutos pasaban con la monotonía que invariablemente asumen cuando nuestros nervios se destrozan con su incesante tictac.

Después de la cena se reanudó el baile. Su Alteza Real se marchó, y los invitados de mayor edad empezaron a seguir su ejemplo. Los jóvenes eran inagotables y acometieron otra gavota, que ocuparía el siguiente cuarto de hora.

Marguerite no se sentía con ánimos para seguir bailando; incluso el más férreo autocontrol tiene un límite. Escoltada por un ministro del gabinete, se dirigió una vez más a la pequeña cámara, que seguía siendo la habitación más tranquila. Sabía que Chauvelin debía estar esperándola impaciente en alguna parte, dispuesto a aprovechar la primera oportunidad de un *tête-á-tête*. Sus ojos se habían encontrado unos instantes tras el minué anterior a la cena, y Marguerite sabía que el astuto diplomático, con sus ojos pálidos y penetrantes, había adivinado que había llevado a cabo su tarea.

Así lo había dispuesto el destino. Marguerite, desgarrada por el más terrible conflicto que puede conocer el corazón de una mujer, se había doblegado a su mandato. Pero tenía que salvar a Armand de cualquier precio; él era lo primero, pues era su hermano, y había sido madre, padre y amigo desde que, siendo una criatura, murieron sus padres. Pensar en que Armand muriera como un traidor en la guillotina resultaba demasiado espantoso; era sencillamente imposible. No podía ocurrir… jamás… jamás. En cuanto al desconocido, al héroe… ¡En fin, que decidiera el destino!

Marguerite rescataría la vida de su hermano de las manos del despiadado enemigo, y después, el astuto Pimpinela Escarlata sabría ingeniárselas él solo.

Quizás, de una forma vaga, Marguerite esperaba que el osado conspirador que llevaba tantos meses despistando a un verdadero ejército de espías, lograría burlar a Chauvelin y salir ileso del trance.

Pensaba en todo esto mientras escuchaba el ingenioso discurso del ministro del Gabinete, que, sin duda, creía haber encontrado en lady Blakeney un excelente público. De repente, Marguerite vio la zorruna cara de Chauvelin asomando entre las cortinas de la puerta.

—Lord Fancourt —le dijo al ministro—, ¿podría hacerme usted un favor?

—Estoy a su entera disposición, señoría —contestó lord Fancourt con galantería.

—¿Le importaría ir a ver si mi marido sigue aún en la sala de juego? Si está allí, ¿querría decirle que estoy muy cansada y que me gustaría volver a casa pronto?

Cualquier humano acata las órdenes de una mujer hermosa, incluso los ministros del Gabinete, y lord Fancourt se dispuso a obedecer inmediatamente.

—No quisiera dejar sola a su señoría —dijo.

—No se preocupe. Aquí estaré bien, y espero que nadie me moleste… pero la verdad es que me encuentro muy cansada. Sir Percy conducirá el coche hasta Richmond. Es un viaje muy largo, y como no iremos deprisa, no llegaremos a casa hasta el alba.

A lord Fancourt no le quedó más remedio que marcharse.

En el momento en que desapareció, Chauvelin se deslizó en la habitación y se acercó a lady Blakeney, tranquilo e impasible.

—¿Tiene alguna noticia que comunicarme? —preguntó.

Marguerite experimentó la sensación de que un velo de hielo le cubría repentinamente los hombros; aunque sus mejillas ardían, se estremeció. ¡Oh, Armand; jamás sabrás el terrible sacrificio de orgullo y dignidad que una hermana que te adora va a hacer por ti!

—Nada importante —contestó clavando la mirada al frente mecánicamente—, pero podría ser una pista. He conseguido —no importa cómo— sorprender a sir Andrew Foulkes en el preciso momento en que quemaba un papel con una de esas velas, en esta habitación. Tuve el papel en mis manos un par de minutos, y pude ver lo que había escrito él.

—¿Le dio tiempo a leer lo que decía? —preguntó Chauvelin en voz baja.

Marguerite asintió, y prosiguió, con el mismo tono monótono y mecánico:

—En una esquina de la nota vi el dibujo de siempre, una florecita en forma de estrella. Encima distinguí dos renglones, porque lo demás había quedado ennegrecido por las llamas.

—¿Y qué decían esos dos renglones?

Marguerite sintió como si se le contrajera la garganta. Durante unos instantes pensó que no sería capaz de pronunciar las palabras que podrían condenar a muerte a un hombre valiente.

—Es una suerte que no se destruyera todo el papel —añadió Chauvelin, sarcásticamente—, porque en ese caso, las cosas no le habrían salido demasiado bien a Armand St. Just. ¿Qué decían esos dos renglones, ciudadana?

—Uno decía: «Parto mañana» —contestó Marguerite pausadamente—. El otro: «Si desean hablar conmigo otra vez estaré en el comedor a la una en punto».

Chauvelin miró el reloj que había encima de la repisa de la chimenea.

—Entonces, tengo tiempo de sobra —dijo tranquilamente.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Marguerite.

Estaba pálida como una estatua; tenía las manos frías como el hielo, la cabeza y el corazón le latían con fuerza a causa de la terrible tensión nerviosa. ¡Qué cruel era todo aquello, qué terriblemente cruel! ¿Qué había hecho ella para merecerlo? Ya había tomado su decisión: ¿había cometido una acción ruin o sublime? Sólo el ángel encargado de dejar constancia de nuestros actos en el libro de oro tenía la respuesta.

—¿Qué piensa hacer? —repitió mecánicamente.

—De momento, nada. Después, depende.

—¿Depende de qué?

—De a quién vea en el comedor a la una en punto.

—Verá a Pimpinela Escarlata, lógicamente. Pero usted no lo conoce.

—No, pero entonces lo conoceré.

—Sir Andrew le habrá prevenido.

—No lo creo. Cuando se separó de él después del minué se quedó observándola unos momentos de una forma que me hizo comprender que algo había ocurrido entre ustedes dos. Es natural que yo adivinara en qué consistía ese «algo», ¿no? A continuación inicié una larga y animada conversación con ese caballero —hablamos del gran éxito que ha obtenido Herr Glück en Londres—, hasta el momento en que una dama solicitó su brazo para que la acompañara a la mesa.

—¿Y después?

—No le perdí de vista durante toda la cena. Cuando volvimos a subir, lady Portarles lo abordó y se pusieron a hablar de la hermosa mademoiselle Suzanne de Tournay. Yo sabía que sir Andrew no se movería del sitio hasta que lady Portarles agotara el tema de conversación, cosa que no

ocurriría hasta que transcurriera al menos un cuarto de hora, y ahora es la una menos cinco.

Chauvelin se dispuso a marcharse y se acercó a la puerta donde, tras correr las cortinas, se detuvo unos instantes para señalar a Marguerite la lejana figura de sir Andrew Foulkes, que hablaba animadamente con lady Portarles.

—Creo que no cabe duda de que encontraré a la persona que estoy buscando en el comedor, mi hermosa dama —dijo Chauvelin con una sonrisa.

—Quizá haya más de una.

—Cuando el reloj dé la una, quienquiera que se encuentre allí estará vigilado por uno de mis hombres, y uno, o dos, o quizá tres de los allí presentes partirá mañana para Francia. Uno de ellos tiene que ser Pimpinela Escarlata.

—Sí, pero…

—Yo también partiré mañana para Francia, mi hermosa dama. Los documentos que se encontraron en Dover al registrar a sir Andrew Foulkes hablan de una posada en las cercanías de Calais llamada *Le Chat Gris* que yo conozco muy bien, y de un lugar apartado de la costa, la cabaña del *Pére Blanchard*, que intentaré encontrar. Es en estos lugares donde ese inglés entrometido ha escondido al traidor de Tournay y a algunas personas más para que vayan a buscarlos allí sus emisarios. Pero, al parecer, ha decidido no enviar a nadie y partir mañana él solo. Pues bien, una de las personas a las que veré esta noche en el comedor irá a Calais, y yo la seguiré, hasta que descubra el punto en que esos aristócratas fugitivos le estarán esperando; pues dicha persona, mi querida señora, será el hombre que llevo buscando desde hace casi un año, el hombre cuyas fuerzas han superado a las mías, cuyo ingenio me ha confundido, cuya audacia me tiene perplejo… ¡Sí! A mí, que he visto más de un truco y más de dos a lo largo de mi vida… el misterioso y escurridizo Pimpinela Escarlata.

—¿Y Armand? —preguntó Marguerite en tono suplicante.

—¿Acaso he dejado de cumplir alguna vez mi palabra? Le prometo que el día que Pimpinela Escarlata y yo partamos hacia Francia, le enviaré esa carta imprudente por mediación de un mensajero especial. Aún más, le prometo por el honor de Francia que el día que le eche el guante a ese inglés entrometido, St. Just estará en Inglaterra, sano y salvo y en los brazos de su encantadora hermana.

Y con una profunda y aparatosa reverencia, Chauvelin abandonó silenciosamente la habitación, no sin antes mirar de nuevo el reloj.

Marguerite experimentó la sensación de que, a pesar del ruido, del estruendo de la música, el baile y las risas, distinguía el andar felino de Chauvelin deslizándose por los enormes salones: de que le oía descender la impresionante escalera, llegar al comedor y abrir la puerta. El Destino había decidido por ella, la había hecho hablar, la había obligado a cometer un acto vil y abominable, para salvar al hermano al que tanto amaba. Se reclinó en la silla, pasiva e inmóvil, con la imagen de su implacable enemigo aún ante sus ojos doloridos.

Cuando Chauvelin llegó al comedor, la estancia se encontraba completamente vacía. Tenía ese aspecto de abandono y oropel desolado que recuerda a un vestido de baile al día siguiente de la fiesta. La mesa estaba cubierta de copas medio vacías, había servilletas desdobladas por todas partes, las sillas —vueltas unas hacia otras en grupos de dos y tres— parecían asientos de fantasmas que estuvieran absortos en una conversación. En los rincones más apartados de la sala había sillas agrupadas de dos en dos, muy juntas, que daban testimonio de recientes cuchicheos amorosos, junto a platos de carne fría y champán helado; en otros puntos, las sillas estaban de tres en tres y de cuatro en cuatro, recuerdos de animadas discusiones

sobre los últimos escándalos; otras estaban en fila, rígidas, críticas, ácidas, como viudas anticuadas, unas cuantas aisladas y solitarias, junto a la mesa, que habían ocupado los glotones, únicamente pendientes de los platos exquisitos, y otras derribadas, testigos explícitos de la bondad de las bodegas de lord Grenville.

Era, en realidad, una réplica fantasmal de la fiesta de alta sociedad que se celebraba en el piso de arriba; un fantasma que habita toda casa en que se ofrecen bailes y buenas cenas; un dibujo trazado con tiza blanca sobre cartón gris, apagado y sin color, cuando los brillantes vestidos de seda y las chaquetas de esplendorosos bordados ya no ocupan el primer plano y las velas parpadean somnolientas en los candelabros.

Chauvelin sonrió, benévolo, y frotándose las manos largas y delgadas, recorrió con la mirada el comedor vacío, que todos habían abandonado para reunirse con sus amigos en el salón. Reinaba un silencio absoluto en la habitación débilmente iluminada, mientras que la melodía de la gavota, el murmullo lejano de risas y charlas y el traqueteo de algún que otro carruaje en el exterior parecían llegar a aquel palacio de la Bella Durmiente como el murmullo de espectros que revolotearan a lo lejos. Todo estaba tan silencioso, tan inmóvil en aquel entorno lujoso, que ni el observador más sagaz, ni un auténtico profeta, hubiera adivinado que, en ese preciso instante, el comedor vacío no era sino una trampa para capturar al conspirador más astuto y audaz que hubieran conocido aquellos tiempos de agitación.

Chauvelin reflexionó, intentando vislumbrar el futuro inmediato. ¿Cómo sería aquel hombre, al que tanto él como los dirigentes de la revolución habían jurado condenar a muerte? Todo cuanto le rodeaba era extraño y misterioso; su identidad, que ocultaba tan hábilmente, el poder que ejercía

sobre diecinueve caballeros ingleses que parecían obedecer sus órdenes ciega y entusiásticamente, el amor apasionado y la sumisión que despertaba en un grupo de hombres bien adiestrados, y, sobre todo, su prodigiosa audacia, el infinito descaro que le había permitido burlar a sus enemigos más implacables, dentro de los mismísimos muros de París.

No era sorprendente que en Francia el apodo del misterioso inglés provocase un estremecimiento de superstición en las gentes. El propio Chauvelin, mientras inspeccionaba la habitación vacía, en la que aparecería el extraño héroe en cualquier momento, experimentó una extraña sensación de temor que le recorrió la espina dorsal.

Pero había trazado muy bien sus planes. Estaba seguro de que no habían prevenido a Pimpinela Escarlata, e igualmente seguro de que Marguerite Blakeney no le había engañado. Si lo había hecho... Una expresión de crueldad, que hubiera hecho estremecer a Marguerite, asomó a los ojos pálidos y penetrantes de Chauvelin. Si le había mentido, Armand St. Just sería condenado a la pena capital.

¡Pero no, no! ¡Claro que no le había engañado!

Por suerte, el comedor estaba vacío: así la tarea de Chauvelin resultaría más sencilla cuando aquel enigma viviente entrara allí a solas y desprevenido. En la habitación no había nadie; a excepción de Chauvelin.

Mientras contemplaba con una sonrisa de satisfacción la solitaria estancia, el astuto agente del gobierno francés percibió la respiración tranquila y monótona de uno de los invitados de lord Grenville, que, sin duda, había cenado opíparamente y disfrutaba de una siesta, ajeno al estruendo del baile del piso de arriba.

Chauvelin miró a su alrededor una vez más, y en un extremo del sofá, que ocupaba un rincón oscuro de la habitación, tumbado con la boca abierta, los ojos cerrados,

unos leves silbidos saliendo de las fosas nasales, vio al zanquilargo marido de la mujer más inteligente de Europa.

Chauvelin contempló a sir Percy, que dormía plácidamente, en paz con el mundo entero y consigo mismo, tras la opípara cena, y una sonrisa, casi de lástima, suavizó unos instantes los duros rasgos del rostro del francés y el destello de sarcasmo de sus pálidos ojos.

Saltaba a la vista que el durmiente, sumido en un sueño profundo, no se entrometería en la trampa que había tendido Chauvelin para atrapar al astuto Pimpinela Escarlata. Volvió a frotarse las manos, y, siguiendo el ejemplo de sir Percy Blakeney, se estiró en otro sofá, cerró los ojos, abrió la boca, emitió los ruidos propios de una respiración tranquila y… quedó a la espera.

XV - LA DUDA

Marguerite Blakeney contempló la estilizada figura vestida de negro de Chauvelin abriéndose paso entre la multitud que abarrotaba el salón. Después no le quedó más remedio que esperar, con los nervios a punto de estallar por la excitación.

Estaba sentada lánguidamente en la pequeña cámara, que seguía vacía, mirando por entre las cortinas de la puerta a las parejas que bailaban en el salón. Miraba sin ver, oía la música, mas sólo era consciente de una sensación de expectación, de la angustia de la espera.

En su mente apareció la visión de lo que quizá estuviera ocurriendo en el piso de abajo en aquel mismo momento. El comedor casi vacío, la hora fatídica —¡con Chauvelin al acecho!—; después, a la hora en punto, la entrada de un hombre, de él, de Pimpinela Escarlata, el misterioso héroe que para Marguerite había adquirido visos de irrealidad, tan extraña era su personalidad oculta.

Sintió deseos de estar ella también en el comedor, para verle al entrar; sabía que, con su intuición femenina, reconocería inmediatamente en el rostro del desconocido —quienquiera que fuese— la fuerte personalidad que caracteriza al dirigente de hombres, al héroe, al águila poderosa que vuela en las alturas, cuyas altivas alas iban a enredarse en la trampa del hurón.

Mujer al fin y al cabo, pensó en él con profunda tristeza; la ironía de la suerte que aquel hombre correría era cruel:

¡permitir que el valeroso león sucumbiera al mordisco de una rata! ¡Ah! ¡Si no hubiera estado en peligro la vida de Armand…!

—¡Perdóneme, señoría! Debe haber pensado que soy muy negligente —oyó decir de repente a su lado—. Me he topado con grandes dificultades para dar su recado, porque no encontraba a Blakeney por ninguna parte…

Marguerite se había olvidado por completo de su marido y de su recado; cuando lord Fancourt pronunció aquel nombre, se le antojó extraño y desconocido, pues en los últimos cinco minutos se había sumergido en su antigua vida en la Rue de Richelieu, con Armand siempre a su lado, para amarla y protegerla, para defenderla de las múltiples intrigas que plagaban París en aquellos días.

—Afortunadamente lo he encontrado —prosiguió lord Fancourt—, y le he dejado su recado. Me ha dicho que daría órdenes inmediatamente para que enganchasen los caballos.

—¡Ah! —exclamó Marguerite, distraída—. ¿Ha encontrado a mi marido y le ha dado mi recado?

—Sí; estaba en el comedor, profundamente dormido. Al principio no pude despertarle.

—Muchas gracias —dijo Marguerite mecánicamente, intentando poner sus ideas en orden.

—¿Me hará su señoría el honor de concederme este baile hasta que su coche esté listo? —preguntó lord Fancourt.

—No, se lo agradezco mucho, caballero, pero debe usted perdonarme. Estoy muy cansada, y el calor del salón de baile es realmente opresivo.

—El invernadero está deliciosamente fresco. Permítame acompañarla hasta allí, y después le llevaré un refresco. Me parece que no se encuentra usted muy bien, lady Blakeney.

—Es sólo que estoy muy cansada —insistió Marguerite en tono de hastío, mientras permitía que lord Fancourt la

acompañara hasta el invernadero, donde las luces amortiguadas y las plantas daban frescor al aire. Le llevó una silla, y Marguerite se desplomó en ella. La larga espera le resultaba insoportable. ¿Por qué no iba Chauvelin a contarle el resultado de su vigilancia?

Lord Fancourt era muy atento. Marguerite apenas prestaba atención a lo que decía, y de repente le sorprendió espetándole:

—Lord Fancourt, ¿se fijó usted en quién había en el comedor hace un momento, además de sir Percy Blakeney?

—Sólo el agente del gobierno francés, monsieur Chauvelin, que también estaba dormido en otro rincón —contestó—. ¿Por qué me lo pregunta su señoría?

—No lo sé… ¿Se fijó en la hora que era cuando estaba allí?

—Debían ser la una y cinco o y diez… Me pregunto en qué está pensando su señoría —añadió, pues saltaba a la vista que los pensamientos de la hermosa dama se encontraban muy lejos, y que no estaba prestando atención a su elevada conversación.

Pero en realidad sus pensamientos no se encontraban muy lejos: sólo un piso más abajo, en aquella misma casa, en el comedor en que Chauvelin seguía vigilando. ¿Le habrían salido mal las cosas? Durante unos instantes, acarició aquella posibilidad como una esperanza, la esperanza de que sir Andrew hubiera prevenido a Pimpinela Escarlata, y de que el pájaro no hubiera caído en la trampa de Chauvelin. Pero la esperanza se desvaneció enseguida, dejando lugar al temor. ¿Le habrían salido mal las cosas? Pero entonces… ¡Armand!

Lord Fancourt renunció a seguir hablando al darse cuenta de que no tenía oyentes. Quería una oportunidad para marcharse discretamente; pues estar frente a una dama que, por hermosa que sea, no responde a los enormes esfuerzos

que se realizan para entretenerla no es precisamente halagador, ni siquiera para un ministro del Gabinete.

—¿Quiere que vaya a ver si ya está preparado el coche de su señoría? —dijo el ministro, un tanto inseguro.

—Sí… gracias, muchas gracias… Si fuera usted tan amable… Me temo que no es muy agradable estar conmigo esta noche… Pero es que me encuentro muy cansada… y quizá lo mejor sea que me quede sola.

Marguerite llevaba un buen rato deseando librarse del ministro, pues suponía que, al igual que el zorro al que tanto se asemejaba, Chauvelin andaría rondando allí cerca, a la espera de que se quedara a solas.

Pero cuando lord Fancourt se marchó, Chauvelin no apareció. ¿Qué había ocurrido? Marguerite pensó que el destino de Armand temblaba en la balanza… Temía —y era el suyo un miedo mortal— que Chauvelin no hubiera logrado su propósito, y que el misterioso Pimpinela Escarlata se le hubiera escapado de las manos una vez más, en cuyo caso sabía que no podía albergar ninguna esperanza de compasión, de misericordia por parte del francés.

Chauvelin ya había pronunciado la fórmula: «O eso o…», y no se conformaría con menos. Era rencoroso, y se empeñaría en creer que Marguerite le había engañado a propósito, y al no haber logrado atrapar al águila, su espíritu vengativo se conformaría con capturar una presa insignificante: ¡Armand!

Sin embargo, Marguerite había hecho cuanto estaba en su mano; había puesto en juego todos sus recursos para salvar a Armand. No soportaba la idea de que todo se hubiera frustrado. No podía quedarse quieta en su asiento; deseaba enterarse de que había ocurrido lo peor inmediatamente. No acertaba a entender por qué Chauvelin no había ido aún a descargar su ira y sus sarcasmos sobre ella.

Lord Grenville fue a decirle que su coche estaba listo, y que sir Percy la estaba esperando, ya con las riendas en la mano. Marguerite se despidió de su distinguido anfitrión, y mientras cruzaba el salón la detuvieron un sin fin de amigos para hablar con ella e intercambiar corteses *au revoirs*.

El ministro dijo adiós a la hermosa lady Blakeney en el piso de arriba; abajo, en el rellano de la escalera, esperaba un verdadero ejército de galantes caballeros para despedirse de la reina de la belleza, mientras que afuera, bajo el enorme pórtico, los magníficos bayos de sir Percy pateaban impacientemente el suelo.

Marguerite acababa de despedirse de su anfitrión en el piso de arriba, cuando de repente vio a Chauvelin. El francés subía la escalera lentamente, frotándose las delgadas manos con parsimonia.

En su inquieto rostro había una extraña expresión, entre regocijada y perpleja, y cuando sus penetrantes ojos se encontraron con los de Marguerite, el sarcasmo asomó a ellos.

—Monsieur Chauvelin —dijo lady Blakeney cuando el francés llegó al final de la escalera y le hizo una aparatosa reverencia—, mi coche está afuera. ¿Quiere darme el brazo?

Galante como de costumbre, Chauvelin le ofreció el brazo y la acompañó hasta abajo. Aún había una gran multitud; algunos de los invitados del ministro se preparaban para salir; otros estaban apoyados en las barandillas, contemplando al grupo que subía y bajaba por la ancha escalera.

—Chauvelin —dijo Marguerite, desesperada—, tengo que saber qué ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido, mi querida señora? —replicó el francés, fingiendo sorpresa—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—No me atormente, Chauvelin. Le he prestado mi ayuda esta noche… Tengo derecho a saberlo. ¿Qué ha ocurrido en

el comedor hace unos momentos, a la una en punto?

Habló en un susurro, confiando en que, gracias al murmullo de la multitud, sólo el hombre que iba a su lado prestaría atención a sus palabras.

—Todo era paz y quietud, mi hermosa dama. A esa hora yo estaba durmiendo en un sofá y sir Percy Blakeney en otro.

—¿Y no entró nadie en la habitación?

—Nadie.

—Entonces, usted y yo no hemos conseguido nada…

—Así es, no hemos conseguido nada… seguramente.

—Pero ¿y Armand? —dijo Marguerite en tono suplicante.

—¡Ah! La suerte de Armand St. Just pende de un hilo… Ruegue al cielo que ese hilo no se rompa, mi querida señora.

—Chauvelin, le he prestado un servicio de corazón, sinceramente… Recuerde que…

—Recuerdo mi promesa —replicó Chauvelin en voz baja —. El día en que Pimpinela Escarlata y yo nos encontremos en suelo francés, St. Just estará en los brazos de su encantadora hermana.

—Y eso significa que tendré las manos manchadas con la sangre de un hombre valiente —dijo Marguerite, estremeciéndose.

—O la sangre de ese hombre o la de su hermano. Seguro que en estos momentos usted desea tanto como yo que el enigmático Pimpinela Escarlata parta para Calais hoy mismo…

—Yo sólo deseo una cosa, ciudadano.

—¿De qué se trata?

—Que Satán, su amo, requiera su presencia en otro sitio antes de que salga el sol.

—Me halaga usted, ciudadana.

Marguerite se detuvo unos instantes en medio de la escalera, para intentar adivinar los pensamientos que ocultaba aquella máscara delgada y zorruna. Pero Chauvelin

mantuvo su actitud cortés, sarcástica y misteriosa, sin dejar entrever a la pobre mujer angustiada el menor indicio de si debía albergar temores o esperanzas.

Al llegar abajo, un nutrido grupo la rodeó inmediatamente. Lady Blakeney jamás abandonaba una casa sin una escolta de revoloteantes mariposas humanas atraídas por su deslumbrante belleza. Pero antes de separarse definitivamente de Chauvelin, le tendió una mano minúscula, con aquel gesto de súplica infantil tan suyo.

—Deme alguna esperanza, por favor, Chauvelin —le rogó.

Con una galantería inigualable, Chauvelin se inclinó ante aquella manecita, tan blanca y delicada, que se transparentaba por el guante de encaje negro, y besó las yemas de los dedos rosados…

—Ruegue al cielo que no se rompa el hilo —repitió, con su enigmática sonrisa.

Y, haciéndose a un lado, dejó que las mariposas revoloteantes se aproximaran a la llama, y el brillante grupo formado por la *jeunesse dorée*, pendiente de cada movimiento de lady Blakeney, ocultó el rostro de zorro del francés.

XVI - RICHMOND

Unos minutos más tarde, Marguerite estaba acomodada y envuelta en costosas pieles en el pescante del magnífico carruaje, junto a sir Percy Blakeney, y los cuatro espléndidos bayos galopaban estrepitosamente por la calle desierta.

La noche era cálida a pesar de la suave brisa que abanicaba las mejillas ardientes de Marguerite.

Al poco dejaron atrás las casas de Londres, y sir Percy condujo velozmente sus caballos, que trapaleaban por el viejo punto de Hammersmith, camino de Richmond.

El río aparecía y desaparecía, formando hermosas y delicadas curvas, como una serpiente de plata bajo los rutilantes rayos de la luna. Las sombras alargadas que proyectaban los árboles tendían espesos mantos de negrura sobre la carretera de trecho en trecho. Los caballos galopaban a una velocidad desenfrenada, mientras que las manos fuertes y certeras de sir Percy los sujetaban sin esfuerzo.

Los paseos nocturnos tras los bailes y cenas en Londres eran una fuente inagotable de placer para Marguerite, y le gustaba en grado sumo aquellas extravagancias de su marido de llevarla de esta forma a casa todas las noches, a su hermosa casa a la orilla del río, en lugar de vivir en una incómoda casa de la ciudad. A sir Percy le encantaba conducir sus briosos corceles por las carreteras solitarias e iluminadas por la luna, y a Marguerite le encantaba sentarse en el pescante, con el suave aire nocturno de finales de

verano acariciándole el rostro, después de la atmósfera sofocante de un baile o una fiesta. El recorrido no era muy largo; a veces, menos de una hora, cuando los caballos estaban bien descansados y sir Percy les daba rienda suelta.

Aquella noche, parecía que sir Percy llevara al mismísimo diablo entre los dedos, y que el carruaje volara por la carretera, que discurría junto al río. Como de costumbre, no hablaba con Marguerite; miraba fijamente al frente, con las riendas entre sus manos blancas y delgadas. Marguerite lo miró con disimulo una o dos veces; vio su hermoso perfil, y un ojo indolente, la frente alta y recta y el párpado pesado y semicerrado.

El rostro de sir Percy parecía extraordinariamente serio a la luz de la luna, y al corazón doliente de Marguerite le recordó los días felices de su noviazgo, antes de que se convirtiera en un bobo perezoso, en un petimetre amanerado que pasaba la vida entre partidas de naipes y fiestas.

Pero esa noche, a la luz de la luna, no distinguía la expresión de los indolentes ojos azules; sólo veía el contorno de la firme barbilla, la comisura de los fuertes labios; la forma bien dibujada de la frente despejada. En verdad, la Naturaleza se había portado bien con sir Percy, y sus defectos sólo podían atribuirse a su pobre madre, medio loca, y al padre, distraído y apenado, ninguno de los cuales se había preocupado por la joven vida que brotaba entre ellos, y que, quizá a causa de su descuido, ya empezaba a torcerse.

De repente, Marguerite sintió una profunda simpatía por su marido. La crisis moral que acababa de atravesar la hacía juzgar con indulgencia los defectos y las debilidades de los demás.

Había comprendido, con fuerza devastadora, hasta qué punto puede golpear y dominar el destino a un ser humano.

Si una semana antes le hubieran dicho que ella se rebajaría a espiar a sus amigos, que traicionaría a un hombre valiente y desprevenido para ponerlo en manos de un enemigo implacable, se hubiera reído despectivamente.

Y sin embargo, eso era lo que había hecho: era posible que al día siguiente cayera sobre su cabeza el peso de la muerte de un hombre valiente, igual que el marqués de St. Cyr había muerto dos años antes a causa de unas palabras que ella había pronunciado al descuido; pero en aquel caso, Marguerite era inocente desde el punto de vista moral, pues no quería perjudicar gravemente a nadie, y fue el destino el que se encargó de todo. Mas en esta ocasión, había hecho algo que a todas luces era una vileza, y lo había hecho deliberadamente, por un motivo que los moralistas más puros quizá no aprobarían.

Al sentir el contacto del fuerte brazo de su marido, pensó que si llegaba a enterarse de su actuación de aquella noche la odiaría y despreciaría aún más. Pues los seres humanos se juzgan unos a otros de una forma superficial, insustancial, despectiva. Sin racionalizar los hechos, sin caridad. Despreciaba a su marido por sus necedades y sus actividades vulgares, sin el menor atisbo de intelectualidad; y pensaba que él la despreciaría aún más por no haber tenido la suficiente fortaleza para obrar bien por el bien en sí mismo, y haber sacrificado a su hermano a los dictados de su conciencia.

Absorta en sus pensamientos, aquella hora de paseo en la fresca noche estival se le antojó a Marguerite demasiado breve; y experimentó una profunda decepción al darse cuenta de repente de que los caballos estaban traspasando la verja de su hermosa casa inglesa.

La casa de sir Percy Blakeney, situada a orillas del río, es ya histórica: de nobles dimensiones, se alza en medio de unos jardines de diseño exquisito, con terraza y una de las

fachadas de cara al río. Construida en la época Tudor, los viejos ladrillos rojos de los muros resultan sumamente pintorescos entre la enramada verde, el cuidado césped, con un reloj de sol, antiguo, que añade una nota de armonía al entorno. Grandes árboles seculares prestan su fresca sombra a la tierra, y en aquella cálida noche de principios de otoño, las hojas se teñían levemente de color bermejo y dorado, y el antiguo jardín tenía un aire singularmente poético y apacible a la luz de la luna.

Con certera precisión, sir Percy hizo detenerse a los cuatro bayos justo enfrente de la hermosa entrada de estilo isabelino. A pesar de lo avanzado de la hora, apareció un verdadero ejército de criados, como si surgieran del suelo, en cuanto el carruaje se aproximó ruidosamente a la casa, y lo rodearon en actitud respetuosa.

Sir Percy bajó rápidamente, y después ayudó a su mujer a descender. Marguerite se quedó afuera unos instantes, mientras sir Percy daba órdenes a uno de sus hombres. Marguerite dio la vuelta a la casa y se internó en el césped, contemplando soñadora el paisaje plateado. La Naturaleza se le antojaba exquisitamente sosegada en comparación con las tumultuosas emociones que había experimentado: se oía el débil murmullo del río y, de cuando en cuando, el suave y fantasmal susurro de una hoja muerta al caer.

Todo lo demás era silencio a su alrededor. Antes, había oído el piafar de los caballos cuando los llevaban hasta las lejanas cuadras, los pasos apresurados de los criados que se retiraban a descansar; también la casa estaba en silencio.

Aún había luz en varias habitaciones, sobre los magníficos salones; eran sus aposentos y los de sir Percy, situados en extremos opuestos de la casa, tan separados como sus vidas. Marguerite suspiró involuntariamente; en aquel preciso momento no hubiera sabido decir por qué.

Su aflicción era infinita. Se compadecía de sí misma, profunda y dolorosamente. Jamás se había sentido tan completamente sola, ni había necesitado tan desesperadamente consuelo y simpatía. Con otro suspiro, se alejó de la orilla del río y se dirigió hacia la casa, pensando vagamente si, después de aquella noche, sería capaz de volver a dormir y descansar.

De repente, antes de llegar a la terraza, oyó unas firmes pisadas sobre la arena crujiente, y al cabo de unos instantes surgió de las sombras la figura de su marido. También él había rodeado la casa y deambulaba por el césped, camino del río. Aún llevaba el grueso abrigo con múltiples cuellos y solapas que él había puesto de moda, pero se lo había echado hacia atrás, hundiendo las manos en los amplios bolsillos de sus calzones de satén, como era su costumbre. El deslumbrante traje de color crema que llevaba en el baile de lord Grenville, con su chorrera de valiosísimo encaje, tenía un aspecto extrañamente fantasmal, recortado contra el fondo oscuro de la casa.

No pareció reparar en Marguerite, pues tras detenerse unos momentos, volvió hacia la casa y se dirigió a la terraza.

—¡Sir Percy!

Blakeney ya había puesto el pie en el peldaño inferior de la escalera, pero al oír la voz de su mujer se sobresaltó y se detuvo, y después miró inquisitivamente las sombras desde las que Marguerite le había llamado.

Marguerite se acercó a él rápidamente, iluminada por la luna, y, en cuanto sir Percy la vio, dijo, con aquel aire de galantería consumada que siempre adoptaba cuando se dirigía a ella:

—¡A su disposición, señora!

Pero su pie siguió en el escalón, y en su actitud había un vago indicio, que Marguerite apreció claramente, de que

quería marcharse y no tenía el menor deseo de iniciar una conversación a media noche.

—El aire está deliciosamente fresco —dijo Marguerite—. La luz de la luna es poética, y el jardín realmente incitante. ¿No le gustaría quedarse aquí un rato? No es demasiado tarde, ¿o es que mi compañía le resulta tan desagradable que tiene prisa por librarse de ella?

—No, señora —replicó sir Percy en todo afable—; es justo lo contrario, pero le garantizo que encontrará el aire nocturno más excitante sin mi compañía, de modo que, cuanto antes aparte ese obstáculo, más disfrutará su señoría.

Se dio la vuelta y empezó a subir la escalera.

—Le aseguro que se confunde, sir Percy —se apresuró a decir Marguerite, y aproximándose a él, añadió—: Recuerde que la barrera que se ha alzado entre nosotros no es culpa mía.

—¡Ah! Le pido disculpas, señora —protestó sir Percy con frialdad—. Siempre he tenido pésima memoria.

La miró a los ojos, con la actitud de indolente despreocupación que se había convertido en su segunda naturaleza. Marguerite le mantuvo la mirada unos instantes; y al acercarse a él al pie de la escalera, sus ojos se dulcificaron.

—¿Pésima, sir Percy? ¡Vaya! ¡Entonces debe haber cambiado mucho! ¿Fue hace tres años cuando nos vimos por espacio de una hora en París, cuando usted se dirigía a Oriente? Cuando volvió, al cabo de dos años, no me había olvidado.

A la luz de la luna, la belleza de Marguerite era prodigiosa, con la capa de pieles sobre sus hermosos hombros, rodeada por el halo destellante del bordado de oro de su vestido, y los infantiles ojos azules clavados en él.

Sir Percy se quedó inmóvil y rígido unos instantes; su mano se aferraba con fuerza a la barandilla de piedra de la terraza.

—Señora, confío en que no requiera mi presencia con la intención de sumergirse en tiernos recuerdos —dijo en tono glacial.

Su voz era fría, impersonal; su actitud ante Marguerite, rígida e implacable. El decoro femenino hubiera debido dictarle que pagara con frialdad la frialdad con que él la trataba, con una simple inclinación de cabeza; pero el instinto femenino le aconsejaba seguir allí, ese agudo instinto por el que una mujer hermosa consciente de sus poderes se empeña en hacer que un hombre que no le rinde homenaje caiga de rodillas ante ella. Le tendió la mano.

—¿Y por qué no, sir Percy? El presente no es tan esplendoroso como para que no sienta deseos de remover un poco el pasado.

Sir Percy doblegó su alta figura, y cogiendo las yemas de los dedos que Marguerite le ofrecía, los besó ceremoniosamente.

—Confío en que sepa perdonar que mi torpe intelecto no la acompañe en esa actividad, señora —dijo.

Intentó marcharse una vez más, y una vez más lo detuvo Marguerite, con su voz dulce, infantil, casi tierna.

—Sir Percy.

—A sus pies, señora.

—¿Es posible que el amor muera? —dijo lady Blakeney con una vehemencia súbita, impremeditada—. Yo creía que la pasión que sentía por mí duraría toda una vida. Percy, ¿acaso no queda nada de ese amor que… pueda ayudarle a saltar esa triste barrera?

Mientras Marguerite pronunciaba estas palabras, pareció como si la enorme figura de sir Percy adquiriese aún mayor rigidez; la fuerte boca se endureció, y a aquellos ojos azules,

normalmente indolentes, asomó una expresión de indomable obstinación.

—¿Le importaría decirme con qué objeto, señora? —preguntó con frialdad.

—No le comprendo.

—Pues es muy sencillo —replicó sir Percy con una amargura que pareció sacudir literalmente sus palabras, a pesar de que saltaba a la vista que hacía grandes esfuerzos por reprimirla—. Se lo pregunto humildemente, porque mi torpe mente es incapaz de comprender la causa de todo esto, de la nueva actitud de su señoría. ¿Es que siente la necesidad de volver a practicar el diabólico juego al que se dedicó el año pasado con tan excelentes resultados? ¿Acaso quiere verme de nuevo a sus pies, rendido de amor, para darse el gusto de echarme de su lado como si fuera un perro faldero un poco pesado?

Marguerite había logrado exaltarlo momentáneamente; y volvió a mirarle a los ojos, porque así era como lo recordaba el año anterior.

—¡Se lo ruego, Percy! —susurró—. ¿No podemos enterrar el pasado?

—Perdóneme, señora, pero creo haber entendido que lo que usted desea es removerlo.

—¡No! ¡No me refería a ese pasado, Percy! —dijo con la voz velada por la ternura—. ¡Me refería a los días en que aún me amaba...! ¡Oh, yo era frívola y vanidosa, y me dejé seducir por sus riquezas y su posición!. Me casé con usted, con la esperanza de que el gran amor que usted sentía engendraría el amor en mí… ¡Pero, ay!…

La luna se había ocultado tras un montón de nubes. Por el oeste, una suave luz grisácea empezaba a disolver el pesado manto de la noche. Sir Percy sólo podía distinguir el grácil contorno de Marguerite, su cabeza regia, con una cascada de rizos dorados y rojizos, y las rutilantes joyas que

formaban la florecilla roja, en forma de estrella, que llevaba en el pelo a modo de diadema.

—Veinticuatro horas después de nuestra boda, señora, el marqués de St. Cyr y toda su familia murieron en la guillotina, y llegó a mis oídos el rumor de que era la esposa de sir Percy Blakeney quien había ayudado a que acabaran así.

—¡No! Yo misma confesé lo que había de cierto en esa odiosa historia.

—No hasta después de que me lo contaran los extraños, con todos sus espantosos detalles.

—Y usted los creyó sin más —replicó Marguerite con vehemencia—, sin pedir pruebas ni hacer preguntas… creyó que yo, a quien había jurado amar más que a su propia vida, a quien había asegurado que adoraba, había sido capaz de hacer algo tan vil como lo que le contaron esas gentes. Pensó que le había engañado, que debía haber hablado antes de casarme con usted. Pero, si hubiera querido escucharme, le hubiera dicho que hasta la mañana misma en que St. Cyr fue a la guillotina, me desviví por salvarlos a él y a su familia, recurriendo a todas las influencias que tenía. Pero el orgullo selló mis labios al ver que su amor había muerto, como si hubiera caído bajo la cuchilla de esa misma guillotina. Le hubiera contado que me embaucaron. ¡Sí, a mí, a quien, también según los rumores, se le ha atribuido la inteligencia más aguda de toda Francia! Hice aquello porque caí en la trampa que me tendieron unos hombres que sabían cómo jugar con el amor que sentía por mi único hermano y mi deseo de venganza. ¿No es natural que lo hiciese?

Su voz quedó ahogada por las lágrimas. Guardó silencio unos instantes, tratando de recobrar el aplomo. Miró a su marido con expresión de súplica, como si la estuviera juzgando. Sir Percy la había dejado hablar vehemente,

apasionadamente, sin hacer ningún comentario, sin ofrecerle una palabra de simpatía, y mientras Marguerite guardaba silencio, intentando tragarse las ardientes lágrimas que anegaban sus ojos, se quedó a la espera, impasible e inmóvil. A la tenue luz grisácea del alba, su figura parecía aún más erguida, más rígida. El rostro indolente y afable había experimentado una extraña transformación. En su excitación, Marguerite vio que los ojos de su marido ya no tenían una expresión lánguida, y que había desaparecido el gesto afable y un poco necio de su boca. Bajo sus párpados semicerrados destelló una extraña mirada de intensa pasión; tenía los labios apretados, como si sólo la fuerza de voluntad refrenara aquella pasión desbocada.

Por encima de todo, Marguerite Blakeney era una mujer, con todas las debilidades más fascinantes y los defectos más adorables de una mujer. En un instante comprendió que había estado equivocada durante los últimos meses; que aquel hombre que estaba ante ella, frío como una estatua cuando su voz melodiosa llegó a sus oídos, la amaba, como la había amado el año anterior; que quizá su pasión había estado dormida pero allí seguía, tan fuerte, intensa y poderosa como cuando sus labios se unieron por primera vez en un beso prolongado y enloquecedor.

El orgullo le había impedido acercarse a ella, y Marguerite, como mujer que era, estaba dispuesta a recuperar aquella conquista que una vez había sido suya. De repente, se le antojó que la única felicidad que podía ofrecerle la vida sería sentir de nuevo el beso de aquel hombre sobre sus labios.

—Lo que ocurrió fue lo siguiente, sir Percy —dijo en voz baja, dulce, infinitamente dulce—. ¡Armand lo era todo para mí! No teníamos padres, y nos cuidamos el uno al otro. Él era para mí un padre en pequeño, y yo para él una madre en

miniatura, y nos queríamos mucho. Un día… ¿me escucha, sir Percy?, un día, el marqués de St. Cyr ordenó que azotaran a mi hermano, que lo azotaran sus lacayos, ¡a ese hermano al que quería más que a nadie en el mundo! ¿Y qué delito había cometido? Que, siendo plebeyo, había osado amar a la hija del aristócrata; por eso lo apalearon, y lo azotaron… ¡como a un perro, y estuvo a punto de perder la vida! ¡Ah, cuánto sufrí! ¡Su humillación me partió el alma! Cuando se me presentó la oportunidad de vengarme, la aproveché. Pero mi intención era únicamente humillar al orgulloso marqués. Conspiró con Austria contra su propio país. Me enteré por pura casualidad, y hablé de ello, sin saber —¿cómo podía haberlo adivinado?— que me habían engañado, que me habían tendido una trampa. Cuando comprendí lo que había hecho, era demasiado tarde.

—Quizá sea un poco difícil volver al pasado, señora —dijo sir Percy, tras unos momentos de silencio—. Ya le he confesado que tengo muy mala memoria, pero siempre he creído que, cuando murió el marqués, le rogué que me explicara ese rumor que corría de boca en boca. Si mi escasa memoria no me juega una mala pasada, creo recordar que se negó a darme cualquier clase de explicación, y exigió a mi amor una connivencia humillante que no estaba dispuesto a dar.

—Deseaba probar su amor por mí, y no superó la prueba. En los viejos tiempos me decía que sólo vivía para mí, para amarme.

—Y, para demostrarle ese amor, me pidió que renunciase a mi honor —replicó sir Percy, dando la impresión de que, poco a poco, lo abandonaba su imperturbabilidad y se relajaba su rigidez—, que aceptase sin rechistar ni preguntar todos los actos de mi dueña, como un esclavo tonto y obediente. Como mi corazón rebosaba de amor y pasión, no pedí ninguna explicación; pero naturalmente, esperaba que

me la diera. Con una sola palabra que hubiera dicho, yo hubiera aceptado cualquier explicación, y la hubiera creído. Pero tras la confesión de los hechos, terribles, usted se marchó sin añadir nada; volvió orgullosamente a casa de su hermano, y me dejó solo… durante semanas… sin saber a quién tenía que creer, pues el relicario que contenía mi única ilusión estaba hecho pedazos, a mis pies.

Marguerite no podía quejarse de la frialdad e imperturbabilidad de su marido en aquellos momentos; la voz de sir Percy temblaba por la intensa pasión que trataba de dominar con esfuerzos sobrehumanos.

—¡Sí! ¡El orgullo me cegó! —exclamó Marguerite, afligida—. En cuanto me marché de su lado, lo lamenté, pero cuando regresé, ¡le encontré tan cambiado…! Ya llevaba esa máscara de indolente indiferencia que no se ha quitado hasta… hasta ahora.

Estaba tan cerca de él que su suave pelo, que llevaba suelto, rozaba la mejilla de sir Percy; sus ojos, relucientes de lágrimas, lo enloquecieron, la música de su voz le prendió fuego en las venas. Pero no estaba dispuesto a rendirse al encanto mágico de aquella mujer a la que había amado tan profundamente, y a cuyas manos su orgullo había sufrido un golpe terrible. Sir Percy cerró los ojos para borrar la delicada visión de aquella dulce cara, de aquel cuello níveo y de aquella figura grácil, alrededor de la cual empezaba a juguetear la luz rosada del amanecer.

—No, señora, no es una máscara —dijo en tono glacial—. Le juré… hace tiempo, que mi vida era suya. Desde hace meses es un juguete en sus manos… Ha cumplido su objetivo.

Pero en aquel instante Marguerite comprendió que aquella frialdad era una máscara. La angustia y la aflicción que había experimentado la noche anterior volvieron de pronto a su mente, pero no con amargura, sino con la

sensación de que aquel hombre, que la quería, la ayudaría a sobrellevar su carga.

—Sir Percy —dijo impulsivamente—, Dios sabe que ha hecho todo lo posible para que la tarea que me había impuesto a mí misma resultara terriblemente difícil. Ahora mismo acaba de hablar de mi actitud. De acuerdo, llamémoslo así, si quiere. Yo quería hablar con usted porque… porque… tenía ciertos problemas… y necesitaba su comprensión.

—Estoy a sus órdenes, señora.

—¡Qué frío es usted! —suspiró Marguerite—. Le aseguro que me cuesta trabajo creer que hace unos meses una sola lágrima mía lo hubiera enloquecido por completo. Ahora me acerco a usted… con el corazón destrozado… y… y…

—Dígame, señora —la interrumpió sir Percy, con la voz casi tan temblorosa como la de ella—, ¿en qué puedo servirla?

—Percy… Armand se encuentra en peligro de muerte. Una carta escrita por él… impetuosa, imprudente, como todos sus actos, y dirigida a sir Andrew Foulkes, ha caído en poder de un fanático. Armand está irremediablemente comprometido… Quizá lo detengan mañana… y después irá a la guillotina… a menos que… a menos que… ¡Ah, es terrible! —dijo Marguerite con un gemido de angustia, mientras en su mente se agolpaban bruscamente los acontecimientos de la noche anterior—. ¡Es horrible!… Usted no lo entiende, no puede entenderlo… y no puedo acudir a nadie… para que me preste ayuda, ni siquiera comprensión.

Las lágrimas se negaron a contenerse. Vencieron las preocupaciones, las luchas consigo misma, la espantosa incertidumbre por la suerte de Armand. Se tambaleó, como si fuera a desplomarse, y apoyándose en la barandilla de piedra, ocultó el rostro entre las manos y sollozó amargamente.

Al oír el nombre de Armand St. Just y enterarse de que corría peligro, el rostro de sir Percy adquirió un tinte levemente pálido, y en sus ojos apareció la expresión de decisión y obstinación más marcada que nunca. Pero guardó silencio, y se limitó a observarla, mientras el delicado cuerpo de Marguerite se agitaba con los sollozos; la observó hasta que el rostro de sir Percy se dulcificó inconscientemente, y en sus ojos destelló algo parecido a las lágrimas.

—¿De modo que el perro asesino de la revolución se revuelve contra la mano que le daba de comer? —dijo con profundo sarcasmo—. Por favor, señora —añadió con gran dulzura, mientras Marguerite seguía sollozando histéricamente—, le ruego que seque sus lágrimas. Nunca he podido ver llorar a una mujer hermosa, y yo…

Instintivamente, a la vista del desamparo y la aflicción de Marguerite, sir Percy tendió los brazos con una pasión repentina, irrefrenable, y a continuación la hubiera cogido y acercado a sí, para protegerla de todo mal con su propia vida, con su propia sangre… Pero el orgullo salió victorioso en esta lucha una vez más; se contuvo con un tremendo esfuerzo de voluntad, y dijo con frialdad, mas con gran dulzura:

—¿No quiere confiarse a mí y decirme cómo puedo tener el honor de servirla, señora?

Marguerite hizo un esfuerzo supremo por dominarse y, volviendo un rostro bañado en lágrimas hacia él, le tendió la mano, que sir Percy besó con la consumada galantería de costumbre; pero en esta ocasión, los dedos de Marguerite se demoraron en su mano unos segundos más de lo absolutamente necesario, y esto ocurrió porque Marguerite comprobó que la mano de su marido temblaba perceptiblemente y le ardía, mientras que sus labios estaban fríos como el mármol.

—¿Puede hacer algo por Armand? —preguntó Marguerite, dulce y sencillamente—. Usted tiene muchas influencias en la corte… muchos amigos…

—Pero, señora, ¿no sería mejor que se procurase la influencia de su amigo francés monsieur Chauvelin? Si no me equivoco, su influencia puede llegar hasta el gobierno republicano de Francia.

—No puedo pedírselo a él, Percy… ¡Ah, ojalá me atreviera a contarle a usted…! pero… pero… Chauvelin ha puesto precio a la cabeza de mi hermano, y…

Marguerite hubiera dado cualquier cosa por reunir valor suficiente para contárselo todo… lo que había hecho aquella noche, cuánto había sufrido y por qué se había visto obligada a hacerlo. Pero no se atrevió a ceder al impulso… no en aquel momento, en que estaba empezando a comprender que su marido aún la amaba, en que esperaba recuperar su amor. No se atrevía a hacerle otra confesión. Quizá no lo entendería; cabía la posibilidad de que no comprendiera sus luchas y sus tentaciones. Era posible que el amor de sir Percy, aún adormecido, durmiera el sueño de la muerte.

Quizá adivinara lo que pasaba por su mente. Su actitud reflejaba una profunda nostalgia, era una auténtica oración por aquella confianza que el estúpido orgullo de Marguerite le negaba. Como ella siguió en silencio, sir Percy suspiró, y dijo con enorme frialdad:

—Bueno, señora, puesto que tanto la aflige, no hablaremos sobre el tema… Con respecto a Armand, le ruego que no tenga ningún miedo. Le doy mi palabra de que no le ocurrirá nada. Y ahora, ¿me da usted su permiso para retirarme? Se está haciendo tarde, y…

—¿Aceptará al menos mi gratitud? —le interrumpió Marguerite con verdadera ternura, acercándose a él.

Con un esfuerzo rápido, casi involuntario, sir Percy la hubiera cogido entre sus brazos en ese mismo momento, pues los ojos de Marguerite estaban anegados en lágrimas que hubiera querido secar con sus besos; pero ya en otra ocasión le había seducido de la misma forma, para después dejarlo a un lado, como si se tratara de un guante inservible. Sir Percy pensó que se trataba de un simple capricho pasajero, y era demasiado orgulloso para caer en la trampa una vez más.

—Es demasiado pronto, señora —dijo en voz queda—. Aún no he hecho nada. Es muy tarde, y estará usted cansada. Sus doncellas estarán esperándola arriba.

Se apartó para dejarla pasar. Marguerite suspiró. Fue un suspiro rápido, de decepción. El orgullo de sir Percy y la belleza de Marguerite habían entrado en conflicto, y el orgullo había vencido. Marguerite pensó que, al fin y al cabo, era posible que se hubiera engañado, que lo que había tomado por la chispa del amor en los ojos de su marido no fuera más que la pasión del orgullo, o incluso de odio en lugar de amor. Se quedó mirándole unos instantes. Sir Percy estaba tan rígido e impasible como antes. Había vencido el orgullo y Marguerite no le importaba en absoluto. Poco a poco el gris del alba iba cediendo su lugar a la luz rosada del sol naciente. Los pájaros empezaron a piar. La Naturaleza se despertó, respondiendo con una sonrisa feliz al calor de la esplendorosa mañana de octubre. Sólo entre aquellos dos corazones se alzaba una barrera infranqueable, hecha de orgullo por ambas partes, y ninguno de los dos estaba dispuesto a dar el primer paso para derribarla.

Sir Percy doblegó su elevada figura en una reverencia ceremoniosa, y Marguerite, con un último suspiro de amargura, empezó a subir la escalera de la terraza.

La larga cola de su vestido bordado en oro barrió las hojas muertas de los escalones, produciendo un susurro débil y

armonioso al remontarlos con ligereza, con una mano apoyada en la barandilla, y la luz rosada del amanecer formando una aureola dorada alrededor de su pelo y arrancando destellos de los rubíes que llevaba en la cabeza y los brazos. Llegó a las altas puertas de cristal de la casa. Antes de entrar, se detuvo una vez más para mirar a sir Percy, esperando contra toda esperanza ver que le tendía los brazos, y oír su voz llamándola. Pero sir Percy no se movió; su enorme figura parecía la personificación del orgullo indomable, de la obstinación más recalcitrante.

Las lágrimas ardientes acudieron a los ojos de Marguerite, y como no quería que él las viera, se volvió bruscamente, y corrió hacia sus habitaciones con toda la rapidez que pudo.

Si en aquel momento hubiera vuelto al lugar que acababa de abandonar, y hubiera mirado una vez más el jardín teñido de luz rosada, hubiera visto algo ante lo que sus propios sufrimientos hubieran parecido livianos y llevaderos: un hombre fuerte, dominado por la pasión y la desesperación. Al fin había cedido el orgullo; la obstinación había desaparecido, la voluntad era impotente. No era más que un hombre enamorado locamente, ciega y apasionadamente enamorado, y en cuanto el ruido de las leves pisadas de Marguerite se desvaneció en el interior de la casa, sir Percy se arrodilló en la escalera de la terraza y, loco de amor, besó uno a uno los puntos que habían pisado los piececitos de Marguerite, y la barandilla de piedra en la que había posado su mano.

XVII - LA DESPEDIDA

Cuando Marguerite llegó a su habitación, encontró a la doncella terriblemente preocupada por ella.

—Su señoría estará muy cansada —dijo la pobre mujer, con los ojos medio cerrados de sueño—. Son más de las cinco.

—Sí, Louise, la verdad es que me siento cansadísima —replicó Marguerite en tono amable—; pero también lo estarás tú, de modo que ve a acostarte inmediatamente. Puedo arreglármelas yo sola.

—Pero señora…

—No discutas, Louise, y ve a acostarte. Ponme una bata y déjame sola.

Louise obedeció de buena gana. Le quitó a su señora el bonito vestido de baile, y la envolvió en una bata suave y ondulante.

—¿Desea algo más su señoría? —preguntó a continuación.

—No, nada más. Apaga las luces cuando salgas.

—Sí, señora. Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Louise.

Cuando la doncella se hubo marchado, Marguerite descorrió las cortinas y abrió las ventanas de par en par. El jardín y el río estaban inundados de luz rosada. A lo lejos, por oriente, los rayos del sol naciente habían transformado el color rosa en un dorado resplandeciente. El césped estaba desierto, y Marguerite contempló la terraza en la que unos

momentos antes había intentado vanamente recuperar el amor de un hombre, que en el pasado había sido enteramente suyo.

Resultaba extraño que en medio de tantos problemas y tanta preocupación por Armand lo que dominara su corazón en aquellos momentos fuera una profunda pena amorosa.

Parecía como si hasta sus brazos y sus piernas anhelaran el amor de un hombre que la había rechazado, que se había resistido a su ternura, mostrando frialdad ante sus ruegos, y que no había respondido a la llamarada de pasión que la había hecho creer y esperar que los felices días de París no estaban muertos y olvidados por completo.

¡Qué extraño era todo! Marguerite seguía amándole. Y al mirar atrás, al recordar los últimos meses de malentendidos y soledad, comprendió que nunca había dejado de amarle; que en lo más profundo de su corazón siempre había sabido que las necedades de su marido, su risa vacía y su perezosa indiferencia no eran más que una máscara; que aún seguía existiendo el hombre de verdad, fuerte, apasionado, voluntarioso, el hombre que ella amaba, cuya intensidad la había fascinado, cuya personalidad la atraía, pues siempre había pensado que tras su aparente estupidez había algo, que ocultaba a todo el mundo, y especialmente a ella.

El corazón de una mujer es un problema sumamente complejo y, en ocasiones, su dueña es precisamente la menos indicada para solucionar el rompecabezas.

Marguerite Blakeney, «la mujer más inteligente de Europa», ¿amaba realmente a un imbécil? ¿Era amor lo que sentía por él un año antes, cuando se casó? ¿Era amor lo que sentía en aquellos momentos, al comprender que seguía amándola, pero que no quería ser su esclavo, su amante ardiente y apasionado? Marguerite no podía saberlo; al menos no en aquellas circunstancias. Quizá fuera que su orgullo había bloqueado su mente, impidiéndole

comprender los sentimientos de su propio corazón. Pero eso sí lo sabía... que deseaba recuperar aquel corazón obstinado, conquistarlo una vez más... y no volver a perderlo jamás... Lo mantendría, mantendría su amor, se haría merecedora de él, y lo cuidaría. Porque había una cosa cierta: que la felicidad ya no era posible sin el amor de aquel hombre.

Los pensamientos y emociones más contradictorios se agolpaban en su mente. Absorta en ellos, dejó que el tiempo pasara sin sentir; quizá, agotada por la prolongada excitación, cerró los ojos y se sumió en un sueño intranquilo, en el que las visiones rápidamente cambiantes parecían continuación de sus pensamientos angustiados, pero se despertó bruscamente, fuera sueño o meditación, al oír ruido de pasos junto a la puerta de su habitación.

Se levantó de un salto, nerviosa, y prestó oídos: la casa estaba tan silenciosa como antes; los pasos habían cesado. Los brillantes rayos del sol matutino entraban a raudales por las ventanas abiertas. Miró el reloj que había en la pared: eran las seis y media, demasiado temprano para que los criados anduvieran por la casa.

No cabía duda de que se había quedado dormida sin darse cuenta. La habían despertado el ruido de pisadas y de voces susurrantes y apagadas... ¿De quién serían?

Despacio, de puntillas, cruzó la habitación, abrió la puerta y prestó oídos una vez más. No percibió el menor ruido en ese silencio especial que acompaña a las primeras horas de la mañana, cuando la humanidad entera está sumida en el sueño más profundo. Pero el ruido la había puesto nerviosa, y cuando, al llegar al umbral, vio una cosa blanca a sus pies —una carta, evidentemente— casi no se atrevió a tocarla. Tenía un aspecto fantasmal. No le cabía duda de que no estaba allí cuando subió a su habitación. ¿Se le habría caído a Louise? ¿O se trataría de un espectro

provocador que desplegaba cartas imaginarias, inexistentes?

Finalmente se agachó para recogerla y, sorprendida, completamente atónita, comprobó que la carta en cuestión iba dirigida a ella, y que estaba escrita con la caligrafía grande y seria de su marido. ¿Qué tendría que decirle a esas horas de la madrugada para no poder esperar hasta la mañana?

Rasgó el sobre y leyó lo siguiente:

Circunstancias totalmente imprevistas me obligan a ir al Norte de inmediato, y presento mis disculpas a su señoría por no poder tener el honor de despedirme personalmente. Como es posible que el asunto que reclama mi atención me tenga ocupado una semana, no podré disfrutar del privilegio de asistir a la fiesta que ofrecerá su señoría el miércoles. Su siempre fiel y humilde servidor:

PERCY BLAKENEY

A Marguerite debió contagiársele la torpeza intelectual de su marido, pues tuvo que leer aquellas sencillas líneas varias veces para comprender su significado.

Se quedó inmóvil en el rellano de la escalera, dando vueltas y más vueltas a la misteriosa y breve misiva, con la mente en blanco, agitada, con los nervios en tensión y un presentimiento que no hubiera podido explicar.

Sir Percy poseía numerosas fincas en el Norte, y en muchas ocasiones iba allí él solo y se quedaba una semana entera; pero era muy extraño que precisamente entre las cinco y las seis de la mañana surgieran circunstancias tales que lo obligaran a partir con semejante premura.

Marguerite intentó borrar una sensación de nerviosismo poco habitual en ella, pero en vano; temblaba de pies a cabeza. La invadió un deseo irrefrenable de volver a ver a su marido, inmediatamente, si es que aún no se había marchado.

Olvidando que únicamente iba cubierta con una ligera bata, y que el pelo le caía en desorden sobre los hombros, corrió escaleras abajo, y, atravesando el vestíbulo, llegó hasta la puerta.

Como de costumbre, estaban echados los cerrojos, pues los criados aún no se habían levantado; pero sus agudos oídos percibieron ruido de voces y el patear de los cascos de un caballo sobre las losas.

Con dedos trémulos, Marguerite descorrió los cerrojos uno por uno, rasguñándose las manos, arañándose las uñas, pues las barras eran pesadas, pero no prestó la menor atención a estas molestias; su cuerpo entero se agitaba de inquietud sólo con pensar que quizá fuera demasiado tarde, que quizá sir Percy ya se había marchado sin que ella lo hubiera visto y le hubiera deseado buen viaje.

Por último hizo girar la llave y abrió la puerta. Sus oídos no la habían engañado. Frente a la puerta, un mozo sujetaba dos caballos. Uno de ellos era Sultán, el animal favorito de sir Percy, y también más rápido, ensillado y listo para iniciar el viaje.

A los pocos instantes, sir Percy dobló una esquina de la casa y se dirigió apresuradamente hacia los caballos. Se había quitado el llamativo traje que había llevado al baile, pero, como de costumbre, iba impecable y suntuosamente vestido, con un traje de buen paño, corbata y puños de encaje, botas altas y calzones de montar.

Marguerite se adelantó unos pasos. Sir Percy alzó los ojos y la vio. Su entrecejo se frunció ligeramente.

—¿Se marcha? —preguntó Marguerite atropelladamente —. ¿A dónde va?

—Como ya he tenido el honor de comunicar a su señoría, un asunto inesperado requiere mi presencia en el Norte —respondió sir Percy, con su habitual tono frío e indolente.

—Pero… mañana tenemos invitados…

—En la nota ruego a su señoría que presente mis más sinceras disculpas a Su Alteza Real. Usted es una anfitriona perfecta, y no creo que nadie me eche de menos.

—Pero estoy segura de que podría haber pospuesto el viaje… hasta después de la fiesta —dijo Marguerite nerviosamente—. Ese asunto no será tan importante… y hace un momento no me dijo nada…

—Como ya he tenido el honor de comunicarle, señora, se trata de un asunto totalmente inesperado y muy urgente… Por tanto, le ruego que me dé permiso para partir de inmediato. ¿Desea algo de la ciudad… cuando regrese?

—No, gracias… No quiero nada… Pero ¿volverá pronto?

—Muy pronto.

—¿Antes de que acabe la semana?

—No se lo puedo asegurar.

Saltaba a la vista que estaba deseando marcharse, mientras que Marguerite hacía todo lo posible por retenerlo unos momentos más.

—Percy —dijo—, ¿no quiere decirme por qué se marcha hoy? Como esposa suya, creo que tengo derecho a saberlo. No le han llamado del Norte; lo sé. Anoche no llegó ninguna carta ni ningún mensajero antes de que saliéramos para ir a la ópera, y cuando regresamos del baile no había nada esperándole… Estoy segura de que no va al Norte… Es un misterio, y yo…

—No hay misterio alguno, señora —replicó sir Percy, con un leve deje de impaciencia en la voz—. El asunto que me

ocupa está relacionado con Armand… Bien, ¿tengo su permiso para partir?

—Armand… Pero no correrá usted ningún riesgo, ¿verdad?

—¿Riesgo yo?… No, señora, pero su preocupación me honra. Como usted dice, poseo ciertas influencias, y tengo la intención de ejercerlas, antes de que sea demasiado tarde.

—Permita al menos que le exprese mi gratitud…

—No, señora —replicó sir Percy con frialdad—. No es necesario. Mi vida está a su entera disposición, y me siento sobradamente recompensado.

—Y la mía estará a su disposición si usted la acepta, a cambio de lo que va a hacer por Armand —dijo Marguerite, al tiempo que le tendía impulsivamente las manos—. Pero ¡en fin!, no quiero retenerlo más… Mi pensamiento irá con usted… Adiós.

¡Qué hermosa estaba a la luz del sol matutino, con su cabello deslumbrante derramándose sobre los hombros! Sir Percy se inclinó profundamente y le besó la mano; al sentir el ardiente beso, el corazón de Marguerite se emocionó, rebosante de alegría y esperanza.

—¿Regresará usted? —preguntó con ternura.

—¡Muy pronto! —contestó sir Percy, mirando anhelante a los ojos azules de Marguerite.

—Y… ¿lo recordará? —añadió Marguerite, mientras en sus ojos destellaban una infinidad de promesas en respuesta a la mirada de sir Percy.

—Siempre recordaré que usted me ha honrado requiriendo mis servicios, señora.

Sus palabras fueron frías y formales, pero en esta ocasión no dejaron helada a Marguerite. Su corazón de mujer interpretó las emociones del hombre bajo la máscara de impasibilidad que su orgullo le obligaba a adoptar.

Sir Percy le hizo otra reverencia y le pidió permiso para partir.

Marguerite se quedó a un lado mientras su marido subía a lomos de Sultán y, cuando atravesó la verja al galope, le dio el último adiós, agitando la mano.

Al poco quedó oculto por una curva del camino; su mozo de confianza se veía en dificultades para mantenerse al mismo paso que él, pues Sultán corría como un rayo, respondiendo a la excitación de su jinete. Marguerite, con un suspiro casi de felicidad, se dio la vuelta y entró en la casa. Volvió a su habitación porque de repente, como una niña cansada, sentía mucho sueño.

Parecía como si su espíritu disfrutara de una paz absoluta y, aunque aún estaba inflamado por una melancolía indefinible, lo aliviaba una esperanza vaga y deliciosa, como un bálsamo.

Ya no se sentía angustiada por Armand. El hombre que acababa de partir, y que estaba decidido a ayudar a su hermano, le inspiraba una confianza absoluta por su fuerza y su poder. Se sorprendió al pensar que le había considerado un necio; naturalmente, se trataba de una máscara que adoptaba para ocultar la dolorosa herida que Marguerite había infligido a su fe y su amor. Su pasión lo hubiera dominado, y no quería que ella viera lo mucho que le importaba y cuán profundamente sufría.

Pero a partir de ese momento todo iría bien; Marguerite mataría su propio orgullo, lo sometería ante él, se lo contaría todo, confiaría en él completamente, y volverían los días felices en que paseaban por los bosques de Fontainebleau, hablando poco, pues sir Percy siempre había sido un hombre silencioso, pero en que Marguerite sabía que siempre encontraría consuelo y felicidad en aquel corazón lleno de fortaleza.

Cuanto más pensaba en los acontecimientos de la noche anterior, menos temía a Chauvelin y sus planes. El francés no había logrado averiguar la identidad de Pimpinela Escarlata; de eso estaba segura. Tanto lord Fancourt como Chauvelin le habían asegurado que a la una de la noche no había nadie en el comedor, salvo el francés y Percy... ¡Sí! ¡Percy! Hubiera podido preguntarle a él, pero no se le había ocurrido. De todos modos, no sentía el menor temor de que el héroe valiente y desconocido cayera en la trampa de Chauvelin y, al menos, la muerte de Pimpinela no recaería sobre su conciencia.

Sin duda, Armand aún se encontraba en peligro, pero Percy le había dado su palabra de que lo salvaría, y mientras Marguerite lo veía alejarse al galope, no se le pasó por la cabeza que existiera la más remota posibilidad de que no llevara a término cualquier empresa que emprendiera. Cuando Armand estuviera sano y salvo en Inglaterra, Marguerite no le permitiría que regresase a Francia.

Se sentía casi feliz, y tras correr las cortinas para protegerse del sol cegador, se acostó, apoyó la cabeza en la almohada y, como una niña cansada, enseguida se sumió en un sueño tranquilo y sosegado.

XVIII - EL EMBLEMA MISTERIOSO

Ya estaba muy avanzado el día cuando se despertó Marguerite, descansada tras el largo sueño. Louise le llevó leche fresca y un plato de fruta, y su ama dio cuenta del frugal desayuno con buen apetito.

Mientras masticaba las uvas, en la mente de Marguerite se agolpaban frenéticamente los pensamientos más dispares, pero en su mayoría, acompañaban a la figura erguida de su marido, que había contemplado mientras se alejaba al galope hacía ya más de cinco horas.

En respuesta a sus impacientes preguntas, Louise le dio la noticia de que el criado había vuelto a casa con Sultán y había dejado a sir Percy en Londres. El criado pensaba que su amo tenía intención de embarcar en su yate, que estaba anclado bajo el puente de Londres. Sir Percy había ido a caballo hasta aquel lugar, en el que se había reunido con Briggs, el patrón del *Day Dream*, y a continuación había ordenado al mozo que volviera a Richmond con Sultán y la montura vacía.

La noticia dejó a Marguerite más confusa que antes. ¿Adónde iría sir Percy en el *Day Dream*? Según él, se trataba de algo relacionado con Armand. ¡Claro! Sir Percy tenía amigos influyentes en todas partes. Quizá se dirigiera a Greenwich, o… Pero al llegar a este punto, Marguerite dejó de hacer conjeturas. Pronto quedaría todo explicado: sir Percy le había dicho que regresaría, y que se acordaría.

Ante Marguerite se presentaba un largo día de ocio. Esperaba la visita de su antigua compañera de colegio, la pequeña Suzanne de Tournay. Con sana malicia, la noche anterior le había pedido a la condesa que le permitiera disfrutar de la compañía de Suzanne en presencia del príncipe de Gales. Su Alteza Real aprobó la idea entusiasmado, y declaró que iría a ver a las dos damas con sumo gusto en el transcurso de la tarde. La condesa no se atrevió a denegar su permiso, y, dadas las circunstancias, se vio obligada a prometer que enviaría a la pequeña Suzanne a pasar un alegre día en Richmond con su amiga.

Marguerite la esperaba impaciente; ardía en deseos de hablar largo y tendido sobre los viejos tiempos del colegio con la joven. Prefería su compañía a la de cualquier otra persona, y confiaba en pasar varias horas con ella, deambulando por el hermoso y antiguo jardín y el frondoso parque, o paseando a la orilla del río.

Pero Suzanne aún no había llegado, y Marguerite, después de vestirse, se dispuso a bajar. Aquella mañana parecía una muchacha, con su sencillo vestido de muselina con un ancho fajín azul alrededor de la esbelta cintura y un delicado chaleco cruzado en cuyo pecho había prendido unas rosas tardías de color carmesí.

Cruzó el rellano al que daban sus aposentos, y se quedó inmóvil unos instantes junto a la escalera de roble que descendía hasta el piso inferior. A la izquierda estaban los aposentos de su marido, varias estancias en las que Marguerite casi nunca entraba.

Consistían en el dormitorio, el recibidor y el vestidor y, en el extremo del rellano, un pequeño despacho, que, cuando no lo utilizaba sir Percy, siempre estaba cerrado con llave. Frank, su ayuda de cámara de confianza, era el responsable de aquella habitación. No se permitía a nadie entrar en ella. A lady Blakeney jamás se le había ocurrido hacerlo y,

naturalmente, los demás criados no se atrevían a quebrantar norma tan estricta.

Con el amable desprecio que había adoptado recientemente en la relación con su marido, Marguerite le tomaba el pelo por el secreto que rodeaba su estudio privado. Aseguraba burlonamente que sir Percy lo protegía de las miradas curiosas por temor a que alguien descubriese el poco «estudio» que se realizaba entre sus cuatro paredes: sin duda, el mueble más llamativo era un cómodo sillón para las dulces siestas de sir Percy.

En esto pensaba Marguerite aquella radiante mañana de octubre, mientras miraba cautelosamente el pasillo. Frank debía andar muy ocupado ordenando las habitaciones de su amo, pues la mayoría de las puertas estaban abiertas, y también la del despacho.

A Marguerite le embargó una curiosidad repentina e infantil por echar una ojeada a la guarida de sir Percy. Naturalmente, a ella no le afectaba la prohibición y, como era lógico, Frank no se atrevería a negarle la entrada. Sin embargo, prefirió esperar a que el criado fuese a arreglar otra habitación para investigar rápidamente y en secreto, sin que nadie la molestara.

Despacio, de puntillas, cruzó el rellano y, como la mujer de Barbazul, temblando de excitación y asombro, se detuvo unos segundos en el umbral, extrañamente perturbada e indecisa.

La puerta estaba entornada, y no distinguió nada en el interior. La empujó con cuidado. Como no se oía ningún ruido, dedujo que Frank no debía encontrarse allí, y entró audazmente.

Inmediatamente le sorprendió la sencillez de cuanto la rodeaba: las cortinas oscuras y pesadas, los enormes muebles de roble, los mapas colgados en la pared no le recordaron al hombre indolente y mundano, al amante de

las carreras de caballos, al sofisticado árbitro de la moda, que era la imagen que presentaba sir Percy Blakeney al exterior.

En la estancia no había el menor indicio de una partida apresurada. Todo estaba en su sitio; no se veía ni un solo trozo de papel en el suelo, ni un armario o cajón abierto. Las cortinas estaban descorridas, y por la ventana abierta entraba libremente el fresco aire matutino.

Frente a la ventana, en el centro de la habitación, había un gigantesco escritorio de aspecto severo, que sin duda se utilizaba constantemente. En la pared situada a la izquierda del escritorio, alzándose casi desde el suelo hasta el techo, colgaba el retrato de cuerpo entero de una mujer, de factura exquisita y magnífico marco, con la firma de Boucher. Era la madre de Percy.

Marguerite sabía muy poco de ella; únicamente que había muerto en el extranjero, enferma física y mentalmente, cuando Percy era un muchacho. Debió ser una mujer muy hermosa, cuando la pintó Boucher, y al contemplar el retrato, Marguerite se quedó asombrada ante el extraordinario parecido que existía entre madre e hijo: la misma frente baja y cuadrada, coronada por una cabellera abundante y rubia, suave y sedosa; los mismos ojos azules, hundidos y un tanto somnolientos, bajo las cejas rectas, de trazo bien definido; y en los ojos, la misma vehemencia disimulada tras una aparente indolencia, la misma pasión latente que iluminaba el rostro de Percy en los días anteriores a su matrimonio, que Marguerite había vuelto a percibir aquella mañana, al amanecer, cuando se acercó a él, y que le había incitado a dar un cierto tono de ternura a su voz.

Marguerite examinó el retrato, pues le interesaba; después se dio la vuelta y miró una vez más el enorme escritorio. Estaba cubierto de papeles, que parecían recibos

y facturas, todos cuidadosamente atados y etiquetados, metódicamente distribuidos. Hasta ese momento, a Marguerite no se le había ocurrido —ni siquiera había pensado que mereciera la pena averiguarlo— cómo administraba sir Percy la inmensa fortuna que le había dejado su padre, cuando todos pensaban que carecía por completo de inteligencia.

Desde que entrara en la habitación ordenada y cuidada, se sentía tan sorprendida que aquella prueba palpable de la gran habilidad de su marido para los negocios no despertó en ella más que un asombro pasajero, pero reforzó su convicción de que, con sus necedades mundanas, su amaneramiento y su conversación baladí, no sólo llevaba una máscara, sino que representaba un papel muy bien estudiado.

Marguerite no acertaba a comprenderlo. ¿Por qué se tomaría tantas molestias? ¿Por qué un hombre que sin duda era serio y formal se empeñaba en presentarse ante sus semejantes como un bobo de cabeza hueca?

Probablemente quería ocultar su amor por una mujer que lo despreciaba… pero hubiera podido cumplir su objetivo con menos sacrificio, y con muchos menos problemas que los que debía costarle representar constantemente un papel que no se correspondía con su verdadero carácter.

Miró a su alrededor sin propósito concreto; estaba terriblemente confundida, y ante aquel misterio inexplicable empezó a apoderarse de ella un temor innombrable. De repente experimentó una sensación de frío e incomodidad en la habitación oscura y austera. En las paredes no había cuadros, salvo el hermoso retrato de Boucher; sólo dos mapas, ambos de Francia. Uno representaba la costa septentrional y el otro los alrededores de París. ¿Para qué los querría sir Percy?

Empezó a dolerle la cabeza, y abandonó aquel extraño escondite de Barbazul que había invadido y que no comprendía. No quería que Frank la viese allí, y tras lanzar una última mirada a su alrededor, se dirigió a la puerta. Y en ese momento su pie tropezó con un pequeño objeto que debía encontrarse junto a la mesa, sobre la alfombra, y que echó a rodar por la habitación.

Marguerite se agachó para cogerlo. Era un anillo de oro macizo, con un sello plano en el que había un emblema grabado.

Le dio vueltas entre los dedos, y examinó el pequeño grabado. Representaba una florecilla en forma de estrella, la misma que había visto con toda claridad en otras dos ocasiones: una vez en la ópera, y otra en el baile de lord Grenville.

XIX - LA PIMPINELA ESCARLATA

Marguerite no hubiera podido decir en qué momento concreto empezó a deslizarse en su mente la primera sospecha. Con el anillo apretado con fuerza en la mano, salió apresuradamente de la habitación, corrió escaleras abajo y salió al jardín, y allí, tranquila y a solas con las flores, el río y los pájaros, pudo contemplar el anillo a su sabor y examinar el emblema con mayor detenimiento.

Estúpidamente, sentada a la sombra de un sicomoro, se puso a contemplar el sello del anillo, con la florecilla en forma de estrella grabada.

¡Bah! ¡Era completamente ridículo! Estaba soñando. Tenía los nervios sobreexcitados, y veía simbolismos y misterios en las coincidencias más triviales. ¿Acaso no se había puesto de moda en la ciudad que todo el mundo luciera el emblema del misterioso y heroico Pimpinela Escarlata?

¿Acaso no lo llevaba ella misma bordado en los vestidos, engastados en joyas y esmaltes para el pelo? ¿Qué tenía de raro el hecho de que sir Percy hubiera elegido aquel emblema como sello? Era muy probable que hubiera ocurrido eso... sí... muy probable, y además... ¿qué relación podía existir entre su marido, un petimetre exquisito, con sus ropas de buena calidad y sus ademanes refinados e indolentes, y el audaz conspirador que rescataba a las víctimas francesas ante las mismísimas narices de los dirigentes de una revolución sedienta de sangre?

Sus pensamientos se acumulaban vertiginosamente, dejándole la mente en blanco… No veía nada de lo que ocurría a su alrededor, y se sobresaltó cuando una voz joven y fresca gritó desde el otro extremo del jardín: «¡*Chérie… chérie*! ¿Dónde estás?», y la pequeña Suzanne, fresca como un capullo de rosa, con los ojos radiantes de júbilo y los rizos castaños ondeando a la suave brisa matutina corrió hacia ella por el césped.

—Me han dicho que estabas en el jardín —exclamó alegremente, al tiempo que se arrojaba con impulso juvenil en brazos de Marguerite—, y he venido corriendo para darte una sorpresa. No me esperabas tan pronto, ¿verdad, Margot chérie?

Marguerite, que había escondido apresuradamente el anillo entre los pliegues de su pañuelo, intentó responder con la misma alegría y despreocupación a la impulsividad de la muchacha.

—Claro que no, cielo —replicó con una sonrisa—. Me encanta tenerte toda para mí, y durante un día entero… ¿No te aburrirás?

—¡Aburrirme! Margot, ¿cómo puedes decir cosas tan horribles? Pero si cuando estábamos juntas en el convento siempre nos gustaba que nos dejaran quedarnos las dos solas.

—Y contarnos secretos.

Las dos jóvenes entrelazaron los brazos y se pusieron a pasear por el jardín.

—¡Ah, qué casa tan bonita tienes, Margot! —dijo la pequeña Suzanne entusiasmada—. ¡Y qué feliz debes ser!

—¡Sí, desde luego! Debería ser feliz, ¿no? —replicó Marguerite con un leve suspiro de melancolía.

—Lo dices con mucha tristeza, chérie… Bueno, supongo que ahora que eres una mujer casada ya no te apetecerá contarme secretos. ¡Ah, cuántos secretos teníamos cuando

estábamos en el colegio! ¿Te acuerdas? Algunos no se los confiábamos ni siquiera a la hermana Teresa de los Santos Ángeles, a pesar de que era encantadora.

—Y ahora tienes un secreto importantísimo, ¿eh, pequeña? —dijo Marguerite en tono animoso—, que vas a contarme inmediatamente. No, no tienes por qué sonrojarte, chérie —añadió, al ver que la bonita cara de Suzanne se teñía de carmesí—. ¡Vamos, no hay nada de que avergonzarse! Es un hombre noble y bueno, del que se puede una sentir orgullosa como amante, y… como marido.

—No, chérie, si no me avergüenzo —replicó Suzanne dulcemente—, y me siento muy orgullosa al oírte hablar tan bien de él. Creo que mamá dará su aprobación —añadió pensativa— y yo ¡seré tan feliz…! Pero, naturalmente, no se puede pensar en nada de eso hasta que papá se encuentre a salvo…

Marguerite se sobresaltó. ¡El padre de Suzanne! ¡El conde de Tournay, una de las personas cuya vida correría peligro si Chauvelin lograba averiguar la identidad de Pimpinela Escarlata!

Por mediación de la condesa y de algunos miembros de la Liga, Marguerite se había enterado de que su misterioso jefe había empeñado su palabra de honor en sacar de Francia al fugitivo conde de Tournay sano y salvo. Mientras la pequeña Suzanne seguía charlando, ajena a todo lo que no fuera su secretillo importantísimo, los pensamientos de Marguerite volvieron a los acontecimientos de la noche anterior.

La peligrosa situación de Armand, la amenaza de Chauvelin, su cruel disyuntiva «O eso o…», que ella había aceptado.

Y el papel que ella había desempeñado en el asunto, que hubiera debido culminar a la una de la noche en el comedor de la casa de lord Grenville, momento en que el implacable agente del gobierno francés seguramente averiguó al fin

quién era el misterioso Pimpinela Escarlata, que tan abiertamente desafiaba a un verdadero ejército de espías y defendía a los enemigos de Francia con tal audacia y por simple deporte.

Desde entonces, Marguerite no había tenido noticias de Chauvelin, y había llegado a la conclusión de que el francés no había logrado su objetivo. Sin embargo, no sentía preocupación por Armand, porque su marido le había prometido que a su hermano no le ocurriría nada.

Pero de repente, mientras Suzanne continuaba su alegre charla, le invadió un horror espantoso por lo que había hecho. Era cierto que Chauvelin no le había dicho nada; pero recordó su expresión sarcástica y malvada al despedirse de ellos tras el baile. ¿Habría descubierto algo? ¿Habría trazado ya planes precisos para coger al osado conspirador con las manos en la masa, en Francia, y enviarlo a la guillotina sin remordimientos ni demoras?

Marguerite se puso enferma de puro terror, y su mano apretó convulsivamente el anillo que llevaba en el vestido.

—No me estás escuchando, chérie —dijo Suzanne en tono de reproche, interrumpiendo su narración, larga y sumamente interesante.

—Claro que sí, cielo. Te estoy escuchando —replicó Marguerite haciendo un esfuerzo, obligándose a sonreír—. Me encanta oírte… y tu felicidad me llena de alegría… No tengas miedo. Ya nos las arreglaremos para convencer a mamá. Sir Andrew Foulkes es un noble caballero inglés; tiene dinero y una buena posición, y la condesa dará su consentimiento… Pero…, dime una cosa, pequeña… ¿Qué noticias tenéis de tu padre?

—¡Ah, no podrían ser mejores! —contestó Suzanne, loca de contento—. Lord Hastings vino a ver a mamá a primeras horas de esta mañana y le dijo que todo va bien, y que

podemos confiar en que llegue a Inglaterra dentro de menos de cuatro días.

—Sí —dijo Marguerite, con los brillantes ojos prendidos de los labios de Suzanne, que continuó alegremente:

—¡Ahora ya no tenemos ningún temor! ¿No sabes que el mismísimo Pimpinela Escarlata, tan noble y bueno, ha ido a rescatar a papá, chérie? Ha ido allí, chérie… ya se ha marchado —añadió Suzanne con excitación—. Estaba en Londres esta mañana, y quizá mañana llegue a Calais… Allí se reunirá con papá… y después… y después…

Las palabras de Suzanne fueron como un golpe. Marguerite lo esperaba desde hacía tiempo, aunque en el transcurso de la última media hora había intentado engañarse y borrar sus temores. Había ido a Calais, se encontraba en Londres por la mañana… él… Pimpinela Escarlata… Percy Blakeney… su marido, al que había delatado ante Chauvelin la noche anterior…

Percy… Percy… su marido… Pimpinela Escarlata… ¡Ah! ¿Cómo había estado tan ciega? En aquel momento lo comprendió, lo comprendió todo de repente… El papel que representaba, la máscara que llevaba… para despistar al mundo entero.

Y todo por puro deporte y juego: salvar de la muerte a hombres, mujeres y niños, como otras personas destruyen y matan animales por placer, por gusto. Aquel hombre rico y ocioso necesitaba un objetivo en la vida… Él y el puñado de jóvenes cachorros que se habían alistado bajo su bandera llevaban varios meses entreteniéndose en arriesgar la vida por unos cuantos inocentes.

Quizá sir Percy tenía intención de decírselo cuando se casaron, pero cuando la historia del marqués de St. Cyr llegó a sus oídos, se alejó bruscamente de ella, pensando, sin duda, que algún día podía traicionarlos, a él y a sus camaradas, que habían jurado seguirle. Y por eso la había

engañado, como había engañado a todos los demás, mientras que cientos de personas le debían la vida, y muchas familias le debían la vida y la felicidad.

La máscara de petimetre necio resultaba muy eficaz, y había representado su papel con consumada maestría. No era de extrañar que los espías de Chauvelin no hubieran logrado descubrir, en aquel ser aparentemente estúpido y sin cerebro, al hombre que con increíble audacia e infinito ingenio había burlado a los espías franceses más habilidosos, tanto en Francia como en Inglaterra. La noche anterior, cuando Chauvelin fue al comedor de la casa de lord Grenville a buscar al osado Pimpinela Escarlata, sólo vio al necio de sir Percy Blakeney profundamente dormido en un sofá.

¿Habría adivinado el secreto Chauvelin con su gran astucia? En eso radicaba el rompecabezas, terrible, espantoso. Al delatar a un desconocido sin nombre para salvar a su hermano, ¿habría condenado a muerte Marguerite Blakeney a su propio esposo?

¡No, no, no! ¡Mil veces no! El Destino no podía descargar un golpe así; la propia Naturaleza se rebelaría; su mano, cuando sujetaba el minúsculo trozo de papel la noche anterior, se hubiera paralizado antes de cometer un acto tan horrible y espantoso.

—¿Qué te ocurre, chérie? —preguntó la pequeña Suzanne, realmente preocupada, pues el rostro de Marguerite había adquirido un tinte pálido y ceniciento—. ¿Te sientes mal, Marguerite? ¿Qué te ocurre?

—Nada, nada, bonita mía —murmuró Marguerite, como en sueños—. Espeta un momento… Déjame pensar… ¿Dices… dices que Pimpinela Escarlata se ha marchado hoy?

—Marguerite, chérie, ¿qué ocurre? No me asustes…

—Te digo que no es nada, de verdad… Nada… Quiero quedarme a solas un momento y… es posible que tengamos

que reducir el tiempo que íbamos a pasar juntas… A lo mejor tengo que irme… Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo que comprendo es que ha ocurrido algo, chérie, y que quieres estar sola. No seré un estorbo. No te preocupes por mí. Lucile, mi doncella, aún no se ha ido… Volveremos juntas… No te preocupes por mí.

Rodeó impulsivamente a Marguerite con sus brazos. A pesar de ser una niña, comprendió que su amiga estaba profundamente afligida, y con el infinito tacto de su ternura juvenil, no intentó entrometerse y se dispuso a desaparecer discretamente.

Besó a Marguerite una y otra vez, y atravesó el jardín con expresión de tristeza. Marguerite no se movió; se quedó en el mismo sitio en que estaba, pensando… preguntándose qué debía hacer.

En el momento en que la pequeña Suzanne iba a remontar la escalera de la terraza, un criado rodeó la casa y se dirigió corriendo hacia su ama. Llevaba una carta lacrada en la mano. Suzanne se volvió instintivamente; su corazón le decía que quizá fueran malas noticias para su amiga, y pensaba que su pobre Margot no se encontraba en condiciones de recibir ninguna más.

El criado saludó respetuosamente a su ama, y a continuación le dio la carta lacrada.

—¿Qué es esto? —preguntó Marguerite.

—Acaba de llegar con un mensajero, señora.

Marguerite cogió la carta con gesto mecánico, y le dio la vuelta con dedos temblorosos.

—¿Quién la envía? —dijo.

—El mensajero ha dicho que tenía orden de entregar la carta, señora, y que su señoría sabría de dónde proviene —contestó el criado.

Marguerite rompió el sobre. Su instinto ya le había dicho qué contenía, y sus grandes ojos se limitaron a lanzarle una

mirada rápida.

Era una carta escrita por Armand St. Just a sir Andrew Foulkes, la carta que los espías de Chauvelin habían robado en *The Fisherman's Rest* y que Chauvelin había empuñado como una vara para obligarla a obedecer.

Había cumplido su palabra: le devolvía la comprometedora carta de St. Just… porque estaba tras la pista de Pimpinela Escarlata.

Los sentidos de Marguerite desfallecieron, y experimentó la sensación de que el alma abandonaba su cuerpo; se tambaleó, y hubiera caído a no ser por el brazo de Suzanne, que le rodeó la cintura. Con un esfuerzo sobrehumano recuperó el control de sí mismo. Aún quedaba mucho por hacer.

—Tráeme al mensajero —dijo al criado, con gran calma—. No se habrá marchado ya, ¿verdad?

—No, señora.

—Y tú, pequeña, entra en casa, y dile a Lucile que se prepare. Me temo que voy a tener que enviarte con tu madre. Ah, sí, y dile a una de mis doncellas que me prepare un vestido y una capa de viaje.

Suzanne no replicó. Besó a Marguerite con ternura, y obedeció sin pronunciar palabra. La muchacha se sentía abrumada por la terrible aflicción que reflejaba el rostro de su amiga.

Al cabo de unos instantes regresó el criado, seguido por el mensajero que había llevado la carta.

—¿Quién le ha dado este sobre? —preguntó Marguerite.

—Un caballero, señora —respondió el hombre—. Me lo dio en la posada de *The Rose and Thistle*, enfrente de Charing Cross. Me dijo que usted entendería de qué se trataba.

—¿En *The Rose and Thistle*? ¿Qué hacía allí?

—Estaba esperando el carruaje que había alquilado, su señoría.

—¿Un carruaje?

—Sí, señora. Había encargado un carruaje especial. Según me dijo su criado, se dirigía a Dover en posta.

—Está bien. Puede marcharse. —A continuación se volvió hacia su criado—: Que preparen inmediatamente mi coche y los cuatro caballos más veloces que haya en las cuadras.

El criado y el mensajero se apresuraron a obedecer. Marguerite se quedó unos momentos a solas. Su esbelta figura estaba rígida como una estatua, sus ojos miraban sin ver, tenía las manos fuertemente apretadas sobre el pecho, y sus labios se movían, murmurando con una persistencia patética y conmovedora:

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? ¿Dónde puedo encontrarlo? ¡Oh, Dios mío, dame lucidez…!

Pero no era momento para la desesperación ni el arrepentimiento.

Involuntariamente, había hecho algo terrible: a sus ojos, el peor delito que jamás cometió mujer alguna. En ese instante lo comprendió en todo su horror. Su ceguera al no haber adivinado el secreto de su marido se le antojaba otro pecado mortal. ¡Tenía que haberlo comprendido! ¡Tenía que haberlo comprendido!

¿Cómo podía haber pensado que un hombre capaz de amar con la intensidad con que la había amado Percy Blakeney desde el principio, que un hombre así podía ser el imbécil sin cerebro que deliberadamente aparentaba ser? Al menos ella tenía que haber comprendido que se trataba de una máscara, y al descubrirlo, debía habérsela arrancado en un momento en que se encontrasen los dos a solas.

Su amor por él había sido insignificante y débil, y su orgullo no había tardado en aplastarlo. También ella había utilizado una máscara, adoptando una actitud de desprecio hacia su marido, cuando lo que en realidad ocurría era que no había sabido comprenderlo.

Pero no había tiempo para recordar el pasado. Marguerite había cometido un terrible error a causa de su ceguera; tenía que rectificarlo, no con vanos remordimientos, sino con una actuación rápida y eficaz.

Percy se dirigía a Calais, totalmente ajeno al hecho de que su enemigo más implacable le seguía pisándole los talones. Había zarpado del Puente de Londres a primeras horas de aquella mañana. Si encontraba viento favorable, no cabía duda de que llegaría a Francia en el plazo de veinticuatro horas, y tampoco cabía duda de que había contado con el viento favorable y había elegido aquella ruta.

Por su parte, Chauvelin iría a Dover en coche de posta, fletaría allí un barco y llegaría a Calais más o menos al mismo tiempo. Una vez en Calais, Percy se reuniría con todas aquellas personas que esperaban con impaciencia al noble y valiente Pimpinela Escarlata, que había ido a rescatarlas de una muerte terrible e inmerecida. Con los ojos de Chauvelin pendientes de cada uno de sus movimientos, Percy no sólo pondría en peligro su propia vida, sino la del padre de Suzanne, el anciano conde de Tournay, y la de los demás fugitivos que le esperaban y confiaban en él. También estaba Armand, que había ido a reunirse con De Tournay, con la seguridad que le daba el saber que Pimpinela Escarlata se ocupaba de su seguridad.

Marguerite tenía en sus manos todas aquellas vidas, y la de su marido; tenía que salvarlos, contando con que el valor y el ingenio humanos estuvieran a la altura de la tarea que iba a acometer.

Por desgracia, Marguerite no sabía dónde encontrar a su marido, mientras que Chauvelin, al haber robado los documentos de Dover, conocía el itinerario completo. Lo que deseaba Marguerite, por encima de todo, era poner a Percy sobre aviso.

Ya lo conocía lo suficiente como para tener la certeza de que no abandonaría a quienes habían depositado su confianza en él, de que no se arredraría ante el peligro y no permitiría que el conde de Tournay cayera en unas manos asesinas que no conocían la misericordia. Pero si le avisaba, quizá pudiera trazar otros planes, actuar con más cautela y más prudencia.

Inconscientemente, podía caer en una trampa, pero, si le ponían sobre aviso, aún cabía la posibilidad de que llevara a cabo su empresa.

Y si no lo lograba, si el destino, y Chauvelin, con tantos recursos como tenía a su alcance, resultaban demasiado poderosos para el audaz conspirador, Marguerite al menos estaría a su lado, para consolarlo, amarlo y cuidarlo, para burlar a la muerte en el último momento haciéndola parecer dulce, si morían los dos juntos, el uno en brazos del otro, con la felicidad suprema de saber que la pasión había respondido a la pasión, y que todos los malentendidos habían tocado a su fin.

El cuerpo de Marguerite se puso rígido, rebosante de una firme decisión. Eso era lo que pensaba hacer, si Dios le daba inteligencia y fortaleza. Desapareció la mirada perdida de sus ojos, que se iluminaron con una llama interior al pensar que volvería a verle tan pronto, en medio de peligros mortales: despidieron destellos con la alegría de compartir aquellos peligros con él, de ayudarle tal vez, de estar con él en el último momento… si no lograba su propósito.

El rostro dulce e infantil adquirió una expresión dura y decidida, y la boca curvada se cerró con fuerza sobre los dientes apretados. Estaba dispuesta a triunfar o morir, con él y por él. Entre las cejas rectas apareció un frunce, que denotaba una voluntad de hierro y una resolución indomable; ya había trazado sus planes. En primer lugar, iría a buscar a sir Andrew Foulkes, era el mejor amigo de Percy, y

Marguerite recordó emocionada el ciego entusiasmo con que siempre hablaba el joven de su misterioso jefe.

Le ayudaría en todo lo que necesitara; el coche de lady Blakeney estaba preparado. Se cambiaría de ropa, se despediría de Suzanne, y partiría de inmediato.

Sin prisas, pero sin la menor vacilación, entró silenciosamente en la casa.

XX - EL AMIGO

Al cabo de menos de media hora, Marguerite, absorta en sus pensamientos, se encontraba en el interior de su carruaje, que la llevaba velozmente a Londres.

Antes se había despedido cariñosamente de la pequeña Suzanne, tras haberse asegurado de que la niña se instalaba en su propio coche para regresar a casa en compañía de su doncella. Envió un mensajero con una respetuosa misiva en que presentaba sus disculpas a Su Alteza Real, rogándole que suspendiera su augusta visita, pues un asunto urgente e imprevisto, le impedía atenderle, y otro que se encargaría de apalabrar una posta de caballos en Faversham.

A continuación se cambió el vestido de muselina por un traje y una capa de viaje en tonos oscuros, cogió dinero —que su marido siempre ponía generosamente a su disposición— y partió.

No trató de engañarse con esperanzas vanas e inútiles; sabía que, para garantizar la seguridad de su hermano, era condición indispensable la inminente captura de Pimpinela Escarlata. Como Chauvelin le había devuelto la comprometedora carta de Armand, no cabía la menor duda de que el agente francés estaba convencido de que Percy Blakeney era el hombre al que había jurado enviar a la guillotina.

¡No! ¡En esos momentos no podía permitirse que el cariño le hiciera concebir vanas esperanzas! Percy, su esposo, el hombre al que amaba con todo el ardor que la admiración

por su valentía había encendido en ella, se encontraba en peligro de muerte, y por su culpa. Le había delatado a su enemigo —involuntariamente, era cierto—, pero le había delatado al fin y al cabo, y si Chauvelin lograba apresarlo, pues de momento Percy desconocía ese peligro, su muerte recaería sobre la conciencia de Marguerite. ¡Su muerte! ¡Si ella hubiera sido capaz de defenderlo con su propia sangre y de dar la vida por él!

Ordenó al cochero que la llevara a la posada de The Crown; una vez allí, le dijo que diera de comer a los caballos y que los dejara descansar. A continuación alquiló una silla y se dirigió a la casa de Pall Mall en que vivía sir Andrew Foulkes.

De entre todos los amigos de Percy que se habían alistado bajo su audaz estandarte, Marguerite prefería confiar en sir Andrew Foulkes. Siempre había sido amigo suyo, y en esos momentos, el amor del joven por la pequeña Suzanne le acercaba aún más a ella. Si no hubiera estado en casa, si hubiera acompañado a Percy en su loca aventura, quizá hubiera acudido a lord Hastings o lord Tony. Necesitaba la ayuda de uno de aquellos jóvenes, pues en otro caso se encontraría impotente para salvar a su marido.

Pero, afortunadamente, sir Andrew Foulkes estaba en casa, y su criado anunció a lady Blakeney de inmediato. Marguerite subió a los cómodos aposentos de soltero del joven, y se instaló en una pequeña sala, lujosamente amueblada. Al cabo de unos instantes hizo su aparición sir Andrew.

Saltaba a la vista que al enterarse de quién era la dama que había ido a verle se había sobresaltado, pues miró a Marguerite con preocupación, e incluso con recelo, mientras la recibía con las aparatosas reverencias que imponía el rígido protocolo de la época.

Marguerite no dio ninguna muestra de nerviosismo; estaba muy tranquila, y tras devolver al joven el complicado saludo, dijo pausadamente:

—Sir Andrew, no tengo el menor deseo de desperdiciar un tiempo que podría ser precioso en conversaciones inútiles. Tendrá que aceptar ciertas cosas que voy a decirle, pues carecen de importancia. Lo único que importa es que su jefe y camarada, Pimpinela Escarlata… mi marido… Percy Blakeney… se encuentra en peligro de muerte.

De haber albergado la menor duda sobre la verdad de sus deducciones, Marguerite hubiera podido confirmarlas en ese momento, pues sir Andrew, cogido completamente por sorpresa, se puso muy pálido, y fue incapaz de hacer el mínimo esfuerzo por desmentir sus palabras de una forma inteligente.

—No me pregunte por qué lo sé, sir Andrew —añadió Marguerite con la misma calma—. Gracias a Dios, lo sé, y quizá no sea demasiado tarde para salvarlo. Por desgracia, no puedo hacerlo yo sola, y por eso he venido a pedirle ayuda.

—Lady Blakeney —dijo el joven, tratando de recobrar el control de sí mismo—, yo…

—Por favor, escúcheme —le interrumpió Marguerite—. El asunto es el siguiente. La noche que el agente del gobierno francés les robó ciertos documentos cuando estaban en Dover, encontró entre ellos los planes que su jefe o alguno de ustedes pensaba llevar a cabo para rescatar al conde de Tournay y a otras personas. Pimpinela Escarlata, es decir, Percy, mi marido, ha iniciado esta aventura él solo esta misma mañana. Chauvelin sabe que Pimpinela Escarlata y Percy Blakeney son la misma persona. Lo seguirá hasta Calais, y allí lo apresará. Usted conoce tan bien como yo el destino que le aguarda en manos del gobierno revolucionario francés. No lo salvará la intercesión de

Inglaterra, ni siquiera del mismísimo rey George. Ya se encargarán Robespierre y su banda de que la intercesión llegue demasiado tarde. Pero, además, ese jefe en el que tanta confianza se ha depositado, será involuntariamente la causa de que se descubra el escondite del conde de Tournay y de todos los que tienen sus esperanzas puestas en él.

Pronunció estas palabras con calma, desapasionadamente, y con una resolución firme, férrea. Su objetivo consistía en lograr que aquel hombre la creyera y la ayudara, pues no podía hacer nada sin él.

—No entiendo a qué se refiere —insistió sir Andrew, intentando ganar tiempo, pensar qué debía hacer.

—Yo creo que sí lo entiende, sir Andrew. Tiene que saber que lo que digo es verdad. Por favor, enfréntese con los hechos. Percy ha zarpado rumbo a Calais, supongo que hacia un lugar solitario de la costa, y Chauvelin le persigue. El agente francés se dirige a Dover en coche de posta, y es probable que cruce el canal de la Mancha esta misma noche. ¿Qué cree usted que ocurrirá?

El joven guardó silencio.

—Percy llegará a su punto de destino sin saber que le están siguiendo, irá a buscar a De Tournay y los demás —entre los que se encuentra mi hermano, Armand St. Just—, irá a buscarlos uno por uno seguramente, sin saber que los ojos más sagaces del mundo observan todos sus movimientos. Cuando haya delatado involuntariamente a quienes confían ciegamente en él, cuando ya no puedan sacarle más partido y esté a punto de regresar a Inglaterra, con las personas a las que ha ido a salvar corriendo tantos riesgos, las puertas de la trampa se cerrarán a su alrededor y acabará su noble vida en la guillotina.

Sir Andrew siguió en silencio.

—No confía usted en mí —dijo Marguerite apasionadamente—. ¡Dios mío! ¿Acaso no ve que estoy

desesperada? Dígame una cosa —añadió, agarrando repentinamente al joven por los hombros con sus manecitas —. ¿Realmente le parezco el ser más despreciable del mundo, una mujer capaz de traicionar a su propio marido?

—¡No permita Dios que le atribuya motivos tan ruines, lady Blakeney!, pero… —dijo sir Andrew al fin.

—Pero ¿qué?… Dígame… ¡Vamos, rápido! ¡Cada segundo es precioso!

—¿Podría usted explicarme quién ha ayudado a monsieur Chauvelin a obtener la información que posee? —le preguntó a bocajarro, mirándola inquisitivamente a los azules ojos.

—Yo —respondió Marguerite con calma—. No voy a mentirle, porque quiero que confíe totalmente en mí. Pero yo no tenía ni idea… ¿cómo podía tenerla? de la identidad de Pimpinela Escarlata… y la recompensa por mi actuación era la vida de mi hermano.

—¿Le recompensa por ayudar a Chauvelin a apresar a Pimpinela Escarlata?

Marguerite asintió.

—Sería inútil contarle cómo me obligó a hacerlo. Armand es algo más que un hermano para mí, y yo… ¿cómo podía adivinarlo?… Pero estamos desperdiciando el tiempo, sir Andrew… Cada segundo es precioso… ¡En el nombre de Dios! ¡Mi marido está en peligro!… ¡Su amigo, su camarada! ¡Ayúdeme a salvarlo!

La situación de sir Andrew era francamente incómoda. El juramento que había prestado ante su jefe y camarada le obligaba a la obediencia y el secreto; y sin embargo, aquella hermosa mujer, que le pedía que la creyera, estaba desesperada, de eso no cabía duda; y tampoco cabía duda de que su amigo y jefe se encontraba en grave peligro, y…

—Lady Blakeney —dijo al fin—, Dios sabe que me ha dejado usted tan perplejo que ya no sé cuál es mi

obligación. Dígame qué quiere que haga. Somos diecinueve hombres dispuestos a ofrecer nuestra vida por Pimpinela Escarlata si se encuentra en peligro.

—En estos momentos no hace falta sacrificar ninguna vida, amigo mío —replicó Marguerite secamente—. Mi ingenio y cuatro caballos veloces serán suficientes, pero tengo que saber dónde puedo encontrar a mi marido. Mire —añadió, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—, me he humillado ante usted, admitiendo la falta que he cometido. ¿Tendré que confesarle también mi debilidad?… Mi marido y yo hemos estado muy alejados, porque él no confiaba en mí, y porque yo estaba demasiado ciega para entender lo que ocurría. Tiene usted que reconocer que la venda que me había puesto en los ojos era muy gruesa. ¿Es de extrañar que no viera nada? Pero anoche, después de hacerle caer involuntariamente en esta situación tan peligrosa, la venda se desprendió bruscamente de mis ojos. Aunque usted no me ayudara, sir Andrew, lucharía a pesar de todo por salvar a mi marido, pondría en juego toda mi capacidad por él; pero es probable que me vea impotente, pues podría llegar demasiado tarde, y en ese caso, a usted sólo le quedaría un terrible remordimiento para toda la vida, y… y… a mí, un dolor insoportable.

—Pero, lady Blakeney —dijo sir Andrew, conmovido por la seriedad de las palabras de aquella mujer de exquisita belleza—, ¿no comprende que lo que quiere hacer es una tarea de hombres? No puede ir a Calais usted sola. Correría tremendos riesgos, y las posibilidades de encontrar a su marido son remotísimas, aunque yo le dé indicaciones muy precisas.

—Ya sé que correré riesgos —murmuró Marguerite dulcemente—, y que el peligro es grande, pero no me importa. Son muchas las culpas que tengo que expiar: Pero me temo que está usted equivocado. Chauvelin está

pendiente de los movimientos de todos ustedes, y no se fijará en mí. ¡Deprisa, sir Andrew! El coche está preparado, y no podemos perder ni un minuto… ¡Tengo que encontrarlo! —repitió con vehemencia casi frenéticamente—. ¡Tengo que prevenirle de que ese hombre le persigue…! ¿Es que no lo entiende… es que no entiende que tengo que encontrarle aunque sea… aunque sea demasiado tarde para salvarle? Al menos… al menos estaré con él en el último momento…

—Bien, señora; estoy a sus órdenes. Cualquiera de mis camaradas y yo mismo daríamos gustosos nuestra vida por su marido. Si usted quisiera marcharse…

—No, amigo mío. ¿No se da cuenta de que me volvería loca si le dejara ir sin mí? —Le tendió la mano—. ¿Confiará en mí?

—Estoy esperando sus órdenes —se limitó a repetir sir Andrew.

—Escúcheme con atención. Tengo el coche preparado para ir a Dover. Sígame lo más rápidamente que le permitan sus caballos. Nos veremos al anochecer en *The Fisherman's Rest*. Chauvelin evitará esa posada, porque allí le conocen, y pienso que es el lugar más seguro para nosotros. Aceptaré de buen grado su compañía hasta Calais… Como usted ha dicho, es posible que no dé con sir Percy aunque usted me explique lo que debo hacer. En Dover fletaremos una goleta, y cruzaremos el canal por la noche. Si está dispuesto a hacerse pasar por mi lacayo, creo que no lo reconocerán.

—Estoy a su entera disposición, señora —replicó el joven con la mayor seriedad—. Ruego a Dios que aviste usted el *Day Dream* antes de que lleguemos a Calais. Con Chauvelin pisándole los talones, cada paso que dé Pimpinela Escarlata en suelo francés estará plagado de peligros.

—Que Dios le oiga, sir Andrew. Pero debemos despedirnos ahora mismo. ¡Nos veremos mañana en Dover! Esta noche,

Chauvelin y yo disputaremos una carrera en el canal de la Mancha, y el premio será la vida de Pimpinela Escarlata.

Sir Andrew besó la mano a Marguerite y la acompañó hasta su silla. Al cabo de un cuarto de hora, lady Blakeney se encontraba de nuevo en The Crown, donde le esperaban el coche y los caballos, listos para emprender el viaje. A los pocos momentos galopaban estruendosamente por las calles de Londres, y a continuación se internaron en la carretera de Dover a una velocidad de vértigo.

Marguerite no tenía tiempo para la desesperación. Había acometido su tarea y no le quedaba ni un minuto libre para pensar. Con sir Andrew Foulkes por compañero y aliado, renació la esperanza en su corazón.

Dios sería misericordioso. No permitiría que se cometiera un crimen tan espantoso, la muerte de un hombre valiente a manos de una mujer que lo amaba, que lo adoraba, y que hubiera muerto gustosa por él.

Los pensamientos de Marguerite volaron hacia él, hacia el héroe misterioso, al que siempre había amado sin saberlo cuando aún no conocía su identidad. En los viejos tiempos, lo llamaba burlonamente el oscuro rey que dominaba su corazón, y de repente había descubierto que aquel enigmático personaje al que adoraba y el hombre que amaba apasionadamente eran el mismo. No es de extrañar que en su mente empezaran a brillar débilmente escenas más felices. Pensó, de una forma vaga, en lo que le diría a su marido cuando se encontraran cara a cara una vez más.

Había experimentado tanta angustia y tanto nerviosismo en el transcurso de las últimas horas, que en aquellos momentos se permitió el lujo de abandonarse a pensamientos más esperanzados y alegres.

Poco a poco, el retumbar de las ruedas del coche, con su incesante monotonía, actuó como un bálsamo sobre sus nervios: sus ojos, doloridos por el cansancio y las muchas

lágrimas que no había derramado, se cerraron involuntariamente, y se sumió en un sueño intranquilo.

XXI - INCERTIDUMBRE

Ya estaba bien entrada la noche cuando Marguerite llegó a *The Fisherman's Rest*. Había hecho todo el viaje en menos de ocho horas, gracias a que, cambiando innumerables veces de caballos en distintas postas, y pagando invariablemente con largueza, siempre había obtenido los animales mejores y más veloces.

También el cochero había sido infatigable; sin duda, la promesa de una recompensa especial y generosa le había ayudado a seguir adelante, y puede decirse que el suelo literalmente soltaba chispas bajo las ruedas del coche de su ama.

La llegada de lady Blakeney en mitad de la noche produjo enorme revuelo en *The Fisherman's Rest*. Sally saltó precipitadamente de la cama, y el señor Jellyband se tomó grandes molestias para que su distinguida huésped se encontrara cómoda.

Tanto Sally como su padre conocían demasiado bien los modales de que debe hacer gala un posadero que se precie para dar muestras de la menor sorpresa ante la llegada de lady Blakeney a solas y a hora tan insólita. Sin duda no pensaban nada bueno, pero Marguerite estaba tan absorta en la importancia —la terrible gravedad— de su viaje que no se detuvo a reflexionar sobre semejantes bagatelas.

El salón —escenario del reciente y vil atropello perpetrado contra dos caballeros ingleses— estaba completamente vacío. El señor Jellyband se apresuró a

encender de nuevo la lámpara, reavivó un alegre fuego en el enorme hogar, y arrastró hasta él un cómodo sillón, en el que Marguerite se desplomó, agradecida.

—¿Su señoría piensa pasar aquí la noche? —preguntó la guapa Sally, que ya había empezado a extender un mantel níveo sobre la mesa, en preparación de la sencilla cena que iba a servir a su señoría.

—¡No! No toda la noche —contestó Marguerite—. Pero no quiero ocupar ninguna habitación. Únicamente me gustaría disponer de este salón para mí sola durante un par de horas.

—Está a su entera disposición, señoría —dijo el honrado Jellyband, cuya rubicunda cara se mantenía impertérrita, para no delatar ante la aristócrata la estupefacción ilimitada que el buen hombre empezaba a experimentar.

—Cruzaré el canal en cuanto cambie la marea —dijo Marguerite—, en la primera goleta que pueda alquilar. Pero el cochero y los criados sí pasarán la noche aquí, y probablemente varios días más, así que espero que les atienda bien.

—Sí, señora. Yo cuidaré de ellos. ¿Desea su señoría que Sally le traiga algo de cenar?

—Sí, por favor. Que traiga comida fría, y en cuanto llegue sir Andrew Foulkes, hágale pasar aquí.

—Sí, señora.

Muy a su pesar, el rostro de Jellyband expresaba disgusto en aquellos momentos. Tenía a sir Percy en gran estima, y no le gustaba ver a su esposa a punto de escaparse con el joven sir Andrew. Naturalmente, no era asunto suyo, y el señor Jellyband no era un chismoso; pero, en lo más profundo de su ser, recordó que su señoría era, al fin y al cabo, una de esas «extranjeras», y, ¿quién podía extrañarse de que fuera tan inmoral como todos los de su calaña?

—No se quede levantado, buen Jellyband —añadió Marguerite amablemente—. Ni usted tampoco, señorita

Sally. Es posible que sir Andrew llegue tarde.

A Jellyband le alegró infinitamente que Sally pudiera ir a acostarse. Aquella historia no le hacía ninguna gracia, pero lady Blakeney le pagaría estupendamente por sus servicios, y, después de todo, no era asunto suyo.

Sally dejó en la mesa una frugal cena a base de carne fría, vino y fruta; después, con una respetuosa reverencia, se retiró, preguntándose, en su simpleza, por qué tendría un aire tan serio su señoría si estaba a punto de fugarse con su amante.

Ante Marguerite se presentaba una espera larga y angustiosa. Sabía que sir Andrew —que tenía que procurarse ropas adecuadas para su disfraz de lacayo— no podía llegar a Dover hasta pasadas al menos dos horas. Desde luego, era un jinete excelente, y para él, los ciento y pico kilómetros que separaban Londres de Dover serían pan comido. También él arrancaría chispas al suelo con los cascos de su caballo, pero cabía la posibilidad de que no obtuviera buenas cabalgaduras de refresco, y, de todos modos, no podía haber salido de Londres hasta una hora después que ella como mínimo.

Marguerite no había encontrado ni rastro de Chauvelin en la carretera, y su cochero, al que interrogó, no había visto a nadie que respondiera a la descripción que le dio su ama de la figura enjuta del pequeño francés.

Por tanto, saltaba a la vista que Chauvelin le sacaba ventaja. Marguerite no se atrevió a hacer preguntas en las distintas posadas en las que se detuvieron para cambiar de caballos, temiendo que Chauvelin hubiera apostado en el camino espías que pudieran oírla, adelantarse a ella y prevenir a su enemigo de su inminente llegada.

Pensó en qué posada se alojaría Chauvelin, y si habría tenido la buena suerte de haber fletado un barco y encontrarse ya camino de Francia. La idea le oprimió el

corazón como una barra de hierro. ¿Sería realmente demasiado tarde?

La soledad de la habitación la agobiaba; todo lo que la rodeaba respiraba una quietud espantosa; el único ruido que rompía aquel terrible silencio era el tictac del gran reloj, con una lentitud y monotonía sin límites.

Marguerite tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas, de toda su firmeza y resolución, para mantener el coraje durante aquella espera nocturna.

Excepto ella, todos los habitantes de la casa debían haberse acostado. Había oído a Sally subir a su habitación. El señor Jellyband se fue a atender al cochero y los criados de lady Blakeney, y al volver, se acomodó bajo el porche, en el mismo sitio en que Marguerite había visto a Chauvelin una semana antes. Sin duda, tenía intención de esperar levantado a sir Andrew Foulkes, pero al poco tiempo le venció el sueño, pues, de repente, aparte del lento tictac del reloj, Marguerite oyó el susurro rítmico y pausado de la respiración del buen hombre.

Ya hacía rato que Marguerite se había dado cuenta de que el hermoso y cálido día de octubre, que tan felizmente había comenzado, había dado paso a una noche helada y borrascosa. Tenía mucho frío, y agradeció el alegre fuego que ardía en el hogar. Poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, la noche fue empeorando, y el ruido de las grandes olas rompientes que se estrellaban contra el malecón del Almirantazgo, a pesar de encontrarse bastante lejos de la posada, llegaba a sus oídos como un trueno apagado.

El viento empezó a soplar con furia, haciendo retumbar las ventanas de cristales emplomados y las enormes puertas de la vieja casa; azotaba los árboles y se colaba bramando por el tiro de la chimenea. Marguerite pensó si el viento sería favorable a su viaje. No tenía miedo a la tempestad, y

hubiera preferido enfrentarse a peligros mucho peores que retrasar la travesía una sola hora.

Una repentina conmoción en el exterior interrumpió sus reflexiones. Sin duda era sir Andrew Foulkes, que llegaba precipitadamente, pues oyó los cascos de su caballo trapaleando en las losas del patio, y la voz somnolienta pero respetuosa del señor Jellyband dándole la bienvenida.

En ese momento cayó en la cuenta de lo incómodo de su situación: ¡sola, a una hora insólita, en un lugar en que la conocían perfectamente, acudiendo a una cita clandestina con un joven caballero tan conocido como ella y que aparecía disfrazado! ¡Buen tema para dar pie a los chismorreos de gentes malintencionadas!

Marguerite se lo tomó por el lado cómico: era tal el contraste entre la seriedad de su aventura, y la interpretación que inevitablemente daría a sus actos el honrado señor Jellyband, que, por primera vez desde hacía muchas horas, en la comisura de sus labios infantiles tembló una sonrisilla, y cuando sir Andrew, casi irreconocible con su atuendo de lacayo, entró en el salón, le recibió con una alegre carcajada.

—¡A fe mía que me satisface su aspecto, señor lacayo! —dijo.

El señor Jellyband iba detrás de sir Andrew, con expresión de enorme perplejidad. El disfraz del joven caballero había confirmado sus peores sospechas. Sin permitirse ni una leve sonrisa en su rostro jovial, sacó el tapón de la botella de vino, preparó unas sillas, y se quedó esperando.

—Gracias, querido amigo —dijo Marguerite, que seguía sonriendo al pensar en lo que debía pasarle por la cabeza al buen hombre en aquel mismo momento—. No necesitamos nada más. Tome, por las molestias que ha tenido que tomarse por nuestra culpa.

Le dio dos o tres monedas a Jellyband, que las cogió respetuosamente, y con la gratitud que hacía el caso.

—Un momento, lady Blakeney —intervino sir Andrew, al ver que Jellyband se disponía a retirarse—. Me temo que tendremos que poner a prueba una vez más la hospitalidad de mi amigo Jellyband. Siendo decirle que no podemos cruzar el canal esta noche.

—¿Que no podemos cruzarlo esta noche? —repitió Marguerite, estupefacta—. ¡Pero, sir Andrew, tenemos que hacerlo! ¡Tenemos que hacerlo! ¿Qué es eso de que «no podemos»? Cueste lo que cueste, hay que fletar un barco esta misma noche.

Pero el joven movió la cabeza tristemente.

—Me temo que no es una cuestión de precio, lady Blakeney. Se aproxima una tempestad terrible que viene de Francia, y el viento sopla hacia nosotros. Es imposible zarpar hasta que cambie de dirección.

Marguerite se puso mortalmente pálida. No había previsto algo así. La mismísima Naturaleza le estaba gastando una broma espantosa y cruel. Percy se encontraba en peligro, y no podía llegar hasta él, porque daba la casualidad de que el viento soplaba de la costa francesa.

—¡Pero tenemos que ir! ¡No podemos retrasarnos! —repitió con una vehemencia extraña y persistente—. ¡Usted sabe que tenemos que ir! ¿No puede encontrar algún medio?

—Ya he estado en la playa —replicó sir Andrew—, y he hablado con los patrones de un par de barcos. Es absolutamente imposible zarpar esta noche, según me han asegurado todos los marineros. Nadie puede salir de Dover esta noche —añadió, mirando significativamente a Marguerite—. Nadie.

Marguerite comprendió inmediatamente a qué se refería. Aquel nadie incluía también a Chauvelin. Asintió

afablemente, mirando a Jellyband.

—Bueno, habrá que resignarse —le dijo—. ¿Tiene una habitación para mí?

—Claro que sí, señoría. Una habitación muy bonita, amplia y soleada. Diré que la preparen inmediatamente… Y hay otra para sir Andrew… Las dos estarán listas enseguida.

—Así se habla, querido Jellyband —dijo sir Andrew animadamente, al tiempo que le daba unas vigorosas palmadas en la espalda a su anfitrión—. Abra las dos habitaciones, y deje las velas en la cómoda. Juraría que está usted muerto de sueño, y su señoría debe comer algo antes de retirarse a descansar. Vamos, no tema nada, amigo mío, y alegre un poco esa cara. La visita de su señoría, aun a hora tan intempestiva, es un gran honor para su casa, y sir Percy Blakeney le recompensará por partida doble si se encarga como es debido de que su esposa disfrute de intimidad y comodidad.

Sin duda, sir Andrew había adivinado los múltiples y encontrados temores y dudas que se agolpaban en la mente del honrado Jellyband; y, como era un caballero galante, con esta ocurrente insinuación intentó acallar los escrúpulos del buen posadero. Tuvo la satisfacción de comprobar que, al menos en parte, lograba su propósito. El rubicundo semblante de Jellyband se iluminó al oír el nombre de sir Percy.

—Me encargaré de todo inmediatamente, señor —dijo con presteza, y con una actitud menos fría—. ¿Su señoría tiene todo lo que desea para cenar?

—Está todo bien. Gracias, querido amigo. Como estoy muerta de hambre y de cansancio, le ruego que prepare las habitaciones lo antes posible.

—Vamos, cuénteme —dijo Marguerite con impaciencia en cuanto Jellyband abandonó el salón—. ¿Qué noticias trae?

—No tengo mucho más que añadir, lady Blakeney —contestó el joven—. A causa de la tormenta, es imposible que zarpe ningún barco de Dover con la próxima marea. Pero lo que al principio ha podido parecerle una terrible calamidad, es en realidad una suerte. Si nosotros no podemos poner rumbo a Francia esta noche, Chauvelin se encuentra en la misma situación.

—Es posible que haya zarpado antes de que se desencadenara la tormenta.

—Ojalá fuera así —replicó sir Andrew animadamente—, porque seguramente se habría desviado de su ruta. ¿Quién sabe? A lo mejor está en el fondo del mar en estos mismos momentos, porque la tormenta es espantosa, y cualquier embarcación pequeña que se encuentre en alta mar tendrá muchas dificultades. Pero me temo que no podemos cimentar nuestras esperanzas en el naufragio de ese astuto zorro y de sus planes asesinos. Los marineros con los que he hablado me han asegurado que hacía varias horas que no zarpaba de Dover ninguna goleta. Por otra parte, he averiguado que esta tarde llegó un forastero en coche, y que, al igual que yo, hizo preparativos para cruzar el canal de la Mancha.

—Entonces, ¿Chauvelin está todavía en Dover?

—Sin ninguna duda. ¿Quiere que le tienda una emboscada y le atraviese con mi espada? Sería la forma más rápida de deshacemos de ese obstáculo.

—¡No bromee, sir Andrew! ¡Ay! Desde anoche me he sorprendido en varias ocasiones deseando la muerte de ese desalmado. ¡Pero lo que usted propone es imposible! ¡Las leyes de este país prohíben el asesinato! Sólo en nuestra hermosa Francia se pueden cometer matanzas al por mayor legalmente, en nombre de la libertad y del amor fraterno.

Sir Andrew convenció a Marguerite de que se sentara a la mesa para tomar algo de cena y beber un vaso de vino. A

Marguerite iba a resultarle muy difícil soportar aquel descanso forzoso de al menos doce horas, hasta que cambiara la marea, en el estado de intenso de nerviosismo en que se encontraba. Obediente como una niña en estos pequeños asuntos, Marguerite intentó comer y beber.

Sir Andrew, con la profunda comprensión de todos los enamorados, casi logró hacerla feliz hablándole de su marido. Le contó algunas de las atrevidas fugas que el valiente Pimpinela Escarlata había preparado para los desgraciados fugitivos franceses a quienes una revolución implacable y sanguinaria expulsaba de su país. Los ojos de Marguerite brillaron de entusiasmo cuando sir Andrew le habló de la valentía de sir Percy, de su ingenio, de su infinita habilidad a la hora de arrebatar a la cuchilla de la guillotina, siempre a punto para asesinar, la vida de hombres, mujeres y niños. Incluso le hizo sonreír al hablarle de los múltiples disfraces de Pimpinela Escarlata, siempre tan originales, gracias a los cuales había burlado la más estrecha vigilancia en las barricadas de París. La última vez, la fuga de la condesa de Tournay y sus hijos había sido una auténtica obra maestra, y Blakeney, vestido como una repugnante vieja del mercado, con un gorro pringoso y rizos grises y desordenados, tenía un aspecto que hubiera hecho reír al más serio de los mortales.

Marguerite rió de buena gana cuando sir Andrew intentó describirle el atuendo de Blakeney, cuyo mayor obstáculo radicaba siempre en su gran estatura, que en Francia dificultaba doblemente el disfrazarse.

Así transcurrió una hora. Tendrían que pasar muchas más en una inactividad forzosa en Dover. Marguerite se levantó de la mesa con un suspiro de impaciencia. Pensó con terror en la noche que le aguardaba en su habitación, con su angustia por única compañía, y la sola ayuda del bramido de la tempestad para conciliar el sueño.

Se preguntó dónde estaría Percy en aquellos momentos. El *Day Dream* era un yate fuerte, bien construido, capaz de navegar en alta mar. Sir Andrew mantenía la opinión de que se habría refugiado antes de que estallara la tempestad, o que quizá no se habría arriesgado a salir a mar abierto, en cuyo caso estaría anclado en Gravesend.

Briggs era un patrón experto, y sir Percy sabía gobernar una embarcación tan bien como un marino consumado. La tempestad no representaba ningún peligro para ellos.

Era más de medianoche cuando Marguerite decidió retirarse a descansar. Tal y como se temía, el sueño se negó reiteradamente a acudir a sus ojos. Sus pensamientos no pudieron ser más negros durante las largas horas de amargura en que la furiosa tempestad le separaba de Percy. Al oír el ruido de las lejanas olas rompientes, su corazón lloró de melancolía. Se encontraba en ese estado de ánimo en que el mar ejerce un efecto entristecedor sobre los nervios. Sólo cuando nos sentimos muy dichosos podemos contemplar con alegría la extensión ilimitada de agua, que se mece incansablemente, con una monotonía persistente e irritante, acompañando a nuestros pensamientos, sean éstos tristes o alegres. Cuando son alegres, las olas nos devuelven su alegría, como un eco; pero cuando son tristes, parece como si cada vaivén del mar aumentara nuestra tristeza y nos hablara de lo absurdo e insignificante de todas nuestras alegrías.

XXII - CALAIS

Aun la noche más angustiosa o el día más largo tarde o temprano toca inevitablemente a su fin.

Marguerite pasó más de quince horas sometida a una tortura mental tan espantosa que a punto estuvo de volverse loca. Tras una noche de insomnio, se levantó temprano, incapaz de dominar su nerviosismo, ardiendo en deseos de iniciar el viaje, horrorizada ante la posibilidad de que se interpusieran más obstáculos en su camino. Temía tanto perder su única oportunidad de partir, que se levantó antes de que ningún habitante de la casa se hubiera puesto en movimiento.

Cuando bajó al salón, encontró a sir Andrew Foulkes allí sentado. Había salido media hora antes para ir al malecón del Almirantazgo, donde había comprobado que ni el paquebote francés ni ningún barco fletado por un particular podía zarpar todavía de Dover. La tempestad estaba en su apogeo, y estaba cambiando la marea. Si el viento no amainaba o cambiaba de dirección, se verían obligados a esperar otras diez o doce horas hasta la siguiente marea para iniciar la travesía. Y ni la tormenta había amainado, ni el viento había cambiado, y la marea bajaba rápidamente.

Al enterarse de tan pésimas noticias, Marguerite se sumió en negra desesperación. Únicamente su inquebrantable resolución evitó que se desmoronase, lo que hubiera aumentado la preocupación de sir Andrew, que era ya muy profunda.

Aunque trataba de disimularlo, Marguerite observó que el joven estaba tan ansioso como ella por encontrar a su camarada y amigo. La inactividad forzosa era terrible para ambos.

Marguerite jamás hubiera podido explicar cómo pasaron aquel angustioso día en Dover. Como le horrorizaba dejarse ver, pues los espías de Chauvelin podían andar por allí cerca, pidió en la posada que le dejaran un salón privado, y sir Andrew y ella estuvieron allí sentados incontables horas, forzándose a tomar, muy de cuando en cuando, las comidas que les servía la pequeña Sally, sin otra cosa en que ocuparse más que pensar, hacer conjeturas, y sólo en contadas ocasiones, albergar cierta esperanza.

La tempestad había amainado cuando ya era demasiado tarde; la marea estaba demasiado baja para que una embarcación pudiese levar anclas. El viento había cambiado, y se estaba transformado en una favorable brisa del noroeste, una auténtica bendición del cielo para realizar una travesía rápida hasta Francia.

Y allí siguieron esperando, preguntándose cuándo llegaría la hora en que pudieran partir. Aquel día largo y angustioso había tenido sus momentos de alegría: sir Andrew bajó de nuevo al malecón, y volvió inmediatamente para contarle a Marguerite que había alquilado una goleta muy veloz, cuyo capitán estaba preparado para zarpar en cuanto la marea les fuese favorable.

Desde aquel instante, las horas se les antojaron menos pesadas; la espera fue menos angustiosa hasta que al fin, a las cinco de la tarde, Marguerite, cubierta por un tupido velo y seguida por sir Andrew Foulkes, que, con atuendo de lacayo, llevaba varios bultos de equipaje, se dirigieron al malecón.

Una vez a bordo, el aire fresco y penetrante del mar reanimó a lady Blakeney; la brisa era lo suficientemente

fuerte como para hinchar las velas del *Foam Crest*, que navegaba alegremente hacia alta mar.

Tras la tormenta, el sol era esplendoroso, y Marguerite, al contemplar los blancos acantilados de Dover que desaparecían de su vista poco a poco, se sintió más tranquila, y casi esperanzada.

Sir Andrew era todo amabilidad con ella, y Marguerite pensó que era muy afortunada por tenerle a su lado en aquella situación tan difícil.

Poco a poco, entre las brumas vespertinas, que cerraban rápidamente, fue destacándose la gris costa de Francia. Se veía el destello de una o dos luces, y las torres de varias iglesias, que asomaban por entre la niebla.

Al cabo de media hora Marguerite desembarcaba en territorio francés. Había regresado a un país en que, en aquel mismo instante, los hombres asesinaban a sus semejantes a centenares, y enviaban al matadero a miles de mujeres y niños inocentes.

El propio aspecto del país y sus habitantes, aun en aquel remoto pueblo costero, daba testimonio de la bullente revolución que se desarrollaba a casi quinientos kilómetros de distancia, en la hermosa ciudad de París, que se había convertido en un lugar repugnante a causa del constante fluir de la sangre de sus hijos más nobles, de los gemidos de las viudas, de los gritos de los niños huérfanos.

Todos los hombres llevaban gorros rojos —con diversos grados de limpieza—, con la escarapela tricolor prendida a la izquierda. Marguerite observó, con un estremecimiento, que en lugar del semblante risueño y alegre a que estaba acostumbrada, en el rostro de sus compatriotas había una invariable expresión de desconfianza y disimulo.

En los tiempos que corrían, cada persona espiaba a los demás: la palabra más inocente, pronunciada en son de broma, podía esgrimirse en cualquier momento como prueba

de tendencias aristocráticas, o de traición al pueblo. Incluso las mujeres iban con una extraña mirada de temor y odio acechando en sus ojos oscuros, y contemplaron a Marguerite cuando bajó a tierra, seguida por sir Andrew, murmurando a su paso: «*Sacrés aristos!*» o «*Sacrés Anglais!*».

Por lo demás, la presencia de ambos no despertó ningún otro comentario. En aquellos días, Calais mantenía comunicaciones comerciales constantes con Inglaterra, y en sus costas se veían con frecuencia comerciantes ingleses. Todo el mundo sabía que, debido a los fuertes impuestos que había que pagar en Inglaterra, se pasaban de contrabando grandes cantidades de vinos y coñacs franceses. Este hecho complacía enormemente al *bourgeois* francés; le encantaba ver cómo el gobierno y el rey inglés, a los que odiaba, perdían de esta forma una parte de sus ingresos. Un contrabandista inglés era siempre bien recibido en las tabernuchas de mala muerte de Calais y Bolonia.

Seguramente por eso, mientras sir Andrew llevaba a Marguerite por las tortuosas calles de Calais, muchos de sus habitantes, que volvían la cabeza soltando un terno al paso de aquellos extranjeros vestidos a la moda inglesa, pensarían que estaban allí para adquirir objetos por los que había que pagar derechos de aduana en su país de nieblas, y apenas se fijaban en ellos.

Pero Marguerite no dejaba de pensar en cómo habría podido pasar desapercibido en Calais sir Percy, con su enorme estatura, en qué disfraz habría adoptado para realizar su noble tarea sin llamar demasiado la atención.

Sin intercambiar más que unas cuantas palabras, sir Andrew atravesó con ella toda la ciudad, hasta llegar al extremo opuesto del que habían desembarcado, y a continuación se dirigieron al cabo Gris-Nez. Las calles eran angostas, tortuosas, y en la mayoría había un hedor insoportable, una mezcla de pescado podrido y de sótano

húmedo. La noche anterior había llovido intensamente, y a veces, Marguerite se hundía hasta el tobillo en el barro, pues las calles carecían de iluminación, a no ser por la luz tenue de la lámpara de una casa de trecho en trecho.

Pero no hizo el menor caso a aquellas molestias insignificantes: «Es posible que veamos a Blakeney en la posada del *Chat Gris*», le había dicho sir Andrew al desembarcar, y experimentaba la sensación de caminar sobre una alfombra de pétalos de rosa, pues iba a ver a su marido muy pronto.

Finalmente llegaron a su destino. Saltaba a la vista que sir Andrew conocía el camino, porque se movía con seguridad en medio de la oscuridad, y no había preguntado a nadie por dónde debían ir. Estaba tan oscuro que Marguerite no observó el aspecto exterior de la casa. El *Chat Gris*, como lo había llamado sir Andrew, era una pequeña posada de las afueras de Calais, por la que había que pasar para ir al Gris-Nez. Se encontraba a cierta distancia de la costa, pues el ruido del mar se oía a lo lejos.

Sir Andrew golpeó la puerta con la empuñadura de su bastón, y en el interior Marguerite distinguió un leve gruñido y el murmullo de una retahíla de juramentos. Sir Andrew volvió a llamar, en esta ocasión con mayor vehemencia: se oyeron más juramentos, y a continuación unas pisadas que se arrastraban hacia la puerta. Al cabo de unos instantes se abrió de par en par, y Marguerite comprobó que se encontraba en el umbral de la habitación más miserable y destartalada que había visto en su vida.

El papel de las paredes colgaba, hecho jirones; al parecer, no había ni un solo mueble en la estancia del que pudiera decirse, aun haciendo gala de una gran imaginación, que estuviera «entero». La mayor parte de las sillas tenían el respaldo roto, otras carecían de asiento; una esquina de la

mesa estaba apoyada sobre un montón de astillas, en sustitución de la pata.

En un rincón de la habitación había un enorme hogar, sobre el que colgaba un puchero, del que emanaba un aroma a sopa caliente no demasiado desagradable. A un lado, en lo alto de la pared, había una especie de desván, ante el que colgaba una andrajosa cortina de cuadros blancos y azules. Al desván se accedía por un tramo de escalones desvencijados.

En las paredes desnudas, con el papel descolorido y salpicadas de manchas de diversa procedencia, habían escrito con tiza, en caracteres grandes y gruesos, las siguientes palabras: «Liberté, Egalité, Fraternité».

El sórdido cuchitril estaba débilmente iluminado por una lámpara de aceite apestosa, que colgaba de las desvencijadas vigas del techo. Todo tenía un aspecto tan miserable, tan sucio y desalentador, que Marguerite casi no se atrevió a traspasar el umbral.

Sin embargo, sir Andrew entró sin la menor vacilación.

—¡Viajeros ingleses, ciudadano! —dijo enérgicamente, en francés.

El individuo que había acudido a la puerta para responder a la llamada de sir Andrew, y que, presumiblemente era el propietario de aquel miserable cuchitril, era un campesino de edad, muy corpulento, que llevaba una sucia blusa azul, unos pesados zuecos, de los que sobresalían briznas de paja, unos raídos pantalones azules, y el inevitable gorro rojo con la escarapela tricolor, que proclamaba sus opiniones políticas del momento. Llevaba una pipa corta de madera, que despedía un olor a tabaco rancio. Miró con cierto recelo y enorme desprecio a los viajeros, murmuró «Sacrrréés Anglais» y escupió en el suelo para dar otra muestra de su independencia de espíritu, no obstante lo cual se apartó para dejarles paso,

muy consciente, sin duda, de que aquellos sacrrréés Anglais siempre llevaban la bolsa bien llena.

—¡Dios mío! —exclamó Marguerite, cruzando la habitación con un pañuelo pegado a su delicada nariz—. ¡Qué garito tan espantoso! ¿Está seguro de que éste es el sitio que buscábamos?

—Sí, estoy completamente seguro —contestó el joven, sacudiendo una silla para que se sentara Marguerite con su pañuelo ribeteado de encaje, muy a la moda—. Pero juro que jamás había visto una pocilga tan infame.

—Hay que reconocer que no resulta muy acogedor —dijo Marguerite, mirando a su alrededor con cierta curiosidad, horrorizada ante las paredes destartaladas, las sillas rotas y la mesa desvencijada.

El posadero del *Chat Gris* —que se llamaba Brogard— no volvió a prestar atención a sus huéspedes. Llegó a la conclusión de que pedirían la cena de un momento a otro, pero hasta entonces, un ciudadano libre no tenía por qué mostrar deferencia, ni siquiera cortesía, a nadie, por elegantemente que fuera vestido.

Junto al hogar había una figura agazapada, vestida, al parecer, enteramente con harapos: debía ser una mujer, aunque hubiera resultado difícil asegurar ese extremo, a no ser por el gorro, que en sus buenos tiempos había sido blanco, y por algo que vagamente recordaba a unas enaguas. Mascullaba algo para sus adentros, y de vez en cuando removía la pócima del puchero.

—Eh, amigo —dijo al fin sir Andrew—, quisiéramos cenar algo… Juraría que la ciudadana —añadió, señalando al montón de harapos agazapado junto al fuego— está confeccionando una sopa deliciosa, y mi ama no prueba bocado desde hace varias horas.

Brogard tardó varios minutos en atender la petición. ¡Un ciudadano libre no se precipita así como así a cumplir los

deseos de quienes le piden algo!

—¡Sacrrréés aristos! —murmuró, y volvió a escupir en el suelo.

A continuación se dirigió con mucha calma a un aparador que había en un rincón de la habitación; sacó una vieja sopera de peltre y, lentamente, sin pronunciar palabra, se la dio a su media naranja, que, igualmente silenciosa, se puso a llenar el recipiente con la sopa del puchero.

Marguerite contempló estos preparativos horrorizada; de no haber sido por la gravedad del asunto que la había llevado hasta allí, hubiera escapado sin el menor pudor de aquel cuchitril lleno de suciedad y espantosos olores.

—¡Vaya! La verdad es que nuestros anfitriones no son precisamente alegres —dijo sir Andrew, al ver la expresión de horror del rostro de Marguerite—. Ojalá pudiera ofrecerle una comida más abundante y apetitosa… pero creo que la sopa es comestible y el vino bueno. Estas gentes se revuelcan en la suciedad, pero por lo general viven bien.

—Le ruego que no se preocupe por mí, sir Andrew —dijo con dulzura—. Mi cabeza no se encuentra en condiciones de darle demasiadas vueltas a un asunto como la comida.

Brogard prosiguió lentamente con sus preparativos: colocó en la mesa un par de cucharas y dos vasos, que sir Andrew tuvo la precaución de limpiar cuidadosamente.

El mesonero también puso una botella de vino y un trozo de pan, y Marguerite hizo un esfuerzo para acercar su silla a la mesa y simular que comía. Sir Andrew, como convenía a su papel de lacayo, se quedó de pie detrás de la silla de lady Blakeney.

—Por favor, señora —dijo, al ver que Marguerite parecía incapaz de comer—, le ruego que intente tomar aunque sea un bocado. Recuerde que va a necesitar todas sus fuerzas.

La verdad es que la sopa no estaba demasiado mala; olía y sabía bien. A Marguerite le hubiera gustado, a no ser por el

terrible entorno. No obstante, partió el pan, y bebió un poco de vino.

—Sir Andrew, no puedo verle de pie —dijo—. Usted necesita comer tanto como yo. Este individuo pensará que soy una inglesa excéntrica que se ha fugado con su lacayo si usted se sienta a mi lado y comparte conmigo este remedo de cena.

Efectivamente; después de dejar en la mesa lo absolutamente imprescindible, Brogard no volvió a ocuparse de sus huéspedes. La mére Brogard abandonó la habitación en silencio, arrastrando los pies, y el hombre se quedó allí holgazaneando y sacando humo a su apestosa pipa, a veces bajo las mismísimas narices de Marguerite, como debe hacer cualquier ciudadano libre que se precie.

—¡Maldito animal! —exclamó sir Andrew, con auténtica indignación británica, cuando Brogard se apoyó en la mesa, fumando y mirando con aire de suficiencia a aquellos dos sacrés Anglais.

—En el nombre del cielo, sir Andrew —le reprendió Marguerite rápidamente, al ver que el joven, con un instinto netamente británico, apretaba el puño amenazadoramente —, recuerde que está usted en Francia, y que en este año de gracia, la gente actúa así.

—¡Me encantaría retorcerle el pescuezo a ese animal! —murmuró sir Andrew, enfurecido.

Siguiendo el consejo de Marguerite, se había sentado a su lado, y los dos hacían nobles esfuerzos para engañarse mutuamente, simulando que comían y bebían.

—Le ruego que no despierte las iras de ese individuo —dijo Marguerite—, para que conteste a las preguntas que tenemos que hacerle.

—Haré lo posible, pero le aseguro que preferiría retorcerle el pescuezo a hacerle preguntas. ¡Eh, amigo! —dijo afablemente en francés, dando un ligero golpecito a Brogard

en el hombro—. ¿Vienen muchos de nuestra clase por aquí? Quiero decir viajeros ingleses.

Brogard miró a su alrededor, por encima del hombro, dio un par de chupadas a la pipa, pues no tenía ninguna prisa por contestar, y murmuró:

—Pues… a veces.

—¡Ah! —exclamó sir Andrew, con aire despreocupado—. Los viajeros ingleses saben dónde se puede beber buen vino, ¿eh, amigo? Pero dígame una cosa… Mi señora quisiera saber si por casualidad ha visto usted a un buen amigo suyo, un caballero inglés, que viene a Calais con frecuencia por asuntos de negocios. Es muy alto, y hace unos días partió hacia París… Mi señora esperaba reunirse con él aquí, en Calais.

Marguerite intentó no mirar a Brogard, para no delatar la terrible ansiedad con que esperaba su respuesta. Pero un ciudadano francés libre nunca tiene prisa por contestar a una pregunta; Brogard tardó unos momentos en responder con mucha calma:

—¿Inglés alto? ¿Hoy? ¡Sí!

—¿Le ha visto? —preguntó sir Andrew, en tono despreocupado.

—Sí, hoy —masculló Brogard, de mal humor. A continuación quitó tranquilamente el sombrero de sir Andrew de una silla que estaba a su lado, se lo puso, se estiró la sucia blusa, e intentó expresar con una pantomima que el individuo en cuestión llevaba unas ropas muy elegantes—. ¡*Sacré aristo* ese inglés tan alto! —masculló.

Marguerite apenas pudo reprimir un grito.

—No cabe duda de que es sir Percy —murmuró—, ¡y sin disfraz!

Sonrió, a pesar de la preocupación y de las lágrimas que empezaban a agolparse en sus ojos, al pensar en «la pasión dominante llevada hasta la muerte»; en Percy,

enfrentándose a los peligros más terribles con una chaqueta de última moda y los encajes de la camisa impecables.

—¡Ah, qué temerario es! —suspiró—. ¡Deprisa, sir Andrew! Pregúntele a ese hombre cuándo se marchó.

—Ah, sí, amigo mío —añadió sir Andrew, con la misma actitud de indiferencia—, mi señor siempre lleva una ropa muy bonita. No cabe duda de que el caballero que usted ha visto es el amigo de mi señora. ¿Y dice que se ha marchado?

—Sí, se fue… pero volverá… aquí. Ha encargado la cena…

Sir Andrew puso rápidamente la mano en el brazo de Marguerite para prevenirla; el gesto llegó justo a tiempo, pues al momento siguiente, la loca alegría que experimentaba lady Blakeney la hubiera delatado. Se encontraba bien, a salvo, y volvería en cualquier momento, lo vería quizá al cabo de unos instantes… ¡Ah! Pensó que no podría soportar tanta alegría.

—¿Aquí? —le preguntó a Brogard, que de repente se había transformado a sus ojos en un mensajero celestial de felicidad—. ¿Dice que el caballero inglés volverá aquí?

El mensajero celestial escupió en el suelo para expresar su desprecio por todos y cada uno de los *aristos* que se empeñaban en frecuentar el *Chat Gris*.

—¡Que sí! —masculló—. Ha encargado la cena… y volverá… ¡Sacrés Anglais! —añadió, a modo de protesta contra el lío que armaban por un simple inglés.

—Pero ¿dónde está ahora? ¿No lo sabe? —preguntó Marguerite impaciente, posando su mano blanca y delicada en la sucia manga de la camisa del hombre.

—Se fue a buscar un caballo y un carro —respondió Brogard lacónicamente, al tiempo que, con un gesto agrio, se quitaba del brazo aquella hermosa mano que muchos príncipes habían besado con orgullo.

—¿A qué hora salió?

Pero saltaba a la vista que Brogard estaba harto de tantas preguntas. Pensaba que no estaba bien que a un ciudadano —que era el igual de cualquiera— le interrogasen de aquella forma unos *sacrés aristos*, aunque fueran ingleses ricos. Lo propio de su dignidad recién adquirida era mostrarse lo más grosero posible, pues sin duda responder dócilmente a unas preguntas respetuosas era señal inequívoca de servilismo.

—No lo sé —replicó secamente—. Ya he hablado bastante, *voyons, les aristos!* Llegó hoy. Encargó la cena. Salió. Volverá. *Voilà!*

Y tras esta última declaración de sus derechos de ciudadano y hombre libre, es decir, ser tan grosero como le viniera en gana, Brogard salió de la habitación arrastrando los pies y dando un portazo.

XXIII - LA ESPERANZA

—Vamos, señora —dijo sir Andrew, al ver que Marguerite parecía dispuesta a llamar a su malhumorado anfitrión para que volviera—. Creo que será mejor que lo dejemos en paz. No le sacaremos nada más, y quizá despertemos sus sospechas. No sabemos cuántos espías podrían estar acechándonos en este pueblo dejado de la mano de Dios.

—¡Y qué me importa ahora que sé que mi marido se encuentra bien y que voy a verle casi enseguida! —replicó Marguerite alegremente.

—¡Chist! —dijo sir Andrew, realmente preocupado, pues, llevada por su entusiasmo, Marguerite había hablado en voz bastante alta—. En los días que corren, hasta las paredes tienen oídos en Francia.

Sir Andrew se levantó precipitadamente de la mesa, y dio varias vueltas por aquella habitación miserable y desnuda, parándose a escuchar con atención junto a la puerta, por la que acababa de desaparecer Brogard, pero sólo distinguió unos juramentos mascullados y lentas pisadas.

Después se encaramó a los desvencijados escalones que subían hasta el desván, con el fin de asegurarse de que no había ningún espía de Chauvelin rondando por allí.

—¿Estamos solos, señor lacayo? —preguntó Marguerite animadamente cuando el joven volvió a sentarse a su lado —. ¿Podemos hablar?

—¡Con mucha cautela! —suplicó sir Andrew.

—¡Vamos, sir Andrew! ¡Qué cara tan triste! ¡Yo estoy tan contenta que me pondría a bailar! Ya no hay nada que temer. Nuestro barco está en la playa, el *Foam Crest* se encuentra a menos de tres kilómetros mar adentro, y mi marido estará aquí, bajo este mismo techo, quizá dentro de media hora. Ya nada puede detenernos. Chauvelin y su banda aún no han llegado.

—¡No, señora! Me temo que eso no lo sabemos.

—¿Qué quiere decir?

—Chauvelin estaba en Dover al mismo tiempo que nosotros.

—Atrapado por la misma tempestad que nos impedía zarpar.

—Efectivamente. Pero… No he querido decírselo antes, por temor a asustarla, pero lo vi en la playa unos cinco minutos antes de que embarcáramos. Al menos en ese momento hubiera jurado que era él. Iba disfrazado de curé, de tal modo que ni siquiera Satán, que es su protector, hubiera podido reconocerlo. Pero le oí hablar cuando intentaba alquilar un barco para que lo llevara rápidamente a Calais, y debió zarpar menos de una hora después que nosotros.

La expresión de alegría se borró inmediatamente del rostro de Marguerite. Comprendió bruscamente que Percy corría un riesgo terrible al encontrarse en suelo francés. Chauvelin le seguía, pisándole los talones; y allí, en Calais, el astuto diplomático era todopoderoso: una palabra suya y encontrarían a Percy, y lo apresarían, y…

Experimentó la sensación de que se le helaba hasta la última gota de sangre en las venas; ni siquiera en los momentos de peor angustia que había pasado en Inglaterra había comprendido con tanta claridad la inminencia del peligro que corría su marido. Chauvelin había jurado enviar a Pimpinela Escarlata a la guillotina, y en aquellos

momentos, el audaz conspirador, cuyo anonimato le había servido hasta entonces de salvaguardia, había quedado al descubierto ante su enemigo más cruel e implacable, y todo por culpa de Marguerite.

Al apresar a lord Tony y sir Andrew Foulkes en el salón de *The Fisherman's Rest*, Chauvelin se había apoderado de los documentos que contenían todos los planes de la última expedición. Armand St. Just, el conde de Tournay, y los demás monárquicos fugitivos debían reunirse con Pimpinela Escarlata, o según se había decidido en un principio, con dos emisarios suyos, aquel mismo día, el dos de octubre, en un lugar que conocían los miembros de la Liga, al que de una forma un tanto vaga se denominaba «cabaña del *Pére Blanchard*».

Armand, cuyos compatriotas aún no sabían que mantenía relaciones con Pimpinela Escarlata ni que condenaba la brutal política del Reinado del Terror, había partido de Inglaterra hacía algo más de una semana, con las instrucciones pertinentes que le permitirían encontrar a los demás fugitivos y llevarlos a lugar seguro.

Marguerite sabía esto desde el principio, y sir Andrew había confirmado sus conjeturas. También sabía que cuando sir Percy se enterase de que Chauvelin había robado los documentos de los planes y las instrucciones para sus camaradas, sería demasiado tarde para comunicarse con Armand o enviar nuevas instrucciones a los fugitivos.

Acudirían sin remedio al lugar señalado en la fecha acordada, inconscientes del grave peligro que aguardaba a su valiente salvador.

Blakeney, que había organizado y planeado toda la expedición, como tenía por costumbre, no permitiría que ninguno de sus camaradas más jóvenes corriera el riesgo de que lo capturasen casi con toda seguridad. Este era el

motivo de la apresurada nota que les había enviado en el baile de lord Grenville: «Parto mañana, yo solo».

Y ahora que su enemigo más implacable conocía su identidad, vigilarían cada uno de sus pasos en cuanto pusiera el pie en Francia. Los emisarios de Chauvelin seguirían todos sus movimientos, lo perseguirían hasta que llegara a la misteriosa cabaña en que le esperaban los fugitivos, y allí la trampa se cerraría sobre él y sobre ellos.

Sólo disponían de una hora —la hora que Marguerite y sir Andrew sacarán de ventaja a su enemigo— para prevenir a Percy del inminente peligro, y para convencerle de que abandonara tan temeraria aventura, que sólo podía culminar en su muerte.

Pero al menos quedaba una hora.

—Chauvelin conoce esta posada, por los documentos que robó —dijo sir Andrew en tono apremiante—, y en cuanto desembarque vendrá directamente aquí.

—Aún no ha desembarcado —dijo Marguerite—. Le sacamos una hora de ventaja, y Percy llegará de un momento a otro. Ya habremos cruzado la mitad del canal cuando Chauvelin caiga en la cuenta de que hemos escapado de sus manos.

Pronunció estas palabras con nerviosismo y vehemencia, deseando transmitir a su joven amigo la esperanza y el optimismo que su corazón se empeñaba en alentar, pero sir Andrew movió la cabeza con pesar.

—¿También ahora guarda silencio, sir Andrew? —dijo Marguerite con un deje de impaciencia—. ¿Por qué mueve la cabeza y pone esa cara tan triste?

—Perdóneme, señora —replicó—, pero es que al trazar sus planes de color de rosa, está olvidando el factor más importante.

—¿A qué diablos se refiere? No he olvidado nada… ¿De qué factor está hablando? —añadió aún más impaciente.

—Mide casi dos metros —replicó sir Andrew pausadamente—, y lleva por nombre Percy Blakeney.

—No lo entiendo —musitó Marguerite.

—¿Acaso cree que Blakeney se marchará de Calais sin haber llevado a cabo la tarea que se ha impuesto?

—¿Quiere decir que…?

—Está el anciano conde de Tournay…

—¿El conde…? —repitió Marguerite en un susurro.

—Y St. Just… y más personas…

—¡Mi hermano! —exclamó Marguerite, sollozando de angustia y aflicción—. Que Dios me perdone, pero me temo que lo había olvidado.

—En este mismo momento, esos fugitivos esperan con absoluta confianza y una fe inamovible la llegada de Pimpinela Escarlata, que ha empeñado su honor en llevarlos sanos y salvos hasta la otra orilla del canal.

¡Efectivamente, Marguerite lo había olvidado! Con el sublime egoísmo de la mujer que ama con toda su alma, en las últimas veinticuatro horas había dedicado todos sus pensamientos únicamente a Percy. Su mente estaba ocupada por la vida de su marido, tan precoz, tan noble, y por el peligro que corría, él, su amado, el héroe valiente.

—¡Mi hermano! —murmuró, y, una a una, fueron agolpándose en sus ojos gruesas lágrimas de dolor, al recordar a Armand, el compañero adorado de su niñez, el hombre por el que había cometido el pecado mortal por cuya causa se encontraba en peligro la vida de su valiente esposo.

—Sir Percy no sería el jefe querido y venerado por un grupo de caballeros ingleses si abandonase a quienes han depositado su confianza en él —dijo sir Andrew con orgullo —. En cuanto a no mantener su palabra, la sola idea es ridícula.

Guardaron silencio durante unos instantes. Marguerite ocultó el rostro entre las manos, y dejó que las lágrimas se deslizaran lentamente entre sus dedos temblorosos. El joven no dijo nada: le partía el alma la inmensa aflicción de aquella hermosa mujer. Desde el principio había sentido el terrible *impasse* en que los había sumido a todos la imprudencia de Marguerite.

Conocía demasiado bien a su amigo y jefe, con su tremenda osadía, su valentía sin límites, la adoración que profesaba a su propia palabra de honor. Sir Andrew sabía que Blakeney arrostraría cualquier peligro y correría los mayores riesgos antes de quebrantarla, y, con Chauvelin pisándole los talones, habría una última tentativa, por desesperada que fuese, de rescatar a quienes confiaban en él plenamente.

—Sí, sir Andrew —dijo al fin Marguerite, haciendo valerosos esfuerzos por secar sus lágrimas—, tiene usted razón, y yo no me deshonraré intentando disuadirle de que cumpla con su deber. Como usted dice, mis ruegos serían vanos. Que Dios le dé fortaleza y habilidad —añadió con vehemencia y resolución—, para burlar a sus perseguidores. Quizá no se niegue a llevarle consigo cuando inicie su noble tarea. Entre los dos, reunirán astucia y valor. ¡Que Dios los proteja a ambos! Pero será mejor que no perdamos tiempo. Sigo pensando que la seguridad de Percy depende de que sepa que Chauvelin le sigue.

—Indudablemente. Blakeney posee unos recursos prodigiosos. En cuanto sea consciente del peligro que corre, obrará con mayor precaución, y su ingenio es verdaderamente portentoso.

—Entonces, ¿por qué no hace usted una expedición de reconocimiento por el pueblo mientras yo espero aquí a que regrese mi marido? A lo mejor se topa con Percy, y eso nos ahorraría un tiempo muy valioso. Si le encuentra, dígale que

tenga cuidado. ¡Su peor enemigo viene pisándole los talones!

—Pero ¿cómo va a esperar usted en semejante cuchitril?

—¡No me importa lo más mínimo! Pero podría preguntarle a nuestro malhumorado anfitrión si me permitiría esperar en otra habitación, en la que estuviera a resguardo de las miradas curiosas de algún viajero que pasara por aquí. Ofrézcale una buena cantidad, para que no se olvide de avisarme en cuanto vuelva el inglés.

Pronunció estas palabras tranquilamente, incluso con cierto optimismo, trazando planes, preparada para lo peor en caso de que fuera necesario. Ya no cometería más errores; demostraría que era digna de su marido, que iba a sacrificar su vida por salvar a sus semejantes.

Sir Andrew la obedeció sin vacilar. Instintivamente, Marguerite sabía que en aquellas circunstancias su mente era la más poderosa. Sir Andrew estaba dispuesto a someterse a su dirección, a ser el instrumento, mientras que ella sería el cerebro rector.

El joven se dirigió a la puerta de la habitación interior, por la que habían desaparecido Brogard y su mujer momentos antes, y llamó. Como de costumbre, la respuesta consistió en una retahíla de juramentos en voz baja.

—¡Eh, amigo Brogard! —dijo el joven en tono imperioso —. Mi señora quisiera descansar un rato. ¿Puede darle otra habitación? Le gustaría estar sola.

Sacó dinero del bolsillo, y lo hizo tintinear significativamente en una mano. Brogard abrió la puerta y escuchó la petición de sir Andrew con la apatía y el mal humor habituales en él. Pero, a la vista del dinero, su actitud indolente sufrió un ligero cambio. Se quitó la pipa de la boca y entró en la habitación arrastrando los pies.

A continuación señaló hacia el desván por encima del hombro.

—¡Puede quedarse ahí arriba! —dijo, soltando un gruñido —. Es cómoda, y además, no tengo más habitaciones.

—Me parece perfecto —dijo Marguerite en inglés. Comprendió inmediatamente las ventajas que le brindaría un lugar como aquel, oculto a las miradas indiscretas—. Dele el dinero, sir Andrew. Ahí arriba estaré bien, y podré verlo todo sin que me vean a mí.

Asintió, dirigiéndose a Brogard, que, condescendiente, se dignó subir al desván y sacudir la paja que había en el suelo.

—Le ruego que no cometa ninguna imprudencia, señora —dijo sir Andrew cuando Marguerite se disponía a remontar los desvencijados escalones—. Recuerde que este lugar está infestado de espías. Le suplico que no se descubra ante sir Percy, a menos que tenga la absoluta certeza de que se encuentra a solas con él.

Mientras pronunciaba estas palabras, comprendió que era innecesario tomar esta precaución: Marguerite poseía la misma calma y claridad de ideas que cualquiera. No cabía ninguna posibilidad de que cometiera una imprudencia.

—No se preocupe —replicó, tratando de mostrarse alegre —. Le aseguro que no lo haré. No quisiera poner en peligro la vida de mi marido, ni sus planes, hablándole ante desconocidos. No tema. Esperaré a que se me presente la ocasión, y le ayudaré de la forma que considere más adecuada.

Brogard bajó las escaleras, y Marguerite se dispuso a subir a su escondite.

—No me atrevo a besarle la mano, señora —dijo sir Andrew cuando Marguerite empezó a remontar los escalones —, puesto que soy su lacayo, pero confío en que todo salga bien. Si no encuentro a Blakeney en el plazo de media hora, volveré con la esperanza de que esté aquí.

—Sí, eso será lo mejor. Podemos permitirnos el lujo de esperar media hora. Es imposible que Chauvelin llegue

antes. Quiera Dios que o usted o yo hayamos visto a Percy para entonces. ¡Qué tenga buena suerte, amigo mío! No se preocupe por mí.

Marguerite remontó con ligereza los desvencijados escalones de madera que llevaban al desván. Brogard no le prestó la menor atención. Podía ponerse cómoda en la pequeña habitación o no; el posadero lo dejaba a su elección. Sir Andrew estuvo observándola hasta que llegó al desván y se sentó en la paja. Marguerite corrió las raídas cortinas, y el joven comprobó que se encontraba extraordinariamente bien situada para ver y oír sin que nadie notara su presencia.

Había pagado a Brogard con largueza; el malhumorado posadero no tendría motivo alguno para delatarla. Sir Andrew se dispuso a salir. Al llegar a la puerta se dio la vuelta y miró al desván. Por entre las deshilachadas cortinas divisó el dulce rostro de Marguerite, que lo observaba, y el joven se regocijó al ver que tenía una expresión serena y que incluso sonreía. Tras inclinar la cabeza a modo de despedida, sir Andrew salió a la oscuridad.

XIV - LA TRAMPA MORTAL

El cuarto de hora siguiente transcurrió rápida y silenciosamente. En la habitación de abajo, Brogard pasó un buen rato recogiendo la mesa, y disponiéndola para otro huésped.

Como Marguerite estuvo observando estos preparativos, se le antojó que el tiempo se deslizaba más deprisa. Aquel remedo de cena estaba destinado a Percy. Saltaba a la vista que Brogard profesaba cierto respeto al inglés de elevada estatura, pues se tomó bastantes molestias para conseguir que la habitación resultara un poco más acogedora que antes.

Incluso sacó de un escondrijo del viejo aparador algo que recordaba a un mantel; y cuando lo extendió y vio que estaba lleno de agujeros, movió la cabeza dubitativamente unos momentos e hizo todo lo posible por colocarlo sobre la mesa de tal modo que quedaran ocultas la mayor parte de sus lacras. A continuación sacó una servilleta, igualmente vieja y raída, pero con cierto grado de limpieza, y procedió a secar cuidadosamente con ella el vaso, las cucharas y los platos que había colocado en la mesa.

Marguerite no pudo por menos que sonreír al contemplar todos aquellos preparativos, que Brogard llevó a cabo acompañándolos de una serie de juramentos entre dientes. No cabía duda de que la gran estatura y corpulencia del inglés, o quizá el peso de sus puños, inspiraban un temor extraordinario a aquel ciudadano libre de Francia, pues en

otro caso no se habría tomado tantas molestias por un *sacré aristo*.

Cuando la mesa estuvo lista, por decirlo de alguna manera, Brogard examinó su obra con evidente satisfacción. Después quitó el polvo a una de las sillas con una punta de su blusa, removió el puchero, arrojó un montón de astillas al fuego, y abandonó la habitación con la cabeza gacha.

Marguerite se quedó a solas con sus reflexiones. Había extendido su capa de viaje sobre la paja, y estaba sentada cómodamente, pues la paja estaba limpia y los desagradables olores de abajo llegaban hasta ella bastante atenuados.

En aquellos momentos se sentía casi dichosa; dichosa porque, el asomar la cabeza por entre las andrajosas cortinas, veía una silla desvencijada, un mantel desgarrado, un vaso, un plato y una cuchara; simplemente por eso. Pero aquellos objetos feos y mudos parecían decirle que estaban esperando a Percy; que pronto, muy pronto, él estaría allí, que en aquella habitación miserable y vacía se encontrarían los dos a solas.

La idea era tan maravillosa que Marguerite cerró los ojos con el fin de borrar todo lo demás de su mente. Al cabo de unos minutos estaría a solas con él; Percy la tomaría en sus brazos, y Marguerite le haría comprender que, después de aquello, moriría gustosa por él y con él, porque no era posible que existiera mayor felicidad sobre la tierra.

¿Y qué ocurriría a continuación? Marguerite no podía adivinarlo ni siquiera remotamente. Naturalmente, sabía que sir Andrew tenía razón, que Percy haría todo cuanto se había propuesto; que ella, aun estando allí, no podría hacer otra cosa que prevenirle para que obrara con precaución, pues lo seguía el mismísimo Chauvelin. Después de haberle avisado, no le quedaría más remedio que ver cómo se embarcaba en aquella misión terrible y temeraria; no podría intentar

retenerlo, con una palabra o una mirada. Tendría que obedecer lo que le ordenara hacer, aunque le dijera que desapareciese, y esperar, sometiéndose a una tortura indescriptible, mientras Percy iba quizá al encuentro de la muerte.

Pero incluso eso le parecía menos insoportable que la idea de que él no llegara a saber cuánto lo amaba, al menos no tendría que pasar por aquel trance. La miserable habitación, que parecía esperarle, le decía que pronto estaría allí.

De repente, sus hipersensibles oídos percibieron el ruido de pasos que se acercaba, y el corazón le dio un vuelco de alegría desenfrenada. ¿Sería Percy al fin? No; aquellas pisadas no parecían tan largas ni tan firmes como las suyas. Además, creyó distinguir dos pisadas distintas. ¡Sí! ¡Eso era! Dos hombres se aproximaban a la posada. Dos forasteros que quizá querían tornar una copa, o…

Pero no le dio tiempo a hacer más conjeturas, pues inmediatamente llamaron imperiosamente a la puerta, y a los pocos instantes la abrieron bruscamente desde fuera, mientras una voz áspera y dominante gritaba:

—¡Eh, ciudadano Brogard! ¡Hola!

Marguerite no veía a los recién llegados, pero, por un agujero que había en una de las cortinas podía observar una parte de la habitación de abajo.

Oyó las lentas pisadas de Brogard, que salía de la habitación de dentro, mascullando una retahíla de juramentos, como de costumbre. Al ver a los nuevos huéspedes, se detuvo en medio de la estancia, dentro del campo de visión de Marguerite; los miró aún con mayor desprecio y desdén del que había hecho gala con sus anteriores huéspedes, y murmuró: «*¡Sacrée soutane!*».

Marguerite experimentó la sensación de que el corazón dejaba de latirle; sus ojos, desmesuradamente abiertos, se

clavaron en uno de los recién llegados, que, en aquel mismo momento, avanzó rápidamente hacia Brogard. Llevaba sotana, sombrero de ala ancha y zapatos con hebilla, el atuendo normal del curé francés, pero cuando se situó frente al posadero, se abrió unos instantes la sotana y dejó al descubierto el pañuelo tricolor de los funcionarios, detalle que provocó en Brogard la reacción inmediata de cambiar su actitud de desprecio por un servilismo medroso.

Fue la visión de aquel curé lo que a Marguerite le heló la sangre en las venas. No podía verle la cara, pues el sombrero de ala ancha la ocultaba casi por completo, pero reconoció las manos largas y huesudas, la ligera giba de la espalda, los ademanes de aquel hombre. ¡Era Chauvelin!

El horror de la situación la dejó paralizada, como si le hubieran dado un golpe; la terrible decepción, el temor a lo que pudiera ocurrir, le hicieron tambalearse, y tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no desplomarse sin sentido.

—Un plato de sopa y una botella de vino —le dijo Chauvelin a Brogard en tono imperioso—. Y después, lárgate de aquí. ¿Entendido? Quiero estar solo.

En silencio, sin mascullar ningún juramento, Brogard obedeció, Chauvelin se sentó a la mesa que estaba preparada para el inglés alto, y el mesonero se puso a trajinar de un lado a otro con actitud servil, sirvió la sopa y escanció el vino. El hombre que acompañaba a Chauvelin, al que Marguerite no podía ver, se quedó de pie junto a la puerta.

Respondiendo a una brusca señal de Chauvelin, Brogard volvió precipitadamente a la habitación de dentro, y aquél hizo un gesto al hombre que había venido con él.

Marguerite lo reconoció enseguida; era Desgas, secretario y hombre de confianza de Chauvelin, al que había visto varias veces en París, en tiempos pasados. Cruzó la estancia,

y se quedó escuchando con atención junto a la puerta de la habitación de los Brogard unos momentos.

—¿No están escuchando? —preguntó Chauvelin secamente.

—No, ciudadano.

Durante unos segundos, Marguerite temió que Chauvelin ordenara a Desgas que registrara la posada. No se atrevía a imaginar qué ocurriría si la descubrían. Pero, por suerte, Chauvelin parecía más impaciente por hablar con su secretario que temeroso de los espías, pues le dijo a Desgas que volviera rápidamente a su lado.

—¿Y la goleta inglesa? —preguntó.

—Se perdió de vista al anochecer, ciudadano —contestó Desgas—, pero después puso rumbo al oeste, hacia el cabo Gris-Nez.

—¡Ah, bien! —murmuró Chauvelin—. Y el capitán Jutley… ¿qué le ha dicho?

—Me aseguró que ha obedecido sin reservas todas las órdenes que le envió usted la semana pasada. Desde entonces han patrullado todas las carreteras que llevan hasta aquí noche y día, y vigilan estrechamente la playa y los acantilados.

—¿Sabe dónde está la «cabaña del *Pére Blanchard*»?

—No, ciudadano. Al parecer, nadie conoce un lugar con ese nombre. Naturalmente, hay muchas cabañas de pescadores por toda la costa, pero…

—Está bien, ¿y qué me dice de esta noche? —le interrumpió Chauvelin, impaciente.

—Están patrullando las carreteras y la playa como de costumbre, ciudadano, y el capitán Jutley espera sus órdenes.

—Pues vaya a verle inmediatamente. Dígale que envíe refuerzos a todas las patrullas, especialmente a las que están en la playa. ¿Ha entendido?

Chauvelin hablaba secamente, sin rodeos, y cada palabra que pronunciaba resonaba en el corazón de Marguerite como el toque de difuntos de sus más fervientes esperanzas.

—Los hombres deben vigilar lo más estrechamente posible para descubrir a cualquier desconocido que pase por la carretera o la playa, tanto si va andando, a caballo o en carruaje —prosiguió Chauvelin—. Que tengan cuidado sobre todo con un extranjero de elevada estatura, del que no voy a dar ninguna descripción más, pues probablemente irá disfrazado; pero no podrá disimular su estatura, a no ser que vaya encorvado. ¿Ha entendido?

—Perfectamente, ciudadano —repuso Desgas.

—En cuanto cualquiera de los hombres divise a un desconocido, que no lo pierdan de vista. Una vez que lo descubran, el hombre que le pierda la pista a ese extranjero, pagará su negligencia con la vida. Pero que venga inmediatamente un hombre a comunicármelo aquí. ¿Queda claro?

—Absolutamente claro, ciudadano.

—Muy bien. Vaya a ver a Jutley enseguida. Asegúrese de que envía los refuerzos a la patrulla de servicio, y pídale al capitán que le proporcione otra media docena de hombres y tráigalos aquí cuando usted vuelva. Puede regresar dentro de diez minutos. Vamos.

Desgas saludó y se dirigió a la puerta.

Mientras Marguerite escuchaba horrorizada las instrucciones que daba Chauvelin a su subordinado, comprendió con toda claridad, espantada, los planes para la captura del Pimpinela Escarlata. Chauvelin quería que los fugitivos siguieran creyendo que se encontraban a salvo, y que esperaran en su apartado escondite a que Percy se reuniera con ellos. Entonces, rodearían al audaz conspirador y lo cogerían con las manos en la masa, en el mismo momento en que estuviera ayudando a unos monárquicos,

que eran traidores a la república. Así, si se divulgaba la noticia de su captura, ni siquiera el gobierno británico podría elevar una protesta legal a su favor, pues al haber conspirado con los enemigos del gobierno francés, Francia tenía derecho a condenarlo a muerte.

Entonces sería imposible que escaparan, ni Pimpinela Escarlata ni los demás, con todas las carreteras sometidas a estrecha vigilancia, la trampa bien preparada, la red, floja de momento, pero tensándose cada vez más, hasta que se cerrara sobre el osado conspirador, cuya astucia sobrehumana no podría librarlo de la tupida malla.

Cuando Desgas estaba a punto de salir, Chauvelin volvió a llamarle.

Marguerite pensó vagamente qué otros planes diabólicos se le habrían ocurrido para atrapar a un hombre valiente, que luchaba en solitario contra treinta o cuarenta. Le miró cuando se volvió para hablar con Desgas, apenas distinguía su cara bajo el sombrero de curé, de ala ancha. En aquellos momentos, su delgado rostro y sus ojillos pálidos expresaban un odio tan implacable, una maldad tan demoníaca, que en el corazón de Marguerite se extinguió la última esperanza, pues no podía esperar la menor piedad.

—Se me olvidaba una cosa —dijo Chauvelin, con una extraña risita, frotándose las delgadas manos, como garras, con gesto de malvada satisfacción—. Es posible que ese extranjero se muestre un tanto agresivo. En ese caso, recuerde que no se debe disparar contra él, a no ser como último recurso. Lo quiero vivo… si es posible.

Se echó a reír, como nos cuenta Dante que ríen los demonios al contemplar la tortura de los condenados. Marguerite pensaba que ya había experimentado toda la gama del horror y la angustia que puede soportar el corazón humano; sin embargo, cuando Desgas salió de la casa, y ella se quedó sola con la única compañía de un desalmado como

Chauvelin en aquella miserable y desolada habitación, se dio cuenta de que todo cuanto había sufrido hasta entonces no era nada en comparación con lo que la aguardaba. Chauvelin siguió riendo para sus adentros un buen rato, frotándose las manos en anticipación de su triunfo.

Sus planes estaban bien trazados, y era más que probable que los llevara a cabo con éxito. No quedaba ni una rendija por la que pudiera escapar el hombre más valiente y astuto del mundo. Todas las carreteras protegidas, hasta el último rincón vigilado, y en aquella cabaña solitaria de un lugar perdido de la costa, un pequeño grupo de fugitivos esperando a su salvador, al que llevarían a la muerte; no, a algo peor que la muerte. Aquel desalmado con atuendo sagrado, era demasiado malvado para permitir que un hombre valeroso tuviera la muerte rápida y repentina de un soldado en cumplimiento de su deber.

Por encima de todo, lo que Chauvelin deseaba era tener en su poder, impotente, al astuto enemigo que hasta entonces se había burlado de él; quería regodearse y disfrutar con su caída, infligirle las torturas morales y mentales que sólo un odio implacable puede idear. El águila valiente, atrapada, y con sus nobles alas cortadas, estaba condenada a someterse a los mordiscos de la rata. Y ella, su esposa, que lo amaba, y que había sido la causante de su situación, no podía hacer nada para ayudarle.

Nada, salvo esperar la muerte a su lado, y unos breves instantes para decirle que su amor —verdadero, apasionado— le pertenecía por completo.

Chauvelin estaba sentado junto a la mesa; se quitó el sombrero, y Marguerite distinguió el contorno de su perfil y de la afilada barbilla al inclinarse sobre la frugal cena. Saltaba a la vista que estaba muy contento, y que esperaba el desarrollo de los acontecimientos con absoluta calma; incluso daba la impresión de estar saboreando la insípida

comida de Brogard. Marguerite pensó cómo un ser humano podía albergar tanto odio contra otro.

De repente, mientras observaba a Chauvelin, a sus oídos llegó un ruido que la dejó helada. Y sin embargo, aquel ruido no debería haber inspirado horror a nadie, pues era simplemente una voz fresca y alegre cantando de buena gana *God Save the King!*

XXV - EL ÁGUILA Y EL ZORRO

A Marguerite se le cortó la respiración; experimentó la sensación de que su vida quedaba en suspenso mientras escuchaba aquella voz y aquella canción. Había reconocido al cantante: era su marido. También Chauvelin lo había oído, pues, tras lanzar una rápida mirada hacia la puerta, se apresuró a coger el sombrero de ala ancha y a encasquetárselo en la cabeza.

La voz se oía cada vez más cerca; durante breves instantes, se apoderó de Marguerite un deseo irrefrenable de correr escaleras abajo y atravesar la habitación, hacer callar aquella voz a cualquier precio, rogar al alegre cantante que huyera, que huyera para salvar su vida antes de que fuera demasiado tarde. Refrenó su impulso justo a tiempo. Chauvelin la apresaría antes de que llegara a la puerta, y, además, Marguerite no sabía si había apostado más soldados por allí cerca. Su impetuosa acción hubiera podido ser la señal que acabara con la vida del hombre por cuya salvación estaba dispuesta a morir.

«Que sea largo su reinado, Dios salve al rey» —cantaba la voz con más fuerza que antes—. Al poco tiempo se abrió la puerta y se hizo un silencio absoluto durante unos segundos.

Marguerite no podía ver la puerta; contuvo la respiración, tratando de imaginar lo que ocurría.

Naturalmente, nada más entrar, Percy Blakeney vio al curé sentado a la mesa; su vacilación no duró más de cinco

segundos, y al poco Marguerite vio su alta figura atravesando la habitación, mientras decía en voz alta y animada:

—¡Eh! ¿No hay nadie en la casa? ¿Dónde está ese imbécil de Brogard?

No se había quitado aún el magnífico traje de montar que llevaba cuando Marguerite le viera por última vez en Richmond, hacía ya muchas horas. Como de costumbre, su atuendo era absolutamente impecable; los delicados encajes del cuello y puños se mantenían inmaculados, las manos eran blancas y delgadas, llevaba el pelo meticulosamente peinado y el monóculo con su habitual gesto de afectación. La verdad era que, en aquel momento, hubiera podido pensarse que sir Percy Blakeney se dirigía a una fiesta en casa del príncipe de Gales en lugar de estar metiendo la cabeza, deliberadamente y a sangre fría, en la trampa que le había tendido su más implacable enemigo.

Se quedó unos instantes en medio de la habitación, mientras que Marguerite, completamente paralizada de terror, parecía incapaz incluso de respirar.

A cada momento esperaba que Chauvelin hiciera una señal, que la posada se llenara de soldados, y deseaba echar a correr escaleras abajo para ayudar a Percy a vender cara su vida. Al verlo allí parado, totalmente ajeno al peligro, estuvo a punto de gritarle:

—¡Huye, Percy! ¡Es tu enemigo! ¡Escapa antes de que sea demasiado tarde!

Pero ni siquiera le dio tiempo a hacer eso, porque al momento siguiente Blakeney se dirigió lentamente a la mesa, y, dando unas palmaditas joviales en la espalda al curé, dijo, en su habitual tono afectado e indolente:

—¡Vaya, vaya!… Monsieur Chauvelin… Juro que jamás habría pensado que fuera a encontrármelo aquí.

Chauvelin, que iba a llevarse la sopa a la boca, casi se ahogó. Su delgado rostro se puso completamente rojo, y un fuerte ataque de tos impidió a aquel astuto representante de Francia delatar la sorpresa más grande que había experimentado en su vida. No cabía duda de que aquella atrevida jugada del enemigo absolutamente inesperada, y su osadía y descaro, le dejaron estupefacto momentáneamente.

Saltaba a la vista que no había tomado la precaución de ordenar que los soldados rodearan la posada. También saltaba a la vista que Blakeney lo había adivinado, y su ingenioso cerebro ya debía haber trazado algún plan para sacar partido a aquella entrevista inesperada.

En el desván, Marguerite no hizo el menor movimiento. Había prometido solemnemente a sir Andrew que no le dirigiría la palabra a su marido en presencia de extraños, y poseía suficiente autocontrol como para no entrometerse impulsiva e irracionalmente en los planes de sir Percy. Observar a aquellos dos hombres juntos en silencio supuso una terrible prueba de fortaleza para ella. Marguerite había oído a Chauvelin dar órdenes para que las carreteras estuvieran constantemente vigiladas. Sabía que si Percy salía en ese momento del *Chat Gris*, no podría llegar muy lejos sin que lo viera alguno de los hombres del capitán Jutley que patrullaban por los alrededores, cualquiera que fuese la dirección que tomara. Por otra parte, si se quedaba en la posada, Desgas tendría tiempo de volver con la media docena de hombres que había pedido Chauvelin.

La trampa empezaba a cerrarse, y lo único que podía hacer Marguerite era observar y pensar qué ocurriría. Los dos hombres formaban un tremendo contraste, y de los dos, era Chauvelin el que mostraba un cierto temor. Marguerite lo conocía lo suficiente como para adivinar lo que pasaba por su cabeza. No temía por sí mismo, a pesar de encontrarse a

solas en una posada solitaria con un hombre muy corpulento y de una audacia y temeridad que parecían increíbles. Sabía que Chauvelin hubiera arrostrado de buena gana las situaciones más arriesgadas por el bien de la causa que defendía de corazón, pero de lo que sí tenía miedo era de que aquel inglés desvergonzado le derribara de un puñetazo y multiplicara así sus posibilidades de escapar. Probablemente sus esbirros no lograrían capturar a Pimpinela Escarlata si no los dirigía una mano astuta y un cerebro sagaz, cuyo incentivo era un odio implacable.

Pero el representante del gobierno francés no tenía ningún motivo de temor, al menos de momento, a manos de su poderoso adversario. Blakeney, con su risa más necia y una expresión bondadosa en el rostro, le dio unos golpecitos en la espalda con gran solemnidad.

—No sabe usted cuánto lo siento —dijo alegremente—. Lo siento muchísimo... Tengo la impresión de que le he molestado... y, encima, la sopa... Es que comer sopa es un lío... Sin ir más lejos, un amigo mío murió tomando sopa... ahogado... igual que usted... por una cucharada de sopa.

Y dirigió a Chauvelin una sonrisa tímida, bondadosa.

—¡Qué barbaridad! —prosiguió en cuanto el francés se hubo repuesto un poco—. ¡Qué garito tan repugnante éste! ¿No le parece?... Esto... ¿me permite? —añadió, en tono de disculpa, al tiempo que se sentaba en una silla que estaba junto a la mesa y acercaba hacia sí la sopera—. Ese imbécil de Brogard debe haberse quedado dormido o algo por el estilo.

Había otro plato en la mesa, y sir Percy se sirvió sopa tranquilamente; a continuación escanció vino en un vaso.

Marguerite no dejaba de pensar qué haría Chauvelin. Su disfraz era tan bueno que quizá tuviera la intención de negar su identidad en cuanto se repusiera por completo. Pero Chauvelin era demasiado astuto para dar un paso en

falso tan evidente e infantil, y tendiéndole la mano a sir Percy, le dijo en tono afable:

—Estoy realmente encantado de verle, sir Percy. Le ruego que me disculpe… pensaba que estaba usted al otro lado del canal. La sorpresa casi me ha dejado sin aliento.

—¡Desde luego! —exclamó sir Percy, sonriendo amablemente—. Eso me ha parecido, ¿verdad… monsieur… esto… Chambertin?

—Perdone, pero es Chauvelin.

—Le pido disculpas… mil veces le pido disculpas. Sí, eso es, Chauvelin… Nunca se me quedan los nombres extranjeros…

Comía tranquilamente la sopa, y reía de buen humor, como si hubiera ido hasta Calais con el propósito exclusivo de cenar en aquella posada asquerosa, en compañía de su archienemigo.

Marguerite no acertaba a comprender por qué Percy no derribaba al francés de un puñetazo en aquel mismo momento… y sin duda, a su marido debió ocurrírsele algo parecido, pues de vez en cuando, brillaba en sus ojos un destello amenazador al posarlos en la breve figura de Chauvelin, que ya había recobrado el control de sí mismo y también comía tranquilamente.

Pero aquella mente perspicaz, que había trazado y llevado a término tantos planes audaces, era demasiado clarividente para arriesgarse innecesariamente. Al fin y al cabo, la posada podía estar infestada de espías, y cabía la posibilidad de que Chauvelin hubiera sobornado al posadero. A un grito del francés podían acudir veinte hombres que reducirían a Blakeney de inmediato y lo apresarían sin darle tiempo a ayudar, o al menos a prevenir, a los fugitivos. No podía arriesgarse a eso; estaba dispuesto a ayudarles, a sacarles de Francia sanos y salvos; porque les había dado su palabra, y la mantendría a toda costa. Y

mientras comía y charlaba, no dejaba de pensar y planear, y arriba, en el desván, una pobre mujer angustiada se devanaba los sesos decidiendo qué debía hacer, sometida a la tortura de tener que refrenar el deseo de correr hasta él, sin atreverse a mover por temor a desbaratar los planes de su marido.

—No sabía que usted… esto… tuviera las órdenes sagradas —dijo Blakeney jovialmente.

—Pues… yo… —tartamudeó Chauvelin.

Saltaba a la vista que la tranquilidad y el descaro de su antagonista le había hecho perder su equilibrio habitual.

—Pero, de todos modos, le habría reconocido —prosiguió sir Percy afablemente, mientras se servía otro vaso de vino —, aunque el sombrero y la peluca le cambian mucho.

—¿Usted cree?

—¡Desde luego! Cualquier persona se transforma… Pero… espero que no le haya molestado este comentario… Tengo la mala costumbre de hacer comentarios sobre todo… Espero que no le haya molestado…

—¡No, no, en absoluto! En fin… Espero que lady Blakeney se encuentre bien —dijo Chauvelin, apresurándose a cambiar el tema de conversación.

Blakeney terminó la sopa con mucha lentitud, bebió el vaso de vino, y a Marguerite le pareció que recorría la habitación con una rápida mirada.

—Muy bien, gracias —replicó al fin, secamente.

Se hizo una pausa, durante la cual Marguerite pudo contemplar a los dos enemigos que debían estar midiendo sus fuerzas mentalmente. Vio a Percy sentado a la mesa, su rostro casi entero, a menos de diez metros de donde ella estaba agazapada, confundida, sin saber qué hacer ni qué pensar. Ya había dominado el impulso de bajar y revelar su presencia a sir Percy. Un hombre capaz de representar un papel con la maestría que él lo estaba haciendo en aquel

momento no necesitaba que una mujer le aconsejara que obrase con cautela.

Marguerite se abandonó a un placer muy preciado por cualquier mujer enamorada, el de mirar al hombre que amaba. Por entre las raídas cortinas contempló la hermosa cara de su marido, en cuyos indolentes ojos azules y tras cuya necia sonrisa veía con toda claridad la fuerza, el valor y el ingenio que habían logrado que los seguidores de Pimpinela Escarlata confiaran en él y le venerasen. «Somos diecinueve hombres dispuestos a sacrificar nuestra vida por su marido, lady Blakeney», le había dicho sir Andrew; y al mirar la frente de Percy, baja pero amplia y cuadrada, los ojos, azules, hundidos y de mirada intensa, el continente en una palabra, de un hombre de brío indomable, que ocultaba, tras una comedia perfectamente representada, una fuerza de voluntad casi sobrehumana y un ingenio portentoso, comprendió la fascinación que ejercía sobre sus seguidores, pues, ¿acaso no había hechizado también el corazón y la imaginación de Marguerite?

Chauvelin, que trataba de disimular su impaciencia con sus amables modales, lanzó una rápida ojeada a su reloj. Desgas no tardaría mucho en aparecer; dos o tres minutos más, y aquel inglés desvergonzado estaría en las seguras manos de media docena de los hombres más leales del capitán Jutley.

—¿Se dirige usted a París, sir Percy? —preguntó con aire despreocupado.

—¡Ni hablar! —exclamó Blakeney, riendo—. Sólo llegaré hasta Lille… París no me gusta… Me parece un lugar repugnante e incómodo en estos momentos… monsieur Chambertin… perdone… ¡Chauvelin!

—No para un inglés como usted, sir Percy —replicó Chauvelin sarcásticamente—, a quien no le interesa el conflicto que lo asola.

—Sí, la verdad es que no es asunto mío, y nuestro maldito gobierno está de su parte en esta historia. El viejo Pitt no se atreve a matar una mosca. Pero parece que tiene usted prisa, señor —añadió al ver que Chauvelin volvía a sacar el reloj—. Una cita, tal vez… Le ruego que no se preocupe por mí… Yo dispongo de tiempo sobrado.

Se levantó de la mesa y arrastró una silla hasta la chimenea. Una vez más, Marguerite estuvo tentada de acercarse a él, porque el tiempo se agotaba; Desgas podía regresar en cualquier momento con sus hombres. Percy no lo sabía y… ¡Oh! ¡Qué terrible era aquello, y qué impotente se sentía!

—No tengo ninguna prisa —prosiguió Percy afablemente —, pero a fe mía que no quisiera pasar más tiempo del absolutamente imprescindible en este cuchitril dejado de la mano de Dios. Pero, señor —añadió, al ver que Chauvelin miraba disimuladamente el reloj por tercera vez—, ese reloj no andará más deprisa por mucho que lo mire. ¿Está esperando a un amigo?

—Sí, eso es. ¡A un amigo!

—Supongo que no será una dama, monsieur l'Abbé —dijo sir Percy, riendo—. Me imagino que la santa iglesia no permitirá… ¿eh?… Pero acérquese al fuego… Empieza a hacer un frío de mil demonios.

Dio una patada a la leña con el tacón de su bota, y los troncos soltaron una llamarada. Al parecer, sir Percy no tenía ninguna prisa por marcharse, y estaba totalmente ajeno al peligro que le acechaba. Arrastró otra silla hasta la chimenea, y Chauvelin, cuya impaciencia era ya incontrolable, se sentó junto al hogar, de tal modo que podía dominar la puerta desde su asiento. Desgas se había marchado hacía casi un cuarto de hora. En su dolor, Marguerite comprendió con toda claridad que, en cuanto llegara su subordinado, Chauvelin abandonaría todos los

demás planes concernientes a los fugitivos para capturar al desvergonzado Pimpinela Escarlata de inmediato.

—Eh, monsieur Chauvelin —dijo sir Percy animadamente —, dígame, ¿es guapa su amiga? Hay que ver lo hermosas que son algunas francesitas… Pero, claro, no tengo por qué preguntar estas cosas —añadió, dirigiéndose con aire indolente hacia la mesa en la que habían cenado—. En materia de buen gusto, la iglesia nunca se ha quedado atrás…

Pero Chauvelin no le prestaba atención. Tenía los cinco sentidos clavados en la puerta por la que entraría Desgas de un momento a otro.

También los pensamientos de Marguerite estaban centrados allí, porque sus oídos habían percibido de repente, en medio del silencio de la noche, el ruido de numerosas pisadas rítmicas no muy lejos.

Eran Desgas y sus hombres. ¡Tres minutos más y entrarían en la posada! Tres minutos más y ocurriría algo espantoso: la valiente águila caería en la trampa. Marguerite hubiera querido gritar, pero no se atrevió ni siquiera a moverse; porque mientras oía a los soldados aproximarse, miraba a Percy, observando cada uno de sus movimientos. Estaba junto a la mesa, sobre la que estaban desparramados los restos de la cena; platos, vasos, cucharas, saleros y pimenteros. Se encontraba de espaldas a Chauvelin, y seguía charlando, afectada y neciamente, como de costumbre, pero sacó la caja de rapé del bolsillo, y vació rápidamente en ella el contenido del pimentero.

Se volvió hacia Chauvelin, riendo neciamente.

—¿Eh? ¿Ha dicho algo, señor?

Chauvelin estaba demasiado pendiente del ruido de los pasos que se aproximaban para observar lo que acababa de hacer su enemigo. Recuperó su aplomo, tratando de parecer despreocupado aun estando a punto de obtener la victoria.

—No —dijo—, o sea… como usted decía, sir Percy…

—Decía que el judío de Piccadilly me ha vendido esta vez el mejor rapé que he probado en mi vida —continuó Blakeney, dirigiéndose a Chauvelin, que estaba junto al fuego—. ¿Me hace usted el honor, monsieur l'Abbé?

Se acercó a Chauvelin, con su habitual actitud *débonnaire*, despreocupada, y le ofreció la caja de rapé a su archienemigo.

A Chauvelin, que, como le había dicho a Marguerite en una ocasión, había visto más de uno o dos trucos en su vida, jamás se le hubiera ocurrido ninguno como aquél. Con un oído pendiente de las pisadas que se aproximaban cada vez más, y un ojo clavado en la puerta por la que entrarían Desgas y sus hombres de un momento a otro, tranquilizado por la actitud indolente del desvergonzado inglés, no podía sospechar ni remotamente la trampa que iba a tenderle.

Cogió un pellizco de rapé.

Sólo quien haya aspirado vigorosamente cierta cantidad de pimienta por accidente podrá hacerse una ligera idea del estado de impotencia al que queda reducido un ser humano.

Chauvelin experimentó la sensación de que la cabeza le iba a estallar; sin parar de estornudar, estuvo a punto de ahogarse; se quedó ciego, sordo y mudo durante unos instantes, instantes que Blakeney aprovechó para coger su sombrero tranquilamente, sin la menor prisa, sacar unas monedas del bolsillo, que dejó en la mesa, y abandonar la habitación con la misma calma.

XXVI - EL JUDÍO

Marguerite tardó un buen rato en poner sus dispersas ideas en orden; el episodio que se cuenta en el capítulo anterior se había desarrollado en el plazo de menos de un minuto, y Desgas y los soldados se encontraban aún a unos doscientos metros del *Chat Gris*.

Cuando se dio cuenta de lo que había ocurrido, su corazón se llenó de una extraña mezcla de alegría y asombro. Había sido tan limpio, tan ingenioso… Chauvelin seguía inmovilizado, impotente, mucho más que si hubiera recibido un puñetazo, pues ni podía ver, ni oír ni hablar, mientras que su astuto enemigo se le había escapado de las manos tranquilamente.

Blakeney se había marchado; sin duda intentaría reunirse con los fugitivos en la cabaña del *Pére Blanchard*. De momento, Chauvelin había quedado completamente inutilizado; también de momento, Desgas y sus hombres no habían apresado al audaz Pimpinela Escarlata. Pero las patrullas rondaban por todas las carreteras y la playa. Todo esta vigilado, y no se perdía de vista a ningún extranjero. ¿Hasta dónde podría llegar Percy con sus vistosas ropas sin que lo descubrieran y lo siguieran?

Marguerite se lamentó de no haber salido a su encuentro antes para decirle las palabras de aviso y amor que probablemente necesitaba. Percy no podía conocer las órdenes que Chauvelin había dado para su captura, y quizá en aquel mismo momento…

Pero antes de que estos terribles pensamientos adoptaran una forma concreta en el cerebro de Marguerite, oyó estruendo de armas afuera, junto a la puerta, y la voz de Desgas que gritaba: «¡Alto!» a sus hombres.

Chauvelin se había repuesto un poco; los estornudos eran menos fuertes, y se puso de pie con dificultad. Logró llegar a la puerta justo cuando Desgas llamaba.

Chauvelin abrió la puerta de golpe, y antes de que su secretario pudiera pronunciar palabra, tartamudeó entre estornudo y estornudo:

—El extranjero alto… ¡Deprisa!… ¿Lo ha visto alguien?

—¿Dónde, ciudadano? —preguntó Desgas, sorprendido.

—¡Aquí mismo! ¡Acaba de salir por esa puerta, no hace ni cinco minutos!

—Nosotros no hemos visto nada, ciudadano. Todavía no ha salido la luna, y…

—Y usted ha llegado con cinco minutos de retraso, amigo mío —replicó Chauvelin, con furia reconcentrada.

—Ciudadano… yo…

—Ha hecho lo que le ordené —le interrumpió Chauvelin, con impaciencia—. Ya lo sé. Pero ha tardado demasiado tiempo. Por suerte, no ha ocurrido nada irreparable, pues en otro caso le irían muy mal las cosas, ciudadano Desgas.

Desgas empalideció ligeramente. La actitud de su superior denotaba una ira y un odio terribles.

—El extranjero alto, ciudadano… —tartamudeó.

—Estaba aquí, en esta misma habitación, hace cinco minutos, cenando en esa mesa. ¡Qué desvergüenza la suya! Por razones evidentes, no me atreví a enfrentarme a él yo solo. Brogard es un imbécil, y ese maldito inglés da la impresión de tener la fuerza de un toro, así que se ha escapado delante de mis narices.

—No puede ir muy lejos sin que lo descubran, ciudadano.

—¿Ah, no?

—El capitán Jutley ha enviado cuarenta hombres de refuerzo a la patrulla de servicio, veinte de ellos a la playa. Me ha asegurado una vez más que ha habido vigilancia constante durante todo el día, y que es imposible que un desconocido llegue a la playa o coja una barca sin que le vean.

—Muy bien. ¿Saben los hombres lo que tienen que hacer?

—Han recibido órdenes muy claras, ciudadano; y he hablado yo mismo con los que iban a partir. Deben seguir, con la mayor discreción posible, a cualquier extranjero que vean, especialmente si es alto o si va encorvado para disimular su estatura.

—No deben detenerlo bajo ninguna circunstancia, naturalmente —se apresuró a añadir Chauvelin—. Ese desvergonzado Pimpinela Escarlata se escaparía de unas manos torpes. Tenemos que dejarle llegar a la cabaña del *Pére Blanchard*, y una vez allí, rodearle y capturarle.

—Los hombres lo saben, ciudadano, y también que, en cuanto descubran a un extranjero de elevada estatura, deben seguirlo, mientras que un hombre viene inmediatamente aquí a comunicárselo a usted.

—Eso es —dijo Chauvelin, frotándose las manos con gran satisfacción.

—Traigo más noticias, ciudadano.

—¿De qué se trata?

—Un inglés muy alto ha mantenido una larga conversación hace unos tres cuartos de hora con un judío, llamado Rubén, que vive a poca distancia de aquí.

—¿Y qué? —preguntó Chauvelin, con impaciencia.

—La conversación giró en torno a un caballo y un carro que el inglés quería alquilar, y que el judío debía tenerle preparados para las once.

—Ya son más de las once. ¿Dónde vive el tal Rubén?

—A unos minutos a pie de aquí.

—Envíe a un hombre para que averigüe si el inglés se ha marchado en el carro del tal Rubén.

—Sí, ciudadano.

Desgas fue a dar las órdenes pertinentes a uno de los hombres. Marguerite no se había perdido ni una sola palabra de la conversación mantenida entre Chauvelin y su secretario, y experimentó la sensación de que cada palabra que pronunciaban se clavaba en su corazón, llenándolo de impotencia y de oscuros presentimientos.

Había ido hasta allí con grandes esperanzas y una firme resolución, dispuesta a ayudar a su marido, y hasta entonces no había podido hacer nada, salvo observar, con el corazón transido de angustia, las mallas de la red mortal que se iba estrechando en torno al audaz Pimpinela Escarlata.

Percy no podía dar muchos pasos sin que los ojos que le espiaban le descubrieran y denunciaran. Su propia impotencia despertó en ella una terrible sensación de decepción absoluta. Las posibilidades de resultar útil a su marido eran casi nulas, y su única esperanza radicaba en que le permitieran compartir su suerte, cualquiera que ésta fuera.

De momento, incluso las posibilidades de volver a ver al hombre que amaba eran muy remotas. Sin embargo, estaba decidida a vigilar estrechamente a su enemigo, y en su corazón nació la débil esperanza de que, mientras no perdiese de vista a Chauvelin, la balanza del destino aún podría inclinarse a favor de Percy.

Desgas dejó a Chauvelin paseando taciturno por la habitación, y salió a esperar a que regresara el hombre que había enviado a buscar a Rubén. Transcurrieron varios minutos, durante los cuales Chauvelin dio claras muestras de estar consumido por la impaciencia. Parecía como si no confiara en nadie; la última faena que le había hecho Pimpinela Escarlata le hacía dudar repentinamente de que

fuera a obtener la victoria final a menos que él mismo dirigiera y supervisara la captura de aquel inglés desvergonzado.

Al cabo de unos cinco minutos regresó Desgas, seguido por un judío de edad con una gabardina sucia y raída, desgastada y grasienta en los hombros. Su pelo rojizo, que llevaba peinado al estilo de los judíos polacos, con una especie de tirabuzones a ambos lados de la cara, estaba salpicado de gris en muchos puntos, y la capa de mugre de las mejillas y la barbilla le daban un aspecto insólitamente desaliñado y repulsivo. Tenía la chepa que habitualmente adoptaban los de su raza para mostrar una falsa humildad en siglos pasados, antes del advenimiento de la igualdad y la libertad en materia de fe, y caminaba detrás de Desgas con esa forma especial de arrastrar los pies que siempre ha distinguido al mercader judío del continente europeo hasta nuestros días.

Chauvelin, que albergaba los mismos prejuicios que todos los franceses hacia esa raza tan despreciada, le hizo un gesto a aquel individuo para indicarle que se mantuviera a una distancia respetuosa. El grupo integrado por los tres hombres se encontraba justo debajo de la lámpara de aceite que colgaba del techo, y Marguerite podía verlos con toda claridad.

—¿Es éste el hombre que buscábamos? —preguntó Chauvelin.

—No, ciudadano —contestó Desgas—. No hemos encontrado a Rubén, pero, al parecer, este hombre sabe algo que está dispuesto a vender a cambio de cierta cantidad.

—¡Ah! —dijo Chauvelin, apartándose con repugnancia del odioso ejemplar humano que tenía frente a él.

El judío, con una paciencia característica, se quedó humildemente a un lado, apoyado en un bastón grueso y nudoso, con el grasiento sombrero de ala ancha

oscureciendo su mugrienta cara, a la espera de que su Excelencia se dignara hacerle alguna pregunta.

—El ciudadano asegura —le dijo Chauvelin en tono imperioso— que sabes algo sobre mi amigo, ese inglés tan alto, y yo quisiera verle... *Morbleu!* ¡Mantén las distancias! —añadió de inmediato, al ver que el judío se apresuraba a dar unos pasos hacia él ansiosamente.

—Sí, Excelencia —replicó el judío, que hablaba con ese ceceo especial que denota los orígenes orientales—. Rubén Goldstein y yo hemos visto esta noche a un inglés muy alto en la carretera, cerca de aquí.

—¿Hablasteis con él?

—El vino a hablar con nosotros, Excelencia. Quería saber si podía alquilar un caballo y un carro para ir a un sitio al que quería llegar esta noche por la carretera de St. Martin.

—¿Qué le dijisteis?

—Yo no dije nada —repuso el judío en tono ofendido—. Rubén Goldstein, ese maldito traidor, ese hijo de Belial...

—Déjate de tonterías —le interrumpió Chauvelin bruscamente—, y sigue contando qué ocurrió.

—Me quitó la palabra de la boca, Excelencia. Estaba yo a punto de ofrecerle al acaudalado inglés mi caballo y mi carro, para llevarlo a donde se le antojara, cuando Rubén se me adelantó y ofreció su jaca, que está famélica, y su carro desvencijado.

—¿Y qué hizo el inglés?

—Le hizo caso a Rubén Goldstein, Excelencia, y sin pensárselo dos veces, se metió la mano en el bolsillo, sacó un puñado de monedas de oro, y se las enseñó a ese descendiente de Belcebú, diciéndole que todo aquello sería suyo si le tenía preparado el caballo y el carro a las once.

—Y, naturalmente, el caballo y el carro estaban listos a esa hora...

—¡Bueno, por decirlo de alguna manera, estaban listos, Excelencia! La jaca de Rubén andaba coja, como de costumbre, y al principio se negaba a moverse. Hasta pasado un rato, después de darle muchas patadas, no echó a andar —dijo el judío con una risita maliciosa.

—¿Y se marcharon?

—Sí, se marcharon hace cinco minutos, más o menos. Yo estoy muy enfadado por la estupidez del extranjero ese. ¡Inglés tenía que ser! Debería haber visto que la jaca de Rubén no estaba en condiciones de tirar de un carro…

—Pero no tenía otra elección…

—¿Que no tenía otra elección, Excelencia? —protestó el judío ásperamente—. ¿Acaso no le repetí cien veces que con mi caballo y mi carro iría más rápido y más cómodo que con ese saco de huesos que tiene Rubén? Pero no me hizo caso. Rubén es un embustero que sabe embaucar a la gente. Engañó al extranjero. Si tenía prisa, hubiera empleado mejor su dinero alquilando mi carro.

—Entonces, ¿tú también tienes un caballo y un carro? —preguntó Chauvelin en tono imperioso.

—Claro que sí, Excelencia, y si su Excelencia desea usarlos…

—¿No sabrás por casualidad por dónde se fue mi amigo con el carro de Rubén Goldstein?

El judío se frotó la barbilla pensativamente. El corazón de Marguerite latía tan deprisa que parecía que estuviera a punto de estallar. Había oído la imperiosa pregunta; miró angustiada al judío, pero no pudo distinguir su rostro ensombrecido por el ancho ala del sombrero. Pensó vagamente que aquel hombre tenía la suerte de Percy en sus largas y sucias manos.

Se hizo un largo silencio, durante el cual Chauvelin miró con el ceño fruncido, impaciente, a la encorvada figura que estaba frente a él. Al fin, el judío se metió lentamente la

mano en el bolsillo del pecho y de sus profundidades sacó varias monedas de plata. Las contempló, pensativo, y a continuación dijo quedamente:

—Esto es lo que me dio el extranjero, antes de marcharse con Rubén, para que mantuviera la boca cerrada y no hablara de él. Chauvelin se encogió de hombros, impaciente.

—¿Cuánto hay ahí? —preguntó.

—Veinte francos, Excelencia —contestó el judío—, y he sido un hombre honrado toda mi vida.

Sin añadir palabra, Chauvelin sacó unas monedas de oro de su bolsillo, las puso en la palma de su mano y las hizo tintinear al tendérselas al judío.

—¿Cuántas monedas de oro tengo en la palma de la mano? —preguntó en voz baja.

Saltaba a la vista que no quería asustar al hombre, sino ganárselo para que sirviera a sus propósitos, pues su actitud era afable y tranquila. Sin duda temía que la amenaza de la guillotina y otros métodos de persuasión similares no hicieran mella en la mente del viejo, y sospechaba que era más probable que le resultara útil movido por la avaricia que por el miedo a la muerte.

Los ojos del judío lanzaron una mirada rápida y penetrante al oro que brillaba en la mano de su interlocutor.

—Yo diría que al menos cinco, Excelencia —contestó en tono servil.

—¿Crees que serán suficientes para soltar esa lengua tan honrada que tienes?

—¿Qué desea saber, Excelencia?

—Si tu caballo y tu carro pueden llevarme hasta donde se encuentra mi amigo, ese extranjero tan alto, que se ha marchado en el carro de Rubén Goldstein.

—Mi caballo y mi carro pueden llevar allí a su Excelencia cuando lo desee.

—¿A un lugar llamado la cabaña del *Pére Blanchard*?

—¿Cómo lo ha adivinado su Excelencia? —preguntó el judío, atónito.

—¿Conoces ese sitio?

—Sí lo conozco, Excelencia.

—¿Por qué carretera se va?

—Por la de St. Martin, Excelencia, y después hay que coger un sendero que lleva a los acantilados.

—¿Conoces la carretera? —repitió Chauvelin secamente.

—Hasta la piedra y el hierbajo más pequeño que hay en ella, Excelencia —contestó el judío en voz baja.

Sin añadir ningún comentario, Chauvelin arrojó las cinco monedas de oro, una tras otra, ante el judío, que se arrodilló y las recogió dificultosamente a gatas. Una salió rodando, y le costó mucho trabajo recuperarla, pues había quedado oculta bajo el aparador. Chauvelin esperó tranquilamente mientras el viejo se arrastraba por el suelo para buscarla.

Cuando el judío logró ponerse de pie trabajosamente, Chauvelin dijo:

—¿Cuánto tardarías en preparar el caballo y el carro?

—Ya están preparados, Excelencia.

—¿Dónde?

—A menos de diez metros de esta casa. Si su Excelencia tiene a bien echarles una ojeada…

—No necesito verlos. ¿Hasta dónde puedes llevarme?

—Hasta la cabaña del *Pére Blanchard*, Excelencia, y más lejos de lo que la jaca de Rubén ha llevado a su amigo. Estoy seguro de que a menos de dos leguas de aquí nos toparemos con ese tramposo de Rubén, su jaca, su carro y el extranjero tirados en mitad de la carretera.

—¿A qué distancia está el pueblo más cercano?

—Por la carretera que sigue el inglés, el pueblo más cercano es Miquelon, a menos de dos leguas de aquí.

—¿Podría coger otro medio de transporte si quisiera ir más lejos?

—Sí que podría… si es que ha llegado hasta allí.

—Y tú, ¿podrías llevarme?

—¿Quiere intentarlo su Excelencia?

—Esa es mi intención —contestó Chauvelin en voz baja—, pero recuerda que si me has engañado, ordenaré a dos de mis soldados más fornidos que te den una paliza de tal calibre que te molerán todos los huesos de tu feo cuerpo. Pero si encontramos a mi amigo el inglés, en la carretera o en la cabaña del *Pére Blanchard*, recibirás otras diez monedas de oro. ¿Aceptas el trato?

El judío volvió a frotarse la barbilla pensativamente. Miró el dinero que tenía en la mano, y a continuación a su severo interlocutor y a Desgas, que estaba detrás de él.

—En silencio —añadió Chauvelin—. Y recuerda que, o cumples tu parte del trato, o te juro que yo cumpliré la mía.

Tras una última reverencia, servil y medrosa, el viejo judío abandonó la habitación arrastrando los pies. Chauvelin parecía complacido con los resultados de la entrevista, pues se frotó las manos con aquel gesto suyo de maligna satisfacción.

—Mi chaqueta y mis botas —le dijo a Desgas.

Desgas fue hasta la puerta, y debió dar las órdenes pertinentes, pues al cabo de breves instantes entró un soldado con la capa, las botas y el sombrero de Chauvelin.

Este se quitó la sotana, bajo la cual llevaba unos calzones ajustados y un chaleco de paño, y procedió a cambiarse de atuendo.

—Mientras tanto, ciudadano —le dijo a Desgas—, vaya usted a ver al capitán Jutley lo más deprisa posible, y dígale que le dé doce soldados más. Llévelos por la carretera de St. Martin, y dentro de poco tiempo alcanzarán el carro del judío en el que partiré ahora mismo. O mucho me equivoco, o se va a armar una buena en la cabaña del *Pére Blanchard*. Le garantizo que al llegar allí acorralaremos a nuestra presa,

pues ese desvergonzado Pimpinela Escarlata ha tenido la osadía, o la estupidez, no sabría decir cuál de las dos cosas, de mantener el plan que había preparado al principio. Ha ido a reunirse con De Tournay, St. Just y los demás traidores, algo que yo pensaba que de momento no tenía intención de hacer. Cuando los encontremos, serán una banda de hombres desesperados y cercados. Supongo que algunos de nuestros hombres quedarán fuera de combate. Esos monárquicos son buenos espadachines, y el inglés es endiabladamente astuto, y parece muy fuerte. De todos modos, seremos al menos cinco contra uno. Usted puede seguir al carro de cerca con sus hombres, por la carretera de St. Martin, pasando por Miquelon. El inglés va delante de nosotros, y no creo que se le ocurra mirar hacia atrás.

Mientras daba las órdenes, concisa y secamente, terminó de cambiarse de atuendo. Se había desprendido del traje de sacerdote, y estaba vestido de nuevo con las ropas oscuras y ajustadas de costumbre. Por último cogió el sombrero.

—Voy a poner en sus manos un prisionero muy interesante —dijo soltando una risita, al tiempo que tomaba del brazo a Desgas con una familiaridad inusitada y le acompañaba hasta la puerta—. No lo mataremos inmediatamente, ¿eh, amigo Desgas? La cabaña del *Pére Blanchard* —estoy seguro de no equivocarme— se encuentra en un lugar solitario de la playa, y nuestros hombres tendrán la oportunidad de hacer un poco de deporte cazando el zorro herido. Elija bien los hombres que va a llevar, amigo Desgas… de la clase que disfruta con ese tipo de deporte, ¿eh? Tenemos que asegurarnos de que Pimpinela Escarlata sufre un poco… pero ¿qué digo?… que se asusta y tiembla, ¿eh?… antes de que le… —hizo un gesto expresivo, al tiempo que soltaba una carcajada maligna, que a Marguerite le llenó el alma de un terror mortal.

—Elija bien a sus hombres, ciudadano Desgas —repitió, mientras acompañaba a su secretario a la puerta.

XXVII - LA PERSECUCIÓN

Marguerite Blakeney no vaciló ni un instante. Afuera, junto a la puerta del *Chat Gris*, se habían desvanecido los últimos ruidos en la noche. Oyó a Desgas dar órdenes a sus hombres, y a continuación dirigirse hacia el fuerte para pedir otros doce hombres de refuerzo: pensaban que seis no serían suficientes para capturar al astuto inglés, cuya ingeniosa mente era aún más peligrosa que su valor y fortaleza.

Al cabo de unos minutos, volvió a oír la ronca voz del judío, azuzando a su jaca, y a continuación el retumbar de unas ruedas y el ruido de un carro desvencijado que avanzaba a trompicones por la desigual carretera.

Todo estaba en silencio en la posada. Brogard y su mujer, aterrorizados de Chauvelin, no habían dado la menor señal de vida: esperaban que se olvidara de ellos y pasar desapercibidos. Marguerite ni siquiera oyó el habitual torrente de juramentos entre dientes.

Esperó unos momentos más, y descendió silenciosamente las viejas escaleras, se ciñó la oscura capa y salió de la posada sin hacer ruido.

Era noche cerrada, y la negrura impedía distinguir su oscura silueta. Sus agudos oídos seguían con atención el carro que iba delante de ella. Caminando por las sombras de la zanja que bordeaba la carretera, confiaba en que no la descubrieran los hombres de Desgas cuando se acercaran

allí, ni las patrullas que, según creía, debían estar aún de servicio.

Así inició la última etapa de su desesperado y angustioso viaje, ella sola, por la noche, y a pie. Faltaban casi tres leguas para llegar a Miquelon, y después tendría que continuar hasta la cabaña del *Pére Blanchard*, dondequiera que se encontrase aquel lugar fatídico, caminando seguramente por senderos escabrosos; pero no le importaba.

La jaca del judío no avanzaba muy deprisa, y aunque Marguerite se sentía agotada, de cansancio mental y tensión nerviosa, sabía que podría mantenerse fácilmente al mismo paso que el carro por una carretera empinada en la que el pobre animal, que sin duda estaría medio muerto de hambre, tendría que descansar cada poco trecho. La carretera discurría a cierta distancia del mar, rodeada a ambos lados de arbustos y árboles achaparrados, cubiertos de escaso follaje, inclinados por los efectos del viento del norte, con las ramas como cabellos fantasmales y rígidos en la semioscuridad, azotados por vientos continuos.

Por suerte, la luna no mostraba el menor deseo de asomarse entre las nubes, y Marguerite, pegándose al borde de la carretera, agachada junto a la hilera de arbustos, quedaba oculta a las miradas indiscretas. Todo a su alrededor respiraba un silencio absoluto: sólo a lo lejos, muy a lo lejos, se oía el ruido del mar, como un tenue gemido.

El aire era fresco y tonificante; tras el prolongado período de inactividad en la miserable posada llena de olores repugnantes, Marguerite hubiera disfrutado de los dulces aromas de aquella noche de otoño, y del lejano tronar melancólico de las olas, se hubiera deleitado con la tranquilidad y el silencio de aquel solitario paisaje, de la calma que sólo interrumpía de vez en cuando el grito estridente y lastimero de una gaviota lejana y el rechinar de las ruedas, carretera abajo; hubiera gozado de la tranquila

atmósfera, de la sosegada inmensidad de la Naturaleza en aquella zona solitaria de la costa, pero su corazón rebosaba de crueles presentimientos, de un intenso dolor y una profunda nostalgia por un ser que era infinitamente importante para ella.

Sus pies resbalaban en la hierba del borde de la carretera, pues le parecía más seguro no ir por el centro, y le costaba trabajo caminar a buen paso por la pendiente enfangada. También pensó que sería mejor no acercarse demasiado al carro; el silencio era tan profundo que el crujir de las ruedas le serviría de guía.

La desolación era absoluta. Ya había dejado muy atrás las débiles luces de Calais, y en la carretera no se veía el menor rastro de habitación humana, ni siquiera una cabaña de pescador o de leñador; a la derecha, muy lejos, se extendía el borde de un acantilado, y más abajo, la accidentada playa, contra la que se estrellaba la marea creciente con su distante y continuo murmullo. Y delante de Marguerite, el crujir de las ruedas, que llevaba a su enemigo implacable camino de la victoria.

Marguerite se preguntó en qué punto de la solitaria costa se encontraría Percy en aquellos momentos. Sin duda no podía andar muy lejos, pues le sacaba menos de un cuarto de hora de ventaja a Chauvelin. Pensó si sabría que en aquel trocito de Francia fresco y aromatizado por el océano acechaban muchos espías, todos ellos impacientes por avistar su alta silueta, por seguirle hasta donde le esperaban sus amigos, que no sospechaban nada, y por arrojar sobre él y sobre ellos una red mortal.

Chauvelin, que avanzaba en el renqueante carro del judío, estaba absorto en pensamientos muy agradables. Se frotó las manos, satisfecho, al pensar en la tela de araña que había tejido, y de la que aquel inglés audaz y ubicuo no tenía la menor posibilidad de escapar. A medida que

transcurría el tiempo, mientras el viejo judío le llevaba sin prisa pero sin pausa por la oscura carretera, se sentía más y más impaciente por el grandioso final de aquella excitante persecución del misterioso Pimpinela Escarlata.

La captura del valeroso conspirador sería la hoja más destacada de la corona de gloria del ciudadano Chauvelin. Sorprendido con las manos en la masa, en el momento preciso en que ayudaba a unos traidores a la república de Francia, el inglés no podría pedir protección a su país. Además, Chauvelin estaba decidido a que cualquier intercesión llegara demasiado tarde.

No sintió el menor escrúpulo ni un segundo, al pensar en la terrible situación en que había colocado a una esposa desgraciada que había traicionado involuntariamente a su marido. La verdad era que Chauvelin ni siquiera pensaba en ella: había sido un instrumento útil y nada más.

La famélica jaca del judío apenas podía hacer algo más que caminar. Trotaba pesadamente, y el conductor tenía que pararla con frecuencia.

—¿Falta mucho para Miquelon? —preguntaba Chauvelin de cuando en cuando.

—Ya no está lejos, Excelencia —contestaba invariablemente el judío, muy tranquilo.

—Todavía no nos hemos topado con tu amigo y el mío, tirados en mitad de la carretera, como tú decías —comentó Chauvelin sarcásticamente.

—Paciencia, Excelencia —replicó el hijo de Moisés—. Van delante de nosotros. Distingo las huellas de las ruedas del carro que lleva ese traidor, ese hijo de Amalaquita.

—¿Estás seguro de que no te has equivocado de carretera?

—Tan seguro como de la presencia de esas diez monedas de oro en los bolsillos de su Excelencia, que confío en que acaben pasando a los míos.

—No te quepa duda de que serán tuyas en cuanto le haya estrechado la mano a mi amigo el inglés.

—¿Eh? ¿Qué ha sido eso? —exclamó el judío de repente.

En medio del silencio, que hasta entonces había sido absoluto, se distinguía claramente el ruido de cascos de caballo sobre la enfangada carretera.

—Son soldados —añadió medroso, en un susurro.

—Espera un momento. Quiero comprobarlo —dijo Chauvelin.

Marguerite también había oído el ruido de unos cascos al galope, que se aproximaban al carro y hacia ella. Prestó atención durante unos segundos a los ruidos circundantes, pensando que Desgas y su escuadrón pronto los alcanzarían, pero aquello procedía de la dirección contraria, probablemente de Miquelon. La oscuridad le proporcionaba suficiente protección. Se dio cuenta de que el carro se detenía, y con suma cautela, pisando sin ruido sobre la carretera reblandecida, se acercó un poco.

El corazón le latía muy deprisa, y temblaba de pies a cabeza; ya había adivinado las noticias de que eran portadores aquellos jinetes: «Hay que vigilar a cualquier extranjero que pase por estas carreteras o por la playa, sobre todo si es muy alto o si va encorvado, para disimular su estatura; cuando se le descubra, que venga inmediatamente un mensajero a caballo a comunicármelo». Esas eran las órdenes de Chauvelin. ¿Habrían descubierto al extranjero alto, y sería aquél el mensajero a caballo portador de la gran noticia, que la liebre acosada al fin había metido la cabeza en el lazo corredizo?

Al ver que el carro se había detenido, Marguerite se deslizó hacia él en la oscuridad, con cuidado, para situarse a la distancia conveniente para enterarse de las noticias que traía el mensajero.

Oyó las palabras de la contraseña, pronunciadas apresuradamente: «*Liberté, Fraternité, Egalité!*», y, a continuación, la rápida pregunta de Chauvelin:

—¿Qué novedades hay?

Dos hombres a caballo se habían detenido junto al vehículo.

Marguerite vio sus siluetas recortadas contra el cielo de medianoche. Oyó sus voces, y el bufido de sus caballos, y de pronto, detrás de ella, no muy lejos, las pisadas regulares y rítmicas de un grupo de soldados desfilando: Desgas y sus hombres.

Se hizo un largo silencio, durante el cual Chauvelin debió demostrar su identidad a los soldados, pues al cabo de unos momentos se sucedió una serie de preguntas y respuestas:

—¿Han visto al extranjero? —preguntó Chauvelin impacientemente.

—No, ciudadano, no hemos visto a ningún extranjero de elevada estatura. Hemos venido siguiendo el borde del acantilado.

—¿Y bien?

—A menos de un cuarto de legua, pasado Miquelon, encontramos un edificio de madera muy burdo, que parecía una cabaña de pescador, para guardar redes y herramientas. Al principio, nos dio la impresión de que estaba vacía, y pensábamos que no tenía nada sospechoso hasta que vimos que salía humo por una abertura en un lateral. Desmonté y me acerqué a la casa sin hacer ruido. Estaba vacía, pero en un rincón había una hoguera de carbón, y un par de taburetes. Consulté a mis camaradas, y decidimos que ellos se ocultaran con los caballos, a una distancia que no pudieran verlos desde la cabaña, y que yo me quedara vigilando, y eso es lo que hice.

—¡Muy bien! ¿Y vio algo?

—Al cabo de media hora, oí unas voces, ciudadano, y a los pocos momentos aparecieron dos hombres en el borde del acantilado. Me pareció que venían de la carretera de Lille. Uno era joven, y el otro bastante viejo. Iban hablando en voz muy baja, y no pude oír lo que decían.

Uno era joven, y el otro bastante viejo. El atribulado corazón de Marguerite casi dejó de latir al oír las palabras de aquel hombre: el joven, ¿sería Armand, su hermano? Y el viejo, ¿de Tournay? ¿Serían los dos fugitivos que, sin que ellos lo supieran, iban a servir de cebo para atrapar a su noble e intrépido salvador?

—Los dos entraron en la cabaña —prosiguió el soldado, mientras Marguerite, con los nervios en tensión, creyó percibir la risa triunfal de Chauvelin—, y yo me acerqué un poco más. La casa tiene unas paredes muy delgadas, y me enteré de algunos retazos de la conversación que mantenían.

—¡Vamos, deprisa! ¿Qué oyó?

—El viejo preguntó al joven si estaba seguro de que estaban en el lugar convenido. «Sí, claro» contestó el joven; «estoy completamente seguro». Le enseñó a su compañero un papel que llevaba a la luz de la hoguera. «Este es el plan que me dio antes de que yo saliera de Londres», le dijo. «Nosotros debíamos seguir este plan al pie de la letra, a menos que recibiera órdenes contrarias, y no las he recibido. Mire, ésta es la carretera por la que hemos venido… Aquí está la bifurcación… Este es el atajo de la carretera de St. Martin… y éste es el sendero por el que hemos llegado al borde del acantilado». En ese momento debí hacer algún ruido, porque el joven fue hasta la puerta de la cabaña, y miró a su alrededor muy preocupado. Cuando volvió a reunirse con su compañero, hablaron en voz tan baja que no pude oírles.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Chauvelin, impaciente.

—Los que patrullábamos por esa parte de la playa éramos seis en total. Entre todos decidimos que lo mejor sería que se quedaran cuatro para vigilar la cabaña, y que mi camarada y yo volviésemos aquí inmediatamente para comunicarle lo que habíamos visto.

—¿Y no encontraron ni rastro del extranjero?

—Ni rastro, ciudadano.

—Si sus camaradas le vieran, ¿qué harían?

—No perderle de vista ni un momento, y si diera muestras de querer huir, o si apareciese una barca, le rodearían, y, si fuera necesario, dispararían contra él, y al oír el ruido de los disparos, el resto de la patrulla iría rápidamente a la cabaña. Pero, en cualquier caso, no le dejarían escapar.

—Sí, muy bien, pero no quiero que el extranjero resulte herido… todavía no —dijo Chauvelin con ferocidad—. Pero han cumplido ustedes con su deber. Quiera el destino que no sea demasiado tarde…

—Ahora mismo acabamos de ver a seis hombres que llevan varias horas patrullando por esta carretera.

—¿Y qué dicen?

—Que tampoco han visto a ningún extranjero.

—Sin embargo, tiene que ir delante de nosotros, en un carro o algo parecido… ¡Vamos! ¡No podemos perder ni un minuto! ¿A qué distancia está esa cabaña de aquí?

—A unas dos leguas, ciudadano.

—¿Podrá encontrarla otra vez… sin ninguna vacilación?

—Sin duda alguna, ciudadano.

—¿Por el sendero al borde del acantilado… y a pesar de la oscuridad?

—No es una noche demasiado oscura, ciudadano, y sé que seré capaz de encontrar el camino perfectamente —repitió con firmeza el soldado.

—Entonces, vámonos. Que su camarada lleve los caballos de los dos hasta Calais, porque no los van a necesitar. Camine junto al carro, y dígale al judío que continúe; después, cuando lleguen a un cuarto de legua del sendero, dígale que pare, y asegúrese de que coge el camino más directo.

Mientras Chauvelin pronunciaba estas palabras, Desgas y sus hombres se aproximaban rápidamente, y Marguerite oyó sus pisadas a unos cien metros detrás de ella. Pensó que sería imprudente quedarse donde estaba, además de innecesario, pues ya había oído suficiente. Experimentaba la sensación de haber perdido toda capacidad de sufrimiento: le parecía como si su corazón, sus nervios y su cerebro se hubieran insensibilizado tras tantas horas de incesante angustia que habían culminado en una terrible desesperación.

Pues ya no había la menor esperanza. A dos leguas escasas del lugar en que se encontraba, los fugitivos esperaban a su valiente libertador. Estaba en algún punto de aquella solitaria carretera, y al poco tiempo se reuniría con ellos; entonces se cerraría la trampa, hábilmente tendida, y dos docenas de hombres, al frente de otro cuyo odio era tan implacable como malvada su astucia, rodearían al pequeño grupo de fugitivos y a su audaz jefe. Los capturarían a todos. Como Chauvelin le había dado su palabra de honor, Armand quedaría libre, pero Percy, su marido, a quien Marguerite quería y adoraba cada vez más, caería en manos de su despiadado enemigo, que no albergaba ni un ápice de misericordia por un corazón valiente, ni el menor vestigio de admiración por un alma noble, y que únicamente mostraría un odio mortal a su astuto antagonista, que se había burlado de él tanto tiempo.

Marguerite oyó al soldado dar unas breves indicaciones al judío, y a continuación se retiró rápidamente al borde de la

carretera, y se agazapó bajo unos arbustos, al tiempo que Desgas y sus hombres se aproximaban.

Todos siguieron al carro sin hacer ruido, caminando lentamente por la oscura carretera. Marguerite esperó hasta que calculó que no la oiríàn, y echó a andar silenciosamente en medio de la oscuridad, que parecía haberse intensificado repentinamente.

XXVIII - LA CABAÑA DEL *PÉRE BLANCHARD*

Marguerite siguió caminando, como en sueños; la tela de araña iba estrechándose a cada momento sobre la vida del ser amado, que era lo más importante para ella. Su único objetivo consistía en volver a ver a su marido, decirle cuánto había sufrido, cómo se había equivocado, cuán poco le había comprendido. Había renunciado a la esperanza de salvarle: lo veía cercado por todas partes, y, desesperada, miró a su alrededor, en la oscuridad, preguntándose si finalmente caería en la trampa mortal que le había tendido su implacable enemigo.

El distante bramido de las olas la hizo estremecer; de cuando en cuando, el tétrico grito de un búho o de una gaviota la llenaban de un horror inexpresable. Pensó en aquellas bestias voraces —con forma humana— que acechaban a su presa y la aniquilaban tan despiadadamente como un lobo hambriento para satisfacer su apetito de odio. Marguerite no tenía miedo a la oscuridad; sólo temía a aquel hombre que iba delante de ella, sentado en el fondo de un burdo carro de madera, deleitándose en unos pensamientos de venganza que hubieran hecho reír encantados a los mismísimos demonios del infierno.

Tenía los pies doloridos. Le temblaban las rodillas, de puro cansancio corporal. Desde hacía días vivía en un auténtico torbellino de excitación; llevaba tres noches sin dormir como

era debido; caminaba por una carretera resbaladiza desde hacía casi dos horas, y a pesar de todo, su resolución no había flaqueado ni un momento. Vería a su marido, se lo contaría todo, y, si estaba dispuesto a perdonar el delito que había cometido en su ciega ignorancia, tendría la dicha de morir a su lado.

Debía caminar sumida casi en un trance, sostenida y guiada únicamente por el instinto, a la zaga del enemigo, cuando de repente sus oídos, armonizados con el más leve sonido por aquel instinto ciego, le dijeron que el carro se había parado y que los soldados habían hecho un alto. Habían llegado al punto de destino. Sin duda, no muy lejos, a la derecha, discurría el sendero que llevaba a los acantilados y a la cabaña.

Sin importarle los riesgos, se aproximó silenciosamente al lugar en que se encontraba Chauvelin, rodeado por la pequeña tropa: había bajado del carro y estaba dando órdenes a los hombres. Marguerite quería oírlas: las pocas posibilidades que aún le quedaban de ser útil a Percy radicaban en oír todos y cada uno de los detalles de los planes de su enemigo.

El punto en que se había detenido el grupo debía estar situado a unos ochocientos metros de la costa; el ruido del mar llegaba hasta allí muy débilmente. Chauvelin y Desgas, seguidos por los soldados, torcieron a la derecha de la carretera, seguramente para internarse en el sendero que llevaba al acantilado. El judío se quedó en la carretera, con el carro y la jaca.

Con infinita cautela, literalmente arrastrándose sobre manos y rodillas, Marguerite también torció a la derecha. Para ello, tuvo que gatear entre los arbustos de ásperas ramas, intentando hacer el menor ruido posible al avanzar, desgarrándose las manos y la cara con las ramas secas, pendiente tan sólo de oír sin que la vieran ni la oyeran. Por

suerte, como es habitual en esa zona de Francia, el sendero estaba flanqueado por un seto bajo y desigual, tras el cual había un arroyo seco, lleno de hierba áspera. Marguerite se refugió allí; nadie la vería, y podría intentar acercarse unos tres metros al lugar en que estaba Chauvelin, dando órdenes a los soldados.

—Bueno, ¿dónde está la cabaña del *Pére Blanchard*? —dijo en voz baja e imperiosa.

—A unos ochocientos metros de aquí, siguiendo el sendero —contestó el soldado que encabezaba el grupo desde hacía un rato—, y bajando después por el acantilado.

—Muy bien. Llévenos hasta allí. Antes de empezar a descender el acantilado, acérquese a la cabaña, haciendo el menor ruido posible, y compruebe si están dentro esos traidores monárquicos. ¿Entendido?

—Entendido, ciudadano.

—Y ahora, escúchenme todos con mucha atención —prosiguió Chauvelin gravemente, dirigiéndose a los soldados que le rodeaban—, pues es posible que a partir de ahora no podamos intercambiar palabra. Recuerden cada sílaba que yo pronuncie, como si su vida dependiera de su memoria. Además, es probable que así sea —añadió secamente.

—Le escuchamos, ciudadano —dijo Desgas—, y un soldado de la República jamás olvida una orden.

—Ustedes, los que han llegado hasta la cabaña, intentarán asomarse a ella. Si ven a un inglés con esos traidores, un hombre mucho más alto de lo normal, o que está encorvado como para disimular su estatura, silben rápidamente para avisar a sus camaradas. Entonces, los demás —añadió, dirigiéndose una vez más a todos los soldados— rodearán rápidamente la cabaña y entrarán en ella, y cada uno de ustedes se encargará de apresar a uno de los hombres que estén dentro, sin darles tiempo a que cojan sus armas de fuego. Si alguno se resiste, dispárenle a

los brazos o las piernas, pero no maten el inglés bajo ninguna circunstancia. ¿Han entendido?

—Sí, ciudadano.

—El hombre que tiene una estatura superior a la media seguramente tendrá también una fuerza superior a la media. Harán falta cuatro o cinco hombres para reducirlo.

Chauvelin hizo una breve pausa, y continuó:

—Si esos traidores monárquicos están solos todavía, cosa más que probable, avisen a los soldados que están esperando allí. Pónganse todos a cubierto tras las rocas que hay alrededor de la cabaña y esperen en completo silencio hasta que aparezca el inglés alto; ataquen la cabaña cuando se hayan asegurado de que él se encuentra dentro. Pero recuerden que deben ser tan cautelosos como lo es el lobo por la noche, cuando merodea junto a los corrales. No quisiera que esos monárquicos dieran la voz de alarma, y con que dispararan una pistola o dieran un grito sería suficiente para avisar a ese personaje tan alto de que se alejara del acantilado y de la cabaña, y —añadió con vehemencia—, es precisamente al inglés al que tienen ustedes la obligación de capturar esta noche.

—Sus órdenes serán obedecidas sin reservas, ciudadano.

—Bien. Empiecen a andar haciendo el menor ruido posible, y yo les seguiré.

—¿Qué hacemos con el judío, ciudadano? —preguntó Desgas, mientras los soldados enfilaban el sendero silenciosamente, como sombras sigilosas.

—¡Ah, sí! Me había olvidado de él —dijo Chauvelin, y volviéndose hacia el judío, lo llamó en tono imperioso.

—¡Eh, tú… Aarón, Moisés, Abraham, o como demonios te llames! —le dijo al viejo, que se había quedado junto a su famélica jaca, lo más lejos posible de los soldados.

—Benjamín Rosenbaum, para servirle, Excelencia —repuso humildemente.

—No me gusta oír tu voz, pero sí me gusta darte ciertas órdenes, que, si eres un hombre prudente, más te valdrá obedecer.

—Servidor de usted, Excelencia…

—Cierra esa repulsiva boca. Vas a quedarte aquí, ¿me oyes?, con el carro y el caballo, hasta que nosotros volvamos. No se te ocurra, bajo ninguna circunstancia, hacer el menor ruido, ni siquiera respirar más fuerte de lo necesario. Y no abandones tu puesto por nada del mundo, hasta que yo te lo ordene. ¿Entendido?

—Pero, Excelencia… —protestó el judío con voz lastimera.

—No hay «peros» que valgan, y no discutas —dijo Chauvelin en un tono que hizo temblar al tímido anciano de pies a cabeza—. Si, cuando yo vuelva, no te encuentro aquí, te juro solemnemente que, por mucho que intentes escapar y esconderte, te encontraré, y que sobre ti recaerá un castigo espantoso, tarde o temprano. ¿Me has oído?

—Pero, Excelencia…

—He dicho que si me has oído.

Todos los soldados se habían marchado, caminando sigilosamente, y los tres hombres estaban solos en la oscura y desolada carretera. Marguerite, oculta tras el seto, escuchaba las órdenes de Chauvelin como si fuera su sentencia de muerte.

—Le he oído, Excelencia —contestó el judío, tratando de acercarse a Chauvelin—, y juro por Abraham, Isaac, y Jacob, que obedeceré a su Excelencia absolutamente en todo, y que no me moveré del sitio hasta que su Excelencia se digne iluminar con la luz de su semblante a su humilde siervo; pero recuerde, Excelencia, que soy un pobre viejo; mis nervios no son tan fuertes como los de un soldado joven. Si acertaran a pasar por esta desolada carretera unos merodeadores nocturnos, es posible que me pusiera a gritar o que echara a correr del susto, y sería mi vida lo que estaría

en juego si cayera sobre mi cabeza un castigo terrible por algo que no puedo evitar.

El judío parecía verdaderamente angustiado; temblaba de pies a cabeza. Saltaba a la vista que no se le podía dejar sólo en aquella carretera oscura. El pobre hombre estaba en lo cierto; cabía la posibilidad de que, involuntariamente, movido por el terror, diera un alarido que sirviera de aviso al escurridizo Pimpinela Escarlata.

Chauvelin reflexionó unos instantes.

—¿Crees que si dejamos aquí el carro y el caballo no les pasará nada? —le preguntó secamente.

—A mi juicio —intervino Desgas— estarán más seguros sin ese judío sucio y cobarde que con él, ciudadano. No cabe duda de que, si se asusta, saldrá corriendo o se pondrá a chillar como un loco.

—Pero ¿qué puedo hacer con ese animal?

—¿Y si le ordena que vuelva a Calais, ciudadano?

—No, porque lo necesitaremos para que lleve a los heridos más tarde —replicó Chauvelin, con un gesto significativo.

Volvió a hacerse el silencio. Desgas esperaba la decisión de su jefe, y el judío gemía junto a su jaca.

—Bueno, viejo gandul y cobarde —dijo Chauvelin al fin—, será mejor que vengas detrás de nosotros. Tome, ciudadano Desgas, tápele la boca a ese tipo con este pañuelo.

Chauvelin le tendió un pañuelo a Desgas, que se puso a atarlo alrededor de la boca del judío con aire solemne. Benjamín se dejó amordazar dócilmente; saltaba a la vista que prefería aquella molestia a que lo dejaran solo en la oscura carretera de St. Martin. A continuación, los tres hombres echaron a andar en fila.

—¡Deprisa! —dijo Chauvelin, impaciente—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Y al poco rato, las pisadas firmes de Chauvelin y Desgas y los pasos vacilantes del viejo judío se desvanecieron en el sendero.

Marguerite no se había perdido ni una sola palabra de las órdenes de Chauvelin. Sus nervios estaban en tensión, con el objeto de comprender la situación en primer lugar y, a continuación, recurrir al ingenio que tantas veces había merecido el calificativo del más agudo de Europa, y que era lo único que podía resultarle útil en aquellos momentos.

En verdad, la situación era desesperada; un minúsculo grupo de hombres desprevenidos esperaba tranquilamente la llegada de su salvador, igualmente ajeno a la trampa que les habían tendido. Parecía tan terrible aquella red, extendida formando un círculo en mitad de la noche, en una playa solitaria, en torno a un puñado de hombres indefensos, indefensos porque estaban desprevenidos; y uno de ellos era el esposo al que Marguerite idolatraba, y otro el hermano al que quería. Pensó vagamente quiénes serían los demás... que también esperaban a Pimpinela Escarlata, con la muerte acechándoles detrás de cada roca del acantilado.

De momento Marguerite no podía hacer nada, salvo seguir a los soldados y a Chauvelin. Por temor a perderse no echó a correr para buscar aquella cabaña de madera y quizá llegar a tiempo de prevenir a los fugitivos y a su valiente libertador.

Durante unos segundos le pasó por la cabeza la idea de emitir un agudo grito —lo que tanto temía Chauvelin— para avisar a Pimpinela Escarlata y sus amigos, con la descabellada esperanza de que lo oyeran y huyeran antes de que fuera demasiado tarde. Pero no sabía a qué distancia del borde del acantilado se encontraba; no sabía si sus gritos llegarían a oídos de los hombres condenados. Quizá fuera demasiado prematuro, y no tendría ocasión de hacer

otra tentativa. La amordazarían, como al judío, y sería una prisionera impotente en manos de los hombres de Chauvelin.

Como un fantasma, avanzó sigilosamente bajo el seto; se había quitado los zapatos y llevaba las medias desgarradas. No sentía ni cansancio ni dolor; la indomable voluntad de reunirse con su marido, a pesar del destino adverso y de un enemigo astuto, anulaban toda sensación de molestia corporal y agudizaban sus instintos.

Sólo oía las pisadas rítmicas de los enemigos de Percy delante de ella; sólo veía, mentalmente, la cabaña de madera, y a él, a su marido, que caminaba ciegamente hacia su suerte.

De repente, sus instintos, agudizados, le dijeron que se detuviera y se agazapara aún más a la sombra del seto. La luna, que había sido su aliada, manteniéndose oculta tras unas nubes, apareció en todo el esplendor de la noche otoñal, y a los pocos instantes inundó aquel paisaje misterioso y desolado como un torrente de brillante luz.

Ante ella, a menos de doscientos metros, estaba el borde del acantilado, y debajo, extendiéndose hasta la feliz y libre Inglaterra, el mar, que se mecía lenta y apaciblemente. La mirada de Marguerite se posó unos instantes en las aguas brillantes, planteadas, y sintió que su corazón, insensibilizado por el dolor desde hacía tantas horas, se ablandaba y distendía, y que sus ojos se llenaban de lágrimas ardientes: a menos de cinco kilómetros, con las blancas velas desplegadas, estaba anclada una grácil goleta.

Más que reconocerla, Marguerite adivinó su presencia. Era el *Day Dream*, el yate preferido de Percy, con Briggs, el rey de los capitanes, a bordo, y con toda su tripulación de marineros británicos. Sus velas blancas, que relucían a la luz de la luna, parecían querer transmitir a Marguerite un

mensaje de alegría y esperanza, que ella temía que jamás se hiciera realidad. Esperaba mar adentro, esperaba a su dueño, como un hermoso pájaro blanco a punto de emprender el vuelo, y su dueño jamás llegaría hasta ella, jamás volvería a ver su lisa cubierta, jamás volvería a avistar los blancos acantilados de Inglaterra, la tierra de la libertad y la esperanza.

La visión del yate pareció infundir a aquella pobre mujer angustiada la fuerza sobrehumana de la desesperación. Allí estaba el borde del acantilado y, un poco más abajo, la cabaña en que, dentro de pocos momentos, su marido encontraría la muerte. Pero había salido la luna; Marguerite la vio perfectamente; también vería la cabaña, a lo lejos, correría hasta ella, despertaría a sus ocupantes, les prevendría para que se preparasen a vender cara su vida, en lugar de dejarse atrapar como ratas en un agujero.

Continuó avanzando a trompicones, tras el seto, pisando la hierba corta y gruesa de la zanja. Debió ir muy deprisa y adelantar a Chauvelin y Desgas, pues al cabo de poco tiempo llegó al borde del acantilado, y oyó sus pisadas claramente detrás de ella. Pero a sólo unos metros de distancia, ahora que la luna había salido por completo, su silueta debió recortarse nítidamente contra el fondo plateado del mar.

Pero tan sólo unos momentos, pues en seguida se agazapó, como un animal asustado. Se asomó al borde del acantilado: el descenso resultaría bastante fácil, pues no era escarpado, y las enormes rocas le proporcionarían buenos asideros. De repente, mientras lo contemplaba, vio allá abajo, a la izquierda, un tosco edificio de madera por cuyas paredes se filtraba una lucecita roja, como un faro. Experimentó la sensación de que el corazón le dejaba de latir; la emoción y la alegría eran tan intensas que se asemejaban a un terrible dolor.

No podía calcular a qué distancia se encontraba la cabaña, pero sin permitirse ni un segundo de vacilación empezó a bajar, arrastrándose de una roca a otra, sin preocuparse del enemigo que estaba detrás de ella, ni de los soldados, que sin duda se habrían escondido, pues aún no había aparecido el inglés. Siguió avanzando, olvidando a su mortal enemigo, que le pisaba los talones, corriendo, tropezando, con los pies destrozados, aturdida; pero a pesar de todo, siguió avanzando… Cuando, de pronto, la hacía caer una grieta, o una piedra, o una roca resbaladiza, se levantaba trabajosamente, y echaba a correr de nuevo, con la intención de avisar a los fugitivos, de rogarles que huyeran antes de que llegara Percy, y de decirle a su marido que se alejara, que se alejara del espantoso destino que le aguardaba. Pero súbitamente se dio cuenta de que unos pasos más rápidos que los suyos la seguían de cerca, y a los pocos instantes, una mano la agarró por la falda, y volvió a caer de rodillas, mientras le rodeaban la boca con algo para impedir que soltara un grito.

Aturdida, furiosa por la amarga decepción, miró a su alrededor, impotente, y, agachado junto a ella, vio entre la niebla que parecía rodearla dos ojos malvados y penetrantes, que a su cerebro excitado se le antojaron dotados de una luz verdosa, extraña y sobrenatural.

Estaba tendida a la sombra de una gran roca; Chauvelin no podía distinguir sus rasgos, pero le pasó los dedos largos y blancos por la cara.

—¡Una mujer! —susurró—. ¡Por todos los santos del cielo! Desde luego, no podemos soltarla —murmuró para sus adentros—. Me gustaría saber quién…

Se calló bruscamente, y tras unos segundos de silencio absoluto, emitió una risita larga y extraña, mientras Marguerite volvía a sentir, con un estremecimiento de

horror, los delgados dedos del hombre deslizándose por su rostro.

—¡No es posible! ¡Pero qué sorpresa tan agradable! —susurró, con falsa galantería, y Marguerite notó que Chauvelin llevaba su mano, que no podía oponer resistencia, a los finos y burlones labios.

La situación hubiera resultado realmente grotesca de no haber sido porque al mismo tiempo era terriblemente trágica: la pobre mujer, angustiada, destrozada, furiosa por la amarga decepción que había sufrido, recibiendo de rodillas las banales galanterías de su mortal enemigo.

A punto de desvanecerse, medio asfixiada por la mordaza, no tenía fuerzas ni para moverse ni para gritar. Era como si la excitación que había mantenido hasta entonces su delicado cuerpo hubiera cesado repentinamente, como si la sensación de absoluta desesperación hubiera paralizado por completo su cerebro y sus nervios.

Chauvelin debió dar ciertas órdenes, que Marguerite no pudo oír por estar demasiado aturdida, pues notó que la levantaban del suelo; apretaron aún más la mordaza, y unos fuertes brazos la llevaron hacia la lucecita roja, que para ella había sido como un faro y el último destello de esperanza.

XXIX - ATRAPADOS

Marguerite no sabía cuánto tiempo la llevaron de aquella forma: había perdido la noción del tiempo y del espacio, y durante unos segundos, la Naturaleza, misericordiosa, la privó de consciencia.

Cuando volvió a caer en la cuenta de la situación en que se encontraba, comprobó que estaba tumbada sobre una chaqueta de hombre, no demasiado incómoda, con la cabeza apoyada en una roca. La luna había vuelto a ocultarse tras unas nubes, y, en comparación, la oscuridad parecía más intensa. El mar bramaba a sus pies, a unos veinte metros, y al mirar a su alrededor no vio el menor vestigio de la lucecita roja.

Comprendió que el viaje había tocado a su fin al oír muy cerca el murmullo de una sucesión de preguntas y respuestas.

—Hay cuatro hombres en la cabaña, ciudadano. Están sentados junto al fuego, y parecen muy tranquilos.

—¿Qué hora es?

—Casi las dos.

—¿Y la goleta?

—Sin duda es inglesa, y está anclada a unos tres kilómetros mar adentro. Pero no se ve el bote.

—¿Se han escondido los hombres?

—Sí, ciudadano.

—¿No cometerán ninguna estupidez?

—No se moverán hasta que aparezca el inglés. Entonces rodearán a los cinco hombres y los reducirán.

—Muy bien. ¿Y la señora?

—Me da la impresión de que sigue aturdida. Está a su lado, ciudadano.

—¿Y el judío?

—Está amordazado y con las piernas atadas. No puede moverse ni gritar.

—Bien. Tenga el fusil preparado, por si lo necesita. Acérquese a la cabaña. Yo me ocuparé de la señora.

Desgas debió obedecer inmediatamente, pues Marguerite lo oyó alejarse por la pendiente rocosa; después notó unas manos cálidas, delgadas, como garras, que le cogían las suyas férreamente.

—Antes de que le quitemos ese pañuelo de su bonita boca, creo conveniente decirle unas cuantas palabras de aviso, mi hermosa dama —le susurró Chauvelin al oído—. No puedo adivinar a qué debo el honor de que me haya seguido tan encantadora persona hasta este lado del canal, pero, o mucho me equivoco, o el objetivo de sus atenciones no halagaría mi vanidad, y, además, creo que tampoco me equivoco al suponer que el primer sonido que emitirán sus hermosos labios en cuanto le quite esta cruel mordaza servirá sin duda para poner sobre aviso a ese astuto zorro al que me he tomado la molestia de seguir hasta su madriguera.

Guardó silencio unos instantes, aferrando con más fuerza la muñeca de Marguerite; después prosiguió, en el mismo tono susurrante:

—Si tampoco me equivoco en esta ocasión, en esa cabaña está esperando su hermano, Armand St. Just, con el traidor de De Tournay y otros dos hombres a los que no conozco, a que llegue su misterioso salvador, cuya identidad confunde desde hace tiempo a nuestro Comité de Salud

Pública, el audaz Pimpinela Escarlata. No cabe duda de que si usted grita, si se produce un forcejeo o si se hacen disparos, es más que probable que las mismas piernas que han traído hasta aquí a ese enigma escarlata lo lleven con la misma celeridad a un lugar en que esté a salvo. En ese caso, el objetivo por el que he recorrido tantos kilómetros no se habrá cumplido. Por otra parte, sólo de usted depende que su hermano, Armand, quede libre y pueda irse con usted a Inglaterra esta misma noche, si ése es su deseo, o a cualquier otro lugar igualmente seguro.

Marguerite no podía emitir ningún ruido, pues el pañuelo estaba atado muy fuertemente alrededor de su boca, pero Chauvelin la miraba fijamente a la cara, perforando la oscuridad; y la mano de la mujer debió responder a su última sugerencia, pues enseguida prosiguió:

—Lo que quiero que haga para ganarse la salvación de Armand es muy sencillo, querida señora. —«¿De qué se trata?», pareció contestarle la mano de Marguerite—. Quedarse inmóvil aquí mismo, sin hacer el menor ruido, hasta que yo le dé permiso para hablar. Ah, pero estoy casi seguro de que me obedecerá —añadió, con aquella extraña risita suya—, porque, permítame decirle que si grita, aún más, si hace el menor ruido, o intenta moverse de aquí, mis hombres —hay treinta apostados por los alrededores— apresarán a St. Just, De Tournay y sus dos amigos, y los matarán aquí mismo, por orden mía, delante de mis ojos.

Marguerite escuchó las palabras de su implacable enemigo con terror creciente. Paralizada por el dolor físico, le quedaba suficiente vitalidad mental para comprender todo el horror de aquel espantoso «O eso o…» que Chauvelin le proponía una vez más; una disyuntiva mil veces más espantosa que la que le había propuesto aquella noche fatídica en el baile.

En esta ocasión significaba que tenía que quedarse inmóvil y dejar que el marido al que adoraba se dirigiese inconscientemente hacia la muerte, o que, si intentaba prevenirle, algo que quizá resultaría inútil, equivaldría a la muerte de su hermano y de otros tres hombres desprevenidos.

No veía a Chauvelin, pero casi podía sentir aquellos ojos pálidos y penetrantes clavados con expresión de maldad en su cuerpo impotente, y las palabras que pronunció apresuradamente, en un susurro, sonaron en sus oídos como el anuncio de la muerte de su última esperanza.

—Vamos, señora —dijo Chauvelin cortésmente—, a usted sólo puede interesarle St. Just, y lo único que tiene que hacer para salvarle es quedarse donde está y guardar silencio. Mis hombres tienen órdenes muy precisas de no herirle. Con respecto a ese enigmático Pimpinela Escarlata, ¿qué significa para usted? Créame, aunque usted le avisara, no conseguiría nada. Y ahora, querida señora, deje que le quite esta molesta coacción que le hemos colocado en su hermosa boca. Como puede ver, deseo que tenga usted completa libertad para tomar una decisión.

Los pensamientos de Marguerite bullían en un torbellino; le dolían las sienes, tenía los nervios paralizados, el cuerpo entumecido de dolor, y la oscuridad la rodeaba como con un manto. Desde donde se encontraba no veía el mar, pero oía el incesante murmullo lóbrego de la marea creciente, que le llevaba sus esperanzas muertas, su amor perdido, el marido al que había delatado y condenado a muerte.

Chauvelin le quitó la mordaza de la boca. Marguerite no gritó: en aquel momento no tenía fuerzas para hacer nada; sólo para reponerse y obligarse a pensar.

¡Sí, pensar, pensar qué debía hacer! Los minutos pasaban; en aquel espantoso silencio no podía saber si deprisa o despacio; no oía nada, no veía nada; no sentía el

aire otoñal, aromatizado por el penetrante olor del mar, ya no oía el murmullo de las olas, ni el tabletear de las piedrecillas al rodar por una cuesta. La situación se le antojaba cada vez más irreal. Era imposible que ella, Marguerite Blakeney, la reina de la alta sociedad londinense, estuviera en aquella costa desolada, en mitad de la noche, junto a su enemigo más implacable; y no era posible que en algún lugar, acaso a pocos metros de distancia, de donde ella se encontraba, el hombre que había despreciado, pero que, a cada momento que transcurría en aquella vida extraña, como de ensueño, cobraba mayor importancia… no era posible que aquel hombre caminara inconscientemente al encuentro de su destino sin que ella pudiera hacer nada por salvarlo.

¿Por qué no se decidía a avisarle, dando unos chillidos que resonaran desde un extremo a otro de la playa solitaria, para que desistiera de su empeño y volviera sobre sus pasos, pues la muerte lo acechaba a cada paso que daba? Los gritos subieron a su garganta en una o dos ocasiones, como instintivamente; pero enseguida se presentaba ante sus ojos la fatídica alternativa: su hermano y los otros tres hombres morirían delante de sus ojos, y ella sería su asesina.

¡Ah! ¡Qué bien conocía la naturaleza femenina aquel demonio con forma humana que estaba a su lado! Había manejado sus sentimientos con la misma habilidad que un músico su instrumento. Había medido cada uno de sus pensamientos a la perfección.

Marguerite no podía dar la señal, porque era débil, y porque era una mujer. ¿Cómo podría ordenar deliberadamente que disparasen contra Armand delante de sus propios ojos, que la amada sangre de su hermano cayera sobre su cabeza? Armand tal vez moriría con una maldición en los labios. ¡Y también el padre de la pequeña Suzanne, un anciano! ¡Y los demás! Era demasiado espantoso.

Esperar, esperar… ¿cuánto tiempo? La madrugada transcurría velozmente, pero aún no había amanecido; el mar seguía con su incesante y lóbrego murmullo; la brisa otoñal suspiraba dulcemente en la noche; la playa solitaria estaba en silencio, como una tumba.

De repente, se oyó una voz fuerte y alegre que, no muy lejos, cantaba «God Save the King!».

XXX - LA GOLETA

El atribulado corazón de Marguerite cesó de latir. Más que verlos, sintió a los hombres que vigilaban preparándose para el ataque. Sus sentidos le dijeron que todos ellos, agazapados y espada en mano, se disponían a saltar.

La voz se oía cada vez más próxima; en la desolada inmensidad de los acantilados, con el potente murmullo del mar abajo, era imposible saber si el alegre cantante, que pedía a Dios en su canción que salvara al rey, mientras que él se encontraba en peligro de muerte, estaba lejos o cerca, y mucho menos por dónde venía. Débil al principio, poco a poco se hizo más fuerte; de vez en cuando, una piedrecilla se desprendía bajo las firmes pisadas del cantante, y bajaba rodando por el precipicio rocoso, hasta caer en la playa.

Al oír la voz, Marguerite sintió que la vida se le escapaba, como si cuando aquel hombre se acercara, cuando quedara atrapado…

Oyó claramente el chasquido del rifle de Desgas a su lado…

¡No, no, no! ¡Dios de los cielos, no puede ocurrir! ¡Que la sangre de Armand se derramara sobre su cabeza! ¡Que la acusaran de ser su asesina! ¡Que el hombre al que amaba la detestara y despreciara por ello, pero, Dios, sálvalo a cualquier precio!

Dando un grito agudo, se levantó de un salto, y rodeó la roca junto a la que se había refugiado: vio la lucecita roja filtrándose por las rendijas de la cabaña; corrió hacia ella, se

abalanzó sobre sus paredes de madera, y se puso a golpearlas con los puños cerrados, frenéticamente, al tiempo que gritaba:

—¡Armand, Armand! ¡Sal de ahí, por lo que más quieras! ¡Tu jefe está cerca! ¡Lo han delatado! ¡Armand! ¡Armand, huye, en el nombre del cielo!

Alguien la agarró y la tiró al suelo. Se quedó allí gimiendo, magullada, sin importarle nada, sollozando y gritando:

—¡Percy, esposo mío, huye, por el amor de Dios! ¡Armand, Armand! ¿Por qué no escapas?

—Que alguien haga callar a esa mujer —siseó Chauvelin, que apenas pudo refrenar el impulso de golpearla.

Le arrojaron algo sobre la cara; no podía respirar, y tuvo que guardar silencio forzosamente.

También el atrevido cantante guardaba silencio, sin duda prevenido del peligro inminente por los frenéticos gritos de Marguerite. Los soldados se habían puesto de pie; su silencio ya no era necesario: los lastimeros gritos de la pobre mujer resonaban por todo el acantilado.

Chauvelin, mascullando un juramento, que no presagiaba nada bueno para la que se había atrevido a desbaratar sus planes más acariciados, se apresuró a ordenar:

—¡Al ataque, soldados, y que nadie escape vivo de esa cabaña!

La luna había vuelto a aparecer entre las nubes; se había desvanecido la oscuridad del acantilado, dando paso una vez más a una luz brillante y plateada. Varios soldados se precipitaron hacia la burda puerta de madera de la cabaña, y uno de ellos se quedó vigilando a Marguerite.

La puerta estaba a medio abrir; uno de los soldados la empujó, pero adentro todo era oscuridad, y la hoguera de carbón sólo iluminaba un rincón de la habitación con una tenue luz rojiza. Los soldados se detuvieron

automáticamente en el umbral, como máquinas, a la espera de recibir órdenes.

Chauvelin, que estaba preparado para un violento ataque desde el interior de la casa y para una fuerte resistencia por parte de los cuatro fugitivos bajo el amparo de la oscuridad, se quedó paralizado de asombro al ver a los soldados inmóviles, como si montaran guardia, y comprobar que no se oía ni un solo ruido en la cabaña.

Lleno de extraños y angustiosos presentimientos, también él fue hasta la puerta, y tratando de perforar la negrura con los ojos, preguntó rápidamente:

—¿Qué significa esto?

—Creo que ya no hay nadie, ciudadano —replicó uno de los soldados, imperturbable.

—¿No habrán dejado ir a esos cuatro hombres? —tronó Chauvelin en tono amenazador—. ¡Les ordené que no dejaran escapar a nadie con vida! ¡Deprisa, síganlos! ¡Vamos, en todas direcciones!

Los soldados, obedientes como máquinas, se precipitaron hacia la playa por la pendiente rocosa; unos fueron a derecha e izquierda, a la mayor velocidad que les permitían sus piernas.

—Usted y sus hombres pagarán con la vida por esta estupidez, ciudadano sargento —le dijo Chauvelin con crueldad al sargento que se encontraba al mando—. Y usted también, ciudadano —añadió, volviéndose con un gruñido hacia Desgas—. Por haber desobedecido mis órdenes.

—Usted nos ordenó que esperásemos hasta que llegara el inglés alto y se reuniera con los cuatro hombres que había en la cabaña. No ha llegado nadie, ciudadano —replicó el sargento con resentimiento.

—Pero hace un momento, cuando la mujer se puso a gritar, les ordené que entraran en la casa y no dejaran escapar a nadie.

—Pero ciudadano, creo que los cuatro hombres que estaban ahí dentro hacía ya un rato que se habían marchado…

—¿Cómo que lo cree? ¿Cómo que…? —dijo Chauvelin, casi sofocado por la ira—. Y los dejó escapar…

—Nos ordenó que esperásemos, ciudadano —protestó el sargento—, y que obedeciéramos sus órdenes al pie de la letra, bajo pena de muerte. Y nosotros hemos esperado.

—Yo oí a los hombres salir de la cabaña, pocos minutos después de que nos escondiéramos, y mucho antes de que la mujer gritara —añadió, pues Chauvelin parecía haberse quedado sin habla de pura rabia.

—¡Escuchen! —dijo Desgas bruscamente.

A lo lejos se oyó el ruido de repetidos disparos. Chauvelin intentó escudriñar la playa, que se extendía a sus pies, pero dio la casualidad de que la caprichosa luna ocultó su luz tras unas nubes, y no pudo ver nada.

—Uno de ustedes, que entre en la cabaña y encienda una luz —logró tartamudear al fin.

El sargento obedeció, impasible; fue hasta la hoguera y encendió la pequeña linterna que llevaba en el cinturón. No cabía duda de que la cabaña estaba completamente vacía.

—¿Por dónde se fueron? —preguntó Chauvelin.

—No sabría decirle, ciudadano —contestó el sargento—. Primero bajaron por el acantilado, y después desaparecieron detrás de unas rocas.

—¡Silencio! ¿Qué ha sido eso?

Los tres hombres prestaron oídos. A lo lejos, muy a lo lejos, se oía resonar débilmente, casi desvaneciéndose en la noche, el rápido chapoteo de media docena de remos. Chauvelin sacó su pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—¡El bote de la goleta! —acertó a decir con voz entrecortada.

Sin duda, Armand St. Just y sus tres compañeros habían logrado deslizarse por el acantilado, mientras los hombres, como auténticos soldados del bien adiestrado ejército republicano, obedecían ciegamente y sin reservas, temerosos de sus vidas, las órdenes de Chauvelin: esperar a que llegara el inglés alto, que era la presa importante.

Seguramente habían llegado a una de las calas que se adentraban en el mar; el bote del *Day Dream* debía estar esperándoles allí, y ya se encontrarían a salvo a bordo de la goleta británica.

Como para confirmar esta suposición, se oyó el estruendo apagado de un cañón mar adentro.

—La goleta, ciudadano —dijo Desgas en voz baja—. Ha zarpado.

Chauvelin tuvo que hacer acopio de toda su presencia de ánimo y autocontrol para no entregarse a un ataque de rabia, tan inútil como indigno. No cabía duda de que aquella maldita cabeza británica le había burlado una vez más. Chauvelin no podía concebir cómo había logrado llegar hasta la cabaña sin que le viera ninguno de los treinta soldados que vigilaban el lugar. Naturalmente, estaba muy claro que lo había hecho antes de que los treinta hombres ocuparan el acantilado, pero no encontraba explicación al hecho de que hubiera venido desde Calais en el carro de Rubén Goldstein sin que lo descubriera ninguna de las patrullas. Parecía como si un hado todopoderoso protegiese al audaz Pimpinela Escarlata, y su astuto enemigo experimentó un estremecimiento casi de superstición al mirar los imponentes acantilados y la desolada playa.

Pero todo aquello era real, y estaban en el año de gracia de 1792: no existían ni las brujas ni las hadas. Chauvelin y sus treinta hombres habían escuchado con sus propios oídos aquella maldita voz cantando «God Save the King!», veinte minutos después de haber rodeado la cabaña; debió ser

entonces cuando los cuatro fugitivos llegaron a la cala y subieron al bote, y la cala más próxima se encontraba a casi dos kilómetros de la cabaña.

¿Dónde se habría metido aquel osado inglés? A menos que el mismísimo Satán le hubiera dado alas, no podía haber recorrido aquella distancia por un acantilado rocoso en el plazo de dos minutos; y sólo habían transcurrido dos minutos entre el momento en que se oyó su canción y el momento en que se oyeron los remos del bote chapoteando mar adentro. Él debió quedarse atrás, y esconderse en los acantilados; como las patrullas seguían vigilando, no cabía duda de que lo encontrarían tarde o temprano. Chauvelin volvió a sentirse esperanzado.

Dos soldados que habían echado a correr tras los fugitivos, ascendían trabajosamente por el acantilado; uno de ellos llegó junto a Chauvelin en el mismo instante en que el corazón del astuto diplomático empezaba a albergar aquella esperanza.

—Es demasiado tarde, ciudadano —dijo el soldado—. Llegamos a la playa justo antes de que la luna se ocultara entre unas nubes. Sin duda, el bote estaba vigilando junto a la primera cala, a un kilómetro y medio más o menos, pero cuando nosotros llegamos a la playa ya se había marchado hacía bastante tiempo y se había internado en alta mar. Disparamos, pero, naturalmente, no sirvió de nada. Se dirigió hacia la goleta a toda velocidad. Lo vimos con toda claridad a la luz de la luna.

—Sí —replicó Chauvelin con impaciencia—. Había zarpado hacía ya rato, y la cala más próxima se encuentra a un kilómetro y medio, ¿no es eso?

—¡Sí, ciudadano! Yo eché a correr hacia la playa, aunque me imaginaba que el bote habría estado esperando cerca de la cala, pues la marea llegaría allí antes. Debió zarpar unos minutos antes de que la mujer empezara a gritar.

¡Unos minutos antes de que la mujer empezara a gritar! Entonces, las esperanzas de Chauvelin no eran vanas. Seguramente, Pimpinela Escarlata había intentado enviar a los fugitivos en el bote, pero a él no le había dado tiempo a llegar a la goleta; tenía que seguir en tierra, y todas las carreteras estaban vigiladas. Aún no se había perdido todo mientras aquel británico desvergonzado continuase en suelo francés.

—¡Traigan una luz! —ordenó, entrando de nuevo en la cabaña.

El sargento le llevó su linterna, y los dos hombres examinaron el interior de la casa: con una rápida mirada, Chauvelin observó lo que contenía: una caldera bajo una abertura de la pared, con los últimos rescoldos del fuego de carbón, un par de taburetes caídos, como si los hubieran derribado al huir precipitadamente, herramientas y redes de pescar en un rincón, y, junto a éstas, un objeto pequeño y blanco.

—Coja eso —le dijo Chauvelin al sargento, señalando el objeto blanco—, y démelo.

Era un trozo de papel arrugado, que los fugitivos debían haber olvidado con las prisas al escapar. El sargento, muy asustado por la rabia y la impaciencia del ciudadano Chauvelin, cogió un papel y se lo entregó respetuosamente a su jefe.

—Léalo, sargento —dijo éste secamente.

—Es casi ilegible, ciudadano… Está garrapateado de mala manera…

El sargento, a la luz de la linterna, se puso a descifrar las palabras precipitadamente garabateadas:

> «No puedo reunirme con ustedes sin poner sus vidas en peligro y arriesgar el éxito de la operación de rescate. Cuando reciban esta nota, esperen dos

minutos; después, salgan de la cabaña sin hacer ruido, uno a uno, tuerzan a la izquierda y bajen por el acantilado con precaución. Sigan a la izquierda hasta llegar a la primera roca que se interna en el mar —detrás de ella, en la cala, hay un bote esperándoles—. Den un silbido agudo, y se acercará. Suban a él y mis hombres les llevarán a la goleta, y a la seguridad de Inglaterra. Una vez a bordo del *Day Dream*, envíen el bote para que me recoja a mí. Digan a mis hombres que estaré en la cala que se extiende frente al *Chat Gris*, junto a Calais. Ellos la conocen. Llegaré allí lo antes posible. Que me esperen a una distancia prudencial, mar adentro, hasta que oigan la señal de costumbre. No se retrasen, y obedezcan estas instrucciones al pie de la letra.»

—Después hay una firma, ciudadano —añadió el sargento, al tiempo que le devolvía el papel a Chauvelin.

Pero el diplomático no esperó ni un instante más. Una frase de aquella nota decisiva le había llamado la atención: «Estaré en la cala que se extiende frente al *Chat Gris*, junto a Calais». Aquella frase podía representar la victoria para él.

—¿Quién de ustedes conoce bien la costa? —gritó a sus hombres, que uno a uno habían ido regresando de su infructuosa búsqueda y estaban reunidos de nuevo alrededor de la cabaña.

—Yo, ciudadano —contestó uno de ellos—. Nací en Calais, y conozco estos acantilados palmo a palmo.

—¿Hay una cala justo enfrente del *Chat Gris*?

—Sí, ciudadano. La conozco muy bien.

—El inglés tiene la intención de ir allí. Como no conoce bien esta zona, es posible que vaya por el camino más largo, y, de todos modos, obrará con mucha cautela por temor a que le descubran las patrullas. Aún nos queda una

posibilidad de apresarlo. Recompensaré con mil francos a los hombres que lleguen a esa cala antes que ese inglés zanquilargo.

—Yo conozco un atajo por los acantilados —dijo el soldado, y, dando un grito de entusiasmo, echó a correr, seguido de cerca por sus camaradas.

Al cabo de unos minutos, sus pisadas se desvanecieron en la distancia. Chauvelin se quedó escuchándolas unos instantes; la promesa de la recompensa espoleaba a los soldados de la República. En su rostro volvió a aparecer la expresión de odio y triunfo anticipado.

A su lado, Desgas permanecía mudo e impasible, esperando a recibir órdenes, mientras que dos soldados estaban arrodillados junto a la postrada Marguerite. Chauvelin dirigió a su secretario una mirada cruel. Sus planes, tan bien trazados, habían fracasado, y los resultados eran problemáticos. Aún existían grandes posibilidades de que Pimpinela Escarlata escapase, y Chauvelin, con esa furia irracional que a veces acomete a los caracteres fuertes, estaba deseando dar rienda suelta a su rabia y pagarla con alguien.

Los soldados tenían a Marguerite sujeta y pegada al suelo, aunque la pobrecilla no se debatía. Al final, el agotamiento la había vencido, y yacía sin sentido: los ojos rodeados de profundos círculos enrojecidos, testimonio de las largas noches de insomnio, el pelo enredado y húmedo alrededor de la frente, los labios entreabiertos, curvados, testimonio del dolor físico.

La mujer más inteligente de Europa, la elegante lady Blakeney, que había fascinado a la alta sociedad londinense con su belleza, su ingenio y sus extravagancias, presentaba un cuadro patético de femineidad doliente que hubiera despertado la compasión de cualquiera, pero no la de su rencoroso y burlado enemigo.

—No tiene sentido vigilar a una mujer que está medio muerta —dijo Chauvelin despectivamente a sus soldados—, cuando han dejado escapar a cinco hombres que estaban vivitos y coleando.

Los soldados se pusieron de pie, obedientes.

—Será mejor que intenten encontrar ese sendero y el carro desvencijado que dejamos en la carretera.

De repente se le ocurrió una brillante idea.

—¡A propósito! ¿Dónde está el judío?

—Aquí al lado, ciudadano —contestó Desgas—. Le amordacé y le até las piernas, como usted me ordenó.

A los oídos de Chauvelin llegó un gemido lastimero procedente de las inmediaciones del lugar en que se encontraba. Siguió a su secretario, que se dirigía al otro lado de la cabaña, donde, hecho un ovillo, con las piernas fuertemente atadas y una mordaza en la boca, estaba el desgraciado descendiente de Israel.

A la luz planteada de la luna, la cara del judío tenía un tinte cadavérico, de puro terror; tenía los ojos desorbitados, casi vidriosos, y le temblaba todo el cuerpo, y por sus labios descoloridos escapaba un lamento lastimero. La cuerda que le habían atado alrededor de los hombros y los brazos se había aflojado, pues se le había enredado alrededor del cuerpo, pero no parecía haberse dado cuenta de esta circunstancia, ya que no había hecho la menor tentativa de moverse del sitio en que le había dejado Desgas: como un pollo aterrorizado que contempla una línea de tiza blanca trazada en una mesa o una cuerda que paraliza sus movimientos.

—Traigan aquí a ese cerdo cobarde —ordenó Chauvelin.

Se sentía extraordinariamente cruel, y como no tenía ningún motivo razonable para descargar su mal humor sobre los soldados, que se habían limitado a obedecer sus órdenes puntualmente, pensó que aquel hijo de la odiada raza podía

ser una cabeza de turco excelente. Con un desprecio sin disimulo, miró al aterrorizado judío, que seguía gimiendo y lamentándose, pero no se acercó a él, y dijo con mordaz sarcasmo, cuando los dos soldados le presentaron al pobre viejo a la luz de la luna:

—Supongo que, siendo judío, tendrás buena memoria para los tratos, ¿no? ¡Contesta! —añadió, al ver que el judío, temblando de pies a cabeza, parecía demasiado asustado para hablar.

—Sí, Excelencia —tartamudeó el pobre desgraciado.

—Entonces, recordarás el que hicimos tú y yo en Calais cuando te comprometiste a alcanzar a Rubén Goldstein, su jaca, y mi amigo el extranjero, ¿verdad?

—Pe… pe… pero… Excelencia…

—¿No recuerdas que dije que no hay «peros» que valgan?

—Sí… sí… Excelencia…

—¿Cuál era el trato?

Se hizo un silencio absoluto. El pobre hombre miró hacia los grandes acantilados, a la luna, los rostros impávidos de los soldados, incluso a la mujer postrada e inmóvil que estaba allí cerca, pero no respondió.

—¿Es que no piensas hablar? —dijo Chauvelin en tono amenazador.

El pobre desgraciado lo intentó, pero saltaba a la vista que era incapaz. Sin embargo, no cabía duda de que sabía lo que le esperaba a manos del severo hombre que tenía ante él.

—Excelencia… —se atrevió a decir, implorante.

—Como parece que el miedo te ha paralizado la lengua —dijo Chauvelin sarcásticamente—, tendré que refrescarte la memoria. Llegamos al acuerdo de que si alcanzábamos a mi amigo, el inglés alto, antes de que llegara a la cabaña, te daría diez monedas de oro.

De los labios temblorosos del judío escapó un leve gemido.

—Pero —continuó Chauvelin, poniendo énfasis en sus palabras—, si no cumplías tu promesa, te daría una buena tunda, para enseñarte a no decir mentiras.

—No le engañé, Excelencia; le juro por Abraham…

—Sí, y por todos los demás patriarcas. Por desgracia, según tu religión, creo que siguen aún en el Hades, y no te servirán de gran ayuda en tus actuales dificultades. Tú no has cumplido tu parte del trato, pero yo tengo la intención de cumplir la mía. Vamos, denle una buena paliza a este maldito judío con la hebilla de sus cinturones —añadió, dirigiéndose a los soldados.

Mientras los soldados se desabrochaban obedientemente los gruesos cinturones de cuero, el judío soltó un chillido que hubiera bastado para hacer salir a todos los patriarcas del Hades y de cualquier otro sitio para defender a su descendiente de la brutalidad de aquel funcionario francés.

—Supongo que puedo confiar en ustedes, ciudadanos soldados —dijo Chauvelin riendo maliciosamente— para que le den a este viejo embustero la paliza más grande de su vida. Pero no le maten —añadió secamente.

—Le obedeceremos, ciudadano —replicaron los soldados, imperturbables como siempre.

Chauvelin no esperó a ver cómo llevaban a cabo sus órdenes; sabía que podía confiar en que los soldados —que aún estaban escocidos por su reprimenda— no se andarían con chiquitas si les dejaba las manos libres para apalear a un tercero.

—Cuando ese cobarde haya recibido su merecido —le dijo a Desgas—, que los hombres nos guíen hasta el carro y que uno de ellos lo conduzca hasta Calais. El judío y la mujer se cuidarán mutuamente —añadió en tono brutal— hasta que podamos enviar a alguien a recogerlos mañana por la

mañana. No podrán llegar muy lejos en su estado, y ahora no tenemos tiempo para ocuparnos de ellos.

Chauvelin aún no había abandonado toda esperanza. Sabía que a sus hombres les espoleaba el aliciente de la recompensa. No existían demasiadas posibilidades racionales de que el enigmático y audaz Pimpinela Escarlata, solo y con treinta hombres tras de él, escapara por segunda vez.

Pero ya no se sentía tan seguro: la audacia del inglés le había vencido, y la estupidez y cerrazón de los soldados, y la intromisión de una mujer le habían hecho perder los ases del triunfo cuando ya los tenía en la mano. Si Marguerite no hubiera intervenido, si los soldados hubieran demostrado una pizca de inteligencia, si… era una larga serie de «síes», y Chauvelin se quedó inmóvil unos segundos, incluyendo a treinta y tantas personas en una larga y aplastante maldición. La Naturaleza, poética, silenciosa, apacible, la brillante luna, el mar plateado, en calma, parecían expresar belleza y tranquilidad, pero Chauvelin maldijo a la Naturaleza, a los hombres y mujeres, y, sobre todo, maldijo a todos los enigmas británicos entrometidos y zanquilargos, y fue la suya una maldición gigantesca.

Los aullidos del judío, que sufría el castigo sobre sus espaldas, aquietaron su corazón, que rebosaba de maldad y rencor. Sonrió. Le tranquilizó pensar que al menos otro ser humano tampoco estaba en paz con la humanidad.

Se dio la vuelta y contempló por última vez la desolada playa, en la que se erguía la cabaña de madera, bañada en aquellos momentos por la luz de la luna, el escenario de la mayor decepción que jamás hubiera experimentado un miembro destacado del Comité de Salud Pública.

Contra una roca, sobre un duro lecho de piedra, yacía Marguerite Blakeney, inconsciente, y unos metros más allá, el desgraciado judío recibía sobre sus anchas espaldas los

golpes de dos recios cinturones de cuero, empuñados por dos robustos soldados de la República. Los alaridos de Benjamín Rosenbaum hubieran podido levantar a los muertos de sus tumbas. Debieron despertar de su sueño a todas las gaviotas, que seguramente contemplarían con gran interés los actos de los señores de la creación.

—Ya es suficiente —ordenó Chauvelin cuando se debilitaron los gemidos del judío y pareció que el pobre desgraciado iba a desmayarse—. No es necesario matarle.

Los soldados se abrocharon los cinturones obedientemente, y uno de ellos dio una cruel patada al judío en el costado.

—Déjenlo ahí —dijo Chauvelin—, y vayan hacia el carro. Yo les seguiré.

Se acercó a donde yacía Marguerite, y la miró a la cara. Había recobrado la conciencia y hacía débiles esfuerzos por levantarse. Sus grandes ojos azules contemplaban la escena con expresión de terror; se posaron con una mezcla de horror y piedad en el judío, cuya triste suerte y cuyos alaridos ensordecedores habían sido lo primero que había percibido al volver en sí; después su mirada se clavó en Chauvelin, con sus ropas oscuras e impecables, que apenas se habían arrugado tras los turbulentos acontecimientos de las últimas horas. Sonreía sarcásticamente, y sus pálidos ojos azules la miraron con intensa maldad.

Con galantería burlona, se agachó y se llevó a los labios la helada mano de Marguerite, que experimentó un escalofrío de odio indescriptible que le recorrió todo el cuerpo.

—Lamento mucho que las circunstancias, sobre las que no puedo ejercer ningún dominio, me obliguen a dejarla aquí de momento —dijo en tono sumamente dulce—. Pero me marcho con la certeza de que no queda desprotegida. Nuestro amigo Benjamín, aunque no se encuentre en

perfectas condiciones en este preciso instante, defenderá galantemente su hermosa persona; no me cabe la menor duda. Al amanecer enviaré a alguien a recogerla, y hasta entonces, estoy seguro de que Benjamín se dedicará por completo a usted, si bien es posible que le encuentre usted un poco lento.

Marguerite sólo tuvo fuerzas para volver la cabeza. Su corazón estaba destrozado por la más cruel de las angustias. A su mente había vuelto una idea aterradora, al tiempo que recobraba el sentido: «¿Qué le había ocurrido a Percy? ¿Y a Armand?».

No sabía lo que había pasado después de oír la alegre canción, «God save the King!», y estaba convencida de que aquella había sido la señal de muerte.

—Aunque de mala gana, me veo obligado a dejarla —concluyó Chauvelin—. *Au revoir*, mi hermosa dama. Espero que nos volvamos a ver muy pronto en Londres. ¿Asistirá usted a la fiesta del príncipe de Gales? ¿No?… ¡Bueno, *au revoir*! Le ruego que le dé recuerdos de mi parte a sir Percy Blakeney.

Y, sonriendo irónicamente, le hizo una última reverencia, volvió a besarle la mano y desapareció por el sendero, a la zaga de los soldados, y seguido por el imperturbable Desgas.

XXXI - LA HUÍDA

Marguerite se quedó escuchando, aún medio aturdida, las firmes pisadas de los cuatro hombres, que se alejaban rápidamente.

La Naturaleza respiraba tal calma que, apoyando el oído en el suelo, pudo percibir con toda claridad el ruido de los pasos cuando se internaron en la carretera, y el débil resonar de las ruedas del viejo carro y de los cascos de la jaca le indicaron que su enemigo se encontraba a un cuarto de legua. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Había perdido la noción del tiempo; alzó la mirada hacia el cielo iluminado por la luz de la luna, como en sueños, y prestó oídos al monótono vaivén de las olas.

El vigorizante aroma del mar fue como un néctar para su cuerpo fatigado; la inmensidad de los acantilados solitarios era silenciosa, como de ensueño. Su cerebro sólo permanecía consciente a la tortura incesante e insoportable de la incertidumbre.

¡No sabía qué había ocurrido…!

No sabía si Percy estaría en aquellos momentos en manos de los soldados de la República, sometido a las mofas y los improperios de su malvado enemigo. Por otra parte, tampoco sabía si el cuerpo de Armand yacía sin vida en la cabaña, mientras que Percy había escapado para enterarse de que la mano de su esposa había guiado a aquellos sabuesos humanos para dar muerte a Armand y sus amigos.

El dolor físico del agotamiento absoluto era tan grande que hubiera deseado que su fatigado cuerpo pudiera descansar allí para siempre, después de la confusión, la pasión y las intrigas de los últimos días… allí, bajo el cielo claro, oyendo el mar, y con la dulce brisa otoñal susurrándole una última canción de cuna. Todo era soledad y silencio, como en un país de ensueño. Incluso el débil eco del carro se había desvanecido hacía tiempo, a lo lejos.

De repente… un ruido… sin duda el más extraño que jamás habían oído aquellos desolados acantilados de Francia, rompió la silenciosa solemnidad de la playa.

Tan extraño era el ruido, que la suave brisa dejó de murmurar, y las piedrecillas de rodar por la cuesta. Tan extraño, que Marguerite, extenuada, agotada como estaba, pensó que la inconsciencia benévola de la muerte próxima le estaba gastando una broma sutil a sus sentidos medio dormidos.

Era el sonido de un «¡Maldita sea!» clara y absolutamente británico.

Las gaviotas se despertaron en sus nidos y miraron a su alrededor, asombradas; un búho lejano y solitario ululó en mitad de la noche, y los grandes acantilados contemplaron, ceñudos y majestuosos, aquel sacrilegio insólito.

Marguerite no daba crédito a sus oídos. Alzándose sobre las manos, puso en tensión todos sus sentidos, para intentar ver y oír, para entender el significado de aquel ruido tan terrenal.

Durante unos segundos todo volvió a quedar en calma; el mismo silencio descendió una vez más sobre la inmensidad desolada.

Después, Marguerite, que había prestado atención como en un trance, que pensaba que debía estar soñando con la dura y magnética luz de la luna sobre su cabeza, volvió a oírlo; y en esta ocasión, su corazón cesó de latir; sus ojos,

desorbitados, miraron a su alrededor, sin atreverse a dar crédito a sus otros sentidos.

—¡Qué barbaridad! ¡Ojalá no me hubieran pegado con tanta fuerza esos tipos!

Ya no cabía duda posible; sólo unos labios concretos, británicos hasta la médula, podían haber pronunciado aquellas palabras, con tono somnoliento, afectado y pesado.

—¡Maldita sea! —repitieron con vehemencia aquellos mismos labios británicos—. ¡Estoy más débil que la gelatina!

Marguerite se puso de pie inmediatamente.

¿Estaría soñando? ¿Serían aquellos enormes acantilados rocosos las puertas del paraíso? ¿Sería aquella brisa fragante obra del batir de alas de los ángeles, que le llevaban oleadas de alegrías sobrenaturales tras tantos sufrimientos, o, débil y enferma como estaba, acaso era víctima de un delirio?

Volvió a prestar oídos, y una vez más oyó los sonidos terrenales del hermoso idioma británico, sin el menor parecido con los susurros del paraíso o el batir de alas de los ángeles.

Miró a su alrededor, anhelante, hacia los grandes acantilados, a la cabaña solitaria, a la playa pedregosa. En alguna parte, encima o debajo de ella, tras una roca o en una hendidura, pero oculto a sus ojos febriles, debía estar el propietario de aquella voz, que en días pasados la irritaba, pero que en aquellos momentos la harían la mujer más feliz de Europa en cuanto lo encontrara.

—¡Percy! ¡Percy! —gritó histéricamente, torturada entre la esperanza y la duda—. Estoy aquí. ¡Ven! ¿Dónde estás? ¡Percy! ¡Percy!

—Me encanta que me llames, querida —dijo la misma voz somnolienta y afectada—, pero que me aspen si puedo moverme. Esos malditos comedores de ranas me han dado

más palos que a una estera, y me siento muy débil… No puedo moverme.

Pero Marguerite seguía sin comprender. Tardó al menos otros diez segundos en darse cuenta de dónde provenía aquella voz, tan somnolienta, tan querida, pero ¡ay!, con un extraño deje de debilidad y sufrimiento. No se veía a nadie… excepto junto a una roca… ¡Dios del cielo!… ¡El judío!… ¿Se había vuelto loca o estaba soñando?

La espalda del hombre estaba iluminada por la luz de la luna. Estaba agazapado, intentando en vano levantarse con los brazos atados. Marguerite corrió hasta él, le cogió la cabeza entre las manos… y miró a unos ojos azules, bondadosos, con expresión de cierto regocijo, destacándose en la máscara deformada y extraña del judío.

—¡Percy!… ¡Percy!… ¡Esposo mío! —dijo con voz entrecortada, a punto de desvanecerse de alegría—. ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Dios mío!

—Vamos, querida —replicó sir Percy animadamente—, ya daremos gracias más tarde. Ahora, ¿crees que podrías aflojar estas malditas cuerdas y librarme de esta situación tan poco elegante?

Marguerite no tenía cuchillo, sus dedos estaban entumecidos y débiles, pero atacó las cuerdas con los dientes, mientras que de sus ojos brotaron grandes lágrimas que cayeron sobre aquellas pobres manos atadas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó sir Percy cuando, tras los frenéticos esfuerzos de Marguerite, cedieron las cuerdas—. No creo que jamás haya ocurrido una cosa semejante: que un inglés se deje dar una tunda por un maldito extranjero y no haga nada por devolvérsela.

Saltaba a la vista que el dolor físico le había dejado agotado, y cuando cedió la última cuerda, se desplomó sobre la roca, encogido.

Marguerite miró a su alrededor, impotente.

—¡Daría cualquier cosa por encontrar una gota de agua en esta playa espantosa! —exclamó, desesperada, al ver que sir Percy iba a desmayarse de nuevo.

—No, querida mía —murmuró él con su sonrisa bondadosa—. ¡Personalmente, preferiría una gota de buen coñac Francés! Y si metes la mano en estas sucias ropas, encontrarás mi petaca… Que me aspen si puedo moverme.

Cuando hubo bebido un poco de coñac, obligó a Marguerite a imitarle.

—¡Esto es otra cosa! ¿Eh, mujercita? —dijo con un suspiro de satisfacción—. ¡Bonita situación para sir Percy Blakeney, que lo encuentre su esposa en este estado! ¡Qué barbaridad! —añadió, pasándose la mano por la barbilla—. Llevo sin afeitarme casi veinte horas; debo tener un aspecto repulsivo. Y estos rizos…

Y, riendo, se quitó la peluca que tanto lo desfiguraba, y estiró sus largas piernas, que estaban entumecidas tras las largas horas de ir encorvado. Después se agachó y miró larga e inquisitivamente a los azules ojos de su esposa.

—Percy —susurró Marguerite, mientras por sus delicadas mejillas se extendía un profundo rubor—, si tú supieras…

—Lo sé, cariño… lo sé todo —dijo sir Percy con dulzura infinita.

—¿Y podrás perdonarme algún día?

—No tengo nada que perdonar, cariño mío. Tu heroísmo, tu amor, que tan poco merezco, han expiado con creces el desgraciado incidente del baile.

—Entonces, ¿lo has sabido todo el tiempo? —susurró Marguerite.

—Sí —contestó sir Percy con ternura—. Lo he sabido… todo el tiempo… Pero ¡ay!, si hubiera sabido que tu corazón era tan noble, Margot mía, hubiera confiado en ti, como tú te mereces, y no hubieras tenido que padecer los terribles sufrimientos de las últimas horas, corriendo en pos de un

marido que ha hecho tantas cosas que habrás de perdonarle.

Estaban sentados uno junto, al otro, apoyados contra una roca, y sir Percy posó su dolorida cabeza en el hombro de su mujer. En aquellos momentos, Marguerite sin duda merecía el calificativo de «la mujer más feliz de Europa».

—En esta ocasión, el ciego tendrá que guiar al cojo, ¿no crees, cariño? —dijo sir Percy con su bondadosa sonrisa de siempre—. ¡Qué barbaridad! No sé qué estarán peor, si mis hombros o tus piececitos.

Se inclinó para besarlos, pues asomaban por las medias desgarradas, dando patético testimonio de los padecimientos y el heroísmo de Marguerite.

—Pero Armand —dijo Marguerite, con miedo y arrepentimiento repentinos, como si, en medio de su felicidad, se le presentara la imagen de su hermano adorado, por el que había cometido una falta tan grave.

—Ah, no te preocupes por Armand, cariño —dijo sir Percy con ternura—. ¿Acaso no te di mi palabra de honor de que no le ocurriría nada? Él, De Tournay y los demás están en estos momentos a bordo del *Day Dream*.

—Pero ¿cómo? —preguntó Marguerite con voz entrecortada—. No entiendo nada.

—Pues es muy sencillo —replicó sir Percy con su risa tímida y banal—. Verás. Cuando descubrí que ese animal de Chauvelin tenía la intención de aplastarme como a una sanguijuela, pensé que lo mejor que podía hacer, ya que no podía quitármelo de encima, era llevarlo conmigo. Tenía que reunirme con Armand y los demás como fuera, y todas las carreteras estaban vigiladas, todo el mundo buscaba a tu humilde servidor. Sabía que, después de escaparme de sus manos en el *Chat Gris*, vendría a buscarme aquí, cualquiera que fuese el camino que eligiera. No quería perderle de

vista, y un cerebro británico es tan bueno como uno francés mientras no se demuestre lo contrario.

Lo cierto era que se había demostrado que era infinitamente superior, y el corazón de Marguerite se llenó de júbilo y admiración cuando su marido siguió contándole de qué forma tan osada había rescatado a los fugitivos ante las mismísimas narices de Chauvelin.

—Sabía que no me reconocerían si me vestía con las ropas sucias del viejo judío —dijo alegremente—. Había visto a Rubén Goldstein en Calais aquella misma tarde. A cambio de unas cuantas monedas de oro me dio estos trapos, y se comprometió a quitarse de en medio, mientras que yo me llevé su carro y su jaca.

—Pero si Chauvelin te hubiera descubierto… —dijo Marguerite con voz entrecortada—. El disfraz era muy bueno, pero él es tan listo…

—Entonces, el juego hubiera tocado a su fin —replicó sir Percy tranquilamente—. Pero tenía que arriesgarme. Conozco la naturaleza humana bastante bien —añadió, con un deje de tristeza en su voz joven y alegre—, y me conozco de memoria a estos franceses. Detestan tanto a los judíos, que no se acercan a ellos a más de dos metros, y ¡francamente!, creo que logré el aspecto más repulsivo del mundo…

—¡Sí!… ¿Y después? —preguntó Marguerite, impaciente.

—Pues después llevé a cabo el plan que tenía, es decir, al principio estaba decidido a dejar todo al azar, pero cuando oí a Chauvelin dar órdenes a los soldados, pensé que el Destino y yo podíamos trabajar juntos. Confié en la obediencia ciega de los soldados. Chauvelin les había ordenado, so pena de muerte, que no se movieran hasta que llegara el inglés alto. Desgas me había dejado atado cerca de la cabaña; y los soldados no se fijaban en el judío que había llevado hasta allí al ciudadano Chauvelin. Logré

desatarme las manos. Siempre llevo papel y lápiz a dondequiera que vaya, y garrapateé a toda prisa unas cuantas instrucciones en un trozo de papel. Después miré a mi alrededor; me arrastré hasta la cabaña, ante las mismísimas narices de los soldados, que estaban escondidos, sin hacer el menor movimiento, tal y como les había ordenado Chauvelin, tiré la nota por una rendija de la pared, y esperé. En la nota les decía a los fugitivos que salieran de la cabaña en silencio, bajaran el acantilado y continuaran a la izquierda hasta llegar a la primera cala, y que dieran cierta señal, ante la cual acudiría a recogerlos el bote del *Day Dream*, que les esperaba no muy lejos. Por suerte para ellos y para mí, me obedecieron al pie de la letra. Los soldados que los vieron obedecieron igualmente las órdenes de Chauvelin. ¡No se movieron! Esperé casi media hora, y cuando comprendí que los fugitivos estarían a salvo, di la señal que produjo tanto alboroto.

Y ésa era toda la historia. Parecía muy sencilla, y Marguerite no pudo por menos que asombrarse del prodigioso ingenio, del arrojo y la audacia sin límites que habían trazado y llevado a cabo aquel plan tan osado.

—¡Pero esos animales te han pegado! —gritó horrorizada, al recordar el ultraje.

—¡Bueno, eso no he podido evitarlo! —dijo dulcemente sir Percy—. Mientras la suerte de mi mujercita fuera tan incierta, tenía que quedarme aquí, a su lado. ¡Pero no te preocupes! —añadió alegremente—. Te garantizo que Chauvelin no perderá nada esperando. ¡Ya verás cuando lo coja en Inglaterra! Pagará la paliza que me ha dado con interés compuesto, te lo prometo.

Marguerite se echó a reír. Era tan maravilloso estar junto a él, oír su animada voz, ver el centelleo de sus ojos azules mientras estiraba sus fuertes brazos, pensando en su enemigo y en el castigo que tan merecido se tenía…

Pero de pronto, se sobresaltó; el rubor de felicidad abandonó sus mejillas, se apagó el brillo de alegría de sus ojos: había oído unos pasos sigilosos, y una piedra había caído rodando desde el borde del acantilado hasta la playa.

—¿Qué ha sido eso? —susurró, asustada.

—Nada, querida mía —musitó sir Percy, con una suave carcajada—. Es que te habías olvidado de una cosa... de mi amigo, Foulkes.

—¡Sir Andrew! —exclamó Marguerite.

Efectivamente; se había olvidado del amigo y compañero, que había confiado en ella y había estado a su lado durante todas aquellas horas de angustia y sufrimiento. Lo recordó de repente, con una punzada de remordimiento.

—Te habías olvidado de él, ¿verdad, querida mía? —dijo sir Percy alegremente—. Por suerte, le vi, no lejos del *Chat Gris*, antes de la agradable cena con mi amigo Chauvelin... Pero, maldita sea; tengo que ajustarle las cuentas a ese joven réprobo... En fin, el caso es que le dije que viniera aquí por una carretera muy larga, que da un gran rodeo y que a los hombres de Chauvelin jamás se les hubiera ocurrido seguir, para que llegara justo en el momento en que lo necesitáramos, ¿eh, mujercita mía?

—¿Y te obedeció? —preguntó Marguerite, completamente atónita.

—Sin rechistar. Mira, ahí viene. No se puso en medio cuando no lo necesité, y ahora llega justo en el momento crítico. ¡Ah! Será un marido excelente y muy metódico para la pequeña Suzanne.

Mientras tanto, sir Andrew Foulkes había descendido con sumo cuidado por el acantilado: se detuvo una o dos veces, prestando oídos a los susurros que le guiarían hasta el escondite de Blakeney.

—¡Blakeney! —se arriesgó a decir—. ¡Blakeney! ¿Está usted ahí?

Rodeó la roca en que se apoyaban sir Percy y Marguerite, y al ver la extraña figura cubierta con la gabardina del judío, se detuvo, confuso.

Pero Blakeney ya se había puesto de pie, trabajosamente.

—¡Estoy aquí, amigo! —dijo con su necia risa—. ¡Todos vivos! Aunque con este chisme parezco un espantapájaros.

—¡Diantres! —exclamó sir Andrew con ilimitado asombro al reconocer a su jefe—. ¡Por todos los…!

El joven se percató de la presencia de Marguerite y por suerte pudo dominar las palabras subidas de tono que se le vinieron a los labios al ver al exquisito sir Percy con aquel extraño y sucio atuendo.

—¡Sí! —dijo Blakeney tranquilamente—. ¡Por todos los… ejem! ¡Amigo mío! Aún no he tenido tiempo de preguntarle qué está haciendo en Francia, cuando le ordené que se quedara en Londres… ¿Qué es esto? ¿Insubordinación? ¡Espere a que tenga la espalda en condiciones, y verá el castigo que recibe!

—¡Lo aceptaré de buena gana, con tal de que esté usted vivo para impartirlo! —replicó sir Andrew, riendo alegremente—. ¿Hubiera preferido que dejara a lady Blakeney hacer el viaje sola? Pero, en el nombre del cielo, ¿de dónde ha sacado esa ropa tan curiosa?

—¿A que es muy original? —dijo sir Percy, con igual jovialidad—. Pero ahora que está aquí, no debemos perder ni un minuto, Foulkes —añadió con autoridad y vehemencia repentinas—. Ese animal de Chauvelin puede enviar a alguien a buscarnos.

Marguerite se sentía tan feliz que hubiera podido quedarse allí para siempre, oyendo la voz de su marido, haciéndole mil preguntas. Pero al oír el nombre de Chauvelin se sobresaltó, asustada, temerosa por la vida del hombre por el que habría dado la suya gustosa.

—Pero ¿cómo vamos a volver? —preguntó con voz entrecortada—. Las carreteras hasta Calais están llenas de soldados y…

—No vamos a volver a Calais, cariño —replicó sir Percy—. Iremos al otro extremo de Gris-Nez, que está a menos de media legua de aquí. El bote del *Day Dream* nos recogerá allí.

—¿El bote del *Day Dream*?

—Sí —dijo sir Percy, riendo alegremente—. Otro truquito mío. Tendría que haberte dicho que cuando eché esa nota en la cabaña, la acompañé de otra dirigida a Armand, en la que le decía que dejara la primera en la casa. Por eso, Chauvelin y sus hombres han vuelto a toda velocidad al *Chat Gris* a buscarme; pero en la nota de Armand iban las verdaderas instrucciones, entre ellas algunas dirigidas al viejo Briggs. Ya le había ordenado que se internara mar adentro, y que se dirigiera al oeste. Cuando se encuentren lejos de Calais, enviará el bote a una pequeña cala que conocemos él y yo y que está justo detrás de Gris-Nez. Los hombres me buscarán —ya hemos concertado una señal— y subiremos a bordo, mientras Chauvelin y sus hombres vigilan solemnemente la cala que está frente al *Chat Gris*.

—¿Al otro lado de Gris-Nez? Pero yo… no puedo andar, Percy —gimió Marguerite, impotente, cuando, al intentar levantarse, descubrió que no podía ni mantenerse en pie.

—Yo te llevaré, cariño —dijo sir Percy con sencillez—. Ya sabes: el ciego llevando al cojo.

También sir Andrew estaba dispuesto a prestar ayuda con aquella preciosa carga, pero sir Percy no quería confiar a su amada a otros brazos que no fueran los suyos.

—Cuando ustedes dos estén a bordo del *Day Dream* —le dijo a su joven camarada—, y esté convencido de que mademoiselle Suzanne no me recibirá al llegar a Inglaterra

con miradas de reproche, entonces me tocará a mí descansar.

Y sus brazos, aún vigorosos a pesar de la fatiga y los sufrimientos, se cerraron en torno al cansado cuerpo de Marguerite, y lo levantaron con tanta delicadeza como si fuera una pluma.

Después, cuando sir Andrew se alejó discretamente, se dijeron muchas cosas —o más bien las susurraron— que ni siquiera la brisa otoñal oyó, porque se había ido a descansar.

Percy olvidó su fatiga; debía tener los hombros muy doloridos, pues los soldados le habían pegado con saña; pero tenía unos músculos como de acero, y una fuerza casi sobrenatural. Resultaba muy fatigoso caminar media legua por aquel acantilado rocoso, pero su coraje no cedió ni un momento, ni sus músculos se cansaron. Continuó andando, con firmes pisadas, con sus potentes brazos rodeando la preciosa carga, y… sin duda, mientras Marguerite se dejaba llevar, tranquila y feliz, adormilada a ratos, observando en otras ocasiones, a través de la luz creciente de la mañana, aquel rostro benévolo de ojos indolentes y azules, siempre alegres, siempre iluminados por una sonrisa de buen humor, le susurró muchas cosas, que ayudaron a acortar el largo camino y que actuaron como un bálsamo para los excitados nervios de Blakeney.

La luz del alba, con sus múltiples colores, apuntaba por oriente, cuando al fin llegaron a la cala que se extendía detrás de Gris-Nez. El bote les estaba esperando, y a una señal de sir Percy se acercó a ellos, y dos robustos marineros británicos tuvieron el honor de llevar a su señora al barco.

Al cabo de media hora se encontraban a bordo del *Day Dream*. A la tripulación, que inevitablemente compartía los secretos de su amo y que estaba dedicada a él en cuerpo y alma, no le sorprendió verle llegar con tan extraordinario disfraz.

Armand St. Just y los demás fugitivos esperaban impacientemente la llegada de su valiente salvador; sir Percy, en lugar de quedarse a oír sus muestras de gratitud, se dirigió a su camarote lo más rápidamente posible, dejando a Marguerite muy feliz en brazos de su hermano.

Todo a bordo del *Day Dream* respiraba aquel lujo exquisito que tanto apreciaba sir Percy Blakeney, y cuando desembarcaron en Dover ya se había puesto las ropas suntuosas que tanto le gustaban y que siempre llevaba en abundancia a bordo de su yate.

Pero surgió la dificultad de buscar un par de zapatos para Marguerite, y grande fue la alegría del grumete cuando la señora pudo poner pie en suelo inglés calzada con su mejor par.

El resto es silencio, silencio y alegría por los que habían padecido tantos sufrimientos y habían encontrado al fin una felicidad grande y duradera.

Pero cuentan las crónicas que en la brillante boda de sir Andrew Foulkes y mademoiselle Suzanne de Tournay de Basserive, ceremonia a la que asistieron Su Alteza Real el príncipe de Gales y toda la élite de la alta sociedad, la mujer más hermosa, sin lugar a dudas, fue lady Blakeney, mientras que las ropas que llevaba sir Percy Blakeney fueron tema de comentario de la *jeunesse dorée* de Londres durante muchos días.

También se sabe que monsieur Chauvelin, el agente acreditado del gobierno republicano francés, no estuvo presente ni en esa ni en ninguna otra ceremonia celebrada en Londres, tras la memorable noche del baile de lord Grenville.



BARONESA DE ORCZY, (1865-1947). La escritora y pintora baronesa Emmuska Magdalena Orczy nació el 23 de septiembre de 1865 en Tarnaos (Hungría), hija única del barón Felix Orczy, compositor musical, y de la baronesa Emma Orczy.

En su niñez y adolescencia Emmuska vivió en Bélgica, residiendo en Bruselas, en París y en Londres, capital de Inglaterra en la que estudió arte en la *West London School of Art*. En 1894 se casó con Montague Barstow, con quien comenzó a colaborar en sus primeras publicaciones artísticas de carácter infantil.

Debutó como novelista con «Las Velas Del Emperador» (*The emperor's candlesticks*, 1899), alcanzando el éxito con «La Pimpinela Escarlata» (*The scarlet pimpernel*, 1905), una historia de romance y aventura ambientada en tiempos de la

Revolución Francesa que dos años antes había alcanzando renombre tras ser representada en el teatro.

Falleció a los 82 años de edad el 12 de noviembre de 1947 en Londres (Inglaterra). El mismo año de su muerte apareció su autobiografía «Eslabones De La Cadena De La Vida».

Notas

[1] Error de traducción. Donde dice «tras el clamoroso final del tercer acto» debe decir «tras el clamoroso final del segundo acto». (N. del E. D.). <<